



Sandra Bree

La
PRINCESA
y el
COMANDANTE



Lectulandia

¿Podrá el cariño de Jade curar la sed de venganza de Diego?

Jade, nacida del sultán y de una esclava inglesa, vive en el palacio de su padre alejada de los privilegios de su nacimiento, ejerciendo de acompañante de la hija favorita del emperador, Corinna, quien siempre la trató como a una hermana. Al llegar a las prisiones del alcázar una joven española que ha sido comprada, se compadece de ella y la cuida, ganándose el odio de su tía, la hermana del emperador turco. Cuando en una escapada secreta de su hermana para ver a su amado, son secuestradas, Jade se hace pasar por la princesa y es llevada al galeón de un español que ha llegado a Turquía con sed de venganza y no dudará en utilizar a Jade para conseguirla.

Para Diego Salazar ha llegado la hora de casarse con su prometida y embarcarse en la Gran Armada, pero el secuestro de su joven hermana por los otomanos acelera su salida de España como capitán del Destructor Azul bajo bandera pirata para arribar cuanto antes a costas turcas. Allí, secuestra a la hija del sultán para proponer un intercambio. Pero, durante los días que la tiene en su nave, descubre a una mujer muy diferente a la que esperaba; hermosa y amable, hace que su odio se tambalee y que dese que las cosas fueran de otro modo, en especial cuando la pasión se desborda entre ellos.

¿Qué es más fuerte, el odio a los enemigos o el amor verdadero?

Sandra Bree

La princesa y el comandante

ePub r1.0

Titivillus 06.02.2023

Título original: *La princesa y el comandante*
Sandra Bree, 2022
Diseño de cubierta: Myrian Giordano

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Índice de contenido

Cubierta

La princesa y el comandante

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Sobre la autora

Notas

Capítulo 1

Año 1706. Marzo

El hombre moreno, erguido como una estatua y con la mirada incrustada al frente, tocó con sus fríos ojos azules la sinuosa costa otomana. Una suave brisa retozaba entre los negros mechones que se rizaban en su nuca y se revolvían en la frente, desordenados. Su rostro era una máscara impenetrable, un conjunto de músculos estáticos cual talla del más puro granito.

Diego hubiera creído que la línea que separaba el mar de tierra firme era un espejismo, de tan imprecisa como se veía, si no hubiera oído, desde lo alto del palo mayor, como el vigía gritaba «tierra a la vista».

Estelas de nubes blancas sobrevolaban el cielo determinando la dirección del viento. El tiempo era agradable y las corrientes marítimas favorecían que la nave se deslizara con mucha ligereza. No iban a tardar mucho en arribar.

El Destructor azul era un galeón español de dos cubiertas y castillo con portas para setenta cañones. Era uno de los mejores navíos de la flota española, hermano de la nave San José, dirigida por José Fernández de Santillán. El galeón San José, en ese momento iba rumbo hacia Portobelo. Estaba previsto que, desde La Habana, la escuadra francesa de Ducasse les escoltara. La flota española iba compuesta por once mercantes, algunos artillados.

Si Diego no hubiera tenido que hacer esa repentina misión, se habría unido a las filas de José con el Destructor al frente. En cambio, iba con uno de los mejores galeones hacia Oriente, y eso no hacía que se sintiera orgulloso de haber emprendido el viaje. Codiciaba llegar a tierra firme y concluir su asunto lo más aprisa posible para verse de nuevo en España y, si no era demasiado tarde, viajar directamente a Cartagena de Indias.

Para el hijo de un noble español, cuyas potestades abarcaban valles y esplendorosas montañas, una peripecia de esa índole podía llevarle a la

muerte si no poseía el suficiente celo.

Observando el horizonte no pudo evitar recordar su furia, aquella a la que sucumbió unos meses antes. La misma que se apropió de él cuando su hermana pequeña, Ana Lisa, fue secuestrada por una partida de otomanos mientras paseaba por campos andaluces.

Todavía era incapaz de creer que después de haberse pasado toda la vida amparando a su país, luchando hombro con hombro con sus compatriotas, estos se hubiesen negado acompañarle a rescatar a Ana Lisa.

Ciertamente el almirante de la Cruz había tratado de ser delicado, aunque Diego no lo vio de ese modo hasta días después.

Volvió a contemplarse de nuevo en Cádiz, donde varios altos cargos estaban reunidos.

—El consejo ha meditado sus palabras, comandante Salazar. Si bien nos aflige una enormidad lo ocurrido, lamentablemente, y como comprenderá, en este momento no podemos aceptar su petición. Es inviable dirigir a nuestras tropas a un futuro incierto, máximo cuando no existen pruebas pormenorizadas de lo revelado.

Diego había dejado fluir su ira echando un paso hacia adelante frente al consejo. Con los dientes apretados hasta el dolor, sus ojos recorrieron, acerados, a todos y cada uno de los hombres que conformaban aquella reunión.

—¡Mi hermana ha sido raptada por un bajel turco! Ustedes saben que será subastada en aquellas tierras plagadas de paganos y ¿me dicen que no estudian hacer nada? ¡Podría ser su esposa, teniente Almeda! —le dijo a un tipo menudo y rollizo que eludió su mirada con el rostro rojo y tenso—. ¡O su hermana, Guzmán! —Diego, en ese momento, no razonaba con sensatez y fue bastante despiadado al dirigirse así a ese hombre. Guzmán no solo era uno de sus compañeros, si no que era un buen amigo—. ¡Su hija, almirante! ¡Podría ser la hija de cualquiera! —Señaló con su largo dedo moreno al resto de los hombres—. ¿Deberán sentirse inseguras nuestras mujeres?

Para el almirante de la Cruz, toda aquella situación era muy compleja. Compadecía a Diego y a su familia, a quienes conocía desde siempre. Entendía por todo lo que estaban pasando y los secundaba, pero él no era más que un peón bajo los decretos de la Corona.

—Cálmese, comandante.

Lejos de apaciguarse, embargado por la imposibilidad de hacer algo, Diego se encrespó más. Su cuerpo alto y fibroso se tensó, amenazador, emulando al de una pantera antes de lanzarse a por su presa. Sus ojos azules

del tono del mar infinito eran tan inquietantes, tan espeluznantemente fríos, que varios hombres dieron un paso atrás.

Guzmán nunca le había visto así. Incluso el rostro, que normalmente era apuesto, se había convertido en una salvaje máscara de hierro, cruel y temible en sus facciones morenas.

—¿Que me calme?! —Diego mostró los dientes con ironía. La impotencia que padecía no era nada comparada con la frustración—. ¿Cómo diablos se hace eso, almirante?!

—¡Déjeme proseguir! —Insistió de la Cruz soportando su comportamiento. Otro no se hubiera atrevido a reprocharle nada. Era una falta grave manifestarse contra un superior. Sin embargo, Diego estaba fuera de control, y el que más o el que menos, se situaba en su piel—. Es usted uno de nuestros hombres más destacados, y lo sabe, comandante. Hemos estado esperando más de siete años a que pueda zarpar la flota de galeones. Entienda que hemos puesto la fecha y será el diez de marzo sin posibilidad de revocar la decisión que se ha tomado, y no podemos demorarnos en este cometido, sin embargo, nadie le dice que esté obligado a ir a Portobelo. Puede ir a rescatar a su hermana por su propia cuenta. —El hombre mayor, peinando canas, ignoró el gesto suspicaz del más joven—. La Corona española le otorgará el navío, el Destructor azul, que no podrá navegar bajo nuestro estandarte. No creo que le suponga ningún impedimento reunir una tripulación en condiciones. También se le entregará oro para guiar esta gestión con absoluta discreción. En caso de ser desenmascarado, se refutaría cualquier vínculo con nuestro país.

Diego preguntó, estupefacto:

—¿Me está proponiendo que me convierta en filibustero?

—Pirata, espía... —El almirante se encogió de hombros—. ¿Importa eso?

—Para mí sí.

—Estoy tratando de dar una solución al conflicto que nos ha surgido —habló de la Cruz con voz severa—. A mi entender, es un plan descabellado, insensato y hasta suicida me atrevería a afirmar. Tómelo como una sugerencia, o eso, o se olvida del tema y acompaña a la flota escoltando la ruta de Cartagena de Indias, por lo que se ha estado preparando todo este tiempo.

Diego arqueó las cejas formando un arco perfecto.

—¿De modo que esa es su recomendación?

—Estoy siendo todo lo comprensivo que puedo ser.

El comandante observó a su superior en silencio durante unos segundos. Incluso antes de acudir al consejo, tenía la ligera intuición de que no iba a

conseguir nada, aunque su padre le hubiera convencido de guardar ciertas esperanzas.

—¿Qué haría usted en mi lugar?

El almirante se llevó las manos a la espalda entrelazando los dedos con presión, haciendo que sus nudillos se tornaran blancos. Sostuvo la mirada del comandante con tolerancia.

—No estoy en su lugar, comandante, y Dios no lo permita.

Diego supo que no tenía más opciones. Si quería salvar a Ana Lisa de los turcos debía hacerlo él mismo.

—¿Cuál es el precio a pagar por tan magnífica contribución? —se atrevió a preguntar con acritud. La Corona nunca daba nada sin esperar algo a cambio.

—Con que traiga el galeón de nuevo y pueda unirse a la flota a su regreso, es más que suficiente.

Diego comprendió.

—¿Y si no retorno?

El almirante de la Cruz se encogió de hombros e hizo una mueca con los labios. La posibilidad de que el comandante no regresara existía, pero no evidenció su pesar por el joven Salazar. Dijo con voz firme:

—Lo lamentaré mucho por sus padres.

En medio del incómodo silencio que se había creado en la sala, el teniente Almeda se cuadró y dio un paso al frente.

—Solicito unirme a su tripulación, comandante Salazar.

Se alzó un fuerte murmullo entre los asistentes.

Diego miró al hombre y, por primera vez, en sus ojos se dibujó un atisbo de gratitud.

—Inaceptable. Usted tiene esposa e hijo y no quiero cargar con ello bajo mi conciencia.

—En el lugar al que voy también acecha el peligro.

—Le puedo asegurar que no es lo mismo morir honrando la Corona española, que como pirata sin nacionalidad. Mas se lo agradezco de todos modos.

—Pero señor...

Guzmán le interrumpió.

—El comandante lleva razón, Almeda, en cambio, yo no tengo esposa y me ofrezco voluntario.

Diego asintió.

—Habría contado contigo aun cuando no hubieras dicho nada.

Salió de la asamblea con un pequeño escuadrón de hombres profesionales y cualificados. Lo demás lo planificaron sobre la marcha. Guzmán se ofreció para contratar a un buen número de mercenarios. Con oro todo se podía conseguir con rapidez.

Otra cosa muy distinta había sido consolar y serenar a sus progenitores. Ninguno se resignaba a la pérdida de la joven Ana Lisa. Alegre, mimada y consentida, había hecho inmensamente dichosa a la familia desde que llegara al mundo. Con su desaparición, todos habían creído enloquecer. Lucrecia, su madre, enfermó entrando en una profunda depresión al pensar en todo lo que estarían haciéndole a su pequeña. No era para menos dada la crueldad de la que hacían gala los turcos.

Don Alberto Salazar intentaba demostrar una fortaleza que no sentía. Diego podía verlo cuando se quedaba junto a él en la espaciosa biblioteca de la hacienda. Los ojos azules idénticos a los suyos carecían de vida, perdidos en las inmensas lejanías de un océano muerto, devastado por la tristeza.

—Sé que debes hacerlo, Diego —había dicho don Alberto un día después de que Lucrecia se retirara a llorar a su alcoba—. Pero no sabes lo duro que sería perderte a ti también.

—Lograré traerla de vuelta, padre, aunque para ello haga cosas de las que no me sienta orgulloso —prometió. Le costaba asimilar que iba a emprender aquel viaje bajo bandera negra. Ambos comprendían que, de viajar con el emblema del país, si llegaban a ser descubiertos, afloraría un conflicto entre naciones, y dado la situación política vivida hasta el momento, no tendrían muchas posibilidades de salir victoriosos frente a los turcos.

No era muy frecuente que estos llegaran a las costas de Cádiz en busca de esclavos, pero tampoco era extraño. Esos últimos años se habían escuchado varios casos. A muchos de ellos no se les había dado ninguna importancia, ya que se trataba de gente humilde, no de ninguna dama con la categoría de Ana Lisa Salazar.

Don Alberto, un noble hidalgo español, jamás confesaría en voz alta la decepción y la poca atención recibida por la Corona. Sin embargo, Diego le conocía lo suficiente como para adivinar que ya poco, o nada, iba a hacer por Felipe de Anjou. Si había pasado por su mente, aunque fuese por un corto segundo, la idea de unirse a las tropas para apoyar el cercado que el rey sostenía sobre Barcelona, ahora se arrepentía de ello.

—Estoy muy orgulloso de ti, Diego. Solo espero que regreses sano y salvo con tu hermana.

—Así será. No me daré por vencido, padre.

—Pero dame tu palabra de que no harás ninguna estupidez. No expondrás tu vida en un acto de venganza por muy justificada que sea.

Diego miró a su padre a los ojos. ¿Cómo podía pedirle eso? Ardía en deseos de decirle que no le obligase a cumplir ese juramento. En vez de eso, expuso:

—No soy ningún loco impulsivo, padre. Me conoces de sobra como para pedirme algo así.

—Por eso te lo digo —asintió don Alberto—. Porque te conozco tanto, que me da miedo pensar en cómo puedes reaccionar una vez que llegues a esas tierras y te enfrentes con esos hombres.

Diego había salido de su presencia antes de prometerle nada. No podía hacerlo.

Otra cosa, también bastante difícil, había sido despedirse de Carmen Campos de Mendoza. A pesar de verla varias veces después de saber que embarcaría, de manera egoísta no había querido decirle nada. La conocía de un modo íntimo y sabía que ella intentaría detenerle por todos los medios. Sin duda, Carmen deseaba que se uniera a las filas de José, lo que le habría dado un enorme prestigio y seguramente uno de los mejores títulos aristocráticos del país.

Carmen era una dama española hija del noble don Jaime Campos y Luján. Era prácticamente un hecho que Diego y ella acabarían casados, aunque por el momento él no había pedido su mano formalmente. Pensaba hacerlo después de regresar de Cartagena; ahora, sin embargo, lo haría cuando por fin rescatara a su hermana de los invasores, si es que regresaba con vida.

Una mañana que Diego se encontraba en el Destructor observando como sus hombres cargaban barriles y cajones de alimentos, fue que Carmen lo visitó en busca de explicaciones al enterarse de la noticia. Él vestía una camisa blanca, abultada, abierta sobre el pecho y un pantalón fino que le permitía moverse con facilidad. Yendo de un lado a otro igual que un felino, se trasladaba del castillo a cubierta y de esta al puente, sin dejar de dar indicaciones.

—¡Llevad esa polea a la bodega! —gritaba—. ¡Revisad los aparejos! ¡Alguien, que quite ese cubo de ahí!

Escuchó el fuerte revuelo que se produjo en el muelle y supo, por los penetrantes silbidos de los hombres, que una mujer acababa de llegar. Por un extraño motivo su sexto sentido le advirtió que se trataba de Carmen. Lo había estado esperando tanto como lo había temido.

Se pasó la mano por la rasurada mejilla arrastrando los negros cabellos hacia atrás. Ella ya se había enterado de que se marchaba, y eso no era bueno. No en ese preciso momento. Diego esperaba no tener que discutir, y mucho menos hacerlo delante de sus hombres.

Carmen era de carácter fuerte y apasionado. No era ninguna necia como para provocarle en público sabiendo que él era capaz de ridiculizarla delante de tanta gente. Le conocían por su fiera arrogancia. Con una sola mirada de sus profundos ojos oceánicos, Diego era capaz de intimidar sin necesidad de palabras o cualquier gesto. Era difícil manejarle si él no se dejaba, y en cuanto a terquedad se llevaba la palma. Estaba acostumbrado a hacer lo que quería y cuando quería, lo que en más de una ocasión le sirvió para dormir en los calabozos cuando se revelaba contras las órdenes del almirante de la Cruz. Sus hombres le admiraban, aunque no le envidiaban por ello. Los castigos que Diego había sufrido no hubieran sido soportables por otros.

—Comandante, acaba de llegar tu señorita —le avisó Guzmán que iba tras un marinero indicándole dónde dejar varios baúles.

Guzmán tal vez era el único que podía bromear con él sobre ese tipo de cosas. Pero por la mirada que le echó Diego, supo que no era el mejor momento para ello, y omitió seguir importunándolo más. No por eso ocultó la amplia sonrisa que llevaba en su boca ancha al pensar en cómo Diego iba a encarar a la furiosa dama que esperaba en el inicio de la pasarela. Por el rabillo del ojo observó a su comandante dirigirse hacia allí como si estuviera caminando al mismo cadalso.

La mañana era cálida y el sol lucía esplendoroso en un cielo azul por completo despejado. Las gaviotas revoloteaban sobre los altos mástiles al olor de los pesqueros amarrados en el muelle.

Diego observó a Carmen desde lo alto de la embarcación. Ella se movía inquieta dentro de su vestido de brocado granate de abultadas faldas. Llevaba una peineta de nácar con mantilla de encaje cubriendo su oscura cabellera, y con una mano a modo de visera le buscaba. Le hizo una señal con la palma abierta al descubrirle.

Diego se tomó con calma el descender por el puente provisional colocado entre el muelle y el barco. Notaba la impaciencia de Carmen, que le esperaba con las manos en las caderas, evidenciando su mal humor. Sus ojos brillaban coléricos y fruncía los labios con apatía. Era una dama muy bella excepto cuando se dejaba llevar por la vanidad. Todos sus rasgos se volvían, en cierta manera, agresivos. Una actitud que a él de ningún modo le complacía.

Dos de los oficiales del Destructor habían montado una improvisada mesa junto a la pasarela y justo al otro lado de ella se había congregado una larga fila de marinos esperando que los contratasen. Habían escuchado que pagaban bien, y el trabajo era escaso. La algarabía y el bullicio era generalizado.

—¿Pensabas mencionarme tus intenciones o te ha parecido más correcto que otros me revelasen que te ausentas de España? —le increpó con voz helada, nada más llegar él a su lado.

Con una sonrisa superficial y una corta reverencia, la saludó.

—Buenos días, Carmen, ¿qué haces en el puerto?

—No disimules conmigo, sabes perfectamente el motivo de... mi visita.

—El embarcadero no es lugar para una dama. Este sitio está lleno de rateros y maleantes. No tenías que haber venido sola.

—He venido acompañada —señaló a su cochero con un gesto de cabeza. Luego se volvió hacia él, cruzando los brazos sobre el pecho—. ¿Y bien, Diego? ¿Me vas a decir qué motivo tienes para ocultarme que estás preparándote para partir?

—De acuerdo, pero antes salgamos de aquí. —Carmen, con sus ropas y su belleza, atrapaba la atención de todas las miradas que se tropezaban con ella, y Diego no tenía ánimos para bregar con nadie. Cogió el brazo femenino con firmeza y la guio por el suelo de madera en dirección al carruaje que estaba estacionado en la avenida principal—. Estoy muy ocupado, Carmen. ¿Qué te parece si lo discutimos en otro momento?

Ella negó rotunda con la cabeza.

—¿No pensabas decírmelo? ¿Por qué, Diego? —inquirió alterada.

No soportaba su hermetismo, y mucho menos que nunca la tuviera en cuenta antes de decidir cualquier cosa. Había ciertos asuntos que no concernían a las mujeres, y lo entendía, pero su marcha estaba directamente relacionada con su futuro juntos.

Diego respondió con despreocupación, ignorando todas las miradas que les seguían con curiosidad.

—No tenía intención de marcharme sin despedirme de ti. Créeme, no es esa mi naturaleza.

—Pero ¿cuándo pensabas hacerlo? —le recriminó, todavía más furiosa por haberla llevado de vuelta al coche. Sacudió el brazo haciendo que la soltase—. ¡Te exijo que me respondas!

Diego masculló con los dientes apretados:

—En el momento adecuado que, obviamente, no es este. No parto hasta la semana que viene y no he visto la necesidad de comunicártelo antes. Intenta

no exigirme nada, Carmen. No soy ningún mozo tuyo al que puedas tratar de esa manera.

Ella dio un fuerte pisotón sobre las tablas del suelo igual que haría un niño pequeño enrabietado por no conseguir sus deseos.

—¡Todo el mundo en Cádiz sabe que te marchas! No imaginas la cara de estúpida que se me ha quedado cuando mis amigas me lo han comentado esta mañana. Por supuesto les he dicho que se confundían. Tú vas a embarcarte con la flota del conde Casa Alegre, ¿verdad?

Diego soltó un ruidoso suspiro. Clavó sus ojos en ella.

—No, Carmen, no voy a ir con José. ¿Cómo crees que puedo hacerlo?

—¡¿No puedes ir con él pero sí puedes arriesgar tu vida en una misión en la cual podrías perecer?!

Diego abrió la puerta del vehículo.

—Sube, Carmen.

—No te embarques, por favor —le rogó situando la palma de su mano sobre la curtida de él.

La contempló afectado.

—Debo ir a rescatar a Ana Lisa. Nadie me lo va a impedir, ni siquiera tú. Lamento mucho si no es de tu agrado, pero he tomado mi decisión.

—¿Cómo puedes hacer eso, Diego? ¿Qué sucede con todos nuestros planes? ¿Y si no regresas?

—No estás pensando lo que dices. No entiendes la realidad de la situación. ¿Te estás escuchando, Carmen? —Había sido paciente hasta que ella dejó patente su egoísmo; ahora alzaba la voz, lleno de rabia—. ¿Qué diría todo el mundo de mí si no intento salvar a un miembro de mi familia? ¿Sabes dónde quedaría mi honor? ¡Ella es mi hermana, por Dios!

—¿Y qué hay de nosotros?

—No puedo pensar en eso ahora. Solo el futuro sabe lo que nos tiene reservado.

Carmen aspiró con fuerza y lo observó con ojos suplicantes. Intuía que no iba a poder hacer que cambiara de opinión y eso estaba sacando todo lo peor de ella.

—¿Dónde estaba tu hermana para que la secuestraran? Ana Lisa no ha hecho más que buscarte problemas desde...

Diego se irguió.

—¡Suficiente! No importa lo que ella hiciera o dónde estuviera. Es mi hermana, Carmen. ¡No vuelvas a hablar de ella de esa manera!

La mujer bajó la mirada, arrepentida con su comportamiento.

—Tienes razón, querido. Perdóname, es solo que te amo demasiado y de repente he sentido temor de no volver a verte más.

Diego no dudaba de su amor. Él también sentía un gran afecto por ella, pero eso no significaba que no debiese cumplir primero con sus prioridades. Quizá era más egoísta que Carmen. Aquellos días había estado con ella y no le había dicho que en breve tomaría un rumbo muy distinto al que esperaba.

A la pregunta de si amaba a esa mujer no podía dar una respuesta concisa. Jamás había estado enamorado del modo en que lo estaban sus padres. En cambio, tenía que admitir que Carmen lo arrastraba a la lujuria, a la excitación y al deseo. Esas palabras eran lo que mejor definía su relación.

Consciente de que toda la tripulación los observaba expectantes, Diego se permitió darle un casto beso en la frente. La fragancia de gardenia y sándalo que usaba Carmen lo envolvió.

—Iré a verte esta noche —prometió.

Ella asintió con una mueca pesarosa.

—No faltes, por favor.

—Lo juro.

Diego la ayudó a subir y, antes de que el coche se pusiera en movimiento, se dio la vuelta y caminó de nuevo hacia el Destructor. Carmen hubiera ansiado que él se mostrase más cariñoso e hiciera alguna exhibición del amor que la profesaba. Pero Diego nunca lo hacía. Al menos no en público.

De entre todos los hombres que habían acudido con la intención de ser contratados, a Diego le llamó especial atención un joven de rasgos musulmanes que se mantenía en silencio esperando su turno. Los ojos marrones eran ligeramente rasgados; su piel, olivácea, y poseía los cabellos enortijados de un tono castaño oscuro.

—Muchacho, ¿qué idiomas hablas? —le preguntó luego de acercarse a él, estudiándolo de arriba abajo con ojo crítico.

—Inglés, árabe y español, señor —respondió con petulancia, irguiéndose en sus ropas holgadas de aspecto humilde. El brillo de sus ojos oscuros denotaba picardía. Era un sujeto delgado y su baja estatura le obligaba a levantar la cabeza para observar al comandante.

—¿Cómo te llamas?

—Ayoub.

—Ayoub, busca a Guzmán —le señaló la cubierta de la embarcación—, el segundo de a bordo, y dile que vas de mi parte.

El joven lo miró con el ceño fruncido.

—¿Y quién es usted?

—A partir de hoy, tu comandante, si estás interesado en el puesto.

Los ojos castaños se abrieron enormes por la sorpresa.

—Sí, señor, ahora mismo, señor —respondió con una amplia sonrisa y una exagerada reverencia. Corrió hacia la pasarela, dichoso con su suerte.

Más tarde Diego revisó al resto de la tripulación. Cien hombres fuertes y osados que, el que más o el que menos, se habían visto envuelto en alguna batalla en un momento de su vida.

Por la tarde, tal y como había prometido, fue a ver a Carmen. Ella no volvió a tratar de convencerle para que se quedara, pues sabía que era inútil. Pero sí que necesitaba estar segura de que, cuando él volviese, se unirían en matrimonio.

—Hacer el compromiso oficial me mantendrá ilusionada durante tu ausencia.

—No puedes esperar que en este momento te haga una pedida de mano como corresponde.

—¡Claro que no! Entiendo que todo sería muy apresurado. Una carta para mi padre solicitando su bendición y tal vez una pequeña reunión antes de que te marches. Al menos me debes eso, Diego.

—No voy a ir a ninguna fiesta.

Ella frunció el ceño.

—Lo entiendo. Sería una cena íntima, tus progenitores, los míos y unos cuantos amigos.

Conocía a Carmen, y era consciente de que esos *cuantos amigos* podían ascender a unas cincuenta personas.

—Escúchame, Carmen, opino que deberíamos dejar todo esto hasta mi regreso.

Ella agrandó los ojos observando como Diego se vestía.

—¿Cómo puedes ser tan insensible?

—Es sensatez —sonrió él con petulancia.

—¡Sé que vas a salir airoso de esta misión! ¡Rescatarás a tu hermana y yo te estaré esperando aquí! ¿Me oyes?

Cansado de seguir escuchándola, él aceptó.

—De acuerdo, enviaré una misiva a tu padre antes de marcharme, pero no me pidas que acuda a ninguna velada.

—¡Hablas de nuestro compromiso como si fuera un simple negocio! —dijo Carmen, molesta—. ¿Acaso no quieres casarte?

Diego la miró. Ella seguía recostada sobre la cama, exhibiendo su desnudez, a sabiendas de que tenía un cuerpo bastante sensual. Sus pechos

eran llenos y generosos, y las caderas redondeadas. La piel se asemejaba al terciopelo y brillaba bajo las mechas de los dos únicos candelabros que iluminaban la habitación. Estaba saciado y no se sentía tentado a acercársele de nuevo. Lo que más deseaba era irse a casa e intentar dormir.

—No me cuestiones. Te he dado mi palabra y la cumpliré.

—Pues no te sientas obligado —respondió ella, mordaz, admirando el largo cuerpo que cubría con la camisa.

—No me siento así. Simplemente no puedo pensar en nada que no tenga que ver con Ana Lisa.

—Sí, lo he advertido. No te has cansado de recordármelo ni un solo momento. —Se sentó sobre el colchón y agarró la pesada bata color crema. Se puso en pie para enfrentar su mirada y, al hacerlo, su larga y espesa melena negra como el tizón cayó sobre sus hombros—. Dime algo, ¿volveremos a vernos antes de que embarques?

Inalterable, la contempló. Su actitud no le engañaba. Carmen estaba muy molesta.

—Lamento mucho mis palabras —le dijo, sincero—. Estoy... nervioso. —Ella le dio la espalda y él rodeó su cintura antes de que se escapara de su lado, llevándola contra su pecho. No quería discutir y marcharse con un mal sabor de boca. Hundió la nariz en su melena y la escuchó suspirar cuando él apretó su pelvis contra el bien formado trasero—. Volveré, Carmen. —Deslizó las manos por su vientre hasta llegar a sus pechos y los acarició a través de las prendas—. Cuando llegue...

Carmen dejó caer la cabeza hacia adelante, de nuevo excitada. Interrumpió sus palabras.

—Espero que me escribas.

—Lo intentaré. —Presionó las caderas contra las de ella.

Carmen gruñó y después se resignó. Si aguantaba los desplantes de Diego era simplemente porque sabía que, una vez que se casaran, él dejaría de tratarla como si fuese una amante cualquiera. Si él no le gustase tanto, si no fuera un hombre guapo, unos de los mejores partidos de la zona y no le hiciera el amor hasta hacerla delirar, lo habría dejado hacía mucho tiempo.

Diego también pensaba lo mismo.

* * *

—Comandante, ¿qué ordenas?

La voz de Guzmán, que llegaba desde detrás de él, le sacó de sus recuerdos. Diego lo miró sobre el hombro y esperó a que se colocara a su lado

para observar la costa.

—Esperaremos a que anochezca. Anclaremos en aquella ensenada y descenderemos en barcas. Vamos a mi camarote y volvamos a estudiar el mapa.

Capítulo 2

— ¡Jade! ¡No has debido hacer eso! En cuanto Abu se entere mandará a llamarte. Volverá a castigarte de nuevo. ¿Acaso no recuerdas que la última vez por poco acaba con tu vida?

Jade asintió. Su mirada se encontró con su propio reflejo en el espejo. Era una joven muy hermosa, de rasgos exquisitos y delicados. Delineaba sus ojos verdes con un polvo negro muy fino llamado kohl, que usaba tanto para embellecer su mirada como para protegerse del sol. Poseía una larguísima melena que acariciaba su delgada cintura. Se volvió hacia su madre encogiéndose de hombros.

—No le tengo miedo —masculló.

—Tú no, pero ¿no te das cuenta de que me matas a mí con tu actitud? —inquirió con una mirada apenada. No gritaba a pesar de su enfado. Su voz era tranquila como un mar en calma—. Ese hombre busca que hagas lo más mínimo para infligirte castigo.

—¡Tú lo has dicho, madre! Da lo mismo lo que haga porque siempre vendrá por mí —respondió, enojada—. Abu ha forzado a la extranjera y no es más que una chiquilla. Yo solo he tratado de curar sus heridas y he sido amable.

—¿Debo recordarte que tienes prohibida la entrada en las celdas? —insistió la mujer con un nudo de angustia en el pecho.

—Tengo prohibido todo y estoy agotada. Soy tan hija de él como Corinna y, sin embargo, a ella le da todo.

Raissa frunció el ceño mientras vigilaba desde el hueco de la puerta que nadie se acercase a los dormitorios. No deseaba que vieran a su rebelde hija hablando mal de su padre.

—Corinna es la hija de su esposa. En cambio, tú lo eres de una esclava. Jade, escúchame bien, no puedes reprochar nada, podría haber sido mucho

peor contigo y no lo es. Obligó a todo el mundo a que aceptaran que eres una princesa a pesar de tu condición.

—¡Una princesa! —bufó—. Yo no quería eso.

—Jade, no seas insolente.

—¿Por qué nos conformamos, madre? ¿Por qué no intentamos huir?

—¡Te dije que no volvieras a mencionarlo! Si quieres marcharte...

—Contigo.

—¡No! —Raissa agitó la cabeza, nerviosa—. Yo no puedo marcharme, Jade, pero tú sí puedes. No hay nada que te ate aquí.

—Nada, solo tú, y no pienso abandonarte. —Sabía que era inútil intentar convencer a su madre. Raissa pertenecía a Abu y jamás se atrevería a hacer nada para enojarlo. Caminó hasta ella y la tomó de las manos—. Podemos sacar a la extranjera de aquí. No aguantará mucho tiempo más.

—Abu ha dicho que va a venderla. Quizá encuentre un hombre bueno.

—¡Ja! —Se mofó agitando el pañuelo de seda lila que colgaba de sus hombros—. La venderán para el uso de las tropas, y lo sabes. De no ser yo la hija de él habría corrido la misma suerte. Puede que algún día lo haga, siempre está amenazándome con lo mismo.

—No lo hará, Jade. Tu padre te necesita como moneda de cambio.

—Que viene a ser prácticamente lo mismo. En vez de entrar en guerra, me entregará alguno de sus enemigos para hacer una alianza. ¡Pues qué bien! Realmente tengo un futuro muy prometedor aquí —contestó con sarcasmo.

El ceño de Raissa se tornó más profundo.

—¿Por qué siempre te tienes que revelar? Si demostraras que puedes ser sumisa...

—¿Y hacerme la ciega y no ver todas las crueldades de las que es capaz? No, gracias. —Se apartó de su madre y caminó hacia uno de los arcos de la ventana. Desde allí observó la estrecha calle trasera por la que más de una vez escapaba de palacio. Dos guardias paseaban de un lado a otro en silencio—. ¿Qué harás cuando yo no esté, madre?

Raissa lloriqueó.

—No me digas eso. Si te casas, tu padre dejará que me vaya contigo.

Jade se volvió a mirarla con desconfianza.

—¿Y si no es así? ¿Y si no te permite salir de aquí?

Raissa irguió los hombros con valentía.

—¿Quieres huir? Si de verdad quieres marcharte, yo te ayudaré a salir de aquí. Puedes llevarte a la mujer...

—Sabes que no me marcharé sin ti. —Volvió de nuevo sus ojos hacia la calle, se apoyó en el quicio de la ventana y respiró el aire cálido de la tarde. Las nubes cubrían el cielo ocultando parcialmente el sol. Los colores del firmamento estaban pintados de violetas, morados y rojos. No se dio cuenta de que su madre abandonaba la estancia dejándola sola.

Estaban acostumbradas a conversar sobre ese tema casi a diario, sin embargo, Jade no entendía por qué su madre se mostraba tan reacia a salir de allí. Raissa era inglesa y hacía veinte años había sido secuestrada.

Abu al Rashed la había comprado en el mercado de esclavos y, como a otras tantas, la había mancillado. Si tan siquiera Raissa hubiese formado parte de su harén, Jade no tendría por qué quejarse. Las mujeres de Abu y los descendientes eran muy bien tratados, pero no había sido así. Raissa no había dejado de ser su esclava por su condición de extranjera.

Jade era mejor tratada que su madre, sobre todo por los habitantes de palacio que, aunque la vieran como a una bastarda, reconocían que la sangre de Abu corría por sus venas. Para ellos era una princesa y, al tiempo, la sirvienta de Corinna, su hermana pequeña. Sin embargo, su padre parecía odiarla. Siempre estaba reprochándole el asqueroso color de su cabello cobrizo, su carácter rebelde y su decisión de llevarle la contraria.

—¿Has sido tú, Jade?!

La muchacha se volvió al escuchar la estridente voz de Corinna. Se encogió de hombros, mirando a su hermana.

—¿Qué se supone que he hecho ahora?

—Has entrado en las celdas.

Perpleja, caminó hasta ella.

—¿Tan pronto se han enterado? No ha pasado ni media hora desde que he subido.

—No lo saben todos —dijo Corinna con la respiración acelerada—. Me lo ha dicho tía Sherezade. ¡Te has vuelto loca! ¡Padre te matará! He venido para avisarte.

—Lo sé, y te lo agradezco. Pero me daba mucha pena esa muchacha, Corinna. Si la hubieses visto, tiene más o menos tu edad. La pobre estaba tan asustada y...

—¡Es extranjera y no deberías intervenir!

Irritada por sentirse tan incomprendida, y sobre todo porque conocía lo poco empática que era Corinna, se cruzó de brazos.

—¿Se lo dirá tu tía a padre?

Corinna cerró la puerta deprisa. Se había quitado el velo del cabello y también lo llevaba sobre sus hombros, mostrando una magnífica y lustrosa melena negra.

—Depende. Sabes que puedo convencerla con facilidad para que no lo haga.

Jade la miró con atención. Corinna era una muchachita muy linda de piel morena y unos enormes ojos tan negros como el ala de un cuervo. Llevaba oro y piedras preciosas en las orejas, las muñecas, el cuello, la cintura y los tobillos, a veces también en el cabello, aunque no pudiese lucirlo en público. Apenas le faltaban unos meses para cumplir los dieciséis años y su gran sueño era casarse y alejarse de su padre, el sultán Abu al Rashed.

—¿Depende de qué? ¿Qué es lo que quieres? —preguntó.

Conocía a su media hermana e intuía un chantaje por su silencio. Desde bien pequeña Corinna acostumbraba a hacer eso. Jade era más lista y solía comprarla con joyas. A Corinna le encantaba el oro y Jade poseía mucho, pues si bien su padre decía no estimarla, cada vez que regalaba una joya a una, le regalaba a la otra también.

—Solo un pequeño favor. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Hay un muchacho...

—¡Oh, por favor! ¡No me metas en esos embrollos, Corinna! —exclamó, llevándose las manos a la cabeza.

—Te prometo que no es nada malo, solo escúchame, Jade. Si lo haces yo convenceré a la tía Sherezade de que no diga nada a padre.

—No me interesa tu oferta.

—Por favor. Te prometo que ella no dirá que has estado asistiendo a la española. Es más, yo misma dejaré que lo hagas y te encubriré.

Inspirando profundo, Jade cerró los ojos y luego los abrió lentamente.

—¿Qué más da? Finalmente, padre se enterará de que fui yo.

—¿Y si te ayudo a sacarla de aquí?

—No lo harías —respondió Jade sin creerla—. Odias a los extranjeros tanto como padre. El otro día vi cómo la mirabas.

—Escupió a mi criada.

—No finjas conmigo. Aborreces a todos los extranjeros.

—A tu madre no —se defendió Corinna.

Jade guardó silencio consciente de que Corinna mentía. A ella nunca le había gustado Raissa, al igual que a su madre, quien había envidiado a la inglesa desde el mismo momento de conocerla. Incluso cuando se casó con

Abu, pidió por favor que se deshiciera de Raissa y la vendiera. Abu se negó porque Raissa debía cuidar de Jade que, para aquel entonces, ya había nacido.

Con un gemido de tristeza, se obligó a escuchar a su hermana.

—Cuéntame, Corinna —pidió, sentándose en el borde de la amplia cama de cobertores brillantes.

Poseía una habitación grande cubierta por una espesa alfombra persa de tonos granates y castaños. Un arco de herradura con un hermoso alfiz ricamente decorado separaba el dormitorio de una pequeña salita donde solía tomar el té, rezar, o recibir sus clases.

La más joven meditó unos segundos, mordisqueándose el labio inferior, pensativa. Se acercó hasta sentarse también sobre la cama.

—Se llama Caleb, de la casa de Narcise. He oído decir que va a pedir la mano de Nora, pero yo quiero que pida la mía.

—De Nora, ¿tu amiga?

—Solo medio amiga. No es más que una egoísta resentida. Hace tiempo le presté un collar de esmeraldas y aún estoy esperando que me lo devuelva. Dice que lo ha perdido, pero no la creo.

—¡Te he dicho muchas veces que no dejes las cosas que aprecias! —La regañó sacudiendo la cabeza. Corinna no escarmentaba nunca. No importaba las veces que le advirtiera de algo, no hacía caso—. ¿Por qué quieres que ese muchacho, Caleb, se case contigo?

—¡No es un muchacho! ¡No puedo creer que no sepas quién es! Debes prestar más atención en las audiencias de padre. —Corinna se echó a reír—. Caleb es uno de los hombres más guapos que he visto nunca. El problema es que él todavía no me conoce.

Jade frunció el ceño.

—¿No os conocéis?

—Yo a él sí, lo he visto muchas veces, pero él a mí no. Yo soy mucho más guapa que Nora y más rica también. Solo falta conocernos y —hizo una corta pausa, aspiró con fuerza aire y soltó—... lo haremos esta noche.

Asombrada, Jade sacudió la cabeza, ahuyentando las inquietantes preguntas que le vinieron a la mente, y miró con fijeza a su hermana.

—¿Qué has hecho, Corinna?

—Le he citado en las ruinas del antiguo poblado, esta noche.

Jade se frotó la frente con las palmas de las manos.

—No puedo creerlo. ¡No puedes hacer eso!

—Ya lo he hecho, y si no acudo, él pensará que soy una mentirosa y que solo quería jugar con él. Por favor, por favor, Jade. Tú eres la única que puede

ayudarme.

—No puedo hacerlo. Si padre se entera de que te ayudé a salir de palacio es capaz de matarme de verdad. Prefiero que me castigue por ayudar a la española, antes de que lo haga por ponerte en peligro.

Corinna rio, nerviosa.

—No quiero que me ayudes a escapar, deseo que me acompañes. Tú sabes desenvolverte mejor que yo en la calle y solo tendrías que decir a la guardia de Caleb que yo soy tu sierva. Ya lo has hecho otras veces, además, ¿quién me va a cuidar mejor que tú?

—No estarás insinuando que me haga pasar por ti, ¿verdad?

—Sí, pero solo ante sus hombres. Cuando estemos frente a Caleb le diremos quién es quién. Por favor, Jade, no puedes negarte.

Jade apretó con firmeza parte de la colcha en un puño y miró boquiabierta hacia el arco de la ventana. Casi no faltaba tiempo para que anocheciese. Volvió a mirar a su hermana.

—No me pidas eso, Corinna. ¡Padre no nos deja salir solas durante el día, menos si es de noche!

—No se va a enterar. Si todo sale bien, te prometo que te ayudo con la extranjera. Es más, podrías irte con ella. Yo sé cuánto deseas marcharte de aquí.

Jade negó con la cabeza.

—Nunca me iría sin mi madre. Además, ya sabes que te echaría mucho de menos.

Corinna la abrazó con fuerza. Se apartó y la miró directamente a los ojos.

—Padre a mí me casará con un hombre de bien, si tengo suerte con Caleb, en cuanto a ti, Jade, él no accederá a tus deseos y a mí no me gustaría verte sufrir. Te quiero mucho.

Corinna sabía tocarle la fibra sensible. Era una joven muy inteligente y la mayoría de las veces sabía cómo conseguir todo de los demás. Lo malo es que Jade también le tenía mucho aprecio. Era su hermana pequeña, y si era avariciosa y manipuladora, mucha culpa era de ella por consentirle todo desde el mismo momento en que nació.

—La tía Sherezade y mi madre convencerán a Raissa para que se marche contigo —prometió Corinna.

Jade sabía que su hermana hubiera sido capaz de prometerle cualquier cosa con tal de que la ayudara, pero pensar que su madre y ella podían salir del país... Sintió una repentina emoción en el cuerpo. Después de todo, su hermana nunca la traicionaría, ¿verdad?

—¿Lo harías, Corinna?

—Te lo prometo, pero ayúdame con Caleb —suplicó—. Ese hombre me gusta mucho.

Jade se apiadó de su hermana. La pobre desafortunada no podía ir nunca a ningún sitio sin la mirada crítica de su tía. De todas las muchachas de su edad, ella era la única que aún no tenía ningún pretendiente solo porque no había tenido ocasión de conocer directamente a muchos hombres. Abu les tenía prohibido hablar con el sexo opuesto, a excepción de los sirvientes de la casa, la guardia o los eunucos del harén.

—Supongo que tu tía no sabe nada de esto —dijo pensando que, si Sherezade se enteraba de aquellos planes, era seguro que haría que las culpas recayeran sobre ella y diría que habría arrastrado a Corinna a la fuerza.

—No sabe nada.

—De acuerdo. Te acompañaré, pero recuerda lo que has prometido.

* * *

Más tarde, después de bailar para las esposas de Abu, Jade y Corinna vistieron modestas túnicas oscuras sobre sus trajes de danza y se cubrieron con el hiyab, un velo que ocultaba el pelo, rostro y cuello. No querían perder el tiempo en vestirse adecuadamente, pues el cambio de guardia estaba cerca, y debían aprovechar ese momento para escabullirse.

Desde las cocinas salieron al patio. Ambas se habían retirado con disimulo, y solo cuando supieron que Sherezade se marchaba a dormir, fue que las hermanas se atrevieron a salir.

Corinna, aferrada a la mano de su hermana que iba por delante, se aplastó contra la pared cuando ella le advirtió de los centinelas. Se fundieron con las negras sombras conteniendo la respiración.

Vigilando con ojos espantados a los dos hombres, que iban inmersos en una charla, esperaron a que doblasen la esquina para salir corriendo hacia el portón. Allí abrieron la pequeña puerta interior y, mientras Corinna corría hasta un bajo soportal, Jade volvía a cerrar con suavidad.

En silencio recorrieron las estrechas callejuelas con pasos rápidos. Apenas había gente por las calles y cuando se cruzaban con alguien, bajaban las miradas para no ser reconocidas. Una solitaria figura negra habría llamado la atención mucho más que ellas dos, que caminaban con agilidad y largas zancadas, simulando llegar tarde a algún sitio.

Jade había salido más de una vez haciendo lo mismo. Para Corinna aquella era toda una aventura y estaba totalmente excitada. Nunca había

salido de casa sola, y aunque esa vez fuera con Jade, sabía que su hermana no era tan estricta como su tía. También estaba emocionada porque Caleb pensaría de ella que era una mujer osada, no una insulsa inactiva como era Nora. Los hombres no solían decirlo, pero a todos les gustaba que sus esposas tuvieran al menos un poquito de carácter, de lo contrario la vida se podía tornar muy aburrida. La madre de Corinna era aburrida, al igual que las demás mujeres del harén, por eso Abu no había echado a Raissa de allí. Según había oído Corinna, a su padre le gustaba discutir con la mujer y sus relaciones sexuales eran muy apasionadas.

Llegaron a una calle de escaleras muy empinadas y ambas se levantaron un poco la túnica para subir. Los peldaños eran de piedra, imperfectos, destrozados por algunos lados debido al demasiado uso que se les daba. Todo estaba en silencio, por lo que sus pisadas sonaban bastante. Una leve y cálida brisa barría las calles y agitaban las llamas de las antorchas que iluminaban la ciudad.

Cuando dejaron atrás el último escalón, Jade tomó la mano de su hermana con fuerza al descubrir el grupo de hombres que, muy cerca de allí, parecían discutir. Las ruinas, situadas en las afueras, solían ser un sitio tranquilo. Solo unos pocos indigentes se cobijaban contra lo poco que quedaba de los muros para pasar la noche y dormir.

—Hay mucha gente, deberíamos volver atrás —advirtió, preocupada.

La senda se iluminaba por varias hogueras que formaban sombras que danzaban y se deslizaban sobre el suelo de fina arena y pequeños guijarros que atrapaban sus luces.

—Son los hombres de Caleb —respondió su hermana menor, instándola a seguir—. No tengas miedo.

—No me habías dicho que vendría acompañado de tantas personas —susurró.

—Siempre lleva guardaespaldas, como padre.

—¿Tantos? —Jade miró al grupo con el ceño fruncido. Un par de sujetos hacían exagerados ademanes con las manos.

En cuanto se acercaron más, se detuvieron asustadas. No sabían quién era Caleb, pero excepto uno de los tipos que vestía una larga túnica rallada, los otros no pertenecían a esas tierras.

—Oh, oh —musitó Corinna.

—¿Qué quiere decir eso? —inquirió Jade dando un paso hacia atrás.

Corinna la imitó. La mala fortuna quiso que los individuos se percataran de su presencia y todos volvieran la cabeza al lugar en el que ellas estaban.

—Esos no son la escolta de Caleb.

—¡Vámonos, corre!

—¡Esperad! —dijo el de la túnica.

Ambas, incapaces de reaccionar, se quedaron inmóviles viendo cómo el sujeto se les acercaba con pasos ágiles. Jade se colocó delante de su hermana para intentar ocultarla y clavó sus ojos en los del hombre, que era tan solo unos centímetros más alto que ella.

—¿Tú eres Corinna al Rashed? —preguntó en perfecto árabe.

Ella tembló y tragó nerviosa. Asintió:

—Sí, soy yo. He venido a ver a Caleb, de la casa de Narcise. ¿Pertenece a su guardia?

El hombre se volvió hacia los otros y les hizo una señal. Estos comenzaron a acercarse y Jade, medio empujando a Corinna, la hizo una señal para que estuviera atenta y saliera a correr en cuanto ella le avisara.

Los tipos llegaron en cuestión de segundos.

—¿Dónde está Caleb? —preguntó Jade, inquieta, observando a los hombres. No tenía ninguna duda de que eran extranjeros. Incluso a pesar de las sombras, sus ropas eran inconfundibles.

Uno de ellos, de una altura asombrosa, caminó hasta ella y, de un solo movimiento, le retiró la capucha de la túnica. Su desilusión fue evidente al verla con el velo que cubría sus cabellos y la mitad de su rostro, pero no hizo intento de quitárselo.

—¿Cómo se atreve? —inquirió ofendida, dando otro par de pasos hacia atrás.

El sujeto dijo algo en un idioma que no entendió, aunque adivinó que tenía mucha similitud al dialecto de la española encerrada en la celda de palacio.

Como Jade no volvió a decir nada más, el musulmán y el hombre intercambiaron varias palabras. De pronto el tipo alto se volvió hacia ella y una de sus manos rodeó su cuello con tanta fuerza que sintió que iba a quebrárselo.

Corinna gritó al tiempo que lanzaba guijarros y tierra con fuerza contra ellos.

—¡Márchate! —logró decir Jade, asustada, a su hermana. El hombre apretó más su garganta y pensó que la iba a matar. No podía respirar. Le agarró la mano con las dos suyas y clavó sus ojos en los oscuros pozos envueltos en sombras. Llegó hasta su nariz el aroma limpio que emanaba de la piel del hombre, como jabón perfumado. Tras de sí seguía escuchando

gritar a Corinna y sintió un repentino miedo por que la hirieran—. No la hagan daño, por favor —imploró como pudo.

El hombre inclinó la cabeza hacia la suya y susurró algo junto a su mejilla, con los dientes apretados, causándole dolor. No le entendió. Solo notaba la furia que su tono dejaba entrever, el ardiente aliento golpeando su cara y el roce de los dientes que a la luz de las hogueras se veían peligrosos. Creyó que se iba a desmayar. El oxígeno no entraba en sus pulmones y la sangre se agolpaba en sus labios. Por suerte, el individuo aflojó los dedos y ella se apresuró a coger aliento.

—¡No hemos hecho nada! —lloró, buscando la hueca mirada de su asaltante—. ¡Se están confundiendo con nosotras!

La miró con desprecio y la lanzó contra el suelo. Jade cayó sobre su trasero. Enseguida se le unió Corinna, que se aferró a ella entre sollozos.

El tipo bramó, mirando al musulmán. Este se puso de cuclillas ante las jóvenes.

—¿En verdad eres Corinna, hija de Abu al Rashed?

Jade abrazó con más fuerza a su hermana y asintió.

—¿Quién es la muchacha que te acompaña? —volvieron a preguntarle.

—Es... mi sierva, Celine —mintió—. Es solo una niña.

El musulmán se puso en pie otra vez y volvió hablar con el extranjero. Era evidente que era el jefe y que no debía entender árabe, pues el otro se lo iba traduciendo.

Un pequeño revuelo de la parte baja de la escalera hizo que todos los presentes dirigiesen sus miradas hacia allí. Jade deseó con todo su corazón que en palacio se hubiesen dado cuenta de su salida y fuera la guardia de su padre quienes las estaban buscando. Los hombres debieron de pensar lo mismo, porque cubrieron sus cabezas con unos sacos ásperos de esparto y las cargaron sobre los hombros.

Ambas comenzaron a chillar con todas sus fuerzas y a sacudir las piernas para golpear a sus agresores.

Dejaron caer a Jade al suelo, le arrancaron el saco y lo último que notó fue un puño de hierro sobre su mandíbula antes de perder la consciencia.

Capítulo 3

Jade despertó bañada en sudor. La imagen de lo ocurrido apareció ante sus ojos. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida de haber salido con Corinna a encontrarse con un hombre?

Miró a su alrededor tratando de identificar el lugar en el que estaba: un estrecho cubículo revestido de madera. El potente olor salado del mar se masticaba.

Encontró a su hermana, que estaba acurrucada y dormida en un rincón, y se acercó a ella, despertándola.

—¿Te encuentras bien, Corinna?

La muchacha, con ojos asustados, sollozó al recordar todo de repente:

—¿Quiénes son esos hombres, Jade? No reconocí a ninguno que fuera de la escolta de Caleb.

—Creo que son españoles. Puede que hayan venido a rescatar a la prisionera de padre.

—¡Pero me buscaban a mí! —dijo con voz temblorosa. El terror se pintaba en sus brillantes ojos oscuros.

Jade asintió pasándose la lengua por los labios. Los tenía resecos y le dolía muchísimo la mandíbula. Sabía que Abu, en caso de ser ciertas las dudas sobre esos hombres, devolvería a la española a cambio de Corinna, pero no lo haría por ella. Por otro lado, tampoco podía exponer a su hermana al odio de esos bárbaros, mucho menos cuando supieran lo que Abu había hecho.

—Todo se arreglará, ya lo verás.

Miró a su alrededor. La luz de la luna penetraba por una claraboya redonda.

—Si se enteran de que yo soy Corinna me harán mucho daño —gimió con angustia—. Ay, Jade, ¡nunca debí arrastrarte conmigo!

—Ahora ya es tarde para lamentarnos. No voy a dejar que te pase nada, pero debes obedecerme —prometió, pensando con rapidez—. Dame todas tus joyas, no deben verte con ellas. Tienen que pensar que eres una simple sirvienta.

Corinna obedeció.

—Me gustaría ser tan valiente como tú. Si lo fuese, no dejaría que cargaras con las culpas.

—No te voy a permitir que me lleves la contraria. Esto es demasiado peligroso para ti. —En realidad lo era para cualquiera de ellas, pensó, pero evitó decirlo en alto.

Estaban en un cuarto de cuatro paredes, con una puerta y un ventanuco, sin ninguna clase de mobiliario. El suelo frío y húmedo desprendía un olor rancio y putrefacto, como si utilizaran ese sitio para hacer necesidades fisiológicas. Olía a retrete.

La puerta se abrió despacio y el musulmán que habían visto antes asomó la cabeza por la abertura. Ambas hermanas se pusieron en pie con rapidez y se resguardaron muy juntas en un rincón.

—Corinna —llamó—, sígueme.

Corinna agarró con fuerza el brazo de su hermana.

—¿Y si no lo hago? —preguntó Jade.

El hombre la observó frunciendo el ceño.

—Tendré que llevarte a la fuerza.

—Creo que tendrás que hacerlo —respondió ella elevando el mentón.

—Lo más sensato sería no complicar las cosas por el bien de todos. —Él se apartó a un lado y, con la cabeza, hizo un ademán para que saliera del cuarto.

—¿Dónde se la llevan? —inquirió Corinna con inquietud. Sus ojos viajaban del captor a su hermana con las pupilas dilatadas.

—Tú debes esperar aquí y no te pasará nada —respondió el hombre.

Corinna empezó a sollozar y a sacudir la cabeza. Jade tragó con dificultad. Puso las manos sobre los delgados hombros de Corinna y la miró con coraje, tratando de tranquilizarla. Cuanto más pronto supiera qué era lo que querían de ella, más posibilidades habría de salir de allí.

—No va a pasar nada. No tardaré en volver —susurró. Su hermana tragó saliva, hizo un gesto afirmativo con la cabeza y se abrazaron.

El hombre guio a Jade por un corredor estrecho envuelto en sombras. El olor del mar allí era más fuerte.

—¿Dónde estamos? ¿Esto es una embarcación?

Asintió con la cabeza.

—El Destructor azul, un galeón español.

Jade se sintió morir. ¿Dónde las llevaban?, ¿tal vez a España?, ¿era una especie de ojo por ojo?

—¿Qué van a hacer con mi sirvienta? —preguntó casi sin aliento, sintiendo como el terror se estaba apoderando de todo su cuerpo.

—Lo desconozco. Dudo de que quieran hacerla daño, pero eso no es asunto mío.

—¿De quién lo es entonces? —insistió.

El sujeto no contestó y la hizo ascender por una escalera cuyos peldaños estaban húmedos. Una brisa fresca y agradable agitó el pañuelo de seda que cubría su cabeza. Aún tenía la túnica negra sobre sus ropas y el calor era insoportable. No estaba acostumbrada a estar tan abrigada. Su corazón comenzó a galopar salvaje cuando descubrió que la embarcación se balanceaba en la oscura negrura que los rodeaba. Un inmenso mar negro como el infierno.

Sobre la cubierta había farolillos y lámparas de aceite de ballena que desprendían una luz suave, dorada. También pudo ver a algunos hombres entre las sombras haciendo sus tareas o simplemente conversando.

Levantó los ojos por inercia hacia el palo mayor donde ondeaba una bandera. No apreció ningún color debido a la oscuridad, pero no le extrañaría que fuera negra. Muchos extranjeros se acercaban a la costa de ese modo para que su nacionalidad pasara más inadvertida.

—El comandante desea hablar contigo ahora.

Jade bajó la cabeza respirando con fuerza y se frotó la barbilla donde, con seguridad, empezaba a asomar un cardenal.

—¿Ha sido él quien me ha golpeado? —quiso saber.

—Eso no importa. Debíamos hacer que te callaras.

—¿Qué es lo que quieren de mí?

—Te lo dirá el comandante.

—Dime algo. Es por la española, ¿verdad?

El hombre volvió la cara hacia ella y asintió.

—Así es. Él te va a hacer unas preguntas y tienes que responderlas. Me llamo Ayoub y te ayudaré a entender las palabras del comandante, pero procura no enfadarle, ya no le queda ni pizca de paciencia.

Jade apretó los puños contra sus piernas. Tal vez si les decía lo que deseaban saber, las liberasen a las dos. Tuvo que preguntarlo:

—¿Dejarán después que me vaya?

Ayoub se encogió de hombros.

—No depende de mí.

Jade trató de esconder sus propios miedos bajo una apariencia tranquila y serena. Siempre había vivido con la protección de Abu y nunca había esperado que llegara un momento como aquel, aunque sabía que su padre tenía numerosos enemigos.

Ayoub abrió una puerta y ella entró con piernas temblorosas en un elegante camarote. Pero se quedó quieta nada más atravesar el umbral. El hombre alto que antes había cogido su cuello se levantó de una silla en el momento de verla. Su figura era temible, así como su rostro frío y duro. Sus ojos, ahora los vio con claridad, eran dos acerados lagos azules. El hombre poseía una expresión diabólica.

Tragó con nerviosismo el nudo de su pecho y Ayoub tuvo que empujarla para que avanzase varios pasos más. De una rápida pasada descubrió a otro sujeto que esperaba de pie cerca de una ventana cuadrada. Este vestía una casaca de oficial en tonos blancos y su rostro expresaba tanta furia como la del tipo que debía de ser el comandante. Varias lámparas iluminaban el lugar repartiendo chorros dorados que bailoteaban sobre las paredes.

El alto moreno murmuró algo al musulmán al tiempo que taladraba a Jade con la mirada. Nunca había percibido un odio tan grande dirigido exclusivamente hacia ella. Sus ojos se clavaban en el fondo de su alma como si trataran de abrirla en canal y sacar sus entrañas.

—Dice que te quites el velo de la cabeza —tradujo Ayoub con voz suave.

No podía hacer tal cosa y ese hombre debería de saberlo. Jade sacudió la cabeza.

—¡No! Va en contra de mis leyes. —Con temor, sus ojos siguieron al español, cuando él de manera amenazante dio un paso hacia ella.

Jade quiso apartarse de su trayectoria, pero se encontró con el cuerpo del otro oficial impidiendo que se moviera. Ella alzó las manos en señal de rendición. ¿Qué importaba si Abu y Sherezade habían dicho que llevara siempre el pelo cubierto en su presencia y en la de cualquier hombre? No tenía ninguna intención de morir por eso.

Deslizó el pañuelo al cuello descubriendo su rostro y el cabello. Su lustrosa melena cayó sobre los hombros y la espalda lanzando destellos cobrizos de oro y fuego al contacto con las luces de la habitación.

Diego Salazar se quedó parado un momento. No había esperado que Corinna fuera tan hermosa. Había sido una suerte que al preguntar a los hombres de aquel poblado sobre la familia de al Rashed le hubieran dicho que

esperaban a su hija. Se había informado y le habían contado que la joven odiaba a los extranjeros. En ese momento le pareció algo extraño, pues ella misma lo parecía con aquella espesa melena cobriza. Unos cabellos que bajaban escalonados hasta la cintura. Sus ojos grandes, rasgados y de un profundo color verde, rodeados de pintura negra que los volvía más grandes y profundos, se encontraban en un rostro de rasgos perfectos y delicados, tersas mejillas y redondeado mentón. Era una muchacha alta y esbelta, aunque la túnica que llevaba la hacía parecer pequeña y sumamente delgada.

Otra cosa de la que Diego también había obtenido información era de que la joven adoraba las joyas, y por el sonido inconfundible que hacían sus manos al agitarlas, imaginó que estaría cubierta de ellas. Una niña consentida a la que su padre protegía entre algodones. Si así era, pronto acabaría con su cometido.

Al ver el miedo en los ojos de la mujer pensó en el terror que su hermana estaría viviendo. No quería ser condescendiente con la hija de al Rashed, sin embargo, sintió una repentina punzada de ternura ante su juventud, que reprimió al sentarse en la silla de nuevo. Él no era ningún salvaje. Le hizo una señal para que también tomara asiento. Ya de momento estaba siendo más amable de lo que había querido ser, aunque deseaba liberar su rabia con todo el odio de su corazón.

Ayoub se acercó hasta ellos, mientras que Guzmán se alejaba con discreción para apoyar su espalda contra una de las paredes.

El comandante sirvió un vaso de agua de la jarra que había sobre la mesa y se lo tendió a la muchacha. Ella se apresuró a beber. Acabó con todo el contenido y le devolvió el vaso, pero Diego no lo cogió. La mujer lo dejó sobre la mesa.

—Ayoub, por favor, traduce. Estoy buscando a mi hermana Ana Lisa y me han dicho que la tiene tu padre. Háblame de ella.

Jade lo miró mientras hablaba. La voz del comandante había adquirido un tono más cálido y suave que al principio. Relajado era un hombre muy atractivo y agradable de ver, pensó. Tenía la piel bronceada, hombros anchos y unos labios llenos y sensuales. Su mirada más calmada era como el mar del verano en el horizonte.

La joven escuchó todo lo que decía Ayoub y asintió.

—Esa muchacha llegó a la casa hará más de un mes. Mi padre la tiene encerrada en una celda porque ella no demuestra respeto —prefirió evitar decirle que la habían torturado. Contárselo solo ayudaría a cavar su propia tumba y la de Corinna—. Escuché decir que quieren venderla muy pronto,

pero no sé a quién. En estos casos los que suelen beneficiarse son... los generales o... soldados.

—¿Cómo se encuentra ella? ¿Ha sufrido daño alguno?

Los castigos de Abu eran brutales. Ella misma aún tenía en la espalda secuelas de las heridas sufridas por su rebeldía.

—Latigazos.

El comandante golpeó la mesa con el puño cuando escuchó la traducción. Todo lo que había sobre la superficie se levantó del impulso y cayó de nuevo. Jade también lo hizo, sobresaltada, y dejó de respirar. El corazón tronaba en sus oídos como tambores de guerra. La compasión que había podido ver en sus ojos azules escasos segundos antes fue sustituida por una frialdad absoluta. De nuevo él le dijo algo a Ayoub.

Ella miró al musulmán esperando que tradujese, pero se limitó a tomarla del brazo haciéndola ponerse en pie.

Se asustó. ¿Iban a matarla ahora?

—Yo sé dónde se encuentra la española, puedo indicarles...

Ayoub negó.

—No hace falta. El comandante hará un intercambio contigo. Sabemos lo valiosa que eres para tu padre.

—¿Un intercambio? —preguntó con una voz parecida al graznido de un cuervo.

—Vamos, muchacha, no le hagamos irritar más todavía —dijo Ayoub empujándola con suavidad.

Ella miró al comandante resistiéndose a salir. Sabía que Abu nunca entregaría a la española por ella.

—Pero...

El musulmán arrastró a Jade sin darle ninguna opción de seguir hablando.

—¡Tiene que soltarme! —chilló—. Yo puedo ayudarlos.

—No necesitamos nada de ti, ya has respondido lo que se te ha pedido.

—¿Y qué va a pasar ahora? —quiso saber mientras caminaban de regreso al cuarto donde estaba su hermana.

—Cuando llegue el momento lo sabrás.

¿Eso que significaba?

Ayoub no quiso seguir hablando. Abrió la puerta y dejó que entrara. Antes de que ella pudiera impedirlo, él agarró la mano de Corinna y se la llevó. Sabía que Ayoub no iba a ser rudo con ella, y eso tranquilizó y calmó un poco su ansiedad.

—Ten un poco de sensatez, hermana —susurró para sí misma, con los dedos fuertemente cruzados. Esperaba que siguiera sus consejos. Aunque, ¿ella cuándo le había hecho caso?

Corinna estaba tan aterrada que su cuerpo temblaba sin control cuando le hicieron sentarse en la silla del camarote del comandante.

—Puedes decirle que no tenemos nada en contra de los sirvientes de al Rashed —dijo Diego al musulmán—. Deseo que nos cuente cosas de él.

La joven observaba al comandante como lo haría un conejo asustado desde su madriguera. Se hallaba encogida en la silla. Se pasó la lengua por el labio inferior.

—El sultán Abu al Rashed es un hombre muy cruel y vengativo. Le gusta humillar a las mujeres e imponerles su poder. Hace unas lunas abusó de la española y todos pudimos escuchar sus gritos de dolor. Quiere venderla a principio de semana en cuanto sus heridas terminen de cicatrizar. Jade, la hija mayor de Abu, fue la única persona que pudo acercarse a la mujer a cuidarla y a ayudarla. Por ello seguramente sufra un castigo intenso y doloroso.

Diego cerró los párpados con fuerza durante unos segundos y tuvo que recordarse que aquella sierva no era el sultán. Cuando los abrió de nuevo vio que la muchacha lloraba y que gruesos lagrimones bañaban sus mejillas. Pensó en su hermana con más fuerza y más angustia. Iba a matar a ese hombre. En cuanto tuviera la más mínima oportunidad acabaría con su vida.

—No he oído que al Rashed tenga una hija mayor que Corinna. ¿Quién es ella y por qué ayudó a mi hermana? —quiso saber.

Volvió a esperar a que su hombre tradujese.

—Jade es la hija de una esclava inglesa. Odia a su padre y no comulga con sus actos. De hecho, apenas tiene una religión definida, ya que su madre abraza el cristianismo. Sin embargo, Abu se niega a que abandone su hogar.

Diego se giró hacia la ventana para que ni Guzmán ni Ayoub pudieran ver la dolorosa agonía en sus ojos azules. Apoyó las manos en el quicio con tanta fuerza que sus nudillos se tornaron blancos y maldijo a Corinna por no haber sido totalmente sincera con él. ¡Claro! ¿Qué podía esperar de la hija de un violador y un asesino? Era posible que temiera correr con la misma suerte, y no estaba muy equivocada. En aquel momento Diego estaba tan lleno de ira y sed de venganza, que todo lo que llevaba dentro, se prometió, se lo haría pagar a la adorada hija del sultán con creces.

—Devolver a la sierva a tierra y que lleve una misiva a ese hombre. La vida de mi hermana a cambio de la de su hija. Guzmán, encárgate tú de escribirla.

El hombre asintió, aunque Diego seguía de espaldas y no podía verle. Esperó a que Ayoub se marchara con la muchacha.

—Imagino cómo debes sentirte ahora mismo, Salazar. No sé qué decir ante semejante revelación —murmuró con los dientes apretados de rabia.

Diego continuaba observando la negra oscuridad por la ventana. El reflejo de la luna sobre el océano brillaba como una gigantesca perla flotando a la deriva. A lo lejos se acercaban espesas nubes que amenazaban tormenta.

—Sabía que esto iba a pasar —contestó con furia, levantando una mano a la altura de su cabeza. Con el puño golpeó en el marco de la ventana—. No tendría que sorprenderme, pero había tenido una pequeña esperanza de que respetasen a Ana Lisa. —En el interior de su pecho todas sus células conformaban un nudo que asfixiaba al imaginar a su hermana a merced de aquel hombre. Una rabia enfermiza le volvió loco.

Guzmán se acercó hasta él y le puso la mano en el hombro, a riesgo de que Diego se la retirara. No lo hizo.

—No tardaremos en recuperarla —dijo—. Tu hermana aún está viva. Sé que cualquier cosa que te diga no va a aliviar tu sufrimiento, pero debemos ser cautos.

Diego respiró con fuerza y cerró los ojos evitando llorar. Era lo que más deseaba hacer en ese momento. Se volvió hacia el centro del camarote sin mirar a ningún punto exacto y, al cabo de unos segundos, se colocó en las caderas el sable que había dejado colgado en un perchero de la pared. Guzmán no trató de detenerlo cuando salió del puente con largas zancadas. Sabía que iría a ver a Corinna y solo Dios sabía lo que se proponía.

Capítulo 4

Jade dio un respingo cuando la puerta se abrió por segunda vez en esa noche. Estaba acurrucada en un rincón de la habitación y cuando alzó la mirada solo pudo distinguir las largas piernas enfundadas en unas altas botas oscuras. La hoja del sable brilló con la luz de la luna cuando su reflejo quedó atrapado por unos segundos. Iba a levantarse, pero entonces el hombre enganchó sus cabellos con violencia y la incorporó, haciéndola gritar.

El hombre dijo algo, empujándola contra la pared.

—No puedo entenderte —gimió ella mientras su cabeza golpeaba contra la madera. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero luchó por no derramar ninguna. Percibió tanta rabia en el hombre que supo que Corinna le había confesado la verdad sobre la suerte de la española.

El sujeto gritó algo, al tiempo que agarraba el cuello de su túnica y le desgarraba las prendas, arrancándoselas del cuerpo.

Diego sufrió un impacto. Sus azulados ojos se quedaron enganchados en un corpiño azul brillante, rodeado de flecos plateados, que acariciaban un vientre liso. Más abajo de las caderas, nacía una falda de gasa del mismo tono, que dejaba las esbeltas y torneadas piernas a la vista. Llevaba pulseras en ambos brazos y en los tobillos. Una fina cadena de oro rodeaba su cintura con una esmeralda circular cubriendo su ombligo. Una piedra del color de sus ojos verdes.

Aquella mujer tenía una belleza sublime e inigualable. Cualquiera hombre habría dado su vida por poseerla y él tenía una excusa para hacerlo. Escuchó lo que creyó que era una súplica mientras ella alzaba los brazos para detenerle. La ignoró. Con un manotazo apartó las manos y luego cogió sus finas muñecas llevándolas sobre la cabeza de la mujer. Se inclinó sobre su cuello y hundió la boca en el hueco. Quería señalarla con los dientes. Mas no pudo hacerlo. Sintió su aroma exótico de algún perfume floral y la cordura se

asentó en su cabeza. Él no era como el sultán. No era un maldito violador. Gruñó.

Jade dejó de luchar cuando notó la respiración profunda del español sobre su cuello. Seguía sujetándole las manos, pero ya no le hacía el mismo daño que al principio. Como si algo hubiera cambiado de repente dentro de él. Podía sentir el calor que desprendía, la presión del fornido pecho sobre el suyo, la caricia de los negros cabellos rozando su mentón y sus senos.

—No me hagas daño —suplicó con un corto sollozo. Escuchaba el corazón del hombre latiendo con fuerza contra el suyo. No debía ser fácil saber que su hermana había sido forzada. Si a Corinna le hubiera sucedido algo parecido, ella se habría muerto de rabia y aflicción. Pero no podía pagar su ira con quien no tenía culpa.

El tipo alzó la mirada hasta la verde de ella y sus ojos contemplaron las lágrimas que inundaban sus cuencas. No debía tener consideración con ella — se repitió con enojo— le habían dicho que tenía tantos prejuicios como el padre, sin embargo, ella lo miraba con miedo y compresión, como si entendiera su pena y ¡maldita era si deseaba su compasión!

Con violencia se apoderó de sus labios. Ella los cerró con fuerza, aun así, Diego se abrió paso entre ellos con la lengua imponiéndose en su interior. Temió por un momento que le mordiera —se lo merecía—, pero no lo hizo. Se quedó quieta dejándole recorrer la cavidad con su lengua, evitando que tocara la suya, esquivándole. Sollozaba en silencio.

Diego dio por finalizado un beso frío y sin sabor que solo buscaba asustarla, y soltó sus manos. Respiró con dificultad, más que nada porque el dulce aroma que ella desprendía lo estaba excitando de verdad. Con un paso atrás la miró con el más puro desdén. No estaba muy seguro de que ella pudiera ver su mirada solo con la luz de la luna que penetraba por la ventana, pero no le importó. Paseó la vista por el estrecho cuartucho y sonrió satisfecho.

—Sé que no me entiendes, pero mañana te impondré un castigo y me servirás mientras esté en estas tierras.

Sin atreverse a moverse de la pared, ella lo observó con los labios hinchados y temblorosos. Todavía podía sentir la lengua áspera del español en el interior de su boca. No sentía asco. Sin embargo, no soportaba que la hubiese besado a la fuerza. Le había hecho daño. La dañaba con sus furibundos ojos de hielo que se deslizaban sobre su cuerpo de modo insultante.

El comandante Salazar se llevó las manos al cinturón de manera amenazante. Con un sollozo, y agitando la cabeza, Jade se dejó caer sobre el suelo al tiempo que alzaba las manos para protegerse. No merecía toda aquella rabia, y si hubiera podido entregarle la cabeza de Abu, lo hubiera hecho encantada.

Diego salió del cuarto y dejó caer la espalda contra la puerta. A través de ella escuchó el angustioso llanto de la mujer. Lo que le llevó a pensar de nuevo en Ana Lisa. Le hubiera gustado que alguien pudiera consolarla como él mismo deseaba hacer con la musulmana, no obstante, se marchó de allí antes de sucumbir al hechizo que aquellos ojos verdes y ese cabello cobrizo ejercían sobre él. En cubierta respiró el aire de la noche intentado calmarse.

—No has podido hacerlo ¿verdad?

La voz de Guzmán le sorprendió tras él. Se resistió a mirarle. Agitó la cabeza negando.

—¡No soy como el maldito sultán! —escupió con rabia—. Pero no tengo que forzarla para hacerla sufrir. —Por fin giró solo la cabeza para observar a su amigo que, con rostro serio, oteaba el oscuro horizonte—. Quiero que a partir de mañana me sirva. Será mi esclava. Esta noche déjala dormir donde está.

—Salazar, si tú no eres capaz, aquí hay muchos hombres que no pondrían ningún reparo.

—Amigo, sé que hablas desde el odio y la sed de venganza, pero no nos han criado para esto. Me opongo a que una mujer sea violada. ¿Tú lo harías, Guzmán?

El hombre se apresuró a negar con la cabeza.

—No, yo no.

El comandante no dijo nada más. Con toda seguridad, si dejaba a la joven en cubierta no duraría intacta ni dos segundos. De buena gana lo habría hecho, sobre todo si no la hubiese visto, ni oído su perfume. Pero ellos no eran así. Él no era ningún salvaje y jamás había tratado mal a una mujer.

Siempre había tenido la convicción de que las damas más bonitas eran las españolas, con sus cabellos oscuros y de fuerte pasión. Hubo una vez que conoció a una inglesa que, si bien le pareció graciosa, se cansó de su pelo color zanahoria y la multitud de pecas que inundaban sus mejillas. Pero esta musulmana... Su piel era como el terciopelo de un color oliváceo, un bronceado dorado y exótico. Sus ojos grandes, rasgados, sorprendentemente verdes, casi translúcidos, como si no fueran reales, hablaban de lugares mágicos y hermosos paisajes. Su boca de labios sugestivos y generosos era

deliciosa a pesar de lo tensa que había estado bajo los suyos. Casi creyó adivinar que jamás había sido besada. Pero sin duda, el cuerpo de esa mujer... era de ensueño y quitaba el aliento. Alta, espigada, con unas piernas preciosas, una cintura maravillosa, un vientre que invitaba a ser lamido y unos senos que con toda seguridad hubieran estado perfectos para el hueco de sus manos.

Se obligó a pensar en Carmen y entonces se dio cuenta de que llevaba mucho tiempo sin estar con una mujer. Pronto iba a solucionar esa situación. Le dio a Guzmán la orden de soltar el ancla en cuanto la sierva de Corinna llegase a tierra firme y dirigir la nave a la ciudad de Esmirna. Aquel lugar quedaba bastante alejado de las dependencias de Abu y en su puerto moraba gente de diferentes nacionalidades. Según Ayoub, los mejores garitos y locales de prostitución se encontraban allí. Además, debían moverse antes de que el sultán supiera que tenía a su hija en su poder. No se iba a quedar quieto mientras el otro preparaba una ofensiva. Al contrario, haría que el Destructor azul se moviera con continuidad a lo largo de la costa, de este a oeste. El intercambio se celebraría en tierra firme, un lugar que Diego elegiría y donde no pudieran tenderle una trampa.

Maldiciendo su mala fortuna, se encerró con Guzmán en la recámara y bebieron hasta las primeras luces del alba.

Capítulo 5

Corinna golpeó la puerta con suavidad y enseguida se abrió una pequeña trampilla enrejada del muro cercano. En las sombras, el brillo peligroso de unos ojos se clavó en ella.

—¡Abridme! —exigió apartando la capucha de la túnica negra de su cara para que la vieran bien.

Los dos guardias que custodiaban la entrada se apresuraron a dejarla pasar y, mientras uno la contemplaba asombrado, el otro vigilaba la calle de arriba abajo.

—¿Viene sola, princesa?

—Acabo de dejar a una de mis siervas en el mercado —mintió, pasando rauda cerca de los hombres, al tiempo que se sacaba la túnica por la cabeza.

Ellos se miraron extrañados.

—Los puestos del mercado aún no están abiertos.

—Tenía cita en la orfebrería —respondió caminando hacia la puerta del patio. Se dio la vuelta antes de llegar y los observó con una especial caída de ojos. Conocía bien a uno de los guardias. No llevaba mucho tiempo en palacio —. No me delatéis ante mi padre, no quiero que me castigue —dijo con voz sensual haciendo un mohín con los labios mientras se llevaba una mano al delgado tirante dorado de su hombro, que sostenía su corpiño.

Los guardias recorrieron la brillante tela con la vista, parándose en la protuberancia de sus juveniles pechos con lascivia. Corinna sonrió satisfecha. Pensó que los hombres eran tan predecibles, que era fácil manejarlos a su antojo. Volvió unos pasos hacia atrás hasta llegar al hombre que conocía y le tomó una mano cogiéndolo de la muñeca.

—Sabes bien que puedo compensarte —susurró. Muy despacio, colocó la palma del hombre sobre uno de sus pechos. Los dientes del guardia asomaron sobre el labio inferior, controlando su excitación, y deslizó la yema de uno de sus dedos por el borde de la prenda. Corinna se estremeció—. ¿Te gustaría

que volviéramos a encontrarnos otra vez? —susurró, acariciando la erección masculina al tiempo que sus ojos se paseaban sobre el otro guardia, reflejando un montón de promesas.

El hombre tragó con dificultad y asintió con ojos brillantes.

—Si, princesa.

—Mañana entonces. —Con una sonrisa excitante se apartó de ellos y atravesó la puerta.

Los hombres a veces se ponían realmente estúpidos cuando coqueteaba con ellos. Lo descubrió cuando apenas contaba trece años, que sedujo al primer varón. La situación de excitación y peligro le había gustado tanto que prácticamente se había acostado con todos los hombres de palacio, excepto los eunucos y su padre, por razones más que obvias. Si se enteraba era capaz de matarla. Tampoco había intentado nada con los asesores y consejeros. Estos no solían ser tan grandotes, ni tan fuertes, como la escolta, y ella adoraba los cuerpos altos y musculosos, las pieles brillantes y sudorosas, y sobre todo que la dominasen.

Su tía Sherezade era conocedora de su secreto. Decía que estaba enferma, pero Corinna bendecía su enfermedad, en caso de ser así, por hacerla disfrutar tanto del sexo. Con toda seguridad, si Jade se enteraba de lo que hacía, enloquecería y sería incluso capaz de encerrarla lejos de cualquier hombre. Su hermana mayor era tan puritana que era incapaz de reconocer sus encantos, y mucho menos de excitar a un hombre.

En la cocina arrojó la túnica sobre uno de los bancos en el mismo momento en que entraba una doncella.

—¿Busca algo, princesa?

—Necesito que digas a mi tía Sherezade que preciso hablar con ella ahora mismo. La espero en mis habitaciones. Y lava mis ropas en cuanto tengas un poco de tiempo —señaló al banco con prisa y salió de la cocina.

La sierva no tuvo tiempo de preguntar nada más, aunque imaginó que debía tratarse de algo grave. Era bastante extraño encontrar a la hija pequeña de Abu en la cocina, pero mucho más encontrarla despierta a esas horas tan tempranas. Recién acababa de amanecer y Corinna solía dormir hasta bien entrada la mañana.

La criada buscó a Sherezade deseando que hubiera salido del ala en el que se alojaba gran parte del harén de Abu, sin embargo, las gigantescas dobles puertas todavía estaban cerradas. Sin el permiso de la misma Sherezade o del sultán, nadie podía entrar allí.

No tuvo que esperar mucho tiempo. Escuchó ruidos al otro lado y Sherezade atravesó la puerta. Aguardó con paciencia a que volviese a cerrar con llave. La mujer la miró con el ceño fruncido y el mentón alto.

Sherezade era una persona muy soberbia y fría que se creía la dueña de palacio. Su función era la de cuidar y proteger a las esposas y a los hijos de Abu, además de encargarse de que todo funcionara de forma correcta y ordenada.

—¿Ocurre algo?

—Señora, Corinna me envía a buscarla. Quiere verla en sus aposentos.

—¿Tan pronto? —Se extrañó—. ¿Dónde está Jade? ¿Por qué no ha sido ella quien ha venido a avisarme?

—No lo sé, señora. Encontré a la princesa en la cocina y parecía preocupada.

Sherezade cruzó una pequeña estancia seguida por la sierva y, al entrar en otra, pasó un dedo por el mármol rosado de un muro bajo que dividía la sala de relajación en dos. Observó el polvo con mal gesto.

—Avisa que limpien todo esto de arriba abajo.

—Sí, señora —respondió la sirvienta, que suspiró aliviada cuando llegaron a otro corredor que Sherezade tomó, dejándola sola.

Todos los siervos temían a la hermana de Abu al Rashed. Era una mujer de carácter fuerte que disfrutaba castigando a cualquiera que no obedeciera ni cumpliera las normas de palacio.

Sherezade llegó a la alcoba de Corinna y la encontró sobre la cama temblando como una hoja. Observó que seguía vistiendo las prendas del día anterior cuando había danzado ante las esposas de su padre.

—Me han dicho que querías verme.

Corinna alzó los oscuros ojos hacia ella y, levantándose con velocidad, se arrojó en sus brazos sin poder controlar el llanto.

—Ha ocurrido algo horrible —dijo entre hipo y sollozos—. Por mi culpa han capturado a mi hermana. La obligué a que me acompañara a reunirme con Caleb, de la casa Narcise, pero nos prepararon una emboscada. Los españoles la han secuestrado y piden hacer un intercambio con padre. Jade ahora está metida en un grave problema por mí —terminó de decir con un gemido lastimero.

Sherezade frunció el ceño, furibunda.

—¿Por tu culpa? ¡La culpa es solo suya por ser tan insensata! —gritó—. Nunca debió acceder a tus exigencias, y lo sabe. Ambas tenéis prohibida la salida de palacio.

—Lo sé, pero yo la convencí. Le dije que la ayudaría a salir de aquí con su madre. ¿Qué vamos a hacer ahora? Padre se enfadará conmigo.

—No solo es eso. Abu jamás hará ningún intercambio por ella. No es un hombre que se deje chantajear con facilidad. Mucho menos por la hija de una esclava.

—¡Padre la ama!

—¡Eres una estúpida si piensas que mi hermano va a arriesgar su vida por ella! Seguro que los extranjeros tienen un plan para acabar con él.

Corinna asintió.

—Lo sé. El mismo español dijo que terminaría con él en cuanto recuperase a su hermana. —Miró a los ojos de su tía, suplicando—. Pero habrá algo que se pueda hacer. Yo tampoco quiero que le pase nada a padre.

Sherezade frunció los labios con furia.

—Ya sabía yo que Jade nos traería problemas. ¡Ni se te ocurra volver a decirme que ella no es culpable! —siseó silenciando a Corinna—. Abu no debe saber nada de esto. Le haremos creer que Jade ha huido por las posibles represalias de haber cuidado a la española.

—Pero ¿qué pasará con ella? ¡No podemos dejarla a merced de esos hombres!

—¡Ahh! ¡Jade! ¡Jade! —gruñó con ira. Se acercó a un bonito candelabro de dos velas y, tras encender una, quemó la misiva del rescate que Corinna le había entregado—. Si Raissa te pregunta, no sabes nada de su hija. Nosotras iremos esta tarde a ver a Caleb de Narcise. Ese hombre os traicionó y debe ayudarnos, de lo contrario haré que tu padre lo acuse.

—¡No!

—¡Claro que sí! —Sherezade se cruzó los brazos sobre el pecho—. ¿No querías conocer a ese hombre? Esta tarde tendrás oportunidad de hacerlo. Luego deberemos convencer a Abu de que venda lo antes posible a la española y que sea Caleb quien se encargue de comprarla.

Corinna asintió, comprendiendo.

—¿Quieres que Caleb haga el intercambio?

—En este momento es el único que puede hacerlo. Siempre será mejor para él, pues si Abu se entera de su traición, es capaz de mandarlo decapitar. Y luego ordenarían que apedrearán a Jade por indócil e insurgente.

Aunque Corinna no volvió a decirlo, no podía quitarse de la cabeza que ella era la culpable de todo. Había empujado a su hermana hacia las manos de unos salvajes desalmados, ansiosos de venganza. Si algo le sucedía, no se lo iba a perdonar nunca.

El sol dio de lleno en el rostro de Jade cuando Ayoub la guio hasta la cubierta del barco. No había podido dormir en toda la noche pensando en el paradero de su hermana y por fin, al amanecer, Ayoub le había dicho que Corinna había regresado a palacio. Se sintió tan aliviada que el miedo y la preocupación que había tenido por ella desaparecieron de un plumazo. Ahora podía pensar mejor en la manera de escapar del dominio de los españoles.

Diego, como la mayoría de los hombres que estaban en ese momento en cubierta, la estudió con detalle. Si en la noche la joven le había parecido bellísima, ahora debía reconocer que era una sirena de largos cabellos cobrizos, la mar de excitante, y por las miradas y las sonrisas bobaliconas de sus hombres, supo que no era el único que pensaba así.

Jade se habituó a la luz del sol y, al recorrer con sus ojos verdes el galeón, descubrió a todos los marineros que la miraban expectantes, como si esperaran verla bailar de un momento a otro. Se volvió hacia Ayoub extendiendo sus manos atadas hacia adelante pensando que el hombre iba a desatarla, en cambio él la cogió de un codo y la hizo subir por las escaleras hasta llegar al puente. Antes de alcanzar el último escalón vio al español que había besado sus labios la noche anterior y sus ojos se dilataron al toparse con su oceánica y fría mirada. El español lucía altivo en una pose orgullosa. Era un hombre alto y fibroso. Sus ojos azules contrastaban con la tez morena, reafirmando los rasgos firmes de la mandíbula y de los pómulos. Los cabellos negros ondeaban sobre su cuello enredados con la cálida brisa de la mañana. Vestía una abultada camisa blanca introducida en unos calzones oscuros y usaba botas altas de piel hasta por encima de las rodillas.

Estaba acostumbrada a ver sujetos armados, por lo que no le sorprendió encontrarse con el sable que colgaba de su cadera casi con elegancia. A pesar de que era un hombre que infundía temor, ella conocía su preocupación por su hermana y la incapacidad para tomarla por la fuerza. Comprendía en cierto modo su manera de actuar, pero no podía defender que tratara de vengarse de la persona equivocada.

Ayoub la empujó para que terminara de subir y al llegar arriba tropezó cayendo de manera ridícula sobre los pies del español. Esperó unos segundos con la cabeza gacha que él le ayudara a incorporarse, al no hacerlo, levantó la cara y le extendió las manos, anudadas.

Diego la observó con frialdad, sin mover un solo músculo por auxiliarla. Fue Ayoub quien, desde atrás, la levantó dejándola frente al comandante. En

un santiamén, Diego sacó una pequeña daga de su cinturón y cortó las cuerdas de sus muñecas.

—Ayoub, quiero que le digas con exactitud lo que te voy a decir con mis mismas palabras. Ordénale que limpie mis aposentos de tal modo que sea capaz de comer en el suelo.

El musulmán obedeció. Ella tardó un poco en asimilarlo, y sin moverse del lugar, ni dejar de enfrentar los ojos del comandante, respondió algo a Ayoub.

El hombre de Diego se demoró en traducir. Contemplaba a la mujer como si la locura la hubiera poseído.

—Estoy esperando, Ayoub —siseó Diego con intriga.

El joven tragó nervioso y volvió hablar a la mujer deseando que ella cambiara la respuesta, pero no lo hizo.

—Comandante, quiere saber qué pasará si se niega a hacerlo. Dice que no es una criada.

Diego alzó la cabeza como si le hubieran dado un guantazo. Miró a la mujer y pudo ver en sus ojos una chispa de rebeldía. Clavó la vista en ella con ferocidad. Podía intuir que le temía. Lo veía en sus pupilas, sin embargo, era terca y continuó sin moverse del sitio, aguantándole la mirada.

Incómodo, se dirigió al muchacho.

—Si no me obedece recibirá latigazos frente a la tripulación.

Ayoub se lo dijo y ella hizo una mueca desafiante.

Diego no lo había esperado. Una cosa era que fuera una orgullosa, otra que le desafiase delante de todos sus hombres y se negara a una orden. Alzó la voz para que todos le escucharan.

—De acuerdo. Veremos a ver si cambia de opinión. Atadla al palo y propínadle cinco latigazos.

La mayoría de los presentes comenzaron a murmurar y a mirarse entre sí. En sus ojos se leía la inseguridad de que alguien se atreviese a hacerlo. No era lo mismo enfrentarse a un hombre, que golpear a una mujer. Aunque algunos de ellos no sentían ninguna clase de reparos. Odiaban demasiado a los turcos y les producía satisfacción que aquella mujer sufriera, como lo estaba haciendo la hermana del comandante.

Un tipo llegó en dos largas zancadas y la hizo girar con violencia para volver a bajarla hasta cubierta. Sostuvo los brazos femeninos y se dispuso para atarlos al palo. Ella, al principio se resistió, después le dijo algo a Ayoub y dejó que la amarrasen.

Pasándose la lengua por los labios en actitud nerviosa, el musulmán se dirigió a Diego.

—Dice que no mande el trabajo a otro, que sea un hombre y lo haga usted mismo.

De un salto, Diego alcanzó la cubierta con la mirada fija en la de ella. A pesar de estar atada, sostenía una pose altiva y orgullosa. La hija digna de un sultán cruel y despiadado.

—¿Ha dicho eso? —gruñó furioso.

—Esas mismas palabras —repitió Ayoub.

Diego se encaminó al hombre que sostenía un látigo de seis colas. Con rostro indescifrable cogió el cuero y se situó detrás de la joven. ¿Por qué se atrevía ella a desafiarlo? ¿Tan tonta era que pensaba que no era capaz de cumplir sus promesas?

A su alrededor todo el mundo guardó un profundo silencio. Él jamás en su vida había puesto la mano sobre una mujer. Podía ser muy impulsivo y, a veces, demasiado temerario, en cambio siempre había odiado a los hombres que se aprovechaban de su influencia, de su fuerza y de su poder para hacerlo, y ahora estaba él allí, con un látigo en la mano y dispuesto a castigar a una mocosa insolente por la sencilla razón de negarse a cumplir sus órdenes.

Con una mano hizo la señal de que apartasen el largo cabello de la joven. Fue Ayoub quien lo hizo, pasando la espesa melena cobriza por uno de los estrechos hombros.

Anonadado, tanto Diego como los hombres que se encontraban más cerca, observaron otras marcas en la espalda.

—Pregúntale por qué ha sido castigada antes.

La contestación de Ayoub llegó a los pocos segundos. El musulmán no se atrevía a mirarle a la cara.

—Dice que no es de su incumbencia, que ella no es su sierva y que usted mismo... limpie el suelo de sus aposentos.

Cegado por la ira, Diego tomó aire y apretó en su mano derecha el látigo. Bien sabía Dios que no quería hacer aquello. Iracundo, volvió a advertir una vez más:

—Dile que se retracte de sus palabras. Si se arrodilla ante mí y me pide perdón, dejaremos esta farsa.

Ella era más soberbia de lo que creía, y no se arrepintió. En cambio, lo miró sobre el hombro, haciéndole frente. Nunca había visto a alguien que poseyera tanto valor como esa muchacha.

Diego contempló a su alrededor. Cerca de cien hombres observando y ninguno de ellos se atrevía a detenerle. En ese momento le dieron ganas de golpear a todos y cada uno de ellos. Guzmán le leyó la mente y, abriéndose paso hacia él, indicó a voz en grito a todos los hombres que siguieran con sus tareas. Tomó el látigo de la mano de Diego y se lo entregó a su dueño.

—No merece la pena maltratar de esta forma a nadie. Te digo lo mismo que tú me dijiste anoche: a nosotros no nos han educado así. Ten paciencia, amigo. Hay otras formas de castigar.

Diego asintió, apretando los dientes con fuerza. Ordenó a Ayoub que la soltase.

La muchacha no entendía muy bien qué estaba pasando pero, en cuanto se vio libre, corrió hacia la borda. Era su oportunidad para lanzarse al agua y, con un poco de suerte, llegar hasta la orilla a nado. Sin embargo, antes de alcanzar su objetivo, sus pies se enredaron en los aparejos y las redes que alguien había dejado en el suelo. Perdió el equilibrio y cayó de espaldas. Por un momento el aire abandonó sus pulmones. Cerró los ojos con fuerza y trató de tomar una bocanada. Le fue imposible levantarse a pesar de intentarlo. Los músculos y las fuerzas la abandonaron de repente.

Guzmán y Ayoub corrieron hasta ella.

—¡Está herida! —gritó Guzmán viendo el arpón y los anzuelos enganchados en la red.

Poco a poco empezaron a desenredarla. La joven había comenzado a llorar, desconsolada. Diego pensó que ella lo tenía merecido por haber tratado de huir. Desde donde estaba la contempló con el ceño fruncido.

—¡Llevala a mi camarote! —ordenó.

Guzmán la tomó en brazos. Estaba tan fascinado por su valor como el propio comandante.

La joven dejó de llorar nada más entrar en la habitación, y comenzó a agitarse hasta que Guzmán no tuvo más remedio que dejarla en el suelo. El hombre alargó una mano para retirar el pelo y observar su espalda, pero ella se apartó colocándose contra una de las paredes.

—Solo queremos comprobar el daño causado —dijo Ayoub que había entrado junto al comandante.

Despacio, ella les dio la espalda apartándose el cabello.

—El arpón solo ha causado arañazos superficiales. No hay nada profundo —dictaminó Guzmán, que era quien estaba más cerca.

Diego asintió y les hizo una señal para que los dejaran solos. Se marcharon cerrando la puerta.

Jade, sin saber qué hacer, mantuvo la vista posada sobre el suelo. El comandante la miraba con frialdad. Había sido una necia por ser tan orgullosa, pero al menos ahora sabía que él no tenía la intención de hacerle daño. Eso no significaba que no fuese un salvaje. Estaba retenida a la fuerza y quería humillarla convirtiéndola en su esclava.

Notó el inconfundible ruido de las botas al acercarse y giró la cabeza en el momento en que el español llegaba a su lado. Cerró los ojos con fuerza y, durante un momento, dejó de respirar. Volvió a abrirlos cuando se dio cuenta de que él esperaba que lo hiciera. Sus ojos se quedaron enganchados en el amplio pecho de él.

El comandante dijo algo y señaló la cama. Jade negó. Pensó que él quería terminar lo que había querido hacer la noche anterior. Le oyó resoplar, furioso, y de nuevo insistió en que fuera hacia la cama.

Con pasos lentos y decididos le obedeció. Cuanto más pronto acabara todo aquello, mejor. Sus manos, vacilantes, abrieron los pequeños broches del corpiño. Se lo quitó dejándolo caer sobre el suelo y fue a quitarse la falda también cuando él se la acercó y posó su mano grande sobre las dos de ella. Jade lo miró con labios temblorosos. Tenía muchas ganas de echarse a llorar, pero no iba a hacerlo. Delante de su padre había aprendido a controlar su llanto.

Diego, apenas sin mirar los senos desnudos, la volvió de espaldas a él y, con cuidado, retiró su cabello hacia un lado. Horrorizado miró todas las marcas. Aparte de los nuevos arañazos que sangraban un poco, había otros rosados mezclados con unos más blancuzcos. Con dos dedos siguió las líneas con suavidad durante unos silenciosos minutos, luego se apartó de ella para alcanzar una jofaina con agua.

—Recuéstate.

Jade lo miró, cruzando los brazos sobre el pecho. El hombre estaba introduciendo un paño en el recipiente. ¿Acaso quería curar sus heridas? ¡No podía creerlo!

Se volvió a ella y agitó una mano sobre la cama para que se echara.

—Recuéstate, por favor.

Ella se tumbó, dejando la cara hacia su lado para no perderle de vista. Observó cómo se quitaba el sable y volvía a tomar el paño escurriendo el agua sobrante.

—No te voy a hacer nada, lo prometo.

Jade hubiese dado algo por entenderle. Nada de todo eso habría pasado si ella se hubiera limitado a limpiar el camarote como le había ordenado. ¿Qué

había de malo en limpiarlo? Peor era el castigo físico o la vejación. Se maldijo por ser tan estúpida. Raissa siempre se lo advertía.

Gimió al sentir el paño húmedo en su espalda y se retorció de dolor. Sus manos se aferraron con fuerza al almohadón para controlar sus temblores. Las heridas escocían como el fuego candente a pesar de que el comandante lo hacía con verdadera suavidad, deteniéndose cuando ella se quejaba.

—Deberías haberme obedecido en vez de provocarme de esta manera delante de mí tripulación. No creo que te haya pedido tanto, mi hermana está sufriendo mucho más que tú —murmuró él.

Jade lo escuchaba en silencio. Daba lo mismo lo que el hombre estuviese diciendo. Solo sentir sus palabras cálidas y tiernas lograban consolarla. Eso era más de lo que ella había imaginado. Recordó que, cuando estuvo con la española, se comunicó con ella en inglés. Se atrevió a probar con él.

—Limpiaré tu habitación si así lo deseas.

Diego se detuvo abruptamente y buscó sus ojos.

—¿Hablas inglés?

—Sí.

—¡Santo Dios! —Diego se llevó las manos a la cabeza.

Capítulo 6

Jade se arrepintió de haberle dicho al comandante que hablaba inglés. Él había iniciado una calurosa discusión sobre el comportamiento de todos los turcos y sus inexistentes almas. Parecía no acordarse de que Ayoub, su hombre, no dejaba de ser musulmán.

Evitó decirle que por sus venas corría sangre inglesa. No estaba tan loca como para confesarle eso. De hacerlo, era muy seguro que la acusase también de las batallas que libraban en Jamaica contra los españoles.

Nunca había conocido a un hombre tan autoritario y dominante como él. Podía comprender que no recibir noticias de Abu sobre su rescate durante esos días lo tenía furioso, pero eso no le daba derecho a gritarla y a darle órdenes como lo hacía. A veces se preguntaba de dónde estaba sacando la paciencia para aguantarlo. Ella, la misma a la que en palacio llamaban pequeño colibrí o rabo de lagartija. Quizá, pensaba, era que, a pesar de su mal genio, la respetaba como mujer.

En tierra, o incluso en cualquier otro lado, el tiempo pasaba muy deprisa, pero allí, viendo como paisaje el ancho mar, su paso, era demasiado lento y tedioso como para soportarlo. Además, salir al exterior estaba prohibido para ella, excepto si Ayoub la acompañaba.

Por las noches se acostaba en un jergón, sobre el suelo, en un rincón del camarote. Por suerte el comandante no la molestaba. Él iba casi siempre cuando ya estaba dormida. Eso era más de lo que ella había esperado.

Sin embargo, llegó el día en que el comandante agotó su paciencia. El agua llevaba aguantando en el borde del vaso mucho tiempo, y la gota que lo terminó de colmar fue una noche en la que estaba muy cansada. Esa mañana había aprovechado que él había descendido a tierra para desatornillar los muebles del suelo y limpiar a fondo la sala. Había acabado extenuada en su rincón, pero muy satisfecha consigo misma. Entretenerse en cualquier cosa la

hacía olvidarse de su padre y de lo muy enfadado que debía estar por su ausencia y por haber expuesto a Corinna al peligro.

Precisamente, esa noche, Jade soñaba con el comandante. No era la primera vez que le pasaba. Su mente evocaba una y otra vez la boca firme y masculina sobre la suya. Nunca nadie la había besado antes, aunque tampoco podía considerar beso a aquella muestra de superioridad que solo había pretendido humillarla.

No le odiaba. Él le había contado por qué viajaba bajo bandera negra y lo poco contento que se sentía de ello. También había descubierto que era un hombre educado y con bastante sentido de la responsabilidad. E incluso una vez se encontró contemplándole arrobada cuando él se lavó semidesnudo en la jofaina. Sus músculos duros y la piel dorada se habían grabado en su retina a fuego vivo, haciendo vertiginosos estragos en sus virginales sentidos. Eso, mezclado con la duda de saber cómo iba a reaccionar cuando supiese que ella no era Corinna, la tenían todo el día en un estado continuo de tensión. Estaba segura de que, llegado el momento, él iba a estallar con la fuerza de un volcán en erupción.

El comandante la obligaba a vestir una túnica vieja y sin formas, parecida a las que usaban los sirvientes de palacio. Con ellas dormía sobre el jergón, cuando despertó al escuchar unas voces femeninas. Por un momento pensó que estaba en casa durmiendo en su habitación. Pero de repente a esas voces se les unió la fuerte risotada de un hombre. La voz inconfundible del comandante Salazar que hablaba de forma escandalosa.

La lámpara que estaba sobre la mesa y la que colgaba del techo iluminaban la estancia.

Jade abrió los ojos y se incorporó despacio para ver qué ocurría. Sentada entre las mantas, pestañeó con fuerza para retirar los últimos vestigios del sueño y vio al español, de pie, frente a la cama, con dos concubinas de ropas llamativas que se dedicaban a desvestirle.

Incapaz de apartar la vista de ellos, se fue formando en su interior un enojo que crecía a cada segundo que pasaba. ¿Cómo se atrevía a llevar a dos mujeres al camarote mientras ella dormía? Se puso en pie con agilidad. Con las manos en las caderas y una expresión iracunda, los contempló.

—¡Estaba durmiendo! —les informó con los dientes muy apretados.

Una de las mujeres se volvió a ella, confundida, como si no se hubiera percatado de que estaba allí. Diego también la miró. Su vista estaba nublada, el cabello revuelto y, por el bamboleo de su cuerpo, se encontraba bastante ebrio.

—Siento haberte despertado —respondió en tono festivo. Seguidamente emitió otra carcajada cuando una de las mujeres comenzó a tirar de sus calzones hacia abajo—. Vuelve a dormir, Corinna —dijo acercándose a ella.

Jade apenas notó que él la empujaba en el hombro con una mano floja. Horrorizada con espectáculo tan estrambótico, lo miró con ojos entrecerrados. Sobre la cinturilla del pantalón se apreciaba un vello oscuro y rizado. La camisa había caído y su cuerpo brillaba bajo la luz de las lámparas. Una de las mujeres luchaba con afán por bajarle los pantalones mientras la otra le recorría el tórax con las manos abiertas, acariciándole.

Con las mejillas rojas de vergüenza y los ojos brillando de ira, Jade preguntó incrédula:

—¿Cómo me voy a dormir?! ¡No pensarás fornicar delante de mí, ¿verdad?!

Los desafiantes ojos azules enfrentaron a los de Jade durante unos largos segundos.

—No —respondió con una tenebrosa risita al tiempo que agitaba la cabeza. Sus manos, junto con las de una de las mujeres, luchaban por abrir los broches de los calzones—. Vuelve a tu precioso rincón y cierra los ojos.

Ella frunció el ceño. Ante su sorpresa, la otra concubina cogió una de las manos del comandante y se la pasó por los pechos, frotándose. Su cuerpo lo formaban generosas curvas y carnes opulentas. Llevaba las muñecas y las palmas de las manos con adornos florales pintados de henna.

Que él hubiese entrado en el camarote molestándola de esa manera era malo, pero que encima se hubiera presentado con dos odaliscas era el colmo de los colmos. Furiosa por aquel comportamiento indecente, tensó la mandíbula y soltó:

—No pienso echarme a dormir con este escándalo aquí dentro. Deberías avergonzarte, comandante, estás ebrio por completo.

Diego la observó de arriba abajo con admiración. Atrapó su cintura.

—Si lo deseas, puedes unirme a nosotros, de lo contrario, no estropees la fiesta. —Besó sus mejillas intentando alcanzar su boca. Jade se revolvió y logró soltarse—. ¿Cuál es el problema? —preguntó Diego con ironía.

Los ojos de ella escupieron fuego al tiempo que se encrespaba. Los labios de Diego habían dibujado un cálido reguero hasta la comisura de sus labios y algo, que no podía explicar, había despertado en su interior.

—¡Eres un cerdo sin educación! —gritó, furiosa. Las palabras llenas de desdén le quitaron la sonrisa de la boca y, por un momento, ella vio reaparecer esa dura y fría expresión en los oceánicos ojos azules. No se

amilanó y continuó con su diatriba—: Un bastardo hijo de mala madre con la sangre más negra que el propio infierno. —Estas palabras salieron de su boca en árabe por propio instinto. Sin embargo, las mujeres, al escucharla, se detuvieron abruptamente y se alejaron un paso de ella por temor a la reacción del comandante.

—¡Que me cuelguen si no acabas de decir algo malo de mí en tu maldito idioma!

Con una sonrisa fría, Diego estiró con deliberación el brazo y tocó la tierna mejilla, justo donde la había besado.

Ella retrocedió como si acabara de ser abofeteada y le escupió a la cara. En ese mismo momento se arrepintió de hacerlo. Sus ojos verdes se dilataron aterrorizados.

—Creo que es hora de que empieces a pedir clemencia —amenazó él con una voz tan suave que Jade sintió verdadero pavor.

Las palabras de disculpa subieron por su garganta, pero se quedaron atascadas allí.

—¡Estoy esperando! —gruñó él, agarrando la camisa que había caído sobre la cama para limpiarse el rostro.

Jade desvió la mirada y él inclinó la cabeza sobre la de ella de forma brusca, hasta que sus frentes se tocaron. El comandante controlaba las ganas de machacarla. Se le notaba la furia a la legua.

—No quiero volver a oírte más —la empujó con fuerza hacia su jergón.

Jade pudo controlar el equilibrio y se paró junto a la mesa. Lo miró esperando su siguiente paso. Estaba dispuesta a luchar contra él. En cambio, para su desazón, él sonrió sensualmente a sus compañeras, como si ella no fuera más que una mota de polvo suspendida en el aire, y terminó de sacarse los pantalones.

Las otras dos tardaron poco tiempo en reaccionar y se echaron sobre él. Jade, con la boca abierta, observó su miembro erguido antes de que una de las odaliscas lo encerrara en su mano. El cuerpo del comandante era perfecto, todo músculos duros, sin un solo gramo de grasa de más.

—¡Por Alá! —refunfuñó ella, espabilándose hacia la salida con largas zancadas. Asió el picaporte con fuerza. La puerta estaba cerrada con llave y estiró una mano hacia él, sin atreverse a mirarle a la cara—. Esperaré fuera —gruñó con frialdad—. ¡No puedes obligarme a ver cómo os encamáis! ¿Acaso deseas que tenga pesadillas durante toda mi vida? ¡Me niego a quedarme aquí! ¡Eres un depravado!

Después de unos segundos le escuchó decir, con un asomo de risa:

—Un momento.

Jade se atrevió a espiar por encima de su hombro y lo vio apartando a las mujeres con las manos. Después comenzó a vestirse con ropas limpias.

Sin saber por qué, se asustó. Se le pasó por la mente que él iba a castigarla por haberle interrumpido. Se giró para encararle. No podía permitir que viese su miedo.

Diego levantó la mirada encontrándose con la suya.

—No irás a llorar, ¿verdad? —preguntó con burla al ver la congoja pintada en sus ojos.

Ella agitó la cabeza con valentía y tragó saliva con disimulo.

—Yo pocas veces lloro —respondió orgullosa.

—Así me gusta. Una chica fuerte. Espera un momento que estoy buscando la llave.

Jade se giró de nuevo hacia la puerta clavando los ojos en la madera. ¿Acaso el comandante se estaba burlando de ella?

Diego terminó de colocarse el cinturón y admiró el cobrizo cabello que caía por la delgada espalda hasta la cintura. Repentinamente el deseo que le había consumido por aquellas dos mujeres que había traído consigo pareció evaporarse en la nada. No tenía que haberlas llevado allí. Culpó a la bebida. Estaba deseando yacer con una mujer, o con dos, sin embargo, nunca le había gustado despertar en la habitación de un burdel donde podría ser más vulnerable frente a sus enemigos. Ese era el motivo de haberlas llevado al Destructor y, cuando entró en el camarote, ni siquiera se había acordado de su reciente esclava. El *whisky* debía de haber obrado efectos maravillosos para haberla olvidado de esa manera, porque era imposible borrar la brillante mirada esmeralda, la magnífica boca que pronunciaba el inglés con un aterciopelado acento que le enloquecía y la forma tan majestuosa de moverse, como si flotara por todo el camarote. También estaba la lustrosa melena que le tenía hechizado. Cuanto más tardase en hacer el intercambio por su hermana, más perdido se encontraría. Deseaba a la muchacha. Sus ingles se retorcían de dolor cada mañana y luchaba contra el ansia de arrastrarla sobre su cama y besar esos formidables senos, su vientre...

Se acercó a ella y hundió la cabeza en la curvatura de su cuello para susurrar en el oído. Sintió como se tensaba contra él como un gato en actitud defensiva.

—Vuelve a dormir, mujer.

Ella se atrevió a girar solo la cabeza y se encontró con la boca de Diego muy cerca de la suya. El aliento de él con olor a tabaco y alcohol penetró en

sus fosas nasales.

—¿Tú?

—Yo soy el que se marcha, pero tú no debes dejar que te domine el mal genio.

Las cejas de Jade se arquearon.

—¿Estás seguro de eso? ¿No entrarás más tarde cuando esté dormida?

El comandante negó con la cabeza, se echó hacia atrás y ofreció sendos brazos a sus compañeras.

Jade se apartó de la puerta dejándolos salir, pero Diego volvió la cara hacia ella y dijo:

—No olvides que eres mi esclava.

Cuando la puerta se cerró, la mujer regresó a su rincón maldiciendo a todos los hombres, y en especial al comandante.

* * *

Las dos odaliscas se contoneaban de forma sinuosa. Agitaban las caderas y los flecos metálicos, que atrapaban los reflejos de las lámparas tintineaban con un agradable soniquete como el de muchas campanillas al unísono.

—¿Estás hipnotizado con esta danza?

Diego estaba sentado sobre la amplia mesa del comedor común con las botas apoyadas sobre el banco. Sus ojos azules seguían con interés el movimiento de las mujerzuelas, pero en el fondo, más que mirarlas, estaba pensando que no tenían las piernas tan largas ni tan perfectas como la hermosa criatura encerrada en su camarote. Tampoco tenían el abdomen tan liso e imaginaba a su esclava bailando la danza del vientre para él. Seguro que ella sí era capaz de hipnotizarle y no esas mujeres, como decía Guzmán.

—Es un baile extraño, ¿no te lo parece a ti? —le dijo de pasada.

—Lo que me parece es que no creo que vayas a pagar a estas mujeres por pasarse bailando toda la noche. ¿Qué ocurre? ¿No te atreves a sacar a tu prisionera del camarote? Siempre puedes llevarla al cuarto que hay junto a las bodegas.

—Sí, podría hacerlo —contestó sin dejar de observar la danza. Escupió sobre el suelo—. Pero no lo voy a hacer. Se me han quitado las ganas.

—¿Ocurre algo?

—Hoy tengo más deseos que nunca de regresar a España —le confesó—. Pensé que el bastardo ese no se negaría a hacer el intercambio y que acabaríamos con todo esto mucho antes.

—¿Es eso lo que te preocupa? —preguntó Guzmán.

—Claro que sí. Es por lo que hemos venido aquí. Siento que Ana Lisa está tan cerca, que me angustia no poder verla ni saber nada de ella.

—¿No hay nada más?

Diego arqueó las cejas y le contempló.

—¿Como qué?

—Como que estás perdiendo la cabeza por la zorra que tienes en tu camarote.

Condenado Guzmán. Le conocía mucho más de lo que imaginaba. Él sabía que la mujer lo perturbaba. Aun así, sacudió la cabeza.

—Tengo que recordarme bastante a menudo que ella solo actúa frente a mí. Es la mejor actriz que he visto nunca.

—¿De verdad crees que solo finge ser tu esclava? Es posible que, después de todo, no odie tanto a los extranjeros como habías pensado.

—Tú mismo escuchaste las palabras del visir. Corinna es una niña consentida llena de prejuicios, presuntuosa, soberbia, vanidosa, y sería capaz de vender su alma al diablo por una joya.

Guzmán se cruzó de brazos.

—Realmente no parece ser la misma que encierras allí arriba.

Diego agitó la cabeza.

—Corinna disimula para tenerme contento, pero sé que en cuanto me descuide... ¡zas! —Aplastó el puño en la palma de la mano para corroborar sus palabras—. No tendría ni un solo reparo en cortarme el cuello.

Guzmán lo miró con fijeza durante unos segundos y, encogiéndose de hombros, volvió la vista a las mujeres que continuaban bailando. Ellos no eran los únicos espectadores. Varios hombres habían tomado asiento para observar. La mayoría de la tripulación, incluido Ayoub, estaba en tierra firme pasándolo bien.

—Lo que sigo sin entender es por qué aún no hemos recibido la respuesta del rescate. Se supone que ese hombre ama a su hija. ¿Por qué esperar tanto? —insistió Diego, que llevaba varios días dándole vueltas a la cabeza.

—Es un hombre demasiado orgulloso para ceder con rapidez, pero no creo que tarde mucho más en darse cuenta de que no tiene alternativa.

—¿Y las heridas que tiene la mujer en la espalda? ¿Un padre es capaz de hacer eso con alguien que ama?

Guzmán se encogió de hombros.

—Yo escuché de un hombre que sacó los ojos de su esposa solo por mirar a otro.

—¡Dios mío! ¡Son unos bárbaros! —exclamó.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Seguimos esperando?

—No. Mañana enviaré una nueva misiva. Es posible que el sultán no la haya recibido y que alguien no quiera ver de nuevo a su hija.

—Yo también había pensado eso, pero supongo que echaría de menos a Corinna si no estuviera en casa.

—Puede que solo sea una estrategia y quiera confundirnos.

Capítulo 7

Con los ojos perdidos en las onduladas aguas de la inmensidad del mar, a través de la ventana, Jade se cepillaba el cabello cuando la puerta del camarote se abrió con fuerza. Se giró al tiempo de ver a Diego cerrando de nuevo. Era imposible no advertir su enojo.

—A tu padre no le importas ni un ápice —bramó, mientras abría un arcón y rebuscaba algo en su interior.

Jade dejó el cepillo sobre la cómoda.

—¿Has tenido noticias de él?

—Van a vender a Ana Lisa en el mercado.

Ella unió las manos con fuerza entre sí, luchando contra la amarga sensación y el dolor que la atenazaban.

—¿Cómo que va a venderla? ¿Se niega a entregártela? —Él no contestó—. Tal vez todavía no sepa que estás aquí por ella.

Diego levantó la cabeza con el ceño fruncido. La luz del sol entraba por la ventana y convertía la cabellera de la mujer en bronce puro.

—¿Cuánto confías en tu criada? —Ella guardó silencio. ¿Sería posible que Corinna no se lo hubiera comunicado a su padre?—. Habla.

—Si mi tía Sherezade habló con ella antes de que pudiera hacerlo con él, es posible que... —Sacudió la cabeza— no se lo dijeran.

—¿Quién es esa mujer?

—La hermana de mi padre. Ella tiene muchas responsabilidades en palacio. Está encargada del harén y de mantener la seguridad de mi padre entres sus esposas y concubinas.

—¿Por qué tu padre no te ha echado de menos?

Ella se encogió de hombros.

—Es posible que le hayan dicho que estoy en casa de algún pariente. Mi tía puede hacerlo. —Dio un paso en su dirección—. ¿Por qué no envías a

Ayoub para que la compre? Tal vez es algo que ha planeado Sherezade, para que no puedas acercarte a mi padre.

El hombre arqueó las cejas.

—¿Y por qué debería pagar por mi hermana?

—Creí que era lo que más te interesaba. A eso has venido aquí, ¿no? Para rescatarla.

El hombre dejó caer la tapa de arcón con un golpe seco.

—Háblame de Jade. —Ella pestañeó con sorpresa y confusión—. Es tu hermana, ¿no?

—Sí. —A pesar de sus esfuerzos por contener el temor, sus labios temblaron—. ¿Como sabes...?

—Tu criada me habló de ella la primera noche. Me dijo que había estado ayudando a Ana Lisa después de que tu padre, el salvaje, la forzara.

Jade tragó saliva.

—¿Por qué quieres saber de ella?

—Dan una recompensa por su captura.

El pulso de la joven saltó disparado, alcanzando límites insospechados.

—¿Por qué? —preguntó en un hilo de voz. El color abandonó su rostro.

—¡Vaya, de modo que existe alguien que de verdad aprecias! —comentó con sarcasmo, cruzando los brazos sobre el pecho, contemplándola con interés.

Ella asintió con tanta sinceridad y congoja que a él se le encogió el corazón. Permitió que tomara asiento en la silla y le sirvió un vaso de agua.

—Me importa mucha gente —respondió en un susurro.

—Cualquiera lo habría dicho.

La mujer lo miró sin terminar de entender lo que había querido decir con eso.

—¡Tengo sentimientos!

—Ya, pues déjame que te cuente. Jade huyó para no recibir ningún castigo por parte de tu padre después de que este se enterase de que había ayudado a Ana Lisa. Te puedo asegurar que dan una fortuna, tanto si la encuentran viva, como muerta.

—¿Qué?! —Limpiándose el sudor de las manos en la túnica, miró a su alrededor con nerviosismo. Sin parar de mover los dedos, consiguió por fin levantar los ojos hacia él—. ¿Muerta?

El comandante asintió.

¡No podía creerlo! ¿Por qué? Abu la odiaba, pero si no la quisiera allí, ya habría acabado con ella hacía tiempo.

—No debería de sorprenderte. Conoces bastante bien a tu progenitor.
Ella se humedeció los labios.

—¡Pero eso no puede ser! ¡Debe haber algún error en lo que dices! ¡Le conozco y él no ha podido dar esa orden!

Diego se encogió de hombros y la obligó a beber un trago de agua.

—Permite que lo dude. Además, yo no gano nada mintiéndote, Corinna.

La desesperación de Jade hizo que el llanto empañara sus ojos y gruesas lágrimas resbalaran por su mejilla. ¿Tan poco significaba su vida para Abu?

Diego no había esperado esa reacción. Por algún extraño motivo no había tenido en cuenta que pudiera amar con esa pasión a su hermana.

—¿Por qué tu padre es así con ella? —preguntó con curiosidad.

Ella lo miró confusa por unas décimas de segundo. Debió recordarse que estaba metida en el papel de Corinna.

—Es la hija de una esclava. Su sangre no es lo suficientemente pura como para que Abu nos trate igual. Nos criamos juntas en palacio y siempre hemos estado muy unidas. Para otros seríamos medio hermanas, pero para nosotras no. Nos tenemos la una a la otra. Cuando no podemos dormir, nos quedamos horas y horas hablando a la luz de la luna.

Recordó todas las veces que Sherezade las había encontrado de esa guisa. Sollozó al evocar los días pasados. ¿Y su madre? ¿Cómo estaría pasándolo? Ella sabía que jamás huiría dejándola sola.

El comandante acercó una silla a la de ella.

—Me gustaría consolarte, pero no sé cómo hacerlo. —Jade se giró y hundió la cara en su pecho empapándole la camisa con lágrimas—. Mujer, tengo hombres buscando a tu hermana para protegerla. Ella ha sido la única que ayudó a la mía y se merece todos mis respetos.

—Debes dejar que me marche —pidió en un susurro.

Diego chasqueó la lengua y respondió, inflexible.

—No, no puedo hacer eso.

Ella lloró muchísimo más fuerte y no tuvo nada que ver con la compasión que Diego le dedicaba. Pensaba en su propia desdicha. La recompensa que había ofrecido su padre ¿significaba que no podía volver a casa? ¿Que no volvería a ver a su madre y a Corinna? Comprendió todo de repente. Su hermana no le había dado el mensaje a su padre, en cambio le habían hecho creer que ella había escapado. ¡Maldita Sherezade! Algo así solo podía haberlo planeado ella. Pero Corinna... ¿cómo podía haberle hecho algo igual? Eso dolía más que todos los latigazos y castigos juntos.

—La encontraremos, lo prometo —dijo Diego, acariciando sus cabellos con algo parecido a la ternura.

Jade levantó la vista hacia el comandante y se perdió en la mirada azul que se había detenido en sus labios. ¿Cómo decirle que ella era Jade? ¿Que le había mentado la primera noche para salvar a Corinna?

No lo iba a entender. Si hubiera tenido a la hija favorita de Abu en su poder, ya podría haber conseguido recuperar a Ana Lisa.

En un acto reflejo, sin pensarlo si quiera, Diego atrapó los labios de Jade con los suyos. Ella se estremeció ante el contacto y, por inercia, abrió su boca dejando que él la explorase.

Diego se tensó y sintió que comenzaba a sudar. La besó como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, aunque en aquel momento su ansia y su prisa eran sinónimo de colegial o principiante. Pero no quería atemorizarla. Ella era suave y acariciaba su lengua con la punta de la suya. Había estado deseando hacerlo desde el primer día que la hizo dormir en su camarote. Desde la noche que le robó el beso a la fuerza. Sin embargo, era consciente de que no podía bajar la guardia con ella. Corinna era una traicionera que solo fingía tratarlo bien hasta el momento en que se reuniese con su padre. No dudaba de la preocupación que pudiera sentir por su medio hermana, pero esas turcas tenían la sangre más fría que cien témpanos de hielo.

Ella, con los ojos cerrados, le entregaba la boca y los labios devolviéndole el beso de manera algo torpe. Esa vez sí que podía considerarlo como un beso de verdad. Los latidos de su corazón se precipitaron al sentir cómo él rodeaba su talle, haciendo que se arqueara, para acercarla más a ese pecho duro y caliente.

De repente Jade abrió los ojos y lo miró con una mezcla de fascinación y miedo.

—No puedo hacerlo —susurró con debilidad.

Diego no permitió que se apartase de su lado. Mientras un brazo rodeaba su talle, la otra mano acarició la mejilla con infinito cuidado, abarcando parte del fino cuello, donde el pulso de ella latía salvaje.

—¿Por qué no? Aquí puedes hacer lo que tú quieras —susurró con voz ronca y sensual.

Jade lo observó hipnotizada, como si los ojos azules la obligaran a hacerlo. La sensación que provocaba en ella era extraña y muy perturbadora.

—No...

Comenzó a responder, pero él se apoderó de nuevo de sus labios con la ardiente sensación de los pezones hinchados contra su pecho, que pugnaban

por atravesar la túnica. En un abrir y cerrar de ojos la tomó en brazos y la sentó sobre sus propias piernas. Ella parecía estar bajo los efectos de algún trance. Seguía besándole, ajena al cambio de posición.

Jade nunca había conocido lo que era realmente el deseo hasta ese momento. Los besos de Diego, su lengua aterciopelada recorriendo sus mejillas y su boca, sus manos cálidas y fuertes que acariciaban la base de la nuca y enredaba los dedos en su pelo... El conjunto de todas aquellas sensaciones hacía que todas las células de su cuerpo despertasen a lo desconocido y sintiera una punzada de placer justo en el centro de su vientre.

Otra vez sus miradas se entrelazaron y su cuerpo se inundó de anhelo al ver la mirada del comandante llena de fuego y deseo; la necesidad de tocarle se apoderó de ella de forma imperante. Nunca se había sentido tan sensible.

Le rodeó el cuello con los brazos y se aplastó tanto contra su pecho, que notó galopar el corazón masculino sobre los senos. El sabor abrasador de su boca enmudecía su cordura y conseguía anular toda su voluntad. Sus labios succionaban apremiantes y eran tantas las emociones que despertaba en ella, que impedían que pensara en otra cosa que no fuera él. Tampoco quería hacerlo. El comandante la llenaba de fuerza despertando los anhelos más profundos.

Una mano de Diego se posó sobre uno de sus muslos haciéndola estremecer hasta lo más hondo de su ser. Era la llama que prendía una solitaria mecha que nunca había sido encendida. Cautivada, se vio arrastrada a un remolino de sensaciones que anuló cualquier objeción que hubiera podido tener y que dio al traste con todos sus principios. Ya tendría tiempo de maldecirse después, cuando despertara de la magia de su cercanía.

Bajó sus manos por el cuello fuerte hasta llegar a los hombros, embrujada por su firmeza. Tanteándole, comprobando que sus músculos eran tan sólidos como parecían. No estaba confundida, aquel hombre era en realidad fuerte, magnífico...

Diego no cesaba de besarla, embriagado y mareado a un mismo tiempo. Había empezado comportándose de una manera muy suave, sin embargo, a medida que pasaban los minutos, sus caricias se volvían más profundas, más apasionadas e incontrolables.

Jade apartó la cabeza ligeramente de la de él y lo miró a los ojos. De forma inconsciente se pasó la lengua por el labio inferior al tiempo que sus manos se dirigían a las cintas superiores de la camisa de Diego. Muy despacio, bajo la atenta mirada de él, comenzó a desatarlas. Quería tocarle la piel desnuda, sentir los músculos duros bajo la palma de sus manos. También

era consciente de otras cosas, como la respiración agitada del hombre que golpeaba su frente y la tensión de su cuerpo.

Al abrir los cordones, se quedaron enganchados en la parte inferior, bajo el pantalón. Él se dio cuenta, se sacó la camisa de la cinturilla y la extrajo por la cabeza. Jade, con extrema lentitud, admiró su torso. Era duro, moreno, brillante... No pudo resistirse a recorrer la amplia extensión con las yemas de los dedos. Después le regó de besos desde el cuello, donde el pulso parecía a punto de estallar, hasta los labios. Él sabía a gloria, a un edén de colores, a miel de azahar. Pero no tenía suficiente, ella quería probar más y se deslizó hasta el suelo, arrodillándose ante él para lamer su tetilla.

Diego contuvo la respiración al sentir su lengua ardiente y aterciopelada saboreándolo con deleite. Lo que más deseaba, casi de un modo enfermizo, era dejarse llevar por la apetencia sexual que le cegaba. El cabello de la joven caía sobre su cintura, acariciándole como la seda, y olió su fragancia fresca que lo arrastró a un pozo sin fondo. A un enorme abismo entre el espacio y el tiempo.

La cogió de la cabeza y levantó su cara hasta él para observarla. Ella tenía las mejillas sonrosadas y los labios húmedos. Era excitante verla así, con los ojos nublados de deseo, con la piel erizada exigiendo en silencio caricias.

—Déjame amarte —susurró él.

Ella tuvo un fuerte estremecimiento, y mirándolo con fijeza, tragó con dificultad. No contestó. No porque no quisiera, sino porque él había hablado en español. Una voz ronca que parecía una súplica y que caló en lo más profundo de su alma, como la caricia de una delgada gasa envolviendo su corazón.

Diego se inclinó de nuevo y se apoderó de su boca en un beso apasionado que amenazó con acabar con el oxígeno de los dos. Supo en ese instante que la joven no se le iba a negar. Le deseaba tanto como él a ella. Se puso en pie y la levantó. No quería desaprovechar la oportunidad que el destino le brindaba.

La muchacha parpadeó, confusa. Ahogó una exclamación cuando él se agachó para coger el bajo de la túnica y pasarla por su cabeza.

Diego dejó de respirar al verla desnuda. El cabello, como una manta de armiño, caía sobre los hombros cubriendo gran parte de su piel. Él se apresuró a llevarlo todo hacia atrás para poder contemplarla a placer. Era bella, dorada y esbelta, y el collar de su cintura la volvía aún más excitante y sensual que cualquier otra mujer que hubiese conocido. Jadeó con fuerza sin haberse dado cuenta de que había retenido el aire en todo momento. Alargó una mano tomando uno de sus pechos y pasó el pulgar varias veces sobre el erguido

botón. La piel de su aureola era de un tono más oscuro que el globo. Le recordó el chocolate y, presuroso, se inclinó a probarlo. Era dulce como el mejor bombón. Tentador.

Ella no lo había esperado y se quedó quieta, sorprendida, con la boca entreabierta, observando la oscura cabellera bajo su barbilla. Sin saber qué hacer con las manos, le agarró la cabeza y, sin darse cuenta, lo apretó más contra ella. La sensación húmeda y caliente de la lengua hizo que miles de cosquillas bajaran desde su pecho hasta el mismo nacimiento de sus piernas.

Con desgana, Diego se apartó de ella y se desnudó con velocidad. Jade continuó quieta, aunque sus ojos no dejaban de observar como él iba arrojando la ropa hacia los lados. Cuando acabó, abrió los brazos para recibirla. Ella le volvió a rodear los hombros exigiéndole nuevamente que la besara. Acaba de descubrir que le encantaban los besos del comandante, su calidez, su sabor, todo lo que él le hacía sentir, e incluso la extraña humedad que nacía del lugar más privado y secreto de su anatomía.

Tras besarla, Diego la hizo volverse mirando a la cama. Las piernas de Jade temblaron al sentir el cuerpo duro de él pegado a su espalda. El vello del pecho de Diego era deliciosamente estimulante. Entonces notó contra su trasero la dura protuberancia masculina, apretándose, empujando como si quisiera abrirse camino por sí sola. El tiempo pareció quedar en suspenso.

Diego hundió la boca en su cuello y ella levantó las manos para enredar los dedos en el pelo negro, arqueando la espalda hacia atrás. En esa posición, él podía acariciarla a placer. Subió una mano por la estrecha cintura, mimando y raspando suavemente con las uñas los firmes contornos, sintiendo cómo todos los poros de la piel de la joven se abrían clamando más caricias. La fina cadena con la joya que ella llevaba sobre su ombligo bailó en silencio con un pequeño tintineo. En su ascenso, la mano de Diego llegó a sus pechos y los agasajó con suavidad, estrujando su carne para después pellizcar uno de sus pezones erectos. Durante un rato aquella mano siguió torturándola mientras la otra descendió hasta lo más recóndito de su deseo.

Jade gimió totalmente excitada y se echó a temblar, dominada por la sensación de saber que toda la sangre de su cuerpo se agolpaba justo donde él exploraba y acariciaba. Le imploró. No sabía qué pedía, pero lo necesitaba. Diego hizo que girase y la recostó sobre la cama. Ráfagas de ardientes sacudidas atravesaron su cuerpo con fieras oleadas cuando él se introdujo en ella, suave.

Todo el dormitorio se desvaneció.

Jade sintió la carne de él en lo más profundo de su cuerpo, comprimiendo y embotando cada átomo. Al principio dolió, pero era algo soportable. Después se meció al ritmo de sus caderas averiguando que de ese modo sentía más satisfacción. Cada movimiento, más profundo dentro de su ser, provocaban en ella suspiros y gemidos que era incapaz de controlar. Cada milímetro que él sepultaba en su interior enviaba un torbellino de placenteras sensaciones a todo su cuerpo.

Diego perdió el control y, en la bruma de la pasión, liberó su parte más fiera. La urgencia lo invadió. Su respiración se tornó áspera y sofocada.

Jade sintió una poderosa llamarada surgiendo de su interior. El delirio aumentó cada vez más, concentrándose en sus entrañas cuando empezó su liberación. Los músculos de su pelvis se contrajeron con violencia. Se dejó llevar por la experiencia más increíble de su vida olvidando incluso que su cabeza tenía un precio. Se perdió en la fuerza de los brazos morenos. En las manos que la tocaban donde nunca nadie se había atrevido hacerlo. Enloqueció bajo el cuerpo fibroso entregándose a él sin reservas de ninguna clase, alcanzando un infinito inimaginable que ni en sus más recónditos sueños había creído que existía.

La satisfacción de saber que él había sido su primer hombre hizo que Diego se cuestionara algunas de las cosas que había escuchado. Las habladurías decían que era una promiscua, que se había acostado con la mayoría de los hombres de la guardia de su padre. ¿Cuántas cosas serían mentira de ella?

¡No! —se dijo despertando a la realidad. Aquella mujer era la hija de su enemigo. Corinna sabía fingir mejor que nadie y sabía cómo hacer que un hombre perdiera la cabeza por ella.

* * *

La sala de audiencias de Abu al Rashed estaba situada en la planta inferior de palacio, estratégicamente cerca de la puerta principal para que, de ese modo, nadie pudiese andar con libertad por el resto de las dependencias. Aun así, tenía siempre varios guardias deambulando por el pasillo.

La estancia era muy ostentosa. Las paredes, de las cuales colgaban enredaderas naturales que caían como lianas al suelo, estaban a su vez cubiertas por amplios espejos de marcos dorados. Los colores verde, blanco y oro engalanaban cada rincón, desde la rica alfombra hasta las gasas que colgaban de la multitud de columnas que sujetaban el techo, y que ondeaban con una brisa fresca.

Cuando ese día Abu dio por finalizada la sesión, antes de levantarse de su silla, Sherezade invadió el lugar sin esperar su permiso.

—Has hecho bien, hermano —le dijo bastante animada—, ahora deberías sentirte en paz.

Abu la miró con extrañeza. Sherezade manejaba el palacio a su antojo, pero nunca se había atrevido a entrar en la sala de audiencia solo para felicitarle.

—Si lo dices por los españoles, no les temo. —Se levantó, frotándose las manos—. Lo he pensado bien y medité tus sabias palabras. Es posible que, de continuar con esa esclava en mi poder, esos... —agitó la mano— extranjeros hubieran querido dañar a mi familia de alguna forma. Lo que admito que me ha parecido bastante sospechoso es que Caleb de Narcise estuviera interesado en ella.

—¿Por qué? Caleb es un hombre muy varonil —dijo, fingiendo una timidez que no sentía.

Abu frunció el ceño.

—¿Le conoces? —Si su hermana conocía a Caleb, quería saber de qué y lo que sentía por ese hombre.

—¡No! —exclamó forzando una sonrisa—. Solo cosas que he escuchado. —Abu se relajó—. ¿Por qué crees que es sospechoso que Caleb haya comprado a la esclava? —quiso saber, extrañada.

—Caleb está en edad casadera y debería estar buscando esposa para establecer su propia familia en vez de comenzar a formar su harén. Estoy pensando que una unión con la casa Narcise no nos vendría mal.

—¿Te refieres a casar a nuestra Corinna? —preguntó Sherezade con sorpresa. Eso era lo último que quería oír.

Había conocido a Caleb y ese hombre le atraía como ninguno otro lo hiciera antes. Corinna también se había medio enamorado, pero sería fácil convencerla de lo contrario. Siempre que Abu no mediara en esa relación, ella lograría casarse con Caleb y no la zorra de su sobrina. Definitivamente ella no iba a permitirlo.

—De momento no quiero hablar sobre ello. Antes debo evaluarlo. —Abu clavó sus ojos oscuros en una de las gasas que flotaba suspendida en el aire. La gasa era verde, del color de los ojos de Jade—. ¿Se sabe algo de la miserable esa?

—Jade es un misterio. Es como si la tierra se la hubiera tragado.

—Tarde o temprano aparecerá —prometió Abu convencido—. No tiene muchos lugares donde esconderse. —Como si despertara del trance, dejó de

mirar la gasa y caminó hacia Sherezade con paso airado—. Doblaré la recompensa.

La mujer asintió con una sonrisa perversa que su hermano no llegó a advertir. Él caminaba pensativo hacia la puerta, de pronto recordó algo y se giró a mirarla sobre el hombro.

—¿Cómo está Raissa?

—Mal, muy mal —le contó, simulando preocupación—. Las fiebres se han apoderado de su corazón. Sé cuánto sufres por ella, hermano, pero no hay muchas posibilidades de que se salve. Alá la recibirá con los brazos abiertos.

Abu apretó la mandíbula con fuerza y, sin una sola palabra más, abandonó la estancia.

Sherezade suspiró aliviada. Todo estaba saliendo realmente bien, y con un poco de suerte iba a matar dos pájaros de un tiro. Había sido una gran idea envenenar a Raissa. Con ella fuera de juego, Jade no tendría motivos para regresar nunca a palacio. Ella misma se encargaría de que no lo hiciese.

Capítulo 8

Cuando Jade abrió los ojos buscó al comandante Salazar con una mezcla de ansia y temor. Estaba avergonzada por haber actuado de aquella manera. Su madre no le había enseñado a ser así.

Sus ojos se adaptaron a la oscuridad de la recámara y, aliviada de no verle, dejó caer la cabeza sobre la almohada otra vez. ¡Necia estúpida! ¿Acaso era verdad lo que decía Sherezade y no tenía ni dos dedos de frente?

Gruñó.

Bastante problema tenía, como para encima añadir su pérdida de himen a la lista. Si antes su padre la buscaba viva o muerta, ahora... la deshonra la perseguiría de por vida.

Tragó el nudo de angustia y giró la cabeza hacia la ventana. Distinguió los incipientes rayos de sol que se filtraban por la cortina al tiempo que una solitaria lágrima rodaba por su sien hasta caer sobre la almohada.

Maldijo una vez más todo lo que le estaba ocurriendo. Había imaginado que Abu no iba a cambiarla por la española, pero no que diese una recompensa por su captura. Tal vez, si lograba escaparse del comandante, podía intentar convencer a su padre de toda la verdad. Lo más importante era hacerle saber que no había huido.

Contuvo una oleada de náuseas provocadas por el miedo y se incorporó. Dejó sus pies colgando fuera de la cama y se ruborizó al ver sus piernas desnudas. Presurosa, se colocó las prendas que seguían por el suelo y se dispuso a estirar las ropas de cama. Se detuvo un instante al ver la mancha de sangre sobre la sábana. No había sentido tanto dolor como había escuchado decir a las esposas de su padre al relatar una y otra vez su noche de boda. A ellas les gustaba contarlo como si se tratara de una competición para saber a quién le había dolido más.

—Estoy arruinada, deshonrada —siseó con los dientes apretados.

Con un gemido lastimero arrancó las sábanas de la cama y las arrojó en un rincón. Sacó otras de un cajón de la cómoda.

La puerta se abrió e hizo que entrecerrara los ojos cuando toda la luz se coló de golpe en el camarote. Segundos después se volvió a cerrar. Contempló al comandante que se había detenido con las piernas ligeramente abiertas en el centro del cuarto. Él observaba la habitación y en sus ojos pudo leer que estaba satisfecho de verla levantada, y trabajando. Otra vez seguía con la apostura arrogante de quien debe ser obedecido, como si la noche anterior no hubiera pasado nada entre ellos.

—Me alegro de que estés despierta. Puedes dormir en la cama a partir de hoy.

Ella frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—¿Qué ocurre? ¿Me he ganado el derecho de utilizar la cama? —Él asintió—. No, gracias —rechazó orgullosa—. Prefiero que las cosas sigan como están. Como estaban antes de... ya sabes.

Diego arqueó las cejas y soltó una risa forzada, que nada tenía de divertida.

—Me marchó a tierra y voy a estar ausente varios días. Me parece una tontería que no quieras dormir en una cama, pero tú misma.

Jade se sonrojó. ¿Por qué no podía mantener la boca cerrada? Había pensado... «Tranquilízate, que no vea que estás nerviosa», se dijo.

—Siendo así... lo haré. Dormiré en la cama.

—Inteligente por tu parte. Guárdame un par de camisas limpias y pantalones en la bolsa que hay dentro del armario.

Diego se desprendió del blusón oscuro que llevaba y se acercó a la jofaina para lavarse. Más ruborizada todavía, Jade miró la ancha espalda morena donde había dejado arañazos que se veían como líneas rosas sobre la piel. ¡Pues que se fastidiase si le había hecho daño! Él se lo había buscado por aprovecharse de ella, pensó con malicia.

Luego suspiró en silencio sin poder apartar la vista de él. Sus músculos morenos se marcaban duros y firmes como si estuviesen esculpidos en granito. Sintió que sus piernas temblaban de solo imaginar que pasaba los dedos sobre su piel. Luchó contra el deseo de abrazarlo, de colocar su mejilla contra la espalda, de rodear su cintura con las manos y escuchar el latido de su corazón.

Si el comandante iba a estar varios días ausente, ¿qué iba a hacer ella? Volvió a la realidad de repente y buscó la ropa que él había pedido. Mientras la doblaba y la guardaba, preguntó con curiosidad:

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—No lo sé. Puede que tres o cuatro días. Tengo que planear muy bien el intercambio. —Se volvió a mirarla, secándose el pecho con un lienzo—. Han vendido a mi hermana ya.

Jade se paró con una de las camisas en las manos y rostro estupefacto.

—¿La ha vendido? ¿Entonces... cómo...?

Diego arrojó el trapo sobre el gurrño de sábanas que había en el suelo.

—Voy a hacer el intercambio con Caleb de Narcise.

—¿Caleb de Narcise ha comprado a tu hermana? —preguntó, atónita.

—Así es. Al parecer tu prometido siente muchos deseos por recuperarte.

—No es mi prometido —respondió guardando la camisa—. Ni siquiera le conozco.

Los ojos azules del comandante la miraron inquisitivos.

—Pero esa noche ibas a encontrarte con él. ¿Por qué habrías de hacerlo si no lo conocías?

Jade se mordió el labio inferior.

—Por eso mismo. Quería conocerlo.

—¿Por qué? —insistió.

A ella se le puso un nudo en la garganta y respondió con las palabras con las que Corinna habría respondido.

—Mi padre no me deja ver prácticamente a nadie, sobre todo si son hombres, y he oído decir que es muy guapo y un buen partido como esposo.

La mirada de Diego se mantuvo sobre la de ella por un instante, implacable y penetrante. Aceptó su respuesta con un pequeño ademán de cabeza.

—Vamos a hacer el intercambio en el interior. Necesitaré provisiones y caballos para atravesar el desierto. Cuando lo tenga todo preparado, enviaré a alguien para que te lleve a tierra. Yo te esperaré en el muelle.

—¿Puedo seguir saliendo por las noches a pasear por cubierta?

Diego asintió.

—Ayoub te acompañará.

—Comandante, ¿eso significa que ya no deseas vengarte de mi padre?

Diego la miró con intensidad. Sus ojos parecían haberse vuelto peligrosos de repente.

—Significa que lo haré cuando tenga a mi hermana a salvo conmigo.

Ella comprimió los labios en un brutal intento por disimular su miedo.

—¿Por qué quieres hacerlo? ¿Sabes que es una locura! Abu al Rashed está muy bien protegido y te va a ser muy difícil poder acercarte a él. Si logras

recuperar a tu hermana, lo mejor es que te marches de aquí.

—A ver. —Con una agilidad asombrosa, Diego revoloteó una silla y se sentó a horcajadas, mirándola con atención—. ¿Lo que escucho en tu voz es preocupación, advertencia o amenaza?

Jade frunció el ceño, furiosa de que él pudiera pensar que le deseaba algún mal.

—Puede que las tres cosas a la vez. —Lo último que quería hacer era mostrarse débil. Ya lo había hecho el día anterior y no se sentía muy orgullosa de ello.

—No estás en situación de amenazar —recordó con una fría sonrisa—. Voy a liberar a mi hermana y después me aseguraré de que tu padre descansa en un profundo y oscuro agujero. Me tiene sin cuidado cuántos guardias protejan sus espaldas. No voy a permitir que salga impune después de lo que ha hecho. Y en vez de amenazarme, deberías estar agradecida, ya que daré la oportunidad a tu hermana, Jade, de que salga ilesa de todo esto. Las advertencias están de más. He visto la piel de tu espalda y sé muy bien lo que ese hombre es capaz de hacer, incluso con su adorada hija. Y la preocupación, Corinna, ahórratela. Sé que estás deseando salir de aquí y te importa una mierda si regreso a España o no. Lo único que deseas es volver a verte rodeada de lujos y de tus joyas. —Llevó los ojos azules hasta una caja de madera tallada que había bajo la repisa de la ventana—. Por cierto, puedes volver a ponértelas cuando quieras. Anímate, ya te queda muy poco.

A medida que él iba hablando, Jade iba entrecerrando los ojos hasta que se convirtieron en dos estrechas rendijas brillantes. Él pensaba que era una mujer vanidosa y superficial y Jade ardía de rabia. Puede que Corinna fuera así, pero ella no.

«Si será estúpido...»

—¡Claro que no me importa lo que suceda contigo! —le dijo, chasqueando los dedos—. ¡Eres la persona más cabezona de la faz de la tierra! ¿Quieres morir? ¡Adelante! ¡Porque eso es lo único que conseguirás si intentas matar a mi padre! ¿Crees que no me gustaría que lo hicieras? ¡Te confundes! ¡Porque eso es exactamente lo que más deseo en este mundo! ¡Que lo mates! ¡Que acabes con él! Pero no lo vas a conseguir. —Le mostró los dientes cuando le vio curvar los labios hacia arriba de forma mezquina—. Eres tú, con esa actitud arrogante y altanera el que morirá.

—No me conoces bien, Corinna.

—Tú a mí tampoco, comandante. Solo porque me haya convertido en una desequilibrada, acostándome contigo, no significa que sepas realmente nada

de mí. —Se acercó a la caja donde él había guardado sus joyas el primer día de su encierro, todas excepto la de su cintura, que no se la había hecho quitar. Arrojó la caja contra el suelo, sin importarle que también hubiera pertenencias de él. Diego miró las alhajas sin ninguna expresión en el rostro y sin la menor intención de levantarse de la silla—. Mi padre ha hecho cosas horribles a tu hermana, pero tú me las has hecho a mí.

Entonces él sí se puso en pie, lanzando con fuerza la silla hacia atrás.

—¡Yo no te he tomado a la fuerza!

—¡Me has deshonrado! ¿Sabes qué significa eso? Mi padre no podrá desposarme bien y seré castigada. ¿No te sirve eso de venganza?

—¡No! —bramó furioso—. ¡Y no me convencerás de lo contrario hasta que lo vea muerto! En cuanto a que te haya deshonrado, yo no lo veo de igual forma. No te puse un cuchillo en el cuello...

—¡No soy ninguna odalisca! —le interrumpió entre gritos.

—¡Pues eso me pareció! —chilló también él.

Jade no se pudo contener y le abofeteó el rostro con tanta fuerza que le ardió la palma de la mano.

Los ojos de Diego adquirieron un azul helador, que atravesaron a la muchacha como si fueran afiladas hojas de metal.

Ella tembló y dio varios pasos atrás, arrepentida. Él podía castigarla si ese era su deseo. Pero Diego no pensaba hacerlo. Reconoció que en ese momento la culpa era del todo suya. La había seducido en un momento en el que ella era muy vulnerable y necesitaba cariño. ¡Claro que no era ninguna furcia! Había sentido el momento exacto en el que le arrebató su virginidad. Había sido muy poco caballeroso por su parte insultarla, sin embargo, ella no tenía que haberle golpeado. Eso suprimía la disculpa que le debía.

—Si has terminado de preparar mis cosas, me marchó.

Ella se apartó de la mesa con la cabeza baja, dejando la bolsa para que él la cogiera. En cambio, Diego se acercó hasta ella y, con delicadeza, levantó el pequeño mentón, obligándola a mirarlo. No quería verla mal por su culpa. Habían compartido un momento muy bonito, aunque ambos se empeñaran en borrarlo.

Se vio reflejado en los ojos verdes como si se trataran de un espejo húmedo y cristalino. Agitó la cabeza, apesadumbrado. En el poco tiempo que la conocía sentía que algo extraño e indefinido se estaba apoderando de él poco a poco. Ciertamente no podía ser amor. Odiaba la sangre de la joven. La aborrecía con toda su alma. Sin embargo, ella era toda dulzura y paciencia. Le soportaba sus desplantes, sus órdenes, sus malos modos... ¡Era la hija de un

sultán! ¡No podía estar acostumbrada a eso! O quizá sí. Su futuro era casarse con un hombre que tal vez tuviera otras esposas y amantes. Aquella joven no podía resignarse a ser la segunda en nada. Pero Diego no podía tenerla compasión. ¡No! Ella no era su problema. Tan solo la compadecía, nada más.

—No has debido abofetearme.

—Ni tú ofenderme —se defendió ella con voz temblorosa.

—Tienes razón. No debí hacerlo —agitó la cabeza soltando un suspiro cansado.

Esa vez no buscó ninguna clase de excusa para besarla. Se apoderó de sus labios y, aunque en un principio ella luchó por apartarse, al final se rindió a su caricia.

Diego la saboreó apasionado, recorriendo cada milímetro de su boca, alimentándose de la dulce calidez de sus labios. Ella sabía a terciopelo y a miel, nada que ver con los ardorosos besos de Carmen que le inundaban de...

Sobresaltado, se apartó. ¿Por qué demonios comparaba los besos de la musulmana con los de Carmen? Una era su prometida, la otra, la hija de su enemigo. Con prisa recogió sus cosas y salió del camarote dejándola sola y pensativa.

* * *

Desde el mismo momento en el que el comandante bajó a tierra, varias veces peligró la seguridad que él le estaba proporcionando hasta entonces. Entre los hombres de la tripulación que habían quedado en el Destructor, algunos le tenían verdadera inquina. Cosa que comenzaron a demostrar la primera noche en la que salió a dar su paseo de rutina con Ayoub. En aquella ocasión, uno de los marineros con los que se cruzaron en cubierta, escupió a sus pies. Sus compañeros aplaudieron su gesto con risas.

La noche siguiente le arrojaron desperdicios de las cocinas: verduras podridas y cabezas de pescado, sobras de estofado y un puré verde que desprendía olor a vómito. Ayoub había querido convencerla de regresar al camarote, sin embargo, Jade no era ninguna cobarde. Con la cabeza bien alta y actitud orgullosa, prosiguió con su salida como si se tratara de una reina ante sus súbditos.

Las escenas de desprecio se sucedieron durante las siguientes noches, pero ella no quiso renunciar a los únicos paseos permitidos, donde a pesar de estar menos segura, se sentía más libre.

En la ausencia del comandante, no podía dejar de pensar en el modo de escapar de los españoles una vez que estuviera en tierra. Si no lo hacía, su

vida corría peligro de muerte. Era muy consciente de que debía tener paciencia para ello. Lo primordial era conocer dónde planeaban hacer el intercambio con la hermana de Diego y los términos, y esperar el momento idóneo para escabullirse.

Si el rescate de Ana Lisa iba a transcurrir en el interior, le proporcionaba a Jade más tiempo para elaborar un plan de huida. Sobre todo, tenía que ser precavida y no levantar ninguna sospecha.

Al quinto día, sin otra cosa que hacer, más que mirar por la ventana y morirse del aburrimiento, Ayoub por fin llevó consigo noticias de Diego. Él quería que desembarcase en unas horas, y exigió expresamente que vistiera túnica oscura y se cubriera la cabeza, para pasar desapercibida.

Jade no podía negar que sentía un cosquilleo en el estómago al saber que iba a volver a verlo de nuevo. No había podido dejar de pensar en él. Mucho menos en lo que sucedió entre ellos. Las osadas caricias recorriendo su cuerpo. Los ojos azules devorando cada pedazo de piel y carne. Las sensaciones, repletas de ardiente fuego, que él había despertado en su interior. Se reprendió a sí misma al evocarlo todo otra vez. ¿Es que no se acordaba de que ella era solo una prisionera? Se acordaba, sí. Pero sin quererlo, se encontraba pensando en el atractivo español de ojos azules. En lo guapo y fascinante que era, sobre todo cuando no andaba todo el tiempo enfadado.

Ninguno de los hombres de palacio, ni fuera de él, que Jade hubiera conocido, era tan gallardo como el comandante. Diego se metía en sus sueños y en sus fantasías, y lo extraño de todo es que ella sentía que volaba y despertaba en su cuerpo sensaciones que no había conocido nunca.

Capítulo 9

—Entonces ¿qué vas a hacer? ¿Vas a entregar a tu esclava? —preguntó Guzmán abrochándose el cuello de la casaca.

Diego pareció pensar en profundidad y asintió. Estaban en un pequeño puerto, donde la gente, en su mayoría pescadores que acarreaban redes, preparaban sus barcas para salir a la mar.

—Es lo que habíamos planeado desde el principio.

—¿Ella desea irse con ese hombre?

—Supongo que sí. Con toda seguridad la devolverá con su padre, y tal vez, después, se casen.

—¿Se lo has preguntado? —inquirió.

—No hace falta hacerlo. Ella pertenece a estas tierras. —Miró al hombre tratando de descifrar qué cosa exactamente era la que pasaba por su cabeza—. ¿Dónde iba a estar mejor que con su gente? No entiendo a qué viene esa preocupación.

—Nada —Guzmán agitó la cabeza como si en realidad no le importase lo que iba a pasar con la musulmana.

—Escupe —insistió Diego—. Te conozco de sobra.

—De acuerdo, lo haré. Se trata de que me había parecido notar cierta afinidad entre vosotros. Sobre todo la última noche que pasaste a bordo.

Diego lo miró, extrañado.

—¿Qué quieres decir con cierta afinidad?

—Verás —Guzmán carraspeó nervioso y apartó la vista de él con incomodidad—. Eh... ya sabes... No somos tontos y tenemos oídos.

—No sé a qué te refieres y me estoy poniendo nervioso. —De sobra sabía a lo que se refería exactamente, aunque su mente luchase cada minuto del día por olvidarlo—. Habla de una vez, ¡maldita seas!

Guzmán apretó la boca, indeciso. Después le contó lo que le preocupaba.

—Pues... sabemos que te acostaste con ella. ¡Joder! ¡Ya lo he dicho! Esa noche algunos os escucharon... Las paredes de los camarotes no son tan gruesas como los muros de nuestras casas. El mismo Ayoub no se atrevió a entrar a reponerte el coñac. La tripulación piensa que has caído en las redes de la turca.

Diego se quedó con la boca abierta, sorprendido. Su mirada se volvió dura y fría.

—¿Quiénes lo piensan? ¡Parece mentira que aún no me conozcan! ¿Acaso tú no te has dado un buen revolcón con nadie desde que llegamos? Esa mujer me lo puso en bandeja, amigo.

—Sí, llevas razón. Yo también lo he hecho —admitió—, pero no con la hija de un sultán.

—Un sultán a quien mataré con mis propias manos en cuanto tenga la oportunidad. Esto nada tiene que ver con ella, tan solo entra dentro de mis planes de venganza. ¡Por Dios, es mi prisionera! —rio con ironía.

—Me alegro de que pienses así. No me gustaría que perdieses el oremus en estas tierras.

Diego no tenía que dar ninguna explicación de lo que hacía a nadie, sin embargo, Guzmán parecía haberse quedado satisfecho con su respuesta, y eso le hizo sentir mejor. Apreciaba a su compañero y no necesitaba que se preocupara por él.

—No soy estúpido, amigo. Ella tampoco lo es. Si se ha entregado a mí es por el interés. ¿No te has dado cuenta de que no cumple mis expectativas? Le ordeno que limpie y no tiene ni idea de hacerlo. Recoge por encima y cree que lo está haciendo bien. ¿Por qué no puedo aprovecharme de ella mientras esté aquí? Es tan solo un cuerpo con una cara hermosa.

Guzmán lo miró sin decir ni una palabra más y Diego se alejó a supervisar las monturas que traían varios hombres. ¿Desde cuándo le incomodaba tanto hablar de una mujer con alguien? La hija del sultán no debería importarle nada. Era una mujer fría. No, fría no era, se corrigió. Era apasionada, atrevida, llena de coraje. También era humana. El dolor que había expresado por el destino de su hermana no era fingido. Esas actitudes le confundían, empero no podía bajar la guardia. Una persona no cambiaba de un día para otro.

Aun así, ella no tenía la culpa de ser tan hermosa, ni de que él estuviese ansioso por su cuerpo.

De forma inevitable, sus ojos se posaron en el bote que se acercaba desde el Destructor, deteniéndose en la negra figura envuelta de la cabeza a los pies. A pesar de vestir de aquella manera, sintió un repentino sudor que nada tenía

que ver con el agobiante calor de esas tierras. Pensar en ella le excitaba de un modo enfermizo. Desde que había bajado a tierra no había hecho otra cosa que rememorar la mágica noche de pasión que habían compartido.

Con largas zancadas regresó hasta Guzmán. El sol había descendido hasta posarse sobre la línea del océano. Seguía haciendo mucho calor y la brisa que arrastraba la marea, en vez de mejorar el ambiente, solo lo empeoraba. La humedad pegajosa se adhería al cuerpo en forma de blanca salitre.

—Mientras ella esté en tierra no quiero que le quiten los ojos de encima. Sé que va a tratar de huir antes de llegar a destino.

Guzmán no le escuchó acercarse y se sobresaltó. Fijó la vista en la dirección que Diego le señalaba con el mentón. Ella aparentaba calma y serenidad. A ellos no podía engañarlos, sus ojos volaban de un lado a otro como si buscasen algo en especial.

—Tienes razón. Es posible que intente hacer algo para llamar la atención. —Repasó el muelle con la mirada. Había personas por todas partes, y la mayoría no dejaban de observarles, curiosos.

—No quiero correr ningún riesgo. —Los ojos azules del comandante también pasearon sobre la zona con interés—. No me extrañaría que hubiera por aquí alguno de los hombres de Abu. Haz que se suba a la carreta lo antes posible. Es bastante extraño que Abu al Rashed todavía no haya efectuado ningún movimiento contra nosotros.

Guzmán estuvo de acuerdo con él.

—Me gustaría saber qué es lo que trama.

Diego tenía la intención de viajar con veinte de sus hombres más dos guías que pertenecían a la tribu de los Bayat, y cinco mercenarios de Kizik que había contratado. El resto de sus hombres se encargaban de alejar al Destructor de la costa y de vigilar que nadie se acercara a él. El galeón debía estar listo para partir en cualquier momento.

La barca llegó hasta las tablas del muelle y Guzmán se dirigió hacia ella. Educado, tomó la mano de la prisionera y la ayudó a descender.

Diego observó toda la escena con irritación. No le gustaba que su hombre tratara a Corinna con tanto mimo. Mucho menos que ella le correspondiese con una sonrisa. El hiyab cubría los cabellos y el cuello, dejando el óvalo de la cara al descubierto.

Estuvo a punto de perder la paciencia. Deseaba acercarse a ella y meterla a la fuerza en la carreta. ¡Nadie tenía derecho a tratarla con cortesía! ¿Acaso alguien lo hacía con Ana Lisa? Con rabia, se alejó de allí antes de hacer

alguna locura. Sentía que estaba traicionando a su hermana y a todos sus principios.

No quería admitirse que lo que más le molestaba era la forma en que su cuerpo reaccionaba ante ella. En su cercanía, se encontraba duro, como cuando un adolescente inexperto observa el escote de una mujer. ¡Él era un hombre hecho y derecho! Y estaba duro como una piedra. Duro por ella. Sus manos temblaban por tocarla. Después de haberla probado había imaginado que su curiosidad quedaría saciada, en cambio, era todo lo contrario. No había si no despertado aún más su deseo.

* * *

En cuanto Jade entró en el vehículo soltó un suspiro y cerró los ojos. Había procurado no mirar a nadie cuando puso los pies en los primeros tablones del muelle. Tenía miedo de que alguien la descubriera, y sabía que hombres de su padre había por todos los sitios. Sin embargo, no había podido resistirse a llevar la cara al descubierto.

Por alguna razón había esperado que Diego se acercase a ella. En cambio, lo único que había hecho fue mirarla con frialdad.

Guzmán, al menos, se había comportado de forma muy amable y respetuosa. Se había preocupado por saber cómo había pasado aquellos últimos días. Por eso le sonrió. No tenía caso contarle lo que habían hecho los hombres a bordo. También sonrió porque era del todo consciente de la fijeza con la que la miraban los ojos azules del comandante, tan llenos de pecado. Podía ver en su mirada la lujuria y sentir cómo devoraba hasta lo más hondo de su ser. Aquello le hacía sentir más fuerte, como si tuviese algún extraño poder sobre él.

Obligó a su mente que recordase que pronto dejaría de verle para siempre. Al pensar en ello sintió en su interior algo que no supo identificar.

Mordiéndose el labio inferior, se inclinó sobre la ventanilla para ver dónde estaba el español en ese momento. Que la ignorara de ese modo hacía que se sintiera furiosa. Descorrió la cortina y soltó un grito ahogado al toparse con el rostro del comandante a un palmo del suyo.

Diego también se echó hacia atrás, sobresaltado, pero se recuperó enseguida y apartó la cortina que Jade había dejado caer de nuevo.

—Venía a advertirte que no se te ocurra asomarte a la ventana —dijo con brusquedad.

El corazón de Jade todavía latía a mil por hora tras el susto. No había esperado encontrarse cara a cara... con nadie.

—¿Por qué no puedo ir mirando el paisaje? ¿Tienes miedo de que haga algo? —Él la miró con fijeza, sin contestar—. Podía haberlo hecho cuando venía hacia aquí en el bote, o antes de subir. Solo quería que... entrase el aire. Hace mucho calor —terminó de decir.

—No me extraña que tengas calor, vas envuelta en tanta tela que pareces un gusano de seda dentro de su capullo.

—La culpa es tuya. Tú pediste que me pusiera estas ropas. Podías haberme prestado alguna de las que estaban dentro de un arcón en la bodega. Lo he visto cuando lo traíamos a tierra en la barca.

—Son prendas de mi hermana y jamás te permitiría que usaras nada de ella —respondió con sorna.

Jade irguió los hombros tratando de no parecer ofendida.

—¿Podría quitarme el velo de la cabeza, comandante? —siseó, aspirando aire en un gesto cargado de desafío.

—Hazlo —dijo con una calma peligrosa—. Quiero hacerte una pregunta. ¿Sabes cabalgar?

Ella se liberó de la prenda que cubría su cabeza y cuello.

—¡Claro que sí! Podría decir que me he criado entre caballos —respondió, aguantando la respiración.

Esto último no era ninguna mentira, aunque lo de saber montar, sí. No tenía ni idea. Nunca lo había hecho. Pero no podía ser muy difícil. Su padre tenía muy buenos sementales y una yeguada magnífica.

Mintió porque en ese momento hubiese vendido su alma al diablo por salir de allí, respirar aire fresco y poder estirar las piernas sobre el suelo. Después de haber estado tantos días a bordo del galeón, necesitaba quitarse de la cabeza la obsesión del balanceo del agua.

Diego frunció los labios y durante unos minutos pareció estar cavilando.

—Por favor, comandante —rogó con su voz más dulce—. Llevo muchos días en un barco encerrada. Estoy muerta de aburrimiento. Déjame cabalgar contigo. Prometo que no haré nada que pueda ponerte en peligro.

—De acuerdo. Nos alejaremos un poco de la costa. Si intentas hacer cualquier cosa que pretenda arruinar mis planes, te juro que no tendré piedad de ti.

No importaba. Nadie iba a tener piedad de ella, estuviese en el bando que fuese.

—No voy a hacer nada —dijo entusiasmada.

Durante un rato, Diego cabalgó junto a la ventana. Después dio la orden de detenerse y miró a la mujer.

—Espera aquí hasta que vuelva y no salgas.

Se alejó tras el vehículo y ella lo siguió con la mirada hasta que no tuvo más remedio que terminar de sacar la cabeza para ver dónde iba. Le vio sostener las riendas de una preciosa yegua blanca. Agrandó los ojos. ¿El español se había vuelto loco? ¿Iba a permitir que montase ella sola?

Había visto como su padre y sus hombres lo hacían en muchas ocasiones. Tan solo debían dirigir a los animales con las rodillas y las riendas y aguantar el equilibrio sobre la grupa. Cruzó los dedos para que todo saliera bien.

El pueblo costero había quedado atrás e iban por un sendero de diminutos guijarros que solían usar los comerciantes y viajeros. A ambos lados comenzaban a alzarse las primeras dunas de arena dorada.

Diego hizo una señal para que descendiera del carro y acercó la yegua hasta ella, entregándole las bridas. La joven alzó la cabeza para admirar la del animal y respiró varias veces con prisa. Esa bestia era verdaderamente grande y alta, y... de repente se dio cuenta de que no iba a poder hacerlo.

Miró la carreta y otra vez a la yegua, con ojos dilatados. Sopesando los pros y los contras.

—¿Qué ocurre? ¿No querías montar? —preguntó él al notar su indecisión. Jade se aclaró la garganta.

—Sí, claro que sí.

—Adelante entonces. —La invitó con una expresión llena de incertidumbre—. No tenemos todo el tiempo del mundo.

Ella tragó con dificultad y rodeó a la yegua estudiando cuál era el mejor modo de subir a la grupa. Se recogió la larga ropa y subió uno de los pies hasta el estribo. Hasta ahí lo había hecho muy bien y se aplaudió por la hazaña, sin embargo, se quedó enganchada en esa ridícula posición.

Diego la observaba disimulando una sonrisa.

—¿Te ocurre algo? ¿Tienes algún problema con la yegua?

Ella carraspeó y sacudió la cabeza, sin atreverse a mirarlo.

—Llevo tanto tiempo sin caminar en condiciones que me cuesta moverme. ¿Por qué no me ayudas? No tengo fuerza para impulsarme.

—Creía que sabías montar.

Apretó la mandíbula.

—Sé montar, pero no volar. —Diego arqueó las cejas, divertido—. Siempre me ayudan a subir, comandante.

—De acuerdo. —Él bajó de su montura y se acercó a ella colocándose a su espalda—. ¿Estás preparada?

—Sí.

El muy descarado posó las palmas de las manos en su trasero y la alzó con deliberada lentitud. Exclamó abochornada al sentir el calor de aquellos dedos sobre su cuerpo. ¿Cómo era posible que tan solo ese simple contacto la alterase de forma tan virulenta?

Se levantó un poco la túnica para poder pasar la pierna hacia el otro lado de la yegua y se removió contrariada, aguantando el equilibrio hasta terminar de colocarse.

—¡Vaya, montas a horcajadas! ¿Quién te enseñó? —preguntó, burlón.

Aferrada a las bridas con fuerza, su vida dependía de ellas, apenas curvó una de sus bien delineadas cejas cuando lo miró.

—No lo recuerdo —susurró.

—¿Crees que soy estúpido? —Se cruzó los brazos sobre el pecho con aire prepotente—. Veo el pánico en tus ojos, mujer. Pero admiro tu terquedad.

—No sé a qué te refieres.

—Esta testarudez tuya puede hacer que te rompas la crisma. ¿Lo sabes?

—Hace mucho tiempo que no monto un caballo —insistió, evitando mirar al suelo—. No recordaba esta sensación —mintió—, pero te prometo que no tardaré en habituarme.

Diego se encogió de hombros.

—Como *milady* desee —respondió subiéndose de nuevo en su montura.

—Comandante. —Ella lo siguió con la mirada—. ¿Hay otra forma de cabalgar? —preguntó irguiendo los hombros, de la misma manera que él lo hacía.

—Las dos piernas a un lado.

Jade se mordió el labio inferior e intentó ponerse como él decía. Guardar el equilibrio al mismo tiempo que intentaba pasar la pierna por encima de la grupa era demasiado complicado. Si a eso le añadía que la yegua no quería colaborar y daba pequeños pasos adelante, impaciente por emprender la marcha, el resultado de su acción era la inminente caída de espaldas. ¡Iba a estrellarse contra el suelo y no podía hacer nada más que cerrar los ojos!

Ahogó una exclamación. De repente, cuando ya todo lo daba por perdido, un par de fuertes manos la sostuvieron en el aire. Su espalda se pegó a un amplio torso masculino durante unos segundos que se hicieron interminables. Él la ayudó a ponerse en pie sobre el camino y la contempló risueño. El resto de los hombres que habían visto la escena reían a mandíbula batiente.

—No sabes montar, ¿verdad?

—No —respondió deslizando los ojos hasta sus pies, apretando los labios—. Debes pensar que soy una estúpida. Sé que la carreta es más segura, pero

necesito sentir que estoy en un espacio abierto.

El comandante soltó una carcajada y el resto de los individuos le corearon con más fuerza. Ruborizada y muerta de vergüenza, deseó que la tierra la engullera.

—Bien, se ha acabado la broma —dijo Diego a sus hombres sin dejar de sonreír—. Vosotros a lo vuestro. ¿No tenéis nada más interesante que contemplar?

Guzmán fue el primero en negar con la cabeza. Mirara donde mirara solo veía dunas y más dunas pues el pueblo apenas era un punto en la lejanía.

—Déjame intentarlo de nuevo, por favor —rogó ella.

—¿Insistes? —preguntó con una pequeña chispa de admiración en su mirada oceánica.

—Sí —afirmó decidida.

—De acuerdo. Mírame atenta. —Le dio varias indicaciones de cómo debía montar. Cogió su cintura y la aupó hasta sentarla de lado. Después le entregó las riendas y se montó en su caballo poniéndose en uno de los flancos—. ¿Lista?

Jade asintió y evitó mirar la distancia que la separaba del suelo. Puso la yegua en movimiento imitando todo lo que el español hacía. Al principio el animal y ella no se compenetraban y su trasero golpeaba la manta que cubría la grupa del animal, repercutiendo en los delgados huesos de su espalda. Pero al final consiguió dominar el manejo relativamente bien.

Poco a poco la caravana se adentró más en el desierto antes de que el sol terminara por esconderse y saliera una gigantesca luna, rodeada de millares de estrellas. El paisaje era asombroso, conformado por un mar de arena plateada que yacía en absoluta serenidad. La brisa, más fresca que hacía tan solo un par de horas, dio una tregua a los viajeros.

Jade respiró con fuerza y contempló, por completo arrobada, cómo la tierra se elevaba hacia el cielo en forma de polvo estrellado y formaba remolinos de estelas de plata. Las dunas se recortaban contra un infinito mágico de tonos azules mezclados con violetas.

Era la primera vez que disfrutaba de verdad de un panorama como aquel, porque se sentía más libre de lo que nunca había sido. Cabalgaba en un ligero trote recreándose con el viento que se enredaba en sus cabellos, respirando la sensación de independencia y gozando de algo, que era más que probable que su padre nunca le hubiera permitido hacer. Abu organizaba excursiones para sus esposas e hijas, pero no se las dejaba vagar con libertad, ni mostrar los cabellos. Mucho menos subir a lomos de un caballo. Eso era cosa de hombres.

—Será mejor que te detengas —dijo Diego, agarrando sus riendas.

Ella volvió la cara al tiempo de ver cómo las carretas comenzaban a apartarse del camino.

—¿Qué ocurre?

—Vamos a montar el campamento tras aquellas dunas y continuaremos mañana.

—¿Tan pronto? —preguntó, desilusionada.

—Mañana podrás seguir montando, pero hoy me lo agradecerás.

Dejó que él guiase a la yegua por entre las carretas hasta llegar a un llano bastante extenso, donde algunos hombres que se habían adelantado estaban encendiendo varias hogueras y montando las jaimas.

—Se me ha pasado el tiempo volando. ¿Vamos a dormir aquí?

—¿Nunca has dormido al aire libre?

—Sí.

Diego la llevó cerca de uno de los fuegos, desmontó y se volvió a ella para ayudarla a bajar. Jade se lanzó a sus brazos y, en cuanto puso los pies en el suelo, se desplomó. Él la sostuvo con fuerza contra su pecho.

—No debí dejar que montaras tanto tiempo. No estás acostumbrada.

—Enseguida estoy bien —susurró aferrándose a sus brazos. Estaba entumecida y las piernas no respondían a las órdenes que daba su cerebro—. ¿Por qué me duelen tanto las nalgas?

—Has pasado varias horas en una misma posición. Mañana te encontrarás mejor.

—Eso espero. Ahora mismo me siento como si fuese una muñeca de trapo.

Y odiaba que él la creyese débil. Y lo que más odiaba es que aquello no entraba dentro de sus planes para escapar del comandante.

Diego la hizo sentar cerca del fuego.

—Voy a llevar a los animales para que alguien se encargue de ellos y buscaré algo de comer.

Jade asintió y se cubrió la cabeza con el hiyab. Observó cómo un poco más lejos los hombres terminaban de montar el campamento.

El comandante no tardó en regresar. Depositó en sus manos un cuenco con guiso de carne y patatas.

—Toma, te vendrá bien comer algo.

—Gracias. —Vio que él se marchaba—. ¿Dónde vas tú?

La miró sobre el hombro.

—Comeré algo con mis hombres. Cuando preparen un sitio decente para dormir vendré a por ti.

Asintió. El olor de la comida le abrió el apetito y engulló el guiso con un hambre voraz al tiempo que contemplaba con interés todo lo que la rodeaba. Todavía no sabía dónde se dirigían, aunque tenía la certeza del que el camino que habían seguido hasta el momento no se hallaba muy lejos.

Pasado un poco de tiempo se atrevió a ponerse en pie y a dar pasos cortos. Nadie parecía reparar en ella. En cualquier otra noche habría podido pasar desapercibida entre las sombras. Aquella, sin embargo, la luna era como una enorme antorcha, y estaba segura de que, si se alejaba un poco más de la cuenta, alguien, o el mismo comandante, iría a buscarla.

Sus piernas se rindieron y cayó de rodillas sobre el suelo. Una mano fuerte se posó sobre su hombro.

—¿Qué ocurre? ¿Estás descansando, Corinna? ¿O es que ibas a algún lado?

Jade levantó la cara y miró con atención a Diego, que había llegado a su lado sin hacer nada de ruido.

—¿Te han dicho alguna vez que tienes un humor bastante sarcástico?

—Sí —respondió él con una sonrisa llena de dientes perfectos—. Alguna vez me lo han comentado. —Se puso de cuclillas ante ella—. La primera vez que me enseñaron a montar pasé varios días con un terrible dolor de trasero. —Tendió una mano y la joven se aferró a ella con fuerza. La levantó con facilidad—. Necesitas unas buenas friegas para expandir la sangre acumulada.

Abrió los ojos incrédula.

—Estás de broma, ¿verdad?

—No, estoy hablando completamente en serio. De no ser así mañana serás incapaz de levantarte y deberás ir recostada en la carreta. No tengo problemas en darte un frote.

Jade sacudió la cabeza.

—Creo que me estás tomando el pelo, comandante.

—Allá tú si lo crees.

De un solo movimiento la cogió entre sus brazos y ella no tuvo más remedio que sostenerse a su cuello. La llevó hasta una de las tiendas y la dejó sentada sobre una gruesa manta.

Jade recorrió la habitación con los ojos. Lo único que había en el interior eran un par de candelabros, algunas alfombras y varios cojines.

¡Qué diferente de la jaima de Abu o de sus esposas! El séquito de su padre llevaba sillas, mesas, cortinas de colores, aguamaniles, miles de almohadones,

lámparas altas, criados... Sus excursiones tenían la finalidad de hacer disfrutar a los viajeros. En cambio, se tuvo que recordar que ellos no viajaban por placer, si no que pronto iban a hacer un intercambio.

Capítulo 10

—*Recuéstate* —pidió él, arrodillándose a su lado.

—No necesito que me des ningún masaje —respondió frunciendo el ceño al ver que era eso precisamente lo que Diego se proponía a hacer.

—No seas terca. Necesito que mañana estés bien y no seas una carga.

A pesar de sus protestas, el comandante la hizo tumbarse sobre las mantas con la espalda hacia arriba. En cuanto comenzó a sentir sus manos sobre la cintura, cerró los ojos. Se prometió no dejar escapar ni un solo gemido de placer. Una tarea harta difícil y en la que no podía concentrarse. Cuando menos lo esperaba, se escuchaba a sí misma ronroneando igual que un gato con un ovillo de lana. Era una maravilla sentir los dedos largos y morenos hundiéndose en su espalda, frotando sus nalgas con fuerza. El dolor se volvía placer y los músculos se derretían igual que la mantequilla al sol.

Al principio comenzó a tocarla a través de la túnica, pero no tardó en introducir las manos bajo la ropa y darle un masaje en condiciones. Ella no puso ningún impedimento. En primer lugar, porque estaba tan cansada que se sentía incapaz de mover un solo músculo. Y, en segundo lugar, porque en aquel momento estaba en la gloria.

No podía verle la cara, pero sentía el fuego de su aliento pegado a su cuello. El calor de sus ojos azules devorando cada pedazo de su piel cuando terminó de subir la túnica hasta hacerla un rollo sobre sus omóplatos. Él respiraba fuerte, y con cada exhalación, su piel se erizaba.

Jade deseó que el comandante no se contuviera, como parecía estar haciendo. Apretaba sus nalgas y pasaba su mano de un lado a otro, sin detenerse ni un solo instante en el vértice de sus piernas. Cada vez que hacía eso, ella temblaba, expectante. Deseando volver a sentir el placer de la otra vez.

—¿Estás mejor? —susurró él, lamiendo el lóbulo de su oreja. Ella asintió, estremeciéndose—. Quiero oírtelo decir —insistió Diego con voz seductora.

—Mucho mejor —respondió con un suspiro.

El comandante enredó los dedos entre los mechones de su cabello y Jade sintió que caía en la espiral de un profundo abismo. Empezó a mover la cabeza de un lado a otro, permitiendo así que él accediera a todos los rincones.

—Será mejor que te quite esto.

Diego tiró de la túnica hacia arriba y terminó de desnudarla. Ella se ruborizó pero, en aquella posición, él no podía verlo. Era posible que tampoco le hubiera prestado atención, pues su cuerpo esbelto y largo se hallaba por completo expuesto a la vista de los ojos azules. Las manos no dejaban de tocarla.

Diego se inclinó para saborear la piel de sus hombros y, una vez más, Jade se estremeció. Sabía bien cómo iban a terminar. O al menos eso era lo que más deseaba.

—Date la vuelta, mujer —susurró en su oído.

Nerviosa, ella lo miró sobre el hombro. Quería obedecerle, pero no podía ponérselo tan fácil.

—Dijiste que solo un frote en el trasero.

El comandante rio por lo bajo, cogió sus caderas y la hizo girar en la manta. El corazón de Jade comenzó a latir con velocidad al tiempo que sus mejillas se encendían con fuerza. Sus pezones, como dos soldados traicioneros, se irguieron bajo los azulados ojos. Avergonzada de que su cuerpo reaccionara de esa manera, quiso ocultarse los pechos con las manos. El hombre volvió a reír al tiempo que agitaba la cabeza de modo negativo.

—Nadie va a entrar sin mi permiso. Te lo prometo.

Se inclinó sobre ella y besó sus labios con suavidad. De un modo muy sutil y tierno, retiró las manos de Jade y le abrió los brazos en cruz. Hundió la cabeza en ella y, usando los dientes y la lengua, degustó sus senos, deteniéndose en las partes más sensibles.

Desde el exterior llegaban los susurros del aire haciendo ondear las lonas de la jaima y las voces de los vigías que se apostaban junto a las hogueras. Jade dejó de prestar atención a todo lo que sucedía fuera. Solo era consciente del cuerpo moreno del comandante sobre el suyo y de la boca abrasiva que la llevaba a arder en los fuegos del infierno.

—Te he echado mucho de menos —susurró él, sin separar los labios de uno de sus pechos. Su voz sonaba tan ardiente y aterciopelada como sus manos y su boca.

Ella había esperado durante todo el día a que él le dijese algo, pero aquello superó sus expectativas. Le sonrió cuando los ojos masculinos, por unos segundos, se alzaron hacia ella.

—Yo a ti también, comandante.

Dejó de respirar al sentir sus manos ascendiendo por la cara interna de sus muslos de un modo muy seductor. De manera instintiva, cerró las piernas, pero Diego, con suavidad, se las volvió a abrir. Se mordió el labio inferior terriblemente excitada. Estaba anticipándose al placer que sabía le iba a sobrevenir después, sin embargo, sentía que no podía esperar mucho. Su mente gritaba que no fuese tan necia y le pidiera lo que en verdad quería. Era una lucha de voluntades porque ansiaba que él siguiera torturándola sin tener que decirle que le deseaba.

—¿Te gusta esto? —preguntó él trepando su boca hacia el hueco de la garganta, dibujando con su lengua un sendero de fuego.

Jade le cogió de la cabeza con ambas manos y le hizo incorporarse hasta alcanzar sus labios. Enredó sus dedos en los gruesos mechones negros y lo besó con fuerza, succionando el sabor de su lengua con una necesidad enfermiza. Una comunión de bocas y lenguas entrelazadas luchando por vencer al más débil; y en este caso, como en otros, ella fue la vencida.

La piel de Diego brillaba con el resplandor de las mechas colocadas a la entrada de la tienda. Los músculos de sus brazos le recordaron una estatua de oro, solo que su tacto era suave y ardiente. Estaba desnudo de cintura hacia arriba y tenía un cuerpo glorioso. Más glorioso que el de los eunucos de palacio cuando vigilaban con los brazos cruzados sobre sus pechos desnudos y las pieles impregnadas en aceite a las mujeres del harén.

Jade deslizó las manos hasta los huesos de las caderas masculinas acariciando la cinturilla de sus calzones como al descuido. Todavía seguía concentrada en los labios del comandante y en sus manos que seguían rozándole los muslos, muy cerca del lugar donde palpitaba el centro de su placer.

—Tómame ya —se atrevió a susurrarle, sin querer mirarle a los ojos.

Diego se incorporó un poco y esperó hasta que coincidieron sus miradas.

—¿Esto es lo que quieres? —preguntó cubriendo su feminidad con la palma de su mano. Ella se sintió enloquecer. Arqueó su pelvis contra él y le agarró de los cabellos. No quería tener vergüenza, pero no podía evitar sentirla. Diego no dejaba de mirarla con fijeza y, al tiempo que eso la excitaba más, también hacía que se contuviese. Él se daba cuenta y parecía disfrutar

con ello—. Ayúdame a desprenderme de los calzones —dijo, besándola de nuevo.

Jade deslizó las manos hasta el pantalón y tiró de la prenda hacia abajo. Él la penetró con un dedo y ella exclamó. Se olvidó de lo que estaba haciendo y se apretó más contra él. En su vientre comenzó a expandirse la sangre con velocidad. Tanto que Diego se detuvo, a pesar de que ella le instó a que no lo hiciese.

—Solo un segundo —pidió él, quitándose los pantalones, sin levantarse del sitio y sin dejar de besarla en la boca.

Hacía calor y las pieles ardían. Los alientos quemaban. ¿Eso era el infierno o era el edén? Daba lo mismo. Jade se retorció, le imploraba, le ayudaba acomodarse entre sus piernas. No podía esperar más. No importaba que estuvieran en el desierto rodeados de peligros. Ni que un lobo aullara a la luna. Ni que el viento siguiera golpeando la lona. Diego era su pirata y no iba a encontrar un lugar mejor donde estar, ningún sitio más seguro si no era entre sus brazos, bebiendo de su aliento.

El comandante le hizo el amor con una pasión que consiguió arrastrarlos a un mundo inexistente. Y después de eso, la volvió a tomar de manera dulce y suave. Con tanta dulzura que Jade sintió deseos de romper a llorar. Le abrazó con fuerza. No sabía cómo, pero se estaba enamorando del comandante. Aunque todo aquel tiempo se negara a admitir que sentía algo por el español, se engañaba a sí misma. Había pensado que eso no iba a pasarle nunca. Él era extranjero, y desde un principio sabía que tenía que regresar a su país. Además, él la odiaba. Ella era la hija de su enemigo. Tal vez no la que él hubiera deseado secuestrar, pero no podía impedir que la sangre de Abu corriera por sus venas. Desde el momento en que dejó que Corinna regresara a casa, y que no pudiese hacerle daño a ella, supo que él era buena persona y que todos sus actos estaban provocados por la rabia y la preocupación por su hermana.

—¿Te encuentras bien, Corinna? —preguntó, acercándole la boca al oído.

Ella estaba recostada sobre su hombro. Su cuerpo estaba demasiado relajado y dolorido como para moverse.

—Pensaba en lo que ocurrirá cuando rescates a tu hermana. Supongo que nuestros caminos se separarán.

¿El hombre se tensó o solo fueron imaginaciones de ella?

—Así es. Por fin te librarás de ser mi esclava y de nuevo tus criados te atenderán y volverán a llenarte de joyas.

Jade quiso decirle que su vida no funcionaba así. Cuando regresara a casa solo iba a hallar infelicidad y, era más que probable, la muerte. Saber que nunca más iba a volver a verle, que jamás sus dedos recorrerían su piel, ni su boca bebería de las fuentes de su cuerpo, le llenaba el corazón de angustia y sufrimiento.

Hubiera sido muy fácil confesarle todo eso en aquel momento, y lo habría hecho de no acordarse de su madre. Pero necesitaba verla, hablar con ella y explicarle la trampa que Sherezade —estaba segura de que todo había sido invención suya— había creado en torno a ella. Debía enfrentarse a su futuro por muy incierto que este se presentase.

—Si —contestó—. Necesito volver a casa.

El interior de la tienda estaba bañado por las doradas luces que lanzaban las mechas, en cambio, en las esquinas las sombras eran perturbadoras. Diego se inclinó para coger una manta de suave piel y la estiró sobre ellos. Se volvió hacia la joven, pasándole un brazo por la cintura.

—Duérmete. Mañana cabalgaremos mucho.

Ella se adaptó a su cuerpo, aunque tardó bastante tiempo en conciliar el sueño.

A la mañana siguiente, cuando despertó, estaba sola en la jaima. El sol ya había salido y sentía el calor agobiante y pegajoso del desierto sobre la piel a través de la lona.

Se levantó con mucho esfuerzo. Le dolían todos y cada uno de los músculos. ¡Como si más que unas friegas le hubiesen dado una paliza! «La maldita yegua», pensó con rencor. No tenía que haber cabalgado tanto por muy placentero que le pareciera en aquel momento.

Gimió y buscó sus ropas entre las mantas. En vez de encontrarlas, descubrió una túnica suave de color crema, con bordados en las mangas y en el cuello. La miró con ternura e ilusión. La tela no era tan áspera como las que había usado desde que fuera secuestrada.

Del exterior llegaban voces apagadas de los hombres y olor de la leche templada de camello. Aquel día Jade no iba a poder montarse en la yegua. Sus piernas eran incapaces de sostenerla y cada vez que daba un paso se la escapaba un gemido lastimero.

Salió fuera, donde ya estaban recogiendo el campamento, y halló al comandante cerca de una hoguera apagada conversando tranquilo con Guzmán. Él la recibió con una sonrisa al verla llegar caminando como si tuviera veinte kilos extra sobre el cuerpo y arrastrando los pies.

Guzmán saludó con una inclinación de cabeza.

—¿Cómo te encuentras, Corinna? —preguntó Diego—. ¿Has descansado bien?

—Muy bien, gracias, aunque creo que hoy voy a ir en la carreta.

Diego soltó una carcajada conjunta con Guzmán, al tiempo que él le entregaba un tazón de leche y le ofrecía un asiento. Jade rehusó lo último. No sentía el trasero como propio, y de haberse sentado, seguramente no hubiera podido levantarse después. Prefería reservarse para el camino.

—Vas a ir mucho más cómoda en el interior. Yo te haré compañía un rato —dijo él.

Ella lo miró con sorpresa.

—Será todo un honor, comandante. Pero te advierto que me siento como si me hubiera caído encima una torreta de palacio. No creo que sea muy buena compañía para nadie.

Diego la miró con algo parecido a la dulzura y pasó el brazo sobre sus hombros.

—Me irá bien estar descansado. Así podrás contarme más cosas sobre tu familia.

—Como quieras —respondió desganada.

Dio un trago a la leche y soltó un suspiro cansado. Al descuido dejó caer la cabeza sobre el hombro de Diego como si aquel fuese su sitio de siempre. Sintió como él movía la mano libre al tiempo que ordenaba que recogiesen la tienda.

Durante un momento Guzmán observó ceñudo al comandante, después se despidió de ellos y se marchó a terminar de desmontar el campamento. No terminaba de entender qué le sucedía a su amigo y rezó, preocupado, para que recapacitara. Él estaba prometido con Carmen y se iban a casar. La hija del sultán no tenía cabida en sus vidas.

—¿Le pasa algo a Guzmán? —preguntó ella, extrañada.

—Está nervioso y agotado —murmuró seco—. Además, teme que los hombres de tu padre nos estén esperando en el lugar del intercambio.

Aceptó sus palabras con un largo y profundo suspiro. Con paciencia, él esperó a que terminara la leche y después la acompañó hasta el vehículo. Se marchó durante unos segundos y luego regresó con fruta fresca y un trozo de queso.

No pensó que viajar con el español, encerrada entre las delgadas paredes de la carreta, pudiera ser algo tan agradable y entretenido. Él estaba de buen humor, y se notaba en el brillo de los ojos, en la sonrisa burlona que pintaba

su boca y en sus bromas pícaras y divertidas. Era tan guapo... tan viril y magnífico, que parecía estar viviendo un sueño.

—¿Te espera alguna mujer en España? —se atrevió a preguntarle. En todo el tiempo que llevaba con él, nunca se le había ocurrido pensar en eso.

—No —contestó—. ¿Por qué te interesa saberlo?

Ella enrojeció con violencia y se puso nerviosa. Se encogió de hombros.

—Por nada. Imaginaba que un hombre como tú tendría prometida o... mujer. ¿Acaso los marinos no contraen matrimonio?

—Supongo que hay hombres que se sienten atraídos con la idea de comprometerse para toda la vida con una mujer. Yo no creo que soportase a alguien durante mucho tiempo.

Ella frunció el ceño.

—Hablas como si hacerlo fuese una obligación; un yugo de esclavitud.

Diego sacudió la cabeza, recordando que eso mismo le había dicho Carmen. Enarcó una ceja y la miró, fijo:

—¿Para ti no lo es, Corinna?

La joven se encogió de hombros.

—No lo sé. Es ley de vida unirse en matrimonio, tener hijos...

La interrumpió:

—Y tú piensas hacerlo con ese hombre al que ni siquiera conoces. Dime, ¿y si, una vez que lo conozcas, te das cuenta de que no es lo que buscas? ¿Qué ocurre?

—No te entiendo.

—Puede que te enamores de otra persona.

—Una se debe de enamorar de su esposo.

—Pero ¿y si no te gusta?

—Supongo que los padres siempre saben qué es lo mejor para sus hijos. ¿En Europa no existen los matrimonios concertados?

—Así es, aunque siempre que se puede, se presenta a los prometidos un tiempo antes para que se vayan conociendo.

—Eso es lo que yo intentaba con... Caleb. Deseaba que él... le pidiese a mi padre su consentimiento para aceptarme.

—¿Tu padre no sabía que ibas a verlo? —preguntó. Ella negó con la cabeza—. ¿Por qué no le dijiste que querías unirte a él?

—¡Es Caleb de Narcise quien debe escogermelo! —O escoger a Corinna, pensó. Creyó escuchar la voz en su cabeza de Sherezade, advirtiéndole de que se iba a quemar en los fuegos eternos por mentirosa.

—¡Pero tu padre es el sultán! Si él le dice a ese hombre...

Jade negó con la cabeza, sin dejar que terminase de hablar:

—Abu ayudará a mis hermanos a elegir esposa. Pero con las mujeres es diferente. Por supuesto puede decidir entre las opciones que se le presenten, pero él no puede escoger a quien desee. ¿En Europa no son los hombres los que tienen el poder de decidir?

—Así es, pero el padre de la novia es quien tiene la última palabra, y en algunas ocasiones son ellas a las que se les permite acordarlo.

Jade se mordió el labio inferior, pensando en la suerte que tenían las extranjeras.

—No entiendo por qué existen costumbres tan diferentes de un país a otro. Diego sonrió con sarcasmo.

—¿Quizá es que los europeos somos más... racionales?

Ella lo miró con una chispa de dolor y decepción en sus ojos verdes.

—¡Nosotros no somos ningunos animales!

—No quería decir eso —se disculpó—. Pero, según mi punto de vista, sois... insensibles y brutos. —Se arrimó a ella, cogió su cara con una mano y se inclinó a besarla. Jade se apartó y sus labios fueron a parar a su mejilla. Diego se enfadó—: No todos sois así, por supuesto. Y sé que no te gusta escuchar lo que me han contado sobre ti. —Jade abrió la boca para replicar, pero él le cubrió los labios con los dedos—. Alguien me comentó que eres capaz de venderte por una joya. —Otra vez ella quiso defenderse, y otra vez Diego impidió que hablara—. Me tienes muy confundido. Hay cosas que averigüé de ti que no tienen ningún sentido para mí. —Con suavidad, pasó el dorso de la mano por su mejilla, apartando varios mechones cobrizos—. Me gusta conocer a la gente antes de juzgarla, y a ti aún no te he juzgado.

—¿Y todavía no me conoces? —murmuró ella, perdida en el infinito de sus ojos. Tenía encogido el corazón. Nada de lo que había vivido estando con él había sido fingido.

Diego la miró ceñudo. Se apartó de ella, negando.

—Siento que no. A veces creo que me ocultas algo importante y no sé qué puede ser.

Jade tragó con dificultad. Muy pronto Diego averiguaría por qué estaba tan confuso con ella; cuando supiese que no era Corinna.

Capítulo 11

No tenía que haber mentido a la joven haciéndole creer que no existía ninguna mujer en su vida. Diego se sentía zafio y ruin. Se iba a casar con Carmen cuando regresara, y la musulmana no era más que un mero entretenimiento del que se estaba aprovechando. ¿Qué había pretendido hacer al engañarla?

¡Era su esclava, no su amante! Ella le pertenecería hasta que él así lo decidiese.

—No me gusta cómo lo estás haciendo, amigo —le dijo Guzmán cuando, más tarde, ambos cabalgaban juntos.

Diego soltó un resoplido.

—¡Es cierto! Sé que llevas razón, pero pronto acabará todo esto y regresaremos a casa.

—¿Y qué pasará con Corinna? Su padre no podrá casarla después de usarla como lo has hecho.

—Ese no es mi problema. Lo que suceda con ella no me importa. Mi objetivo es recuperar a mi hermana, además —hizo una pausa corta—, pienso acabar con el sultán, y lo sabes. De ese modo, Corinna tendrá alguna posibilidad de contraer matrimonio con quien quiera.

—Y yo estoy contigo —Guzmán enarcó una ceja—. Pero ¿no crees que ella será castigada antes de lograr tu propósito?

—¿Qué pretendes que haga? —inquirió Diego, furioso—. Desde que comencé este viaje supe que mi sentido del honor y mi caballerosidad se quedaban en España. ¿No es una bandera negra lo que llevamos ondeando sobre nuestra cabeza? ¿Qué ocurre? ¿Te da lástima mi esclava? Tú has oído de ella lo mismo que yo.

—Y al igual que tú, no me creo ni la mitad de todo ello. Ni el actor más consumado haría una interpretación tan perfecta.

—Es la hija de Abu al Rashed. El ser más despreciable sobre la faz de la tierra. —Guzmán asintió. La terquedad de Diego todavía seguía asombrándole. En cambio, el comandante, al ver su gesto, se enfureció aún más—. ¿Qué quieres que admita? ¿Que soy un cabrón egoísta y que me maldigo por ello? ¡Tú no eres mejor que yo! ¡Te recuerdo que fuiste tú quien me aconsejó que la entregase a cualquier hombre de la tripulación!

Guzmán enrojeció.

—Tienes razón, y me arrepiento solo de pensarlo.

Diego se calmó y se mostró comprensivo.

—Hay muchas cosas de las que arrepentirse, Guzmán, y aún no hemos terminado el viaje.

Y después de aquella conversación, Diego seguía preguntándose por qué continuaba mintiendo. Primero a ella, luego a Guzmán y después a él mismo. No comprendía qué era lo que podía ver en la musulmana para desear protegerla en todo momento, para sentir la necesidad de verla sonreír; de cuidarla como si fuera una extraña y rara flor única en su especie. Ella le transmitía sensaciones totalmente desconocidas. Cuando estaba a su lado se notaba más fuerte, más poderoso, su centro de atención. No debía sentir eso. Él sabía lo que significaba y... lo detestaba. Sin ir más lejos, el día anterior, mientras cabalgaba a su lado, con la melena cobriza al viento, las mejillas sonrosadas y sus inquisitivos ojos verdes incitándole a echar una carrera, le había hecho retroceder en el tiempo a cuando él era más joven y disfrutaba con los amigos de risas y charlas. A los días felices en los que no debía preocuparse por la guerra, ni por un compromiso obligado. ¡Ojalá no se hubiesen conocido allí! ¡Ojalá no hubiesen sido tan distintos!

Diego fijó los ojos en el horizonte que se extendía ante ellos. Estaban solo a un día y medio de llegar a Adana. Para su desconsuelo, cuanto más se acercaban, menos ganas tenía de llegar. Deseaba ver a Ana Lisa, tenerla entre sus brazos, y a la misma vez, que el tiempo no pasara tan deprisa.

Al anochecer se detuvieron a montar el campamento cerca de los montes Tauro. Diego cenó con su prisionera y después la dejó sola en la jaima para planear junto a sus hombres la entrada en la ciudad. Por un lado, quería alejarse de ella y demostrarse lo fácil que iba a ser continuar con su misión sin tener que pensar en lo que hacía o de qué hablaba, o con quién estaba. Por otro lado, deseaba pasar esa última noche a su lado. Las últimas horas de estar juntos. Era estúpido sentirse desgraciado, pero así era cómo se sentía. Por algún motivo había cogido mucho cariño a la joven. Lo suficiente como para

querer que se encontraran otra vez, algún día. Era consciente de su insensatez. Él tenía su vida, ella la suya, y ninguno de los dos podrían estar nunca juntos.

Antes de lo que había querido, se retiró a la jaima. Se dijo que solo era para descansar y cerrar los ojos por unas horas. Su determinación se vino prácticamente abajo cuando vio a la joven durmiendo sobre una de las mantas. Tragó saliva, sintiéndose miserable, se desnudó y se recostó junto a ella.

La joven no tardó en abrir los ojos, recibéndole con una tímida sonrisa. Diego la besó y, sin decir ni una palabra, le hizo el amor muy despacio. Con una ternura infinita que les dejó palpitando sobre el lecho de piel.

* * *

—Estamos llegando —avisó Guzmán señalando el horizonte.

Desde allí se veía la diminuta ciudad que se alzaba contra el firmamento y que, poco a poco, se iba engrandeciendo a medida que se acercaban. La ciudad donde Ana Lisa esperaba a ser rescatada.

El comandante recordó, como de pasada, las palabras que había cruzado con la musulmana antes de que el sol naciese.

—¿Deseas regresar con tu padre, Corinna?

Al preguntárselo, ella había temblado ligeramente entre sus brazos. Tardó una eternidad en responder y, cuando lo hizo, su voz sonó angustiada.

—Mi madre me espera en palacio.

Diego disimuló su decepción. Ella le había hablado de su hermana, a la que adoraba, pero se dio cuenta de que nunca le había hablado de una madre, o de otro familiar. En realidad, no sabía mucho de ella.

—¿Por qué me preguntas eso, comandante?

—En unas horas haremos el intercambio por Ana Lisa. —Las palabras dolieron al ser pronunciadas—. Solo pretendo saber qué es lo que tú deseas hacer.

—Debo regresar —contestó ella.

Con mucha dulzura le acarició el rostro. Ambos supieron que aquello era la despedida.

Adana era una ciudad relativamente grande, rodeada por una alta muralla que protegía a los oriundos de las fuertes tormentas que se desataban en las llanuras. Durante la época de Pompeyo, la ciudad se utilizó como cárcel para los piratas de Cilicia. Pero después, con la construcción de grandes puentes, caminos, edificios oficiales y los sistemas de riego y haciendas, acogió a bastantes más habitantes de los que cabía esperar.

Sobre el hombro, Diego miró la carreta donde la muchacha se hallaba escondida tras la lona. Se preguntó si estaría llorando, como había hecho cuando creía que él dormía. Le había destrozado el corazón escuchar los lastimeros gemidos y sentir sus lágrimas perladas sobre su pecho. Había dejado que llorara en paz y, de igual manera, había ansiado saber a qué se debía ese llanto. Pero no se había atrevido a preguntarlo.

—Será mejor que lleguemos antes de que anochezca —dijo Guzmán, sacándolo de sus pensamientos.

Diego asintió. Un terrible presentimiento se apoderó de él. Un mal presagio. Una mala intuición.

Capítulo 12

La ciudad era un bullicio de mercaderes y comerciantes que gritaban sus productos al mismo tiempo que iban recogiendo los puestos ambulantes, antes de que el sol terminase de esconderse. Pañuelos de seda, alfombras elaboradas con gemas preciosas, alimentos, ropas, joyas, olores que flotaban en la calidez de la tarde, especias, perfumes, incienso...

Diego había hecho vigilar hasta el último rincón de la vía principal apostando hombres bajo los aleros de las casas de adobe y barro. También en los callejones estrechos y abovedados que culminaban en la plaza, donde la musulmana apretaba con fuerza su mano.

Mientras esperaban, evitaban mirarse. A Diego se le estaba rompiendo el corazón. La sentía asustada como un cervatillo a punto de ser cazado. Los ojos verdes brillaban nutridos de pánico, los labios pálidos formaban una tensa línea y tragaba nerviosa.

Inconscientemente, Diego también sostenía su mano con fuerza, como si de alguna manera sus palmas se hubieran fundido en una sola.

—¿Dónde están? —susurró ella—. No puedo reconocer a nadie.

Diego alzó su barbilla con dos dedos y le pasó el pulgar por los labios.

—Tranquilízate, todo va a salir bien.

Como una sombra oscura, una figura pequeña se paró ante ellos. Diego miró al intruso de arriba abajo y sus labios dejaron exhalar un suspiro de alivio.

—¡Ana Lisa! —murmuró cuando su hermana se arrojó entre sus brazos, envuelta en sollozos—. Oh, por Dios, Ana Lisa.

Jade los miró con el corazón galopando con todas sus fuerzas contra el pecho. Percibió la humedad en los oceánicos ojos del comandante y, al tiempo que se alegró por ellos, se sintió terriblemente sola, abandonada, excluida. Los escuchó hablar en español y el cariño y la ternura que cada palabra desprendía a pesar de no entenderlas.

Miró a su alrededor y, para su desazón, vio a un hombre de la guardia de su padre. Había sido una locura pensar que los Narcise hicieran el intercambio sin estar un representante de la casa al Rashed. Además, Mohamed era un tipo peligroso y mezquino, y por su mirada satisfecha, supo que no tenía escapatoria. Sus esperanzas de libertad se desvanecieron.

No había tenido ninguna oportunidad de escapar durante el trayecto pero, aunque hubiera podido, Diego se merecía recuperar a su hermana, y ella no podía chafarle los planes.

Tragando con dificultad el incipiente nudo de su garganta, se alejó un par de pasos de Diego y de Ana Lisa. El comandante se dio cuenta de su lejanía como si de repente se hubiera quedado frío, y apartando a Ana Lisa a un costado, trató de sujetarla del brazo. Al hacerlo, Mohamed se irguió y, en ese momento, como salido de la nada, alguien lanzó a un tipo ante los pies de este. Mohamed había desenvainado su cimitarra y amenazaba la espalda del hombre que tenía arrodillado en el suelo.

Diego los observó con fijeza.

—Ya tiene a la española —le dijo el guardia de al Rashed, tendiendo una robusta mano hacia Jade—, es hora de que regreséis a casa, *melez*^[1].

Ana Lisa, más segura junto a su hermano, se giró a la musulmana con los ojos llenos de odio y un feo y fuerte improperio preparado entre sus dientes. Sin embargo, de su boca no salió nada. Con ojos dilatados la miró, sorprendida. Se acordaba de ella. Era la muchacha que había limpiado sus cicatrices y que la había consolado cuando tan solo deseaba morir tras haber sido violada por la bestia inmundada. La misma que su padre había ordenado azotar en cuanto la tuvieran en su poder hasta que sus brechas fuesen tan grandes que pudieran introducir cristales en su interior.

—¿Deseas volver? —Se obligó a preguntar Diego de nuevo, clavando la mirada sobre Jade—. No tienes por qué hacerlo si no quieres.

Mohamed no pestañeó ni se inmutó cuando Diego también preparó su sable, empujando a su hermana hacia Guzmán.

El sujeto que estaba en el suelo levantó la vista hacía el español. Jade no le conocía. Diego, si lo hizo, no dio muestras de ello.

—¡Soy Caleb de Narcise! Debe cumplir con su palabra —dijo con la mirada fija en el comandante. No hablaba inglés, pero Ayoub, situado junto a Diego, se apresuró a traducirle—. Sherezade me prometió que cumpliría con honor.

Diego se encogió de hombros. Le importaba una mierda Sherezade, Narcise o el mismo Abu. Sentía que podría despedazar a cualquiera que se

pusiera en medio sin el menor esfuerzo. La musulmana era libre de escoger lo que quería hacer. Y ella observaba todo con ojos desorbitados, como si no entendiese qué estaba pasando allí.

—Diles que no quieres ir —le dijo el comandante a Jade.

La joven sintió compasión por Caleb. Él no estaría metido en ese problema si Corinna o Sherezade no le hubieran obligado. No podía permitir que muriera nadie. Diego ya tenía a su hermana. Y a ella, lo que más le importaba en ese momento, era ver a su madre.

—Estaré bien, comandante. —A pesar de la media sonrisa que le regaló, sus ojos se llenaron de lágrimas sin derramar—. Es mi familia. Estaré bien —le prometió.

Diego reprimió el impulso de retenerla. De gritar como un niño. De suplicar que se quedase a su lado.

Ella caminó hacia Mohamed y, en el momento en que estuvo a su alcance, el guardia se olvidó de Caleb y cruzó la cimitarra por encima del cuello femenino.

Los ojos de Diego se cubrieron de duda y de temor. No sabía por qué, pero algo no cuadraba. ¿Por qué la retenían si ella iba de forma voluntaria? ¿Y por qué ese trato si era la hija adorada del sultán?

Mohamed lanzó una pesada bolsa a sus pies.

—¿Qué es esto? —preguntó Diego con frialdad.

—Vuestra recompensa. Cogedla y marchaos a vuestras tierras.

—¿Qué recompensa?

—Van a matarla —sollozó Ana Lisa abriéndose paso hasta ponerse a la altura de su hermano. Se arrodilló ante Jade mirándola con pena.

Con el ceño fruncido, Diego volvió a quitar a su hermana de en medio y sus ojos se clavaron en los cristalinos de Jade.

—¿Qué está pasando?

—Es la recompensa por capturarme, comandante —respondió ella, con un nudo en el pecho que oprimía su garganta—. Lo siento mucho... por mentirte. —Agitó la cabeza y los últimos rayos de sol atraparon el brillo de los cabellos cobrizos—. No soy Corinna, mi nombre es Jade al Rashed.

Diego negó con la cabeza, sin entender.

—¿Corinna? —El hombre dio un paso hacia ella y Mohamed apretó tanto el sable que un hilillo de sangre manó de la garganta de la joven. Conmocionado y aterrado, Diego se detuvo—. ¿Jade?

—La traidora de Jade —escupió Mohamed—, vámonos, *melez*, tu padre nos espera.

Diego no podía creerlo. De nuevo buscó la mirada esmeralda.

—Debí mentirte. No podía dejar que hicieras daño a mi hermana. Por favor, perdóname.

—¿Tu hermana?

—Aquella noche se hizo pasar por mi sierva. No podía permitir que le hicieras daño. Tú habrías hecho lo mismo por la tuya. —Sus ojos pasearon sobre Ana Lisa y volvieron hacia él, suplicantes.

Diego dio un paso hacia atrás y apretó los dientes con fuerza. Ahora lo entendía todo; el porqué de la tardanza en recuperar a su hermana. Cuán diferente era Jade de todo lo que le habían contado sobre Corinna. En ese momento su corazón se dividió a la mitad. Sus ojos adquirieron el color del mismo acero cuando miraron al guardia.

—No voy a dejar que te la lleves.

—Morirá gente, español.

—Es cierto, morirán, pero no será culpa mía —sentenció él sin ningún miedo.

Mohamed no esperaba eso. Ni siquiera tenía órdenes de matar a Jade. No le dio tiempo a seguir pensando cuando sintió la carne desgarrada en el mismo centro del corazón. Con ojos abiertos miró al español, extrañado de que le hubiera alcanzado tan pronto con su arma. Sin embargo, el comandante estaba tan sorprendido como él, y ni siquiera se había movido del sitio.

Jade se vio libre y, desesperada, se llevó las manos al cuello dando gracias a Alá por aquel milagro. Vio a Mohamed tendido en el suelo y, al levantar la vista, se encontró con la fría máscara de la venganza.

—¡Sherezade!

—No merece la pena que por ti muera nadie más —espetó la mujer en inglés. Se agachó sobre el cadáver de Mohamed para limpiar en las prendas la daga con la que le había matado. Un hiyab negro cubría su pelo y el cuello—. Eres libre, Jade. Márchate ya. No hay nada que te retenga aquí.

Ella frunció el ceño y sacudió la cabeza. Lo último que había esperado era encontrarse a la misma Sherezade allí.

—Parece que olvidas que mi madre...

Su tía sacudió la cabeza con energía y le entregó una misiva.

—Raissa me dio esto antes de morir.

Jade cogió la nota muy despacio. Su cabeza procesaba las palabras de Sherezade.

—¿Cómo has dicho? —preguntó incrédula.

—Raissa ha muerto.

—¡Eso es mentira! —gritó aterrada—. ¡Mi madre está viva!

Sherezade negó con la cabeza.

—Jade, no miento. Ya no queda en nuestra casa alientos de extranjeros, ni siquiera el tuyo. Caleb te lo confirmará.

La joven miró al hombre que se había levantado con cautela.

—¿Es eso... es?

—Es cierto lo que ella dice —admitió Caleb—. La esclava Raissa ahora está en un lugar mejor.

No podía creer lo que estaban diciendo. La última vez que vio a su madre estaba sana. Deslizó la mirada hacia el suelo sin saber dónde ponerla. Era imposible que no fuera a verla más. Sherezade estaba mintiendo. Seguro.

Sintió que se mareaba y que una nube espesa envolvía su cabeza. Perdió el conocimiento antes de saber que Guzmán detenía su caída.

Capítulo 13

Jade escuchó un murmullo suave. Notó un peso extra sobre su mano y supo que alguien la estaba agarrando. Abrió los ojos con lentitud. Sentía los párpados pesados e hinchados.

No sabía dónde estaba aunque, por las paredes de rasilla blancas, adivinaba que no se trataba de una jaima. Los muebles eran toscos y los visillos que flotaban en lo que parecía un mirador estaban flanqueados por cortinas que lucían oscuras y apagadas.

Recordó la mirada de satisfacción de su tía cuando le dijo que su madre había muerto e intentó levantarse. Tenía que averiguar si aquello era cierto.

Unas manos suaves se posaron en sus hombros impidiendo que se incorporara.

—No te levantes todavía —dijo una voz femenina.

Jade giró la cabeza y se encontró con la mirada de Ana Lisa. Tenía mucho mejor aspecto del que recordaba de ella, tendida en un jergón, y con el rostro lleno de cardenales morados. Ahora lucía con el cabello recogido en una tirante cola de caballo. Era morena como su hermano pero, a diferencia de él, poseía una piel blancuzca y pálida. Sus ojos eran bonitos, claros, de un tono gris.

—¿Cómo estás, Jade?

—¿Tú sabes si es verdad lo que ha dicho Sherezade? —preguntó con voz ronca y ansiosa.

Ana Lisa asintió.

—Me gustaría decirte que no. —Se encogió de hombros—. No entiendo mucho vuestro idioma. Pero sí escuché que murió una mujer, y que la llamaban Raissa.

Jade se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar con desconsuelo. La idea de no volver a ver a su madre destrozaba su corazón. ¿Cómo era posible? El futuro sin ella se tornaba frío y vacío. Tanto tiempo había

aguantado en palacio por ella... Y ahora, de la noche a la mañana, todo se esfumaba como el agua entre los dedos.

Ana Lisa la dejó llorar hasta que los sollozos se convirtieron en gemidos débiles y entrecortados. Entonces entregó a Jade un pañuelo.

—Gracias —dijo ella agradecida, secándose los ojos—. ¿Cómo he llegado aquí? ¿Me he desmayado? —A pesar de ser tan obvio, no pudo evitar la pregunta. Jamás lo había hecho. Ni siquiera cuando Abu la castigaba y flagelaba su espalda.

—Sí.

—Gracias por quedarte conmigo.

—Es obra de Dios ser agradecido y devolver los favores recibidos, pero no lo he hecho con gusto —aseveró con firmeza—. Después de esto, no te deberé nada.

Jade asintió y se pasó la lengua sobre los labios reseco.

—¿Cómo te encuentras tú?

—Mal. Me encuentro mal. Me siento sucia. —Su bonita cara se deformó con una mueca de asco que transmitía toda la repugnancia que era capaz de soportar—. ¡Tu padre es un animal! ¡Un maldito bastardo!

—Lo siento mucho, de verdad. —Jade la contempló con lástima. Pero a la española no le complació su mirada y se levantó de la silla en la que estaba sentada. Caminó hasta la mesa para servir un vaso de agua de la jarra de barro —. Nada de lo que pueda decirte va a hacer que lo olvides o que te sientas mejor.

—Prefiero no hablar de ello —respondió Ana Lisa.

Jade estuvo conforme. Podía entenderla.

Sus ojos estudiaron el dormitorio. No era un sitio muy grande, pero sí lo suficiente para tener un armario, una mesa con varias sillas, una cómoda alta con cajones y un espejo. Sobre el mueble, una lámpara de aceite iluminaba la estancia con una tenue luz dorada, formando extravagantes sombras contra las paredes. Las puertas de un estrecho mirador estaban abiertas y los visillos ondeaban con una brisa cálida.

Ana Lisa le dio un poco de agua para beber y ella tan solo se mojó los labios. Volvió a cerrar los ojos sin poder dejar de pensar en su madre. De forma involuntaria se echó a temblar. Raissa era una mujer fuerte. Nunca se había quejado de salud. Había soportado lo indecible desde que la sacaron de su casa en Londres. Aquella muerte no la merecía. No merecía que hubiese estado sola.

Se cubrió la cara con las manos de nuevo y volvió a llorar largo y tendido. Tenía que haber estado junto a ella. ¡Maldita fuera Corinna por convencerla esa noche de haber ido a conocer a los Narcise! Nada de todo aquello hubiera pasado de haberse negado.

Buscó la mirada de Ana Lisa.

—¿Llegaste a ver a mi madre? —preguntó controlando el hipo.

—No. —Sacudió la cabeza—. Yo también siento mucho lo que te ha ocurrido.

Jade se levantó de la cama y esta vez Ana Lisa no se lo impidió.

—Estoy bien. Solo... necesito estar sola.

La española asintió.

—Voy a ir a por algo de comer.

Cuando Ana Lisa cerró la puerta, Jade centró su mirada sobre la mesa cerca del mirador. Junto a la jarra y el vaso de agua estaba la carta que Sherezade le había entregado. La leyó intrigada.

Mi queridísima hija:

Estoy segura de que no sobreviviré a estas extrañas fiebres que me tienen débil y postrada en la cama. El médico dice que es posible que se deba a alguna clase de infección.

Jade, no quiero que regreses a palacio. Abu no será benévolo contigo. Te culpa a ti de mi enfermedad. Márchate del país. Viaja a Londres y busca a tus abuelos. Me llamo Elizabeth Fleming y soy la hija de los condes de Landon. Cuéntales quién eres, pero no les digas de mi sufrimiento ni de mi dolor. Tan solo diles que los he echado de menos y que he pensado en ellos hasta el último minuto de mi vida.

Hay otra cosa que deberías saber. Antes de ser secuestrada, estuve prometida con un hombre bueno. Íbamos a casarnos. Nos amábamos mucho. Él se llama Anthony Harper. Por favor, te suplico que le pidas perdón en mi nombre.

Cuídate mucho, mi pequeña niña. Recuerda lo fuerte y lo generosa que eres.

Te ama,

Elizabeth

Se empañaron sus ojos verdes y, por unos largos segundos, dejó de respirar. Tragó con dificultad y se guardó la carta.

Sentía que la cabeza le iba a estallar en cualquier momento.

Caminó hacia el mirador y salió a la terraza. Permitted que el aire de la noche inundara sus pulmones y se enredase en sus cabellos. Sobre su cabeza se abría el negro firmamento donde miles de estrellas refulgían como pequeños cristales.

Una voz cercana la hizo sobresaltarse.

—Buenas noches, Jade.

Se estremeció con el conocido timbre del comandante. Lo buscó con la mirada. Él estaba en el balcón vecino con la espalda apoyada en la fachada de adobe. Llevaba una camisa blanca abierta de arriba abajo y unos pantalones anchos oscuros, que iban introducidos en botas altas.

—Tu hermana ha salido a por algo de comida. Parece que está bien —le dijo ella.

Diego estaba fumando y dejaba escapar el humo por entre los labios de manera lenta y pausada.

—Al menos está viva. Se recuperará de todo esto.

—Eso espero —musitó Jade con suavidad. Se acercó a la barandilla que se suspendía sobre una calle de arena fina. Se aferró a ella con fuerza hasta que los nudillos se tornaron blancos, y volvió a tomar aire como si de algún modo respirar fuera la única forma de enfrentarse a su dolor—. Al final has conseguido lo que venías a buscar. Has conseguido recuperar a tu hermana.

Diego se enderezó y también anduvo hasta la baranda. Entre ambos se levantaba un pequeño muro que dividía las terrazas y que apenas les llegaba a la cintura. Arrojó la colilla hacia la arena y la brasa roja se apagó nada más tocar el suelo. Miró a Jade de soslayo.

—Todavía no he terminado del todo.

—Estás loco. Márchate a España, pon a tu hermana a salvo y continúa con tu vida.

El comandante negó con la cabeza.

—Me temo que no. Es demasiada la rabia y la sed de venganza que tengo. Hasta que no acabe con tu padre, no me iré de aquí.

Jade lo miró sobre el hombro.

—¿Y si mueres, comandante? ¿Qué pasará con Ana Lisa?

—No voy a morir —dijo, muy seguro de sí mismo.

—Mi madre siempre dice... —hizo una pausa y carraspeó—, siempre me decía lo cabezona que soy. Eso es porque no te conocía a ti, comandante. Estoy segura de que habría cambiado de opinión respecto a mí. —Con un suspiro se pasó la mano sobre los ojos. Volvió hacia él todo el cuerpo, enderezándose—. No sabía cómo iba acabar todo esto. Pensé que moriría yo, o tú, o incluso mi hermana, pero...

—Tu hermana Corinna, la sierva —espetó él con tono áspero.

Jade asintió, ignorando su tono irónico.

—Incluso mi hermana Corinna. Pero jamás jamás se me hubiera pasado por la cabeza que sería a mi madre a quien no volviese a ver.

—No tienes la culpa de lo que ha pasado, Jade.

Ella se encogió de hombros.

—Puede que no o puede que sí. A lo mejor, si yo hubiera estado con ella... —Se mordió el labio inferior—... si no hubiese salido con Corinna, nada de esto habría pasado. Nunca lo habíamos hecho antes. Salir de noche las dos juntas, fue... una locura. Yo sí suelo escapar de palacio para ir a pasear o al mercado... pero siempre voy sola. En cambio, esa noche... me convenció. Me cegué con la ilusión de sacar a mi madre de allí. Ella me prometió que nos ayudaría, y yo la creí.

—¡Tenías que haberme dicho la verdad! —replicó, enfadado.

—¿Qué opción me quedaba? No podía dejar a Corinna contigo. Leí el odio y la rabia en tus ojos. Ella no es como yo. Te habría sacado de quicio más de una vez y la hubieses castigado. Además, si yo esa noche hubiera regresado a palacio sin ella, mi padre me habría matado sin dudar un segundo. —Apoyó los codos en la balaustrada y se inclinó hacia adelante. Su cabello se deslizó hacia abajo agitado por la brisa—. ¿Qué habrías hecho tú, comandante?

Diego imitó su posición.

—No sé lo que habría hecho. Pero tú... Me hiciste soltarla haciéndome creer que era tu sierva. Si la hubiera tenido a ella, podría haber recuperado a Ana Lisa mucho antes. ¡Me siento como un maldito estúpido! —siseó con los dientes apretados.

—Lamento haberte mentido. Pero no me arrepiento de ello.

Jade pudo sentir que él giraba la cabeza para observarla, pero no se atrevió a comprobarlo.

—¿Sabes qué es lo peor? —inquirió él. Ella prefirió no contestar—. Que debería estar mucho más enfadado contigo de lo que estoy. Pero eso no me llevará a ningún lado. Además, pienso sacar provecho de la situación.

Jade frunció el ceño y esa vez sí que lo miró.

—¿A qué te refieres?

Diego cerró los ojos por unos segundos y recuperó su posición inicial.

—Vas a ayudarme a terminar lo que he venido a hacer aquí. Me vas a describir cómo es el palacio y me vas a hablar de Abu al Rashed, de sus guardias... Quiero saber todo. Cuándo entra, cuándo sale, quiénes son sus amigos, qué horario tiene para dormir, para comer... todo.

—¿Y qué te hace pensar que voy a hacer eso?

—Me lo debes.

—¿Qué? —Sorprendida, se enderezó.

—Por todo el tiempo que me has tenido apartado de mi hermana. Me lo debes, Jade.

Ella lo miró embargada por la pena y el dolor.

—¿Estás seguro de que es eso lo que quieres?

Igual de rígido que una tabla, Diego asintió.

—Completamente seguro.

—De acuerdo. Pero quiero algo a cambio.

—¿De qué se trata?

—Voy a ir contigo a palacio el día que entres.

—Ni en sueños —respondió, soltando una carcajada irónica y fría.

Una expresión ceñuda y atormentada apareció en la frente de Jade.

—¡Tengo que saber qué pasó con mi madre! Estoy segura de que su enfermedad fue causada por otros.

—¿Qué vas a conseguir con eso? Si fue el sultán quien acabó con su vida, será vengada igualmente cuando acabe con él.

—¡No lo entiendes! Él es culpable de muchas cosas. Pero no lo es de la muerte de mi madre. Él la amaba a su manera. Sentía un cariño especial por ella. Es solo por ese motivo por el que yo hoy sigo con vida. —De nuevo su visión se tornó borrosa y absorbió su dolor. Luchó por controlar un nuevo acceso de llanto.

—Yo averiguaré lo que quieres saber sin tener que exponerte al peligro.

Con un suspiro, ella negó con la cabeza.

—No, comandante. Ya no soy tu prisionera. Si quieres mi ayuda, este será nuestro pacto.

Diego frunció el ceño ante tanta terquedad.

—Debo pensarlo.

—No puedes ponerme en peligro por la sencilla razón de que ya lo estoy. —Levantó sus ojos verdes hasta los azules—. Me buscan viva o muerta. Conozco a Sherezade y ella no va a dejar las cosas como están. Toda mi vida aquí ha sido un peligro, un duro camino lleno de castigos. Ahora ya no tengo nada que perder. —Su voz sonaba angustiada—. Permite que sepa qué es lo que le ha pasado a mi madre, por favor, comandante.

—¿Y después qué harás?

—Al igual que tú, buscaré mi venganza. Cuando todo esto termine, viajaré a Inglaterra. Mi madre era de allí y me ha pedido que busque a mis abuelos. Deseo ir a conocerlos.

—¿Fue ella quien te enseñó el idioma?

Asintió.

—Ella y yo siempre hablamos en inglés.

Diego no parecía muy convencido, pero dijo finalmente:

—De acuerdo, nos ayudaremos mutuamente y yo mismo te llevaré con tus parientes.

Por unas décimas de segundo, ella había esperado que él le ofreciese llevarla con él a su hogar. A España. Que la convirtiese en su esposa. Era una tonta. Él mismo ya le había dicho que el matrimonio era un yugo.

* * *

—No entiendo por qué tiene que venir con nosotros.

—Ana Lisa, creí que Jade te gustaba. Dijeron que ella había ayudado a curarte las heridas que ese hombre te causó.

—No voy a hablar contigo de eso, Diego, y no insistas más. No necesito recordarte que ese hombre es su padre. La deuda que tenía, ya la he pagado.

—¡Ella no es él! —rugió de mal humor.

—Pero ¿qué te importa ella? —objetó Ana Lisa, molesta—. Deja que se quede aquí, o mejor, dale el dinero que te dieron de recompensa y que se marche. ¡No tenemos que llevarla con nosotros!

—Tenemos que hacerlo —respondió con firmeza—. Jade va a ayudarme a entrar en palacio.

—¿Que va a hacer qué? ¡Te has vuelto loco! ¡Me niego, Diego! ¡Llévame a casa ahora!

¿Que Ana Lisa se negaba?

—No creo que sea momento para comportarte de esta manera. He arriesgado mi vida y la de mis hombres para venir a rescatarte. Sé que has sufrido, y que lo has pasado mal. Pero aún seguimos aquí y no pienso marcharme como si nada de esto hubiera sucedido. Abu al Rashed ha destrozado nuestras vidas.

Su hermana poco más podía decir para convencerlo.

Capítulo 14

—¿De verdad vas a permitir que esa mujer entre en palacio? —inquirió Guzmán, tras escuchar los argumentos de su amigo por mantener a la musulmana con ellos.

—Todavía no estoy tan loco. Solo necesito sacarle un poco de información. ¡Claro que no voy a dejar que venga!

—Ella piensa que le has dado tu palabra.

Diego se encogió de hombros, indiferente.

—Puedo vivir con su enojo, pero no con su muerte bajo mi conciencia.

—Se sentirá engañada.

—Pues lo siento muchísimo —respondió dando o intentando dar por finalizada la conversación.

Guzmán lo detuvo antes de que huyera.

—¿Cuáles son tus planes para después? ¿Piensas llevarla contigo a España?

—Bien sabes que no puedo hacer eso —repuso, encogiéndose de hombros.

—¿Por qué? Desde que desembarcamos me ha dado la sensación...

Diego levantó la cabeza y fijó sus ojos en él, interrumpiéndole:

—Ella tiene familia en Inglaterra y todo un futuro por delante. Conmigo nunca tendrá nada. Además, bien sabes que he dado mi palabra a Carmen.

—¿Estás seguro que deseas casarte con ella? —insistió Guzmán.

—Llámame necio, si quieres estúpido —se encogió de hombros—, pero a estas alturas no puedo avergonzar a Carmen y a su familia faltando a mi honor. Y ciertamente, no voy a arrastrar a la musulmana conmigo, porque no merece estar en el escalafón de amante.

—Tampoco creo que ella accediera a ese puesto —dijo convencido—. Diego, comprendo que actúas con justicia, pero la justicia, la razón y la cordura, muchas veces acababan enfrentadas.

—Tengo un apellido que debo respetar.

—¿Por qué no haces caso a tu hermana? No necesitas su información para atacar a Abu. Podemos dejar aquí a la mujer.

El comandante se enfadó. Parecía que nadie comprendía que era incapaz de apartarse de ella. Que no tenía fuerza de voluntad para hacerlo y, aunque se sentía egoísta, mezquino, ruin, y un millar de cosas más, no iba a cambiar de opinión. Jade para él era algo parecido al buen vino con aroma dulzón y sabor de canela. Un adictivo manjar que nunca podía faltar, pero del que no se debía abusar. Era la opción que convertía sus sueños en realidad. Carmen, en cambio, era su compañera y amiga, la que sería madre y esposa.

—Puede que no cumpla con mi palabra de dejar que vuelva a entrar en palacio, pero no romperé la promesa de sacarla de este país y de llevarla a Londres.

Guzmán le aferró el brazo con tanta fuerza que él no pudo zafarse.

—¿Me estás diciendo, tú, noble hidalgo don Diego Salazar, que dejarás que esa mujer se ilusione contigo? ¿De verdad eres tan vil? —La voz acerada de Guzmán retumbó en sus oídos—. Yo también tengo mi honor, y es mi honor quien no me permite dejar que lo hagas.

Diego lo fulminó con la mirada.

—¿Qué ocurre? ¿Acaso te has enamorado de ella, Guzmán? —De un golpe le apartó la mano. Estaban en el vestíbulo del hotel y ninguno de ellos se percató de que en la puerta había un par de marineros del Destructor haciendo guardia—. ¿Quieres casarte con ella y compensarla? —Con fuerza le empujó hacia atrás haciéndole trastabillar—. ¡No lo harías nunca! ¿Sabes por qué? —explotó furioso—. No lo harías porque ella no es de los nuestros. Porque nunca la aceptarán en nuestro país, ni la tratarán bien.

—¿Es eso entonces? Te avergüenzas de ella, pero ¿a qué no lo haces cuando yaces a su lado?

Diego soltó una carcajada áspera llena de ironía.

—No he venido aquí a buscar esposa. No amo a esa mujer —respondió arrepentido de tratar a su amigo de ese modo—. Este viaje, el calor, todo esto nos está afectando. Sal a divertirte, disfruta todo lo que puedas, quizá no podamos hacerlo más.

—Espero que aclares tus ideas.

Diego asintió y le siguió con la mirada cuando este salió del hotel bastante molesto.

* * *

Jade se acercó al escuchar la voz de Diego hablando con Guzmán, conversaban en español y no podía entenderlos, aunque tenía la intuición de que ella era el tema principal.

Cuando el comandante también se marchó, ella salió del edificio evitando a los dos hombres apostados en la puerta. Se había dado color en los ojos con el kohl y llevaba la cabeza cubierta con el hiyab. Las mujeres usaban diferentes clases de velos: el burka cubría la totalidad de la cara con una mínima rejilla para los ojos; también estaba el chador, que se trataba de una tela semicircular que se envolvía desde la cabeza cubriendo todo el cuerpo y que se sostenía sin ganchos, y dejaba el óvalo de la cara al descubierto al igual que el hiyab, que solo cubría cabellos y cuello; los velos se usaban para no provocar a los hombres y que estos no las desearan. Si una mujer era forzada sin llevar el hiyab, decían que era un castigo que se había ganado por ir seduciendo.

Apenas un momento antes, Jade había bajado muy segura al vestíbulo, ahora recorría las calles, vagando sin rumbo fijo, decepcionada y triste. Se arrepentía de haberse entregado al comandante. La idea de que solo había sido un entretenimiento para él la atormentaba. Pero ¿qué esperaba? Que ella hubiera comenzado a tener sentimientos por él era algo normal. Diego podía ser el único hombre que no pertenecía a su familia que prácticamente había tenido consideración con ella, a pesar de las circunstancias en las que se conocieron. Era joven, viril...

Por el contrario, él era un hombre experimentado. Lo suyo nunca hubiera funcionado por mucho que a Jade le costase admitirlo.

Más tarde regresó a su dormitorio. Se quitó las ropas y se observó en un espejo alto colocado sobre la pared.

Las palabras de Diego, diciendo que no la amaba, volvían a repetirse en su cabeza una y otra vez. Y algo le decía que él no iba a cumplir con su palabra de llevarla a palacio. Ella estaba dispuesta a llegar como fuera y nada ni nadie se lo iba a impedir.

Ana Lisa salió del aseo justo cuando comenzaba a vestirse con una túnica color crema.

—¿Todavía no ha llegado Diego para ir a cenar? —preguntó retocándose un moño alto y severo.

Jade negó con la cabeza.

—Se habrá entretenido.

A los pocos segundos, como si les hubieran leído la mente, apareció el comandante.

—Ana Lisa, van a subir la cena en un momento —avisó en inglés, sin llegar a entrar en el dormitorio.

—¿No vas a cenar con nosotras? —inquirió la joven.

—Hay que salir mañana temprano.

—¡Pero quiero que nos acompañes!

Jade se acercó hasta Ana Lisa y, haciéndose la fuerte, miró a Diego.

—Tu hermano tiene razón. Mañana debemos salir temprano.

—¡Cenamos rápido!

Jade golpeó a la muchacha con el codo en el costado para que no insistiese. Al darse cuenta de su descaro, se disculpó:

—Lo siento. No debería meterme, pero yo también estoy un poco cansada y deseo irme a dormir pronto.

—Yo creía que ibas a conversar con Jade sobre el palacio. Ella dice que, aunque la residencia no es una de las más grandes, las habitaciones y las salas la convierten en un laberinto.

—Tenemos tiempo de eso —respondió.

Ana Lisa frunció los labios de forma infantil.

—¡No sientes ganas de pasar más tiempo conmigo! Has venido a buscarme desde tan lejos y apenas hemos hablado de nada.

—¡He dicho que ahora no, Ana Lisa! —Con una fiera inclinación de cabeza el hombre se despidió, giró sobre sus talones y desapareció por el pasillo.

—No comprendo por qué se ha vuelto tan mentecato —dijo la española.

Una leve brisa penetraba por el balcón abierto y movía ligeramente los visillos de tonos crudos.

Jade cerró la puerta y comenzó a despojarse del velo con movimientos lentos y pausados.

—Yo le he conocido siempre así.

Ana Lisa la miró con sorpresa, después ambas se echaron a reír a carcajadas.

En la calle, Diego alzó la cabeza al escuchar risas femeninas de la terraza superior. Con un gruñido y una sonora palmada sobre el muslo se perdió en las estrechas callejas de casas bajas y blancas esperando encontrar la ansiada bebida. Era incapaz de sacarse de la mente a Jade y a Carmen, y eso era lo más peligroso que podía hacer cuando se hallaba en tierra extraña con una importante misión que cumplir.

Capítulo 15

No salieron de la ciudad al día siguiente como habían planeado. La culpa fue del comandante. Se había emborrachado y no había aparecido por el hotel hasta después de la hora del almuerzo.

Ellas fingieron no percatarse de sus ojos enrojecidos, de su piel blancuzca y de la voz áspera y ronca que le acompañaba en cada frase. Aun en ese estado, Jade le encontró guapo y fuerte como siempre. Su rostro parecía más suave, casi delicado, y sus labios, brillantes y ligeramente hinchados, más seductores y atrayentes que nunca.

—¿Estás enamorada de él? —preguntó Ana Lisa después de haberle propinado varios pellizcos en el brazo para que apartase la vista de su hermano cuando este no miraba.

Ella enrojeció. Lo que estaba era celosa. No se podía quitar de la mente que, la única vez que lo había visto bebido, él había acudido al camarote con dos odaliscas.

—No sé de qué hablas, española —se defendió. Ana Lisa no ocultó su sonrisa—. Solo pensaba en que el dictador de tu hermano ha dicho que ha comido algo que le ha sentado mal y, desde luego, tiene un aspecto horrible. Deberías obligarle a que se metiera en la cama.

—O eso, o a volver a nadar en el barril donde se ahogó anoche. —La morena inclinó la cabeza hacia Jade, con una mueca traviesa—. No te preocupes, es muy normal que reacciones así frente a Diego, él siempre ha tenido mucho éxito con las mujeres.

Enrojeció de nuevo.

—¿Ha tenido muchas... mujeres?

La morena asintió con la cabeza y guardó silencio al ver que su hermano se acercaba a ellas arrastrando una silla hasta el balcón donde disfrutaban de la brisa que se había levantado tras esconderse el sol. Él se colocó contra la

pared y se sentó apoyando la cabeza en el muro, al tiempo que cerraba los ojos.

Ana Lisa cambió de conversación y comenzó a hablar de lo que quería hacer cuando llegara a España. Jade la escuchaba, aunque a veces no podía evitar dispersarse y pensar en lo que haría ella.

—... la mejor opción creo que será un convento, pero no sé cómo soportaré pasarme los días tejiendo encerrada en una habitación. Moriré de aburrimiento.

—¿Y por qué un convento? Seguro que no es necesario —respondió Jade.

—Porque seré una solterona para el resto de mi vida y jamás tendré hijos, aunque supongo que podré cuidar a los hijos de mi hermano.

Jade frunció el ceño y miró a Diego, que seguía en la misma posición del principio. Su piel se había vuelto más cenicienta.

—Puede que conozcas a alguien y te enamores —animó ella.

La española negó con la cabeza.

—Estoy deshonrada. No pueden prepararme un matrimonio como el que yo siempre he soñado.

—La vida de una mujer no solo se limita a casarse y tener hijos.

—¿Cómo que no? Mírate a ti misma, me has contado que te han preparado para ser una de las varias esposas que pueda tener tu marido.

—¿Y tú prefieres eso? ¿Te gustaría no ser la única mujer en un matrimonio?

La española se lo pensó largamente. Imaginó tener que seguir soportando el dolor de una penetración fría y brutal, aunque fuera un par de veces por semana. Aguantar eso solo por tener un marido era igual o peor de mortal que tener que tejer tapices durante el resto de su existencia.

—Tal vez sola esté mejor.

—Ana —habló Diego sin abrir los ojos—. Nadie sabe lo que el futuro nos tiene deparado a cada uno. Agradece a Dios que sigas con vida y que puedas regresar a ver a nuestros padres. Eso es lo único que debe importarte en este momento.

—Me gustaría chasquear los dedos y transportarme allí de repente, pero también sé que todos me tratarán como a un bicho raro. Tendrán lástima de mí y me compadecerán. Yo no estoy segura de querer eso.

Diego se enderezó en la silla y sus ojos inyectados en sangre la contemplaron.

—Las personas que te quieren no pensarán nada malo de ti. No tienes por qué contar lo que en verdad pasó a nadie. —Tendió una mano y ella se la

cogió, estrechándola con fuerza—. Te prometo que todo estará bien.

Jade los observó con un nudo en la garganta. ¡Cuánto echaba de menos a Corinna! Ella era lo único importante que le quedaba. Se puso en pie para marcharse, pero Diego fue rápido y la tomó del brazo. Jade estaba a punto de romper a llorar.

—Voy a retirarme —se disculpó afligida. Se zafó de la mano del comandante.

Ana Lisa agarró a su hermano antes de que fuera tras de ella.

—Déjala, Diego, seguro que en este momento está pensando en su familia. Debe de estar pasándolo muy mal con lo de su madre.

—Tienes razón. —Se obligó a no seguir ni importunar a la joven. No era un buen momento. Centró su atención en Ana Lisa. Había perdido peso y los huesos se marcaban en sus mejillas—. Si no es padre, yo mismo encontraré un buen esposo que te respete.

—¡Yo no quiero eso, hermano! No deseo que me compres a nadie.

—No sería comprarlo.

—¡Sí que lo sería! —sentenció.

Se hizo un largo silencio en el que Diego meditó que aquel no era ni el lugar ni el momento ideal para hablar de ello.

—Será mejor que vayas a dormir, Ana, partimos temprano por la mañana. —Recogió la silla de un solo movimiento. Por instinto sus ojos volvieron al interior del cuarto. Deseaba poder consolar a Jade, mas sabía que aquello no era posible.

—Me encargaré de que esté bien —prometió su hermana.

Diego asintió y se retiró a su propio dormitorio. Necesitaba descansar y recuperarse de la resaca de la noche anterior.

* * *

Jade viajaba parte del tiempo con la española en la carreta y la otra parte sobre la yegua junto a Diego y Guzmán, hablándoles de la ubicación de palacio, de las múltiples habitaciones y salas, de las celdas, de las torretas, de la cámara de peticiones, de la recepción, del harem y de los sitios domésticos. Intentó describir la amplitud de las estancias e incluso la decoración. Todo lo que decía era de absoluto interés para los hombres, que la atosigaron a preguntas sobre los jardines interiores y las calles adyacentes al edificio, los cambios de guardia y los horarios de todos los que vivían y trabajaban para Al Rashed.

Las cosas entre Diego y ella ya no eran para nada iguales a lo que había sido hasta antes de producirse el rescate. A veces la miraba fijamente y, cuando la joven volvía los ojos hacia los suyos, él los apartaba enseguida. No terminaba de entender la reacción del comandante, por eso decidió enfrentarlo en cuanto tuvo oportunidad, y esta se presentó en una ocasión que se encontraron a solas. Guzmán se había adelantado a ordenar a varios hombres que exploraran la ruta de los mercaderes para asegurarse de que eran los únicos que viajaban por la senda rumbo a la costa.

—¿Ya no te atraigo, comandante? Creí que entre nosotros existía algo —le comentó ella.

—¿Entre nosotros? —Él arqueó las cejas como si le hubiera dicho algo terrible—. ¿Mujer, tenemos algo nuestro?

Se sintió incapaz de quitarle los ojos de encima, totalmente estupefacta.

—¿No lo tenemos?

Diego admiró las doradas dunas que se levantaban en el horizonte bajo un sol de justicia. Sacudió la cabeza.

—No —respondió, seco—. Estoy en este sitio de paso y luego iré a otro y a otro más. No deseo atarme a nadie, yo no soy un buen esposo.

Sus palabras herían como dagas envenenadas.

—No te he pedido que te cases conmigo, comandante, solo pensé que teníamos algo, pero me he debido de confundir y tergiversar las cosas.

—Tenemos una amistad. Estoy en deuda contigo por ayudar a mi hermana.

Jade tragó con dificultad.

—No necesito que me debas nada, y puedes mentirte a ti mismo si quieres. Yo sé que esto lo haces por Ana Lisa, porque no te interesa que ella descubra que entre tú y yo...

—Lo que no quiero es que ella se encariñe contigo o se haga ilusiones de algo que no podrá ser nunca. Es preferible así, mujer.

No le dio la satisfacción de que viera su dolor y, asintiendo, con el mentón firmemente apretado, Jade hizo girar la yegua y se dirigió hacia la carreta.

A partir de ese momento intentó evitar acercarse al español todo lo posible. Por las noches no tenía más remedio que compartir la tienda con él y con su hermana, pero la mayoría de las veces le escuchaba levantarse en la oscuridad y unirse a los vigías para examinar el terreno o bien para hacer las guardias nocturnas.

Ana Lisa buscaba con frecuencia la compañía de algunos hombres que conocía desde España y eso dejaba a la musulmana más tiempo para pensar.

Su único objetivo después de que Diego le había hablado con sinceridad, era el de buscar a Corinna y desenmascarar a Sherezade.

Despertó a la realidad justo al entrar en la ciudad. Se cubrió el cabello y la boca por encima de la nariz y, agazapada entre el cuerpo de Guzmán y de Ayoub, recorrieron el camino hacia el puerto.

Capítulo 16

Jade no vio al Destructor en el embarcadero y le preguntó a Guzmán.

—Durante este tiempo el galeón ha estado alejado de la costa recorriendo de este a oeste un buen tramo de la península. Tiene que encontrarse de camino hacia aquí. Lo esperaremos en una cala que hay un poco más al norte —respondió.

Atardecía en Oriente. El sol moría perezoso dibujando en las aguas del mar una alfombra enojada llena de diamantes que formaban un camino.

Deseaba llegar al Destructor con prontitud. En el muelle, decenas de personas caminaban de un lado a otro descargando, sobre todo, la pesca recogida.

Jade mantuvo la mirada baja y no se sintió segura hasta que no subió a una de las barcas. Guzmán y Ayoub se sentaron junto a ella. Diego y su hermana subieron y se situaron justo detrás. Después los hicieron cinco hombres más. El resto se repartieron en otras embarcaciones y todas emprendieron la marcha.

Respiró aliviada al ver que comenzaban a distanciarse de la zona. A su alrededor todo era agua que se mecía en calma, y las paladas de los remos eran el único sonido que alteraba esa calma. Fijó sus ojos en el infinito, perdida en sus propios pensamientos. Percibía la respiración de todas y cada una de las personas que viajaban en la barca, sin embargo, la que más la alteraba era la de Diego. El calor de su presencia inundaba todos sus sentidos y, aunque trataba de alejar de sí esa sensación, su pierna le rozaba la espalda y cada movimiento era como una caricia.

Por fin divisó la gigantesca embarcación al girar un saliente rocoso. El destructor se volvía más grande a medida que se acercaban y sus mástiles parecían clavarse en el firmamento.

—¡Este galeón es enorme! —exclamó Ana Lisa que lo contemplaba por primera vez.

—Tu viaje de regreso a casa será comfortable —respondió su hermano con orgullo.

De manera mecánica, los ojos de Jade volaron hasta los suyos. Se sorprendió al encontrar que la oceánica mirada estaba clavada en ella. Mucho más cuando él estiró el brazo y encerró sus dedos en la palma de su mano.

Quiso soltarse. No entendía qué estaba pasando, empero el comandante la agarró con más fuerza.

—¿Por qué haces esto? —murmuró ella entre dientes.

—Es lo quieres ¿no? —contestó él acercando los labios a su oído—. Deseabas que no ocultase lo que había entre nosotros.

Frunció el ceño. Eso era lo que había querido antes. Ahora ya lo dudaba.

—No creo que quieras saber lo que yo quiero —respondió altiva. Porque lo que de verdad deseaba era romperle la crisma, y al tiempo besarle los labios hasta que le salieran llagas. Una contradicción que creaba un gran conflicto en su interior—. ¿A qué se debe tu cambio de actitud?

Diego se encogió de hombros con indiferencia.

—¿Todavía no te has dado cuenta de que yo hago las cosas que me place hacer?

—Esta vez no voy a sucumbir —siseó orgullosa, con los dientes apretados.

Aprovechó que la barca empezó a zarandearse para intentar liberarse de su mano. Fue inútil. Él no lo permitió. Se incorporó tirando de ella y presionó el pecho contra su espalda rodeando su cintura con el brazo libre.

—Ve a mi camarote —le ordenó una vez en cubierta. Con una mano en la espalda la empujó con suavidad hacia el castillo.

¿Cómo se atrevía a tratarla así? Ya no era su esclava. Se volvió para decírselo, pero él en ese momento se alejaba con Ana Lisa.

—¿Ocurre algo? —preguntó Guzmán.

—El comandante me exaspera.

—¿Y a quién no? —respondió con una sonrisa de lado.

Soltando un suspiro malhumorado, y tras observar que los marineros de abordaje continuaban contemplándola como si fuera un demonio, admitió que el lugar más seguro era el camarote del español. Al menos por el momento.

Se encerró en él, aunque no dejaba de repetirse que no pensaba obedecer ni una sola de sus órdenes.

Sus ojos verdes recorrieron la habitación de arriba abajo. Aquel sitio le traía muchos recuerdos. Alguien se había encargado de limpiarlo y se hallaba todo adecentado.

Se abrió la puerta y Jade se giró. El español entró con una bandeja en las manos y una sonrisa en los labios. Caminaba como si le hubiesen inyectado una dosis de vitalidad.

—¿Qué sucede? —le preguntó ella con desconfianza—. ¿Debo suponer que hoy estás de buen humor?

—¿Tú no? Por fin hemos llegado a un sitio seguro.

Después de cómo había sido su trato desde que salieron de la ciudad, seguía sin comprender a qué venía ahora tanta cordialidad y camaradería.

—¿Qué es lo que quieres?

—Tranquilízate, por favor. ¿Podrías acercar esas copas de ahí?

Sobre el aparador, había un pequeño juego de cristalería. Obedeció, confusa.

Diego colocó la bandeja sobre la mesa, se sacó la túnica que había vestido para pasar desapercibido en el muelle, por la cabeza, y la arrojó en un rincón del cuarto. Desató las cintas del cuello de su camisa.

Nerviosa, apartó la vista de él.

—¿Te has estado comportando como un ogro solo porque no te encontrabas seguro? —inquirió.

—Digamos que me he mostrado preocupado.

Ella agitó la cabeza y su boca dibujó una sonrisa irónica.

—¡Eres un falso y un embustero!

Diego tomó asiento frente a la mesa.

—¿Quieres comer algo? Hay arroz especiado, pescado frito y vino espumoso.

Ella miró la comida y se le hizo la boca agua. El arroz desprendía un sabroso olor a cayena y azafrán, pero no se acercó. El comandante llevaba escrita en la frente la palabra *peligro*.

—¿Por qué querías que viniese a tu camarote? —preguntó. Cuanto antes obtuviera respuestas, antes podría relajarse. Por el momento, no se fiaba ni un ápice de él.

El hombre tamborileó los dedos sobre el tablero de la mesa, luego soltó un suspiro y sirvió las dos copas.

—Me lo vas a poner difícil, ¿verdad?

—No te comprendo, comandante. ¿Qué es lo que quieres?

—Estoy acostumbrado a dormir teniéndote cerca, mujer. Mi hermana se va a alojar en el camarote de Guzmán y es un sitio muy estrecho para dos. Guzmán se ha trasladado con los marineros. Mi pregunta es ¿quieres seguir quedándote aquí o prefieres que te busque otro lugar?

El corazón de Jade latió con fuerza. Le sorprendía hasta dónde llegaba el descaro de ese hombre.

—¿Por qué no podemos dormir Ana Lisa y yo aquí? Esto está bien para las dos.

—¿No has oído que no puedo estar lejos de ti?

—¿Y eso te pasa con todas tus amistades? —contrató ella.

Con una agilidad que la dejó asombrada, Diego se levantó con sendas copas en cada mano y la sonrisa más hechicera que ella hubiese visto nunca. Se acercó a su lado como debió hacerlo la serpiente a Eva con la manzana del edén.

—No puedes rechazarme un trago, Jade.

Ella agitó la cabeza y negó.

—Yo no bebo. —Él le guiñó un ojo con picardía al tiempo que le ofrecía el vino. Sus movimientos estaban conformados para engatusarla—. De verdad, no bebo. —No pensaba rendirse tan fácil.

Diego insistió en que cogiese la copa y ella terminó aceptándola.

—Pruébalo, no te va a hacer daño, lo prometo. Un trago nada más.

—¿Quieres emborracharme?

—Nada más lejos de la realidad. Solo pretendo que te tranquilices y podamos hablar con calma.

Indecisa, dio un sorbo, en ese momento llamaron a la puerta y Diego dio permiso para que pasaran. Un muchacho delgado de no más de quince años saludó con una inclinación de cabeza.

—Ponlo allí, Pedro, junto a la cama.

—Venga, ya habéis oído al comandante Salazar.

Jade observó que dos hombres detrás del muchacho cargaban con una enorme tina con pies de bronce y la colocaban donde el español había indicado.

—Siéntate, Jade, sería un desperdicio que todo esto se enfriase por cabezonería.

Ella accedió porque su estómago había comenzado a rugir con voracidad. Durante el viaje habían comido alimentos insípidos y secos, excepto el guiso del primer día, y lo que estaba sobre la mesa era de lo más sabroso que se habían llevado a la boca desde que salieran de la ciudad.

Pedro se dedicó a llenar la bañera mientras ambos comían. Jade aún no había salido de su asombro, pero el vino y el exquisito pescado frito fueron haciendo que olvidase lo ocurrido hasta el momento. Además, el vaho que

soltaban los cubos que acarreaba el muchachito era como un bálsamo soporífero y empezó amodorrarse.

El chico terminó de llevar el agua y encendió las lámparas de las paredes y las que estaban sobre el aparador.

—¿Algo más, comandante?

—Puedes retirarte, ya llamaré si necesito algo, gracias, Pedro.

La puerta se cerró y Jade fue consciente de nuevo de que estaban solos.

—¿Nos bañamos? —Diego se puso en pie y le tendió la mano.

Ella cabeceó.

—Juntos no. Yo no voy a bañarme ahora.

—¿Por qué? La tina es lo suficientemente grande para que entremos los dos.

Ella entrecerró los ojos hasta que formaron una delgada rendija.

—¿Crees que soy tan necia? ¡Me humillaste! ¡Me ignoraste durante todo el viaje y ahora finges que nada de eso importa! Pero a mí me importa, ¿sabes?

—Tienes razón, Jade, no he sido justo contigo. Si he actuado así es porque no me he sentido seguro, lo lamento. Debía tener la mente despejada, y contigo cerca no me siento capaz de pensar. ¿Qué hubiese pasado si nos hubieran atacado por el camino?

—¡No soy un trapo que se pueda desechar fácilmente!

—Sé que no lo eres, Jade —susurró acercándosele. Ella se levantó poniéndose a la defensiva, pero eso no sirvió de nada cuando él atrapó su cintura y la acercó contra su pecho—. Tú me distraes, mujer. Pierdo los reflejos cuando estás a mi lado.

Se estremeció, excitada. El calor que emanaba el cuerpo masculino contra el suyo la enloquecía y sabía que muy pronto perdería todo el control sobre ella misma si no tenía cuidado.

—¿Y qué pasará mañana? —preguntó distanciando la cabeza unos centímetros, impidiendo que la besara, como era su intención.

La sostuvo con firmeza y se inclinó sobre ella.

—Mañana es otro día.

—No, Diego —musitó.

Él había logrado pegar los labios a los suyos.

—¿Por qué? —Le dio un beso rápido y duro—. Tú también me deseas. — A pesar de que Jade intentaba apartar su boca. Él volvió a besarla. Esta vez lo hizo en los labios, también en las mejillas, en el cuello, y otra vez en los

labios. Eran besos cortos, suaves y húmedos—. Lo que tenga que pasar mañana, pasará.

Ella cerró los ojos. El comandante llevaba razón. Tal vez muriesen cuando entraran en palacio. ¿No tenían derecho a disfrutar del tiempo que ambos tenían juntos?

Entre beso, caricia y beso, Diego le arrebató la túnica. En un santiamén se encontró totalmente desnuda entre sus brazos. Vulnerable, estimulada. Gimió y dejó escapar un suspiro cargado de placer cuando él la besó más profundamente. Su aliento sabía a miel y a especias del vino, a madera ahumada y frutos silvestres.

—Espera —susurró Diego. Se apartó unos segundos y la contempló. Pudo ver cómo toda la piel femenina se erizaba bajo su mirada—. Te he echado mucho de menos.

—Yo también te he echado mucho de menos, comandante —susurró arrimando su boca a la de él.

Diego besó sus labios y la cogió en brazos. Con cuidado, la depositó en la bañera. Jade suspiró ante el contacto del agua caliente.

—Me gustaría que te quedaras conmigo, Jade.

Ella se acomodó y levantó la cara para mirarle. El español había comenzado a desprenderse con prisa de la ropa y metía los pies en la bañera.

—No sé qué contestarte, eres un hombre un poco extraño. Unas veces te veo tan accesible y cercano, que llego a pensar que eres mío; y otras, en cambio, te comportas como... un desconocido.

Diego se las apañó para levantar el cuerpo de Jade lo suficiente como para que él pudiera sentarse con ella entre las piernas y la espalda femenina apoyada sobre su pecho.

—Es mi manera de ser, de veras lo siento mucho. Tengo muchos problemas, ¿entiendes? Ana Lisa es apenas una niña y me preocupa todo lo que ha pasado. No sé si ella pueda entender que me atraes, que mientras he estado aquí buscándola he aprovechado mi tiempo para pasarlo contigo.

—Pero si ahora me quedo, ella sabrá... que tú y yo... —Se ruborizó—. Ana Lisa no es tan inocente como para no darse cuenta.

—En este momento no me importa lo que piense.

Ella alzó las cejas, aunque Diego no pudo verla.

—Me haces gracia, comandante.

—¿Por qué?

—Porque crees que soy estúpida. Sé que te avergüenzas de mí, sin embargo, te acuestas conmigo. Ahora mismo no te importa lo que piensa tu

hermana. Pero ¿cuándo lo va a hacer?, ¿después de que te hayas acostado conmigo?

Diego bajó la vista sobre sus hombros. El agua hacía que su piel sedosa brillara con una película transparente.

—Hablas como si mi única intención fuera la de poseerte.

—¿No es así?

—Ya has sido mía.

—No te pertenezco.

Diego suspiró hondo.

—No quiero lastimarte, Jade.

—Entonces deja de hacerlo. Comienza por admitir que tienes tantos prejuicios como los tiene mi hermana.

Negó con la cabeza.

—No los tengo. Te confundes.

Jade no podía creerle nada.

—¡Mientes! Eres un mentiroso. Me evitas en sitios públicos... lo hiciste en la ciudad. No quieres que te vean conmigo.

Diego agarró su barbilla con los dedos e hizo que girara la cabeza hacia él.

—Escúchame...

—No quiero escucharte. —Agitó la cabeza y las lágrimas rodaron sobre sus mejillas—. Dices que no quieres lastimarme, pero lo haces.

—¿Sabes por qué siempre he pensado que el matrimonio es... una porquería? —Ella negó y sorbió su llanto por la nariz—. Por esto mismo. Las discusiones, las lágrimas, los reproches. Ya te he pedido perdón, Jade. Te he dicho lo que siento por ti. —Ella trató de incorporarse de la bañera, pero Diego se lo impidió—. No me avergüenza estar contigo. Pienso que eres la mujer más bella que he conocido nunca. ¡Maldita sea! ¿No comprendes que voy a matar a tu padre y tú, su hija, estás aquí conmigo? Temo que alguien se atreva a hacerte daño.

Jade se emocionó con sus palabras. ¿Se preocupaba por ella? Quería, no, necesitaba creerle.

—¿Me amas? —le preguntó en un susurro.

Diego se encogió de hombros.

—Desde que supimos que tu madre había muerto, supuse que necesitabas espacio para pensar. Te he visto muy decaída y triste, y no me parecía correcto hacerte saber lo mucho que te deseaba. Además, ¿qué podía hacer si nos rodeaba tanta gente? No podía decir a mi hermana que se marchara a otro sitio solo porque ansiaba estar a solas contigo, Jade. —Se pasó la lengua por

el labio inferior y con la mano libre acarició su largo cabello cobrizo—. Quiero estar a tu lado.

Una explicación bastante convincente, aunque en ningún momento él le había dicho que la amaba. Esa respuesta no era suficiente para estar segura de sus sentimientos.

—¿Hasta cuándo, comandante?

Diego soltó su cara y la estrechó con fuerza entre sus brazos.

—No sabes cuánto me gustaría que todo esto fuese distinto. No sé hasta cuándo —susurró contra su cabello oliendo su fragancia—, solo sé que te he echado mucho de menos estos días y que has provocado un gran vacío en mi interior.

Eso era una de las cosas que más le preocupaba. La había echado de menos teniéndola a su lado. ¿Qué pasaría cuando se marchara a España y no volviera a verla? Era capaz de dar cualquier cosa por llevarla consigo, pero tenía un compromiso con Carmen y Jade no iba a aceptar nunca ser su amante. En cuanto a prejuicios, no tenía ninguno, pero sí los tendrían las personas que conformaban su círculo en la aristocracia. Ellos nunca la recibirían con los brazos abiertos. Y él no estaba dispuesto a enfrentarse a todos por un simple capricho.

Llevó las manos hacia los pechos de la mujer y los cubrió con las palmas. Enseguida el cuerpo femenino se adaptó al de él y supo el momento exacto en el que ella se rindió. Juntos alcanzaron un orgasmo profundo e intenso en la bañera.

Capítulo 17

—¿Te has dormido? —se atrevió a preguntar Diego muy cerca de la oreja de Jade.

La joven negó con un ligero movimiento. No se atrevía a pronunciar ninguna palabra porque no estaba segura de que su voz saliese con normalidad después de la tórrida sesión de sexo que acababan de tener. Continuaban los dos en la bañera. Ella con la cabeza descansando sobre el hombro masculino.

—Ha sido un día muy largo y sé que debes estar muy cansada. ¿Estás bien?

—Sí —respondió en un murmullo, aunque en realidad no estaba todo lo bien que hubiera deseado. Una vez más había sido débil de cuerpo y mente y se había dejado seducir de nuevo por él. No sabía cómo lo hacía, pero le asustaba que pudiera llegar a depender del comandante.

Diego alargó una mano y cogió una de las toallas que había sobre un taburete de madera.

—Ponte de pie, amor. Vamos a salir.

Ella le obedeció. Diego se incorporó también y la cubrió con la toalla. Después tomó la melena cobriza y la retorció para escurrir el agua.

—Estoy agotada.

El comandante la hizo girar. Preocupado, la estudió con atención.

—Sí, será mejor que te eches en la cama y descanses. Yo terminaré de bañarme y me reúno contigo enseguida.

Jade se puso de puntillas y le besó en los labios. Caminó hacia la cama y, sin mirarle, se dedicó a frotarse el cuerpo. Después se metió desnuda entre las sábanas y cerró los ojos. Hundió la cara en la almohada y fingió dormir, pero no debió de tardar mucho en abrazar el sueño de Morfeo, ya que no se dio cuenta cuando él se acostó a su lado.

* * *

Ana Lisa, como el resto de la tripulación, no pasó por alto que la musulmana compartiese el camarote de Diego. Los hombres antes no se habían atrevido a decir nada ya que la mujer había estado en calidad de esclava, pero ahora no lo estaba y eso provocaba muchos comentarios.

—Sospechaba que podía haber algo entre ellos —le confesó la joven española al oficial de más rango después de su hermano—. No puedo decir que me agrade, ya que la presencia de esa mujer me recuerda todo por lo que he tenido que pasar. Sin embargo, sé que Jade es buena persona. Será una buena esposa, ¿verdad, Guzmán?

—No se van a casar. Diego y Carmen de Mendoza se comprometieron antes de iniciar este viaje.

—¿Cómo? —inquirió la muchacha enfadada—. ¿Quieres decir que de todas las mujeres entre las que mi hermano puede elegir, ha escogido a... esa necia?

—Carmen en una dama española...

—¡No me vengas con sandeces, Guzmán! ¡Esa mujer es una estirada y una estúpida!

—Pronto pasará a formar parte de tu familia, por lo que te aconsejo que no hables así de ella.

—¿Dónde está mi hermano en este momento?

—Ana Lisa, no hagas ninguna tontería.

—Claro que no voy a hacerlo. Solo necesito que Diego me confirme lo que me acabas de contar.

—Está en el comedor.

Decidida a tener unas palabras con su hermano, se fue a buscarlo. Diego la vio entrar en la sala con un revuelo de faldas y sus fríos ojos grises observándole acerados. Pensó que iba a reprocharle lo de Jade. En cambio, se quedó atónito cuando ella le preguntó:

—¿Es cierto que te has prometido en matrimonio con Carmen?

—Así es.

—¿Te has vuelto loco? ¡Esa mujer es lo peor!

—Cuidado con lo que dices, Ana Lisa.

—Me niego a aceptarla en la familia.

—No puedo obligarte a que me felicites y lamento mucho que no te guste la elección de tu futura cuñada. Digas lo que digas, nada me hará cambiar de opinión, me voy a casar con Carmen a final de año.

—¡Yo tampoco le gusto a ella! ¡Siempre que nos vemos me trata como si fuese una majadera insensata!

—Te aconsejo entonces que dejes de comportarte como tal.

—¿Crees que me comporto así?

Diego respiró profundo.

—Eres muy joven para entender ciertas cosas.

—¡No me has respondido! —insistió.

—¿Qué quieres que te diga? ¡Sí! ¡Eres una irresponsable! —chilló él, cansado de escucharla y de recibir reprimendas—. ¿Qué hacías tan tarde fuera de la casa la noche que te secuestraron los turcos? ¿Sabes qué ha supuesto que venga a rescatarte? —Un tropel de lágrimas acudieron a los ojos de la joven, pero él no se detuvo ahí—. ¡Debía estar con la flota de Casa Alegre en Portobelo! ¡Deseaba estar con ellos!

Ana Lisa soltó un corto alarido y se mordió la lengua ante el gesto sombrío de Diego. Guardó las lágrimas y las pataletas para cuando su hermano no pudiese verla. Le preguntó con aplomo:

—¿Jade es consciente?

Diego había imaginado que algo así iba a preguntarle.

—¿Te lo ha dicho Guzmán?

—Me ha comentado lo del compromiso, pero lo de Jade...

—Ana, ella no es ninguna estúpida como para no saber. ¡Claro que es consciente!

La joven se sorprendió:

—¿Y no le importa?

—No. Lo hemos hablado y sabe de sobra que yo me marcharé, eso sí, la dejaré primero con su familia inglesa. —No le gustó mentir a Ana Lisa. ¿Qué otra cosa podía hacer si no? ¿Dejar que fuera a buscar a Jade y se lo contara? No, realmente todavía no estaba preparado para afrontar eso—. Si has acabado de hacerme preguntas que para nada te conciernen, te agradecería que dejaras el tema de una vez.

Ana Lisa no tuvo más que decir y se retiró hirviendo en cólera. Diego se olvidó de aquella conversación pues el vigía le advirtió que les estaba siguiendo una barcaza de grandes dimensiones. A través del catalejo todavía se veía bastante lejos, pero era indudable que iba tras ellos. Solo tenían dos opciones: esperarlos y contratarlos o fingir que huían mar adentro para regresar más tarde. Él y los oficiales de más rango lo debatieron a pesar del poco tiempo del que disponían.

El Destructor azul estaba mejor armado y eso jugaba a su favor, aunque también ponían en peligro la misión. Hundir una de sus embarcaciones tan cerca de la costa les hubiese delatado abiertamente y habría contribuido a que todos los visires se protegieran con hombres y medidas de seguridad extra. Al final, decidieron adentrarse en el mar y, a última hora de la tarde, consiguieron alejarse de su vista envueltos en una tormenta imprevista.

El cielo se volvió de repente de un gris plomizo y las aguas se revolvieron al compás del fuerte viento que comenzó a soplar desde todos los ángulos. El galeón se zarandeaba con brusquedad dejándose llevar por las altas olas que parecían querer engullirlos de un momento a otro.

Jade estaba muy asustada en el camarote del castillo sin atreverse siquiera a moverse del sitio. Diego le había aconsejado que estuviese en la cama cerca del colchón y que mantuviese las luces apagadas.

La luz plateada del firmamento no bastaba para alumbrar el dormitorio, pero al menos no se encontraba a oscuras. Lo más terrible de todo fue escuchar los golpes de agua en el casco del barco, las gotas de lluvia mezcladas con las del mar resbalando en el ventanuco, los gritos de los marineros obedeciendo y chillando órdenes para hacerse oír entre tanta agitación. De vez en cuando, rayos como flechas lanzadas por Alá sesgaban el cielo en dos y su ruido atronador e infernal retumbaba en el interior del galeón haciendo crujir los mástiles.

Hubo un momento en que Jade se cubrió los oídos para no escuchar nada. Estaba tan aterrorizada pensando que iba ahogarse que no se dio cuenta de que Diego entró en busca de algo en el arcón. Él llevaba un impermeable verde oscuro que le cubría de la cabeza a los pies. La miró sobre el hombro, se acercó a ella en dos zancadas y cogió su cara entre las manos. Él estaba empapado y de su barbilla y nariz pendían gotas de agua. Había dejado la puerta abierta y regueros de lluvia sucia bañaron parte del piso.

—Todo va a salir bien, Jade, mírame, debes confiar en mí.

Ella se pasó la lengua por los labios, aterrada.

—¿Y si se hunde? Tengo tanto miedo.

—El Destructor no va a hundirse, es imposible que lo haga.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó entre sollozos.

—He visto tormentas peores —aseguró rozándole los labios con un beso dulce y tierno.

Ella quiso creerle, sin embargo, seguía escuchando los sonidos escalofriantes del viento que silbaba y rugía como un animal herido llegado de las tinieblas.

—No me dejes sola —le suplicó en un hilo de voz.

Diego se acuclilló frente a ella y la miró con ojos teñidos de compasión.

—Debo estar fuera, Jade. Tengo que ayudar a mis hombres, pero te prometo que no va a pasar nada malo. Todo acabará antes de lo que imaginas.

—¿Y si voy contigo?

Diego se mordió el labio inferior con fuerza. Sabía de sobra que no era eso lo que Jade deseaba. Tal y como estaban las cosas en el exterior, dudaba de que ella fuese capaz de poner un pie fuera del camarote.

—Vendré a verte a menudo. Ana Lisa también está encerrada. —Tocó los labios femeninos con un dedo y volvió acercarse a su boca para besarla—. No llores, que me rompes el corazón. Tengo que marcharme ahora.

—Ten mucho cuidado, Diego.

El hombre no contestó, regresó al arcón de donde sacó un rollo de cuerda delgada y se giró a mirarla antes de salir. Ella intentó sonreírle, cosa que no consiguió.

Varias horas después lograron salir de la tormenta y otra vez el mar quedó en calma. Los marineros se encargaron de limpiar la cubierta y arreglar los múltiples desperfectos que el viento había causado.

Diego se retiró a su camarote. Estaba agotado. Jade lo ayudó a desnudarse y le secó el cabello frotándoselo con una toalla. Él se quedó dormido antes de que ella terminase.

La joven lo cubrió con los cobertores y se acostó a su lado. Sintiendo su calor y escuchando su respiración, no tardó en conciliar el sueño también.

* * *

Corinna levantó la cabeza sobresaltada y, antes de que la persona que estaba abriendo la puerta de su habitación entrase, se sentó sobre la importante misiva que tenía en su poder. No iba a permitir que nadie descubriese sus planes y se interpusiese en ellos. Y ese nadie se refería a su tía Sherezade.

—¿Quién es?

—Soy yo, princesa. —La doncella se apresuró a cerrar la puerta. Por su aspecto nervioso y por el tono rojizo de sus mejillas, Corinna intuyó que había subido corriendo las escaleras—. Su padre desea veros ahora mismo.

—¿Habrá descubierto algo? —preguntó, nerviosa.

—No creo que se trate de eso.

—¿Y mi tía? ¿Sabes dónde está?

—Está abajo. He oído decir que ha llegado hace muy poco tiempo.

Corinna respiró aliviada. Desde la muerte de Raissa, Abu discutía por todo con todos. Sus esposas no se atrevían a levantar una voz más fuerte que otra. Y, desde luego, no osaban contradecirlo por miedo a sufrir su ira.

Se colocó el velo sobre la cabeza, guardó la carta en su joyero y bajó a la sala, intrigada. ¿Habría liberado Sherezade a Jade como había prometido?

En el vestíbulo observó a Caleb de Narcise y su corazón se saltó un latido. No se había dado cuenta nunca de lo guapo que era visto desde tan cerca. Se acercó a él para preguntarle de primera mano por su hermana, pero Sherezade, que salió de algún sitio cercano, se lo impidió.

—No hagas esperar a tu padre, Corinna.

—Pero, tía...

La mujer se limitó a indicarle con el dedo que continuase. Corinna obedeció y accedió a la sala donde Abu la esperaba. Él estaba sentado sobre unos cojines frente a una mesa baja. Se tomaba un té.

—Me han dicho que querías verme, padre.

—Pasa y siéntate a mi lado.

Ella le hizo caso. Rechazó un té cuando una sierva se acercaba a servirle.

—Hoy parece que te encuentro mucho mejor —dijo ella, observándole. Daba la impresión de que se había dado un baño y se había cambiado de ropas, cosa que no había hecho en días. La barba y el cabello se veían limpios y desprendían un conocido y agradable aroma.

—He podido saber que los españoles se han marchado de nuestras costas.

—¿Y Jade? ¿Iba con ellos? —preguntó ansiosa.

Abu se encogió de hombros.

—Bastantes problemas me ha causado ya esa impertinente.

Corinna deslizó los ojos hasta la mesa y asintió. No había imaginado que iba a sentir tanta lástima y dolor cuando su hermana mayor se fuese de su lado. Jade siempre le había profesado un amor incondicional.

—¿Para qué deseabas verme, padre?

—Raissa fue envenenada.

—¿Cómo? —preguntó sorprendida, alzando las cejas.

—¿Tú no sabes nada de eso? —inquirió estudiándola con los ojos fijos en su cara.

—¡No! Pero...

—Tras su muerte, mandé averiguar. Una de las doncellas le suministraba unas gotas de un potente veneno en las comidas.

Corinna se llevó la mano a la boca.

—Pero ¿por qué? ¿Quién?

—La sierva se ha quitado la vida antes de poder responderme.

Corinna sacudió la cabeza.

—No lo entiendo, padre.

—Alguien ha asesinado a Raissa y el culpable puede estar aquí todavía. No me creo que una simple doncella quisiera verla muerta solo por placer.

Enseguida Corinna pensó en Sherezade. Con la ausencia de Jade podía haberse aprovechado de eso. Todo el mundo sabía que ambas mujeres no se soportaban. Pero también se sabía que Sherezade nunca se acercaba a Raissa.

—¿Y quién crees que puede ser?

—Aún no lo sé, Corinna, pero también temo por ti.

La joven frunció el ceño.

—¿Por mí? ¿Por qué?

—Mi consejero piensa que puede ser alguien que pretende hacerme daño.

Su explicación tenía sentido, pero si eso era así, Sherezade debería quedar descartada, pues ella nunca le haría daño a ella ni a su padre.

—¿Qué debo hacer yo?

—Andar con mil ojos hasta que atrapemos al culpable. No quiero que comas nada sin que nadie pruebe antes tus alimentos y necesito que vayas acompañada a todos los sitios. —Ella asintió. Esperaba que se solucionase cuanto antes—. Ahora quiero que pase ese Caleb. Debo hablar con él antes de aceptar el matrimonio.

Los ojos de Corinna chispearon alegres, pero no dejó que ninguno de sus gestos la delatase. De modo que Caleb había decidido pedirle en matrimonio. Se sentía agradecida. Eso significaba que su tía había cumplido con su promesa.

—¿Qué matrimonio? —inquirió, inocente.

—Caleb, de la casa Narcise, quiere tomar a tu tía Sherezade como esposa.

—¿Qué? —medio chilló, incrédula.

Abu frunció el ceño y la miró extrañado.

—¿Por qué te sorprendes? Tu tía es joven todavía. Al parecer, con eso de vender a la española, han saltado chispas entre ellos. —Soltó una carcajada al recordar las palabras de su propia hermana: «Ese hombre despierta lo más sensible de mi espíritu»—. Y yo me alegro por ello. Pensaba que nunca nos dejaría.

Corinna salió de la sala más deprisa de lo que pensaba hacerlo. Ni siquiera le dijo a Caleb que entrase. En ese momento lo odiaba a él tanto como odiaba a su tía. Cuando llegó a su dormitorio, cerró la puerta y se arrojó sobre la cama envuelta en sollozos.

—Oh, Jade, vuelve conmigo. Te necesito tanto...

Capítulo 18

Jade se hallaba sentada frente a la mesa y peinaba su larga cabellera, cuando Ana Lisa abordó el camarote tras golpear la puerta con un solo toque.

—Buenos días, Jade. ¿Puedo pasar? Necesito hablar contigo.

—Claro, por favor. —Dejó el cepillo y la contempló, atenta—. ¿Quieres sentarte? —Señaló una silla—. ¿Cómo te encuentras? ¿Pasaste miedo con la tormenta? Yo estaba aterrada. Pensé que moriríamos todos.

—Fue horrible, cierto, pero me encuentro bien. Estoy deseando que pase todo pronto para poder regresar a casa. Diego está reunido en este momento y planean entrar mañana en el palacio, eso significa que...

Jade se puso en pie con rapidez.

—¿Cómo has dicho? ¿Que van a entrar mañana?

La española asintió.

—¿No me digas que te he tomado por sorpresa?

—¡Claro que me has tomado por sorpresa! Diego me dijo que iba a pasar unos cuantos días vigilando las entradas y las salidas de palacio.

Ana Lisa se encogió de hombros.

—Habrás dicho eso para no preocuparte.

—O porque no piensa llevarme con él. ¡Lo sabía! ¿Sabes el peligro que puede correr si no le acompaño? Él no se lo conoce tan bien como yo. Podría perderse.

—Ya sabes que cuando Diego se pone terco no hay quién le supere. No sé cómo Carmen va a poder soportarle.

—¿Carmen? ¿Quién es Carmen? —preguntó intrigada.

—¿No lo sabes? —Por el rostro de Jade, la española supo que no—. Me dijo que tú lo sabías.

—¿A qué te refieres? ¿Qué es lo que se supone que debo saber?

—Carmen es su prometida en España. Se casarán cuando regresemos.

Jade se quedó estupefacta. Sacudió la cabeza.

—Eso no... no puede ser. Diego me dijo que él... ¡odia el matrimonio! —Tomó asiento de nuevo. Sentía el corazón a punto de explotarle en el pecho—. ¿Eso es verdad? ¿Se va a casar?

Ana Lisa entrelazó los dedos de la mano y la miró con lástima. El rostro de la musulmana había perdido el color.

—Sí, lo siento mucho. Te prometo que si llego a saber que lo desconocías... no te lo habría contado. Por lo menos no lo habría hecho así. Yo no pretendía herirte.

Jade asintió repetidas veces con la cabeza.

—Lo sabe la tripulación, ¿verdad? —No hizo falta que la joven le contestase para saber que todo el mundo era consciente de aquello menos ella. Se pasó la mano por la frente y luchó con fuerza para no derramar ni una sola lágrima—. He sido una ilusa. Me he dejado engañar como... como... —No pudo terminar de decir nada, pues las palabras asfixiaban en su garganta.

—¿Quieres que te traiga algo? —preguntó Ana Lisa, preocupada—. ¡Dios! En este momento odio a mi hermano y a todos los hombres del mundo.

Jade le señaló la jarra de agua que había sobre la mesa y la española sirvió un vaso. Se lo entregó para que bebiese.

—No puedo creer que Diego me haya mentido de esta manera. Me hizo creer que el matrimonio para él era como si lo encadenasen.

—No dudo de que lleve razón.

—¡Pero se va a casar!

—Es su destino.

—¿Cómo es ella? —Quiso saber, intentado parecer tranquila—. ¿Es hermosa?

Ana Lisa asintió.

—Carmen es muy hermosa. Es la hija de un noble, y está muy enamorada de Diego desde hace muchos años. A mí no me gusta —le confesó bajando la voz hasta convertirla en un susurro—, es fría y rencorosa.

Jade se humedeció los labios y sacudió la cabeza. Sentía curiosidad y, sin embargo, la verdad le dolía como si le atravesaran el corazón con una daga. Tragó con dificultad y deslizó la mirada al suelo.

—En realidad él nunca me ha prometido nada, excepto llevarme a Londres.

—¿Le vas a decir algo?

—¿Algo? —Soltó una carcajada llena de ironía—. No lo sé. Ahora mismo estoy tan rabiosa que me gustaría sacarle las entrañas con las manos. Me gustaría... —Su voz comenzó a temblar con peligro e hizo una pausa. Tomó

aire con fuerza. Debía cambiar el rumbo de la conversación por su propio bien—. Esta mañana me dijo que en la tarde arribaríamos la costa y que algunos de sus hombres iban a desembarcar. Imagino que, si tienen pensado entrar mañana en palacio, él también bajará. Me dejará aquí con cualquier excusa, de modo que creo... que no... que no voy a decirle nada. No quiero que se ponga nervioso. Porque sé que, aunque se case con esa española, es a mí a quien ama de verdad.

Ana Lisa suspiró hondo.

—Tienes razón.

Sí, Jade sabía que tenía razón. Sabía que el corazón del comandante le pertenecía.

Estuvieron hablando durante un buen rato más, aunque lo que más deseaba era quedarse sola y poder pensar. Habían pasado tantas cosas los últimos días que necesitaba dejar la mente en blanco por unos minutos.

Cuando Ana Lisa se marchó, Jade se levantó a mirarse en el espejo. Podía compadecerse a sí misma y olvidarse de todo, o también podía devolverle al comandante el golpe de gracia. Si le delataba ante su padre y ponía sobre aviso su intención de asesinarle, puede que Abu le concediese el perdón. Y Diego se lo merecía por falso e hipócrita. Estaba visto que los bárbaros no se distinguían por raza ni por el color de su piel, sino que lo hacían por hechos. De nada servía tener una conciencia noble si el alma era de un bárbaro, como Diego Salazar.

* * *

El comandante llegó al su camarote tras terminar la reunión. Ayoub le había comunicado que su hermana había visitado a Jade y le preocupaba no saber de qué habían hablado.

La musulmana estaba muy hermosa. Se había pintado los ojos y vestía una túnica liviana de seda en color lila. Ella se alejó del ventanuco por el que había estado mirando las apacibles aguas del mar, para recibirlo.

—Se ha alargado mucho la reunión —le dijo acercándose a él para depositar un beso en sus labios.

—Sí, pero me han dicho que has estado entretenida.

Ella asintió.

—Así es. Tu hermana y yo nos hemos hecho mutua compañía. No hay gran cosa que se pueda hacer en este barco, aparte de charlar.

Diego la estudió atentamente. Ella parecía relajada y eso le tranquilizó mucho. Enredó su lengua en la de ella con satisfacción y apretó el cuerpo

femenino contra su torso fundiéndose en un cálido y fuerte abrazo. Adoraba sentirla tan cerca y poder escuchar el latido de su corazón. Ella conseguía desarmarle sin proponérselo. Sacaba lo mejor de él. Lo único que tenía para darle. Pero también lo peor: su falta de honestidad.

—Eres tan bella —susurró acariciándole el mentón, la boca y las mejillas con los labios.

Ella se dejó besar y le devolvió los besos con la misma pasión que los estaba recibiendo. O incluso con más, porque sabía que nunca más volvería a entregarse a él después de aquel día.

Diego notó algo extraño en ella que no supo definir. Su dulzura y su pasión era la misma de siempre, sin embargo, sus caricias eran casi frenéticas y ansiosas. Eso no le detuvo para arrastrarla hasta la cama.

Hicieron el amor como si el mundo estuviese llegando al fin de la existencia. No podían dejar de besarse y de tocarse. Se susurraban palabras difíciles de entender. Tal vez porque Diego le decía a Jade cuánto la amaba en español, y ella le respondía en árabe con un adiós.

Tiempo más tarde, Diego se incorporó y empezó a vestirse. Jade lo miró con ojos entrecerrados.

—¿Te marchas?

—Esta noche voy a descender a tierra. Quiero inspeccionar un poco el terreno.

—Puedes hacerlo mañana —susurró ella—. Todavía tienes tiempo.

Diego respondió escuetamente:

—Prefiero adelantarme.

Jade se medió incorporó apoyando los codos sobre el colchón. Su melena cobriza cubría parte de la almohada y se suspendía tras ella como una cortina.

—¿Y cuándo puedo bajar yo?

Diego se ajustó el cinturón con el sable y le dedicó una sonrisa.

—Mañana vendré a por ti y diré que lleven al Destructor a la bahía del este. De ese modo llamaremos menos la atención.

Ella dejó de observarle. No quería que se diese cuenta de que sabía que la estaba mintiendo como un bellaco. Se dejó caer de nuevo sobre la cama y se acurrucó.

—De acuerdo. ¿Me traerá alguien la cena? Estoy hambrienta.

Diego salió de su camarote y Guzmán, que lo había esperado junto al timón, se le acercó con paso firme.

—Todo listo —le informó, señalando que los botes ya se habían bajado al mar.

Más de la mitad de la tripulación le esperaba para acercarse a la costa. En el galeón dejaba solo a los hombres más imprescindibles. A primera hora tenían la orden de poner la nave en marcha y llevarla a la bahía, donde pudiera camuflarse bien tras los altos riscos de piedra caliza.

Diego se acomodó en uno de los botes y sus ojos azules recorrieron el océano en busca de sombras. Le habían dicho que todo estaba despejado, y aunque no estaban lejos de la costa, habían elegido una zona poco transitada por las demás embarcaciones. El puerto quedaba más al sur y era poco probable que reparasen en ellos.

Esa noche no se iban a acercar a palacio, sino que iban a perderse entre la gente de la ciudad para recabar información importante que poder contrastar con la que ya tenían de Jade. Habían ubicado a un mercader que les iba a proporcionar ropas que los hiciese pasar más desapercibidos y les esperaba en un comercio en la entrada de la ciudad.

Capítulo 19

Jade hizo algo de tiempo hasta estar segura de que Diego había desembarcado. Había estado observando el lugar donde estaban y no había mucha distancia hasta la orilla.

Mientras buscaba entre las ropas del comandante, rezó para que pudiese llegar sin ningún problema a tierra. Era buena nadadora, pero tampoco nunca se había probado con un recorrido tan largo. Además, era consciente de que la vista engañaba sobre el alcance de la playa.

No tenía más remedio que hacerlo. No confiaba en que nadie quisiera ayudarla a bajar un bote al mar solo porque ella lo pidiese. De hecho, estaba segura de que se lo prohibirían.

Rebuscó entre las ropas hasta encontrar una camisa lo suficientemente larga para cubrir sus muslos, pero al tiempo corta para poder mover las piernas con facilidad. Debía ir lo más ligera en el agua. Sobre todo, si pensaba llevarse al menos parte de sus joyas. Si quería entrar en la ciudad sin ser vista, tenía que vender alguna. Sabía que su hermana no se iba a enfadar por ello.

Sintió una repentina emoción al pensar en Corinna. Deseaba verla y abrazarla, aunque matarla al mismo tiempo.

Salió de su protegido recinto envuelta entre las sombras. Diego había sido muy listo al elegir justo ese día, pues no había apenas luna y un cúmulo de nubes cruzaban el firmamento con la velocidad de la brisa.

Descendió despacio desde el castillo deteniéndose de vez en cuando, cuando creía escuchar algún susurro. Oteó la costa. Las luces de la ciudad se veían lejos y desaparecían en la loma de una montaña para derramarse más allá.

Jade cogió aire con fuerza armándose de valor y lanzó la cuerda que había sujetado una de las barcas para quedar colgando sobre el agua. Pasó las piernas por la balaustrada de madera y se ayudó con las portillas de los cañones para asegurar sus pies. Primero uno y luego el otro. Después miró

hacia abajo. No veía el agua ni la distancia, pero podía sentirlo, y a veces incluso, cuando alguna ola rompía en el casco, las gotas la mojaban.

Cerró los ojos y murmuró una plegaria corta. Se soltó de la cuerda. Se asustó al darse cuenta de que era más alto de lo que había calculado, pero una vez que se hundió y pudo sacar la cabeza al exterior, se obligó a tranquilizarse.

Con lentitud se fue alejando del galeón echándole furtivas miradas para asegurarse de que nadie la había visto saltar. Nadó en dirección a la playa. Esta parecía inalcanzable a medida que se acercaba, sin embargo, en ningún momento temió por su vida. Si hubiesen dejado al Destructor en la bahía del este, lo habría tenido más difícil, pues allí había muchas rocas afiladas y rugosas y la fuerza del agua podía haberla arrastrado contra alguna de ellas.

Llegó a la orilla y se dejó caer bocabajo sobre la fina arena, agotada. Llevaba mucho tiempo ociosa. Demasiado.

Cuando su respiración alcanzó un ritmo normal y los latidos de su corazón descendieron, se levantó y caminó hacia la ciudad. Lo primero que debía hacer era conseguir ropa, pues vestir solo con la camisa y las piernas desnudas era muy peligroso.

Los primeros edificios que vio fueron las casas de los pescadores que estaban más cerca de la playa. Tenían sus barcas sobre la arena, algunas volcadas, y las redes y los aparejos las cubrían. La noche se cernía sobre ellas y no había mucha iluminación en aquel barrio, ya que los trabajadores se despertaban al alba para faenar en la mar.

Cruzó los dedos rogando por encontrar en algún tendedero algo de ropa, y cuando ya pensaba que debía enrollarse una manta vieja que había en el umbral de una de las casas, descubrió un *thawb*^[2] de hombre en color azul oscuro. Le estaba bastante largo y tanto los bajos del vestido como los bordes de las mangas se encontraban deshilachados, pero eso era mejor que nada. También halló, colgado como al descuido, un pañuelo oscuro con el que se cubrió el cabello y el rostro.

Ataviada de esa manera llegó sin ningún percance hasta la casa de Nora Hasbún, íntima amiga de Corinna desde la infancia. La joven pertenecía a una familia noble y adinerada que contaba con el beneplácito de Abu y que presumía de las buenas relaciones que ambas familias se profesaban.

Durante el recorrido nadie se había fijado en lo que parecía un escuálido hombrecillo que caminaba apresurado hacia un lugar concreto, sin dar pie siquiera a que fuese interrumpido.

A esas horas Nora debía estar retirada en sus aposentos, a no ser que hubiese acudido en compañía de la familia a alguna celebración. Pero Jade no tenía ni idea de cuál era el dormitorio de la muchacha. Las veces que acompañaba a Corinna, su hermana se había reunido con Nora mientras ella las había esperado en el patio de arcos.

Se detuvo ante la puerta y esperó con paciencia algún movimiento en el interior. Los minutos se tornaban eternos y pasaban con una lentitud soporífera. Temía ser descubierta en cualquier momento, y un par de veces se debió esconder tras una de las anchas columnas que custodiaban la entrada principal, y que proporcionaban una sombra oscura y espesa, al sentir pasos que cruzaban la calle.

Al final se decidió a llamar a la puerta pensando que cuanto más tarde lo hiciera iba a ser peor. Sentía que su corazón iba a saltar disparado de un momento a otro. Había recogido las joyas de su hermana, pero había sido tan poco previsora que no se le había ocurrido coger ninguna daga o cualquier otra cosa que le hubiese servido como arma.

Solo abrieron un resquicio de la puerta por la que asomó un ojo oscuro y brillante.

—¿Quién llama?

Jade dio un paso hacia adelante. Sabía que en la oscuridad era imposible reconocerla. Sobre todo, cuando ocultaba parcialmente el rostro. Murmuró muy bajo para que nadie más pudiese escuchar su voz:

—Necesito entregar un mensaje a Nora. Es de parte de Corinna.

El ojo que la miraba se dilató y enseguida abrió un poco más la puerta.

—¿Jade? ¿Eres tú?

La joven dio un paso atrás, pero enseguida reconoció a una de las sirvientas de Nora y asintió con prisa.

—Por favor, necesito verla.

—Te está buscando todo el mundo, muchacha. —La mujer miró al interior de la casa y abrió más para que la joven entrase. La galería estaba iluminada por varios candelabros—. Ven, sígueme. Se han retirado todos a dormir hace un rato.

Fue tras de ella y subieron unas angostas y elegantes escaleras cubierta con una espesa alfombra.

—Espera aquí, Jade —dijo la sirvienta entrando en uno de los aposentos, cerrando la puerta.

La joven respiró con fuerza. Tenía todos los sentidos despiertos y en alerta por si debía salir huyendo. Se retiró el pañuelo del rostro y lo dejó sobre los

hombros a ambos lados del cuello. Al cabo de unos minutos volvieron abrir y la dejaron pasar.

—¡Jade! —Nora se había puesto una delgada bata que apenas cubría un camisón largo de un blanco inmaculado—. ¿Le ha ocurrido algo a tu hermana?

—No sé nada de ella, pero necesito verla y solo tú puedes ayudarme a entrar en mi casa. —Se pasó la lengua por los labios. No sabía si iba a poder convencerla, aunque debía intentarlo. Ella misma habría procurado entrar como lo había hecho en anteriores ocasiones, pero imaginaba que hasta que no supiesen que los españoles en verdad habían abandonado la costa, la guardia estaría reforzada—. Gracias por recibirme, Nora.

—Ven, siéntate. —Sobre una alfombra había una pequeña mesa de té redonda con base de madera de caucho—. ¿Has comido algo? ¿Dónde has estado todo este tiempo?

—Me han tenido secuestrada, en un barco —rechazó la invitación de comer.

—Tu hermana me contó algo, pero me dijo que Sherezade había trazado un plan para rescatarte.

—Sí, supuestamente lo hizo. Cuando me liberó me contó lo de... mi madre, y me dijo que era mejor que no regresase a casa, pues ya no tenía nada allí.

Nora frunció el ceño.

—¿Y por qué has vuelto entonces?

No iba a contarle el por qué. Después de todo, Nora tampoco había sentido ninguna afinidad por la esclava de Abu, y si había coincidido con Jade en múltiples ocasiones solo había sido porque era la «niñera», de Corinna.

—Deseaba ver a mi hermana antes de embarcarme hacia Europa.

—Pensaba que los españoles ya no estaban aquí.

Jade sacudió la cabeza.

—No creo que estén —mintió—. Yo no quise viajar con ellos.

—Ah, entiendo. —Nora apretó los labios y se encogió de hombros. Era una muchacha morena de ojos oscuros rasgados muy bonitos y varios centímetros más baja que ella—. Pues Corinna no está pasando muy buen momento —contó—. Me ha descrito unas cosas horribles que están pasando en palacio. Mi padre decía que esto se veía venir.

—¿Qué es lo que ha pasado?

—Para empezar, la esclava Raissa...

—Mi madre —murmuró Jade. La otra muchacha la miró al principio con sorpresa, después asintió—. Es verdad, Jade. Raissa era tu madre. Pues dicen que ella fue envenenada. Abu se lo contó a Corinna.

Había esperado algo así, pero no fue fácil que Jade pudiese digerir esa verdad. Sus ojos se enturbiaron de repente como el cauce de un río que deja de estar seco para dar paso a la corriente.

—¿Quién fue? —inquirió con voz temblorosa. Sentía como si un puñal le estuviese desgarrando el corazón.

—Eso no se lo ha dicho, pero Cori tiene sus sospechas.

—Y si Abu lo sabe, ¿no ha hecho nada para ejecutar al asesino?

Nora negó con la cabeza.

—No es él quién sospecha. Es tu hermana.

Sintió curiosidad.

—¿Y quién cree que ha sido?

La sirvienta, que hasta hacía unos minutos había estado siguiendo toda la conversación, se acercó hasta Nora haciéndola una señal para que guardase silencio. La muchacha no le hizo caso y rodó sus ojos oscuros sobre el rostro de Jade.

—Dice que ha sido Sherezade. —Jade abrió la boca con sorpresa—. Pero yo creo que puede acusarla sin estar en lo cierto.

—¿Por qué dices eso? Mi hermana ama a mi tía y no la acusaría de algo tan grave si no fuese verdad.

—Corinna está despechada. Ella deseaba casarse con Caleb, pero resulta que ahora quien se va a casar es su tía, aunque claro —se encogió de hombros—, mi padre dice que con el tiempo es posible que tome a Corinna como su segunda esposa.

—¡Mi hermana como...! ¡No, eso no es posible!

—Por eso digo que Corinna está tan enfadada que quiere quitar de en medio a Sherezade.

—Puedes llevar razón.

Aunque, por otro lado, Jade había visto cómo la mujer mataba a Mohamed en mitad de la plaza sin ninguna pizca de remordimiento. No le extrañaba mucho la traición sobre su hermana.

—¿Y cómo puedo ayudarte yo? —preguntó Nora, ahora que había acabado de contar algunos de los comentarios intrigantes que corrían por la ciudad.

—Necesito que alguien de aquí vaya a llevar un mensaje a mi hermana. Y necesito encontrarme con Caleb. Ese hombre fue el que nos traicionó a todos

y me debe un favor.

—Va a ser un poco complicado comunicarse con Corinna. Tu padre la tiene protegida durante todo el día. Él piensa que hay alguien que quiere hacerles daño.

Y no le faltaba razón, se dijo pensando en Diego y en todos los españoles, que en ese momento, vagaban por la ciudad.

* * *

Jade vestía las ropas humildes de las sirvientas y caminaba junto a la doncella de la casa Hasbún hacia la residencia de Caleb.

Mientras la otra mujer llamaba a la puerta e intercambiaba algunas palabras con los guardias, ella se había quedado un poco más rezagada, con la mirada baja y en actitud sumisa.

Pocos minutos después ingresaron en una sala con los suelos cubiertos de alfombras y tapices de caza en las paredes.

Caleb no tenía el semblante de un hombre feliz y satisfecho. Era guapo. Jade no se había fijado mucho en él el día del intercambio. Sin embargo, sentado sobre unos cojines de piel granates, podía apreciar su atractivo. Ojos grandes y profundos, negros como el carbón, y rasgos fuertes y aristocráticos cubiertos en la mitad inferior de pómulos y barbilla por una barba cuidada y bien recortada.

—Eres muy valiente por atreverte a venir aquí. —Con un gesto de la mano, el hombre hizo que se retirase todo el mundo. Solo quedaron ellos dos, frente a frente.

—Debo hablar contigo —le dijo elevando el mentón enfrentándole con la mirada.

—¿Por qué tendrías que escucharte?

Jade no se amilanó.

—Porque tengo la sensación de que mi padre no sabe la verdad de lo que ocurrió esa noche.

Caleb soltó un suspiro resignado.

—Toma asiento —le indicó los cojines que estaban más a su izquierda—. ¿Qué es lo que quieres, *melez*?

—Déjame que te pregunte algo antes. —Él asintió—. ¿Es verdad que te vas a unir a Sherezade?

Caleb se cruzó de brazos. Vestía una túnica blanca de algodón. En el escote redondeado llevaba dos botones y las mangas eran ajustadas. Sobre la

cabeza llevaba un *kufiyya*^[3] sujeto por el cordón que rodeaba la cabeza y que se llamaba *agal*.

—No es de tu incumbencia.

—Te confundes. Sí que lo es. Has destrozado el corazón de mi medio hermana.

El hombre se inclinó hacia adelante para observarla con más interés.

—¿Y dime cómo he hecho eso si no llegué a conocerla?

—Ibas hacerlo la noche que nos apresaron. Ese día no parecía que te importase mucho verte con ella.

Caleb sacudió la cabeza.

—Después me obligó a comprar a la española para hacer el intercambio.

—¡No fue ella! —replicó Jade—. Todo lo planeó Sherezade.

Jade creyó ver que el rostro de Caleb se desencajaba un poco al escucharla hablar de su prometida.

—¿De verdad la amas? —inquirió ella, extrañada.

—¿Importa eso?

—Para mí sí, porque ella sabe lo que Corinna siente por ti. Y si en verdad le tuviera afecto, como dice, jamás la habría traicionado de esta manera.

Caleb chasqueó la lengua. Admiraba el valor de la *melez* por haber acudido a su residencia en horas tan poco apropiadas. Menos cuando Abu Al Rashed había puesto precio a su cabeza si regresaba a la ciudad.

—Prefiero casarme con ella a ver mi cráneo arrancado del tronco. Maldigo el día que me cité con Corinna.

—Pero lo hiciste y eso no te exculpa de nada. ¿Con qué clase de embuste te está chantajeando Sherezade?

El hombre entrelazó los dedos de una mano con la otra y la miró con fijeza.

—La conoces bien. —Jade asintió—. Si no me uno a ella le dirá a Abu que la culpa del secuestro fue mía. También me ha amenazado con hacer daño a Corinna.

—¿A Corinna?

—Sí. Añadiría a mis delitos la muerte de Mohamed, al parecer era hombre de confianza de Abu. —Jade lo escuchaba en silencio mientras él describía a Sherezade como la mujer más pérfida de la historia—. Si todo eso no fuese suficiente —prosiguió Caleb relajando la expresión, lo que le confirió una apariencia casi infantil. Jade imaginó que había sido criado bajo una fuerte protección ya que era el único heredero de la casa de Narcise—, han asesinado a una esclava y amenaza con endorsármelo también.

Jade se espigó.

—Pero tú no has sido, ¿verdad?

—¡No! Fue Sherezade. Odia a Abu y es capaz de hacer cualquier cosa por quitarle del medio.

Tardó en comprender que Sherezade había sido la causante de la muerte de su madre. ¿Pero odiar a Abu? ¿A su propio hermano? Agitó la cabeza. Si a todo lo que sabía de ella le sumaba esto también, era normal que Jade se sintiese invadida por la rabia y la furia en ese momento.

—Yo puedo ayudarte, Caleb.

El hombre elevó las cejas unos milímetros, sorprendido.

—¿Cómo puedes hacerlo?

—Le contaré la verdad a mi padre.

—Te matará en cuanto te vea.

—Pues ayúdame a hacerlo. Tiene que haber algún modo.

—Tengo que pensármelo.

—Puedo librarte de que te cases con Sherezade.

Caleb se encogió de hombros y sonrió.

—Tampoco es algo que me preocupe mucho. Puedo repudiarla después —dijo como si de verdad aquello no fuese más una piedra en su camino.

Jade sabía que podía hacerlo. Muchos hombres repudiaban a sus esposas, sobre todo si tardaban en darle hijos.

—¿Pero podrás convivir con alguien que querrá intentar asesinarte a la menor ocasión? —Caleb frunció el ceño—. Ella, con tal de obtener poder, es capaz de hacer cualquier cosa.

Caleb se mordió la parte interior de uno de sus carrillos y la miró de un modo penetrante.

—¿Has pensado algo, *melez*?

—Si estoy bajo tu protección, tal vez quiera escucharme. Puedo hacer algún pacto con él.

Después de todo, el comandante Salazar planeaba matarle al día siguiente. ¿Qué podían perder?

Capítulo 20

Caleb había prometido disponer para Jade de una embarcación que la llevase a Inglaterra. Eso después de tener ella que rechazar por tercera vez su proposición de matrimonio.

Al principio ella se sorprendió de que no le importase su condición de mestiza, pero luego se dio cuenta de que lo que realmente buscaba él era una mujer fuerte que estuviera a su lado. Y Jade no podía engañarle, pues su fortaleza provenía del tesón, orgullo y amor propio que Raissa le había inculcado. Pero también venía de la sed de venganza contra Sherezade. Y del odio que sentía por el comandante Salazar al descubrir que la había engañado de la forma más vil y rastrea.

Escribió una extensa carta para su padre, y su nuevo compañero de negocios se ofreció a entregársela en persona junto con la joya de Jade —la que siempre llevaba en la cintura—. Un regalo que Abu la hizo al cumplir los quince años cuando apareció su primera menstruación.

Llegó a la conclusión de que Caleb era un buen hombre y, si Corinna se unía a él, ambos podían llegar a ser muy dichosos.

Jade insistió en que su padre debía leer la carta lo antes posible. A esas horas Sherezade seguro que estaba en las salas junto a las esposas y las concubinas, e iba a ser difícil que se enterase de la visita de Caleb.

Sin importar las horas que eran, él y su séquito se marcharon para reunirse con Abu. Caleb estaba muy agradecido pues ella le había ofrecido una manera de desentenderse de la arpía de Sherezade. De la asesina de Sherezade, corrigió el subconsciente de Jade. Saberlo le hacía sentir más culpable. No podía dejar de reprocharse no haber estado con su madre para defenderla y protegerla.

Si Abu no castigaba a Sherezade por eso, ella misma se prometió hacerlo. Suspiró contrita, porque no sabía ni cómo empezar para vengarse.

Caleb la dejó esperando en su casa. La primera hora la pasó curioseando por algunos dormitorios, observando los tapices que cubrían las paredes, hasta que halló una cama de grandes dimensiones con aspecto de ser muy mullida. Se echó sobre ella para probarla y terminó dormida, abrazando a la almohada como si se tratase del magnífico cuerpo del comandante, el que ya echaba mucho de menos. ¿Cómo era posible que se hubiese acostumbrado a enredarse con sus extremidades y a pasarse la noche con la nariz pegada a su pecho?

Se despertó al escuchar murmullos y, al abrir los ojos, descubrió que estaba con ella la sirvienta de su hermana Corinna observándola con fijeza. Se asustó al verla tan quieta, también porque por unos momentos se sentía tan desorientada que no recordaba dónde estaba.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó incorporándose del lecho en estado de alerta.

—Debes regresar a casa, *melez*. Tu padre te espera, desea hablar contigo.

Sintió que una fuerte sacudida recorría toda su columna vertebral.

—¡Estás loca si crees que voy a hacerlo!

—El señor ha dado su palabra de que no te hará daño. Lo ha hecho delante de Corinna y ella va a estar presente durante tu audiencia. También lo estará Caleb de Narcise que se ha nombrado como tu protector.

Sus palabras no la convencieron del todo. Una vez que estuviera en palacio no tendría mucha escapatoria en caso de que Abu quisiese retenerla.

—No tengas miedo, *melez* —insistió la sirvienta mirándola.

La indecisión y el temor pintaban el rostro de Jade, y no era para menos, iba a meterse en la boca del lobo ella sola. Pero, por otro lado, se lo debía a su madre.

—¿Cómo puedo estar segura de que no me va a hacer daño?

—Lo ha jurado por Raissa. La amaba mucho. No es el mismo desde que ella nos dejó.

Tenía que fiarse de su palabra, por lo que esperaba que Alá la protegiese.

Dejó que la mujer y dos guardias que habían venido con ella la acompañasen a palacio. Fingía no tener miedo a cada paso que daba pero, por dentro, estaba aterrorizada.

En el camino había comenzado a amanecer y atravesaron la puerta principal bañados por los primeros rayos de sol.

Sintió que la miraban desde las ventanas y desde detrás de los arcos que adornaban el patio de la entrada. Estaba todo tan en silencio que era capaz de escuchar el borboteo que hacía el agua de la fuente al caer en la piscina y los

pajarillos que despertaban en los aleros de los tejados y sobre las múltiples bóvedas y cúpulas que coronaban el edificio.

Unos pasos antes de cruzar el patio de mosaicos en color turquesa, Corinna salió a recibirla con un efusivo abrazo. Jade rompió a llorar al sentir su contacto y su olor, porque su mente se inundó con infinidad de recuerdos. Algunos eran alegres, otros bonitos y otros tristes.

Corinna fue susurrándole noticias y palabras alentadoras mientras recorrían los pasillos de palacio. Al menos pudo compartir con ella la pena de no haberse podido despedir de Raissa.

Llegaron hasta la sala de los baños. Era un lugar amplio y en ese momento estaba lleno de sirvientas que las esperaban. Desnudaron a Jade y la ayudaron a meterse en una piscina rectangular donde flotaban pétalos de flores de azahar y rosa. Era costumbre acudir limpio en cuerpo y alma ante la presencia de Abu.

Minutos más tarde la sacaron, untaron su cuerpo con aceites aromáticos y la acicalaron. Después la vistieron con la túnica plateada que usaba en los eventos importantes, cuando acompañaba a las esposas y a los demás hijos de Abu.

La presencia de Corinna en todo momento ayudó que pudiese relajarse un poco. Se miró en el espejo de cuerpo entero y las joyas que vestían sus orejas, su cuello y las muñecas, lanzaron destellos multicolores que se reflejaban en las altas paredes de mármol rosado. Era como si todas aquellas semanas no hubieran pasado nunca y el tiempo se hubiera detenido antes de salir a reunirse con Caleb. Solo que cuando ella se engalanaba, su madre acudía siempre a darle el último repaso antes de presentarse en público, y esta vez fue Corinna quien debió hacerlo.

—Me ha contado Caleb lo de Sherezade y su amenaza contra mí —le dijo Corinna en un momento que se quedaron a solas.

Jade intentó bromear.

—¿Eso quiere decir que ya os conocéis?

Corinna asintió. Por el brillo de su mirada Jade supo que estaba emocionada, pero también que dudaba de que todo fuese a salir bien. Su rostro era como un libro abierto para ella. Cogió las manos de su hermana. Estaban llenas de anillos.

—Tenemos que confiar en todo acabará con un buen fin, Cori.

—¡Pero han pasado tantas cosas, Jade! Fui una ciega con la tía.

—¿Dónde está ella?

—Padre la tiene retenida, por el momento. Cuando se ha enterado de que fue ella quien lo planeó todo se ha puesto hecho un basilisco.

Jade se pasó nerviosa la lengua sobre los labios. Se abrazó a Corinna temblando.

—Tengo tanto miedo, Cori —confesó—. Abu me va a castigar. Yo te acompañé...

Corinna sacudió la cabeza con fuerza.

—¡Me ha prometido que no te hará daño! Solo quiere hablar contigo, además, yo le he confesado que lo que ocurrió la noche en que fuimos a conocer a Caleb fue solo culpa mía.

—Eso no cambia las cosas. Yo era la responsable.

Corinna se apartó un poco de ella para mirarla con fijeza a los ojos.

—Me salvaste la vida, Jade. Te hiciste pasar por mí, aunque sabías que ese hombre te iba a hacer daño. Pudiste haber contado la verdad y que hubiesen pedido el rescate por mí, pero me conoces bien y sabías que yo no me iba a callar con esos malditos extranjeros. —Hizo una pausa—. ¿Te hicieron daño?

Jade negó con la cabeza de un modo suave. No le habían hecho daño del modo que ella imaginaba. Era peor, porque el comandante había jugado con sus sentimientos y le había partido el corazón.

—Se portaron bien, lo único que querían era recuperar a la española.

—Creímos que esos hombres habían matado a Mohamed y que tú habías huido con ellos.

—Fue Sherezade, le clavó un cuchillo. Después me contó lo de mi madre y me dijo que no regresara nunca. Pero... yo quería verte una vez más. —Cogió aire con fuerza y susurró—. Los españoles no se han ido, Cori. Buscan vengarse de Abu por lo que le pasó a la mujer.

Corinna se irguió y su rostro se contrajo.

—¡Están locos!

—No sé si estarán locos o no, pero tras la audiencia debes convencer a padre de que hoy quieres salir de palacio. No puedes quedarte aquí. Sal a pasear con Caleb, o incluso acompáñame hasta que me marche del país.

—¿Te vas? ¿Con tu familia inglesa?

Jade asintió.

—Sí. Caleb me ayudará a salir.

—¿Cómo sabes dónde encontrarlos?

—Por la carta de mi madre.

Corinna la miró con lástima.

—Jade, debes saber que Raissa me pidió que te protegiera y que guardara sus cosas para dártelas en algún momento si tenía ocasión. No es gran cosa, ya sabes que no se le permitía tener mucho.

Los ojos de Jade se llenaron de lágrimas no vertidas.

—¿Sufrió mucho?

—No lo creo. Mi padre estuvo con ella en los últimos momentos. Pidió que le diesen un sedante para que no soportase mucho dolor. No la dejó sola ni un solo segundo.

Jade tragó el nudo de su garganta.

—Supongo que debo agradecerérselo.

—Adviértele sobre los españoles, Jade.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué? —insistió Corinna.

—¡Porque no quiero! Lo que Abu hace con las esclavas no está bien. Y no solo con ellas, si no con las mujeres.

—Sabes que eso no es cierto —Corinna no quiso darle la razón—. Todas le aman.

Jade se mordió la lengua. Corinna aún era muy niña para entender.

—Cori, prométeme que no le dirás nada a Abu de lo que te acabo de contar.

—¡Pero si padre está en peligro...!

—¡Me lo debes!

Los ojos oscuros de Corinna se redujeron.

—¡No voy a dejar que le pase nada! —se mordió el labio inferior con fuerza—. Solo cuando tú salgas de palacio y estés fuera de peligro, le advertiré.

Jade se debió conformar con eso. No se arrepentía de habérselo contado ya que la vida de Corinna dependía de que estuviese preparada para huir. Y sobre Diego... él sabía a lo que se exponía si quería asesinar a Abu Al Rashed.

La madre de Corinna en persona fue a buscarlas para llevarlas hasta la sala de audiencias. Fátima no era una mujer muy habladora. La mayoría de las veces mantenía la vista baja, incluso en la presencia de Abu, cosa que Raissa jamás había hecho. Fátima se había obligado a tolerar a Raissa por deseo expreso de su esposo, y del mismo modo había respetado a la hija de ella. No obstante, nunca se había sentido feliz de que la esclava se hubiera alojado en un lugar diferente al que lo hacían las esposas y las concubinas, y desde luego nunca había sido en una celda, sino que sus aposentos no habían estado muy

lejos de los de Abu. Las mujeres nunca se habían quejado de lo privilegiada que era, aunque era obvio que todas la habían odiado, porque la extranjera había sabido dar a Abu algo que ellas no habían sabido darle.

Capítulo 21

Entró en la sala de audiencias con actitud sumisa. Le daba pánico mirar a su padre a los ojos y descubrir que no pensaba cumplir su palabra de perdonarle la vida.

Todo estaba en silencio excepto por el ligero susurro que provocaban las cortinas de seda al ondear con la brisa que penetraba por el balcón.

Detrás de Jade caminaban Corinna, Caleb de Narcise con su guardaespaldas, Fátima y un guardia.

Abu se hallaba sentado en un elegante diván de patas cortas. Frente a él había una mesa baja y, a ambos lados de esta, unos cuantos cojines en tonos marrones con cordones dorados.

Jade alcanzó a vislumbrar sobre la mesa una tetera de porcelana fina con detalles florales pintados a mano.

—Acércate, hija —ordenó el sultán con firmeza—. Toma asiento.

Ella le obedeció y eligió el cojín que estaba a su derecha. Reuniendo coraje alzó los ojos para mirarle. Tras él se había detenido su consejero con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Fátima, espera fuera —pidió Abu, haciendo un gesto con la mano.

La mujer murmuró algo y salió al pasillo dejando la puerta un poco entreabierta. Jade rezó para que Corinna no siguiese a su madre y se quedase con ella como había prometido que haría. Empero, aunque deseaba mirar hacia donde se encontraba su hermana, no se atrevía a hacerlo.

—Aquí estamos por fin —empezó a decir Abu con un ligero temblor en la voz. Jade lo encontró extraño. Era obvio que estaba sufriendo. Parecía que le habían caído veinte años de repente—. Le juré a Raissa... quiero decir, a Elizabeth, que no te haría daño nunca. —Escuchar en alto el nombre verdadero de su madre era emocionante y doloroso al mismo tiempo—. Yo no la traje a este país, tan solo se la compré a Alí Khan en el mercado de esclavos. Alí convierte a las esclavas en odaliscas para entretener a los

hombres. Desde el primer momento que vi a Elizabeth me atrajo, y ella misma, al conocer su destino, me pidió que la comprara.

Jade arqueó las cejas con incredulidad.

—¿Ella te lo pidió?

—Necesitaba protección y se la di. Hicimos un pacto. Ella permanecería por siempre a mi lado.

La joven entendió de pronto la reticencia de su madre de salir de allí.

—¿Quieres un té? —le ofreció Abu sirviéndose uno.

—No, gracias.

—Te veo bien. Has estado bien cuidada —observó estudiándola con atención.

Jade tragó con dificultad y asintió. No podía recordar haberse sentado nunca con su padre a charlar.

—¿Por qué la mataron?

—Sherezade todavía no ha confesado. —Se llevó la taza a los labios y, con pequeños sorbos, se bebió todo el contenido—. Envidias, celos, poder... qué sé yo lo que puede mover la mente de una mujer.

—Mi madre nunca le hizo daño a nadie.

—Cierto —admitió.

Abu dejó la taza sobre la mesa, se llevó las manos a la cara y se restregó los ojos. De repente, su respiración empezó a ser trabajosa.

—¿Estás bien, padre?

Abu gesticuló con las manos e intentó levantarse y hablar. Al no conseguirlo, Jade se asustó. A trompicones se incorporó del almohadón y llegó hasta él justo para poder detener su caída. El consejero del sultán llegó hasta ellos para ayudar.

—¡Llamad a un médico! —chilló Jade buscando a Corinna con los ojos. Su hermana pequeña corría a su lado. Fátima asomó la cabeza por la puerta, miró hacia adentro con ojos ávidos, y desapareció en el pasillo.

—¡Padre! ¡Padre! —Corinna zarandéo el cuerpo de Abu. Él se convulsionaba y temblaba de forma exagerada. Continuaba sin poder emitir ni una palabra, y no podía enfocar la vista.

El consejero consiguió recostarle en el diván. Después tomó la taza de donde Abu había bebido y la olfateó.

—¿Quién ha traído la tetera?

Contestó el guardia:

—Fue Fátima. Yo la vi.

Jade se giró a mirarlo. Caleb, atónito, contemplaba la escena.

—Llévate esto y dáselo a probar a los perros —le dijo el consejero al guardia.

Cuando el médico llegó, Jade y Caleb tuvieron que obligar a Corinna a que se apartase de su padre. Se quedaron en una sala cercana y esperaron a que alguien fuera a contarles cómo iba evolucionando y qué era lo que le había pasado.

El sultán, Abu al Rashed, murió. Si Jade lo sintió fue únicamente por su hermana. Más cuando Fátima admitió que había sido ella la que había acabado con la vida de Abu, del mismo modo que había terminado con la de Raissa.

Capítulo 22

El comandante maldijo por no llegar a tiempo de matar a Abu. Parecía que los astros y el destino se habían confabulado contra él y se reía de todos los planes que había estado estudiando y elaborando durante esos días. Tuvo que conformarse con saber que alguien que también odiaba al sultán se le había adelantado y que jamás volvería a forzar ni a humillar a ninguna mujer.

Poco le quedaba por hacer ya en la ciudad. No estaba seguro de si era eso lo que le frustraba, o saber que, por mucho que corriese, no le iba a dar tiempo de llevar a Ana Lisa a España, pasando antes por Londres, y alcanzar a la flota de don José.

Al pensar en Londres no podía evitar evocar a Jade. No lograba imaginarla en Europa. ¿Y si no encontraba a sus parientes? O peor, ¿y si no la aceptaban por su condición de bastarda?

Guzmán le había tratado de convencer de que él no era responsable de la suerte de ella. Pero no era cierto. Diego la había secuestrado, la había convertido en su esclava, la había apartado de su familia musulmana, de su madre... ¡Claro que se sentía responsable de Jade! No admitirlo hubiera sido de cobardes, y él, no lo era.

—Entonces ¿qué vas a hacer? —preguntó Guzmán de camino a la ensenada donde les esperaban las barcas.

—Por lo pronto, comunicarle la muerte de su padre y decirle que la persona que asesinó a su madre mañana será ejecutada.

—¿Y después?

—La llevaré donde ella quiera.

—Te puede pedir que la lleves contigo.

—Si es así, no tendré más remedio que decirle la verdad.

—Lo entiendo. Noble hasta el final.

A Diego le hubiera gustado ser de otro modo y tomar decisiones que solo le afectaran a él, pero como comandante no podía hacer eso ni desentenderse

de sus propios problemas.

Esa noche dio permiso a los hombres para que aprovecharan a beber y a fornicar antes de emprender la marcha hacia Inglaterra. Algunos de ellos estaban felices por no haber entrado en contienda. Otros, decepcionados.

Ni Guzmán ni él se quedaron en tierra. Diego, porque a bordo del Destructor tenía todo lo que necesitaba. Su amigo, por no estar de ánimo y por preferir la compañía de Ana Lisa. Ella le hacía sentir que todavía era un hombre educado y de buenas costumbres.

Nada más subir a la nave, los marineros que no habían descendido y se habían quedado al cuidado de la embarcación y de sus ocupantes, quisieron saber lo que había pasado.

Si Diego no se hubiese entretenido en informarlos y celebrar junto a ellos su regreso a casa, sin víctimas que lamentar, se habría dado cuenta antes de que Jade había desaparecido.

La buscó por todo el barco. Ana Lisa juraba que no sabía que se había marchado, pero le admitió que tampoco le sorprendía.

—Me dijiste que ella sabía de tu compromiso y no era cierto. Jade conocía tu plan para atacar la casa de su padre e intuía que no ibas a llevarla contigo. Después salió el nombre de Carmen en la conversación y le tuve que decir quién era ella. ¿Hice mal?

—No, Ana. No has hecho mal. Ella merecía saber la verdad.

Jade no tenía que haberse enterado, o en caso contrario, haberlo hecho por él. Pero era tarde para lamentaciones o para cambiar las cosas.

Diego mandó averiguar su paradero y le resultó muy fácil saber de ella. La joven y su hermana Corinna se encontraban bajo la protección de Caleb de Narcise, hasta que en palacio todo volviera a la normalidad. La tercera esposa del sultán tenía un infante varón, y ella se haría cargo, junto con los consejeros de Abu, de organizar todo hasta que el niño alcanzara una edad razonable para poder llevar sobre sus hombros la casa de al Rashed.

Pensó bastante en sí debía ir a buscarla para cumplir con el pacto de llevarla a Londres. Por una parte, quería hacerlo. Supuso que solo por verla una vez más. Sin embargo, al final decidió que lo mejor iba a ser no volver a interferir en su vida. Ella había huido de su lado y, tras haberse enterado de que le había mentado, era posible que le odiara y que fuera la última persona a la que deseaba ver.

El galeón español, el Destructor azul, partió de Oriente hacia España en septiembre del año 1706. Tiempo después, les fueron llegando noticias desde la península ibérica. Tal como que el duque de Noailles y el mariscal Tessé

llevaron un ejército borbónico con más de dieciocho mil hombres a sitiar Barcelona. Aunque, finalmente, Felipe V debió cruzar la frontera francesa, cuando el 8 de mayo llegaba una flota angloholandesa compuesta por cincuenta y seis barcos, con más de diez mil hombres a bordo, al mando del almirante John Leake, que impidieron que el monarca asaltara la ciudad.

* * *

Durante los días siguientes, Corinna y Jade se sintieron más unidas que nunca. Las dos habían perdido a personas importantes en sus vidas. En el caso de Jade, a su madre, pues a Abu nunca había llegado a amarlo. Pero el caso de su hermana era distinto, pues ella sí que había querido a sus progenitores. Todo el sufrimiento que padecía era por culpa de los celos de Fátima.

La esposa del también medio hermano de Jade, el heredero al sultanato, había disuelto el harem y aunque las viudas podían recorrer ahora el palacio a su antojo, o incluso marcharse de allí si lo deseaban, todas prefirieron seguir viviendo como hasta el momento, respetando el nombre de al Rashed por encima de todo.

Con Sherezade la situación fue diferente, pues siempre había sido dura y estricta con las esposas y las concubinas de su hermano. Tanto, que ninguna sentía afecto por ella, pero permitieron que se quedase en palacio, aunque esta vez en calidad de invitada permanente.

Jade coincidió una vez con ella, paseando por el mercado. Al principio Sherezade fingió no verla, pero cuando no tuvieron más remedio de colocarse una al lado de la otra para atravesar la calle, la joven pudo apreciar en sus ojos la culpaba de lo ocurrido. Ese mismo brillo de maldad que le había perseguido desde niña, y el rictus amargo de su boca, apenas le provocaron más que un débil estremecimiento, y se dio cuenta de que había dejado de temerla hacía tiempo.

Jade le devolvió una mirada cargada de desdén. Quería que supiera que se regocijaba con todo lo que le estaba sucediendo. Ella sola se lo había ganado a pulso.

Vivir en la casa de los Narcise, permitió que Corinna y Caleb se conocieran mejor. Lo que a Jade le complació una enormidad. Él era honrado y de buen corazón, y sabía que cuando ella se marchase, Corinna iba a ser muy querida.

No volvió a ver a ninguno de los españoles y alguien le contó que se habían marchado de las costas otomanas al día siguiente de morir Abu. De vez en cuando pensaba en ellos con nostalgia, a sabiendas de que jamás

volverían a cruzarse en esa vida. Era consciente de que nunca podría olvidarlos y de que continuaría recordándolos cada vez que viera la cara del hijo que estaba gestando en su interior. Pero esperaba que el dolor que sentía se fuese mitigando con el tiempo.

A final de año, Caleb y Corinna contrajeron nupcias y, en el mes de febrero, Jade conoció al señor Arthur Talbot, un londinense muy bromista y dicharachero. Era un hombre de ojos grises y cabello claro. Que tuviera la nariz un poco torcida añadía atractivo a su rostro y lo hacía más interesante.

Su encuentro había sido de lo más extraño, y sin duda, muy fortuito para él, ya que Jade regresaba de acompañar a Corinna a casa de su amiga Nora, cuando en la plaza vio que se había formado un pequeño barullo.

Varias personas increpaban a un forastero que, por sus ropas, era evidente que se trataba de un occidental que no entendía nada. Él hablaba en inglés, y por algún motivo que Jade no podía explicar, acudió en su ayuda.

—Si no es por usted —le dijo él—, lo más probable es que hubiera abierto un agujero en el suelo y metido la cabeza en él.

Aquella frase a Jade le resultó de lo más extraña, y Arthur, al darse cuenta de que no había comprendido su chanza, se apresuró a explicarle:

—Como los avestruces. —Ella sonrió y sacudió la cabeza, pues no sabía que era eso—. Unas aves grandes que esconden la cabeza en la tierra.

—¿Pájaros grandes?

—Así es. ¿No me diga que nunca ha visto ninguna?

—Me temo que no.

—Buscaré una ilustración y se la mostraré.

—Bueno, creo que ya ha pasado el peligro. Ahora tengo que despedirme.

—¡No! ¡Espere! Soy Arthur Talbot, ¿y usted?

—Jade al Rashed.

El hombre cogió la mano de la joven y, ante el asombro femenino, le propinó un beso en el dorso.

—Me ha salvado la vida y me siento en deuda con usted. Creo que acabo de descubrir que, mientras esté aquí, será mejor que me consiga a alguien que me traduzca el idioma. Una persona que conozca ambas lenguas.

Jade soltó una carcajada, de repente divertida por su descaro.

—Adivino que ya tiene a alguien en mente.

Los ojos de Arthur refulgieron, alegres.

—Sería un honor que pudiera acompañarme en sus ratos libres.

—¿Esto le funciona con las mujeres? —inquirió ella pasándose la mano sobre el pronunciado vientre. En ese instante él se dio cuenta de su estado y

perdió el color de la cara.

—Para serle sincero, no.

A la joven le hizo gracia su desparpajo, aunque se sintió en la obligación de advertirle que, de haber estado casada, y si su supuesto esposo se hubiera enterado de aquella conversación, les hubiera puesto en un brete a los dos.

Con las palabras de Jade, él se quedó, sobre todo, con lo de «si hubiera estado casada», y tras disculparse, prometió intentar aprender las costumbres del país antes de que el barco que debía llevarle a Londres zarpase. Por supuesto, no se dio por vencido en el tema de que ella lo acompañase mientras estuviese allí, y Jade, sin tener ningún motivo ni ninguna razón, aceptó su propuesta. A partir de ese día comenzaron a verse y, poco a poco, nació una bonita amistad entre los dos.

Capítulo 23

Era mediados de abril y un sol de justicia golpeaba las fachadas de las casas, los árboles, las calles; incluso el agua de los pozos manaba caliente.

Habían acabado de comer y Arthur, que solía ser un invitado frecuente en casa, acompañó a Jade al jardín. A ella le gustaba mucho sentarse a la sombra de la higuera que, aparte de cobijar, inundaba con su perfume y sus estimados frutos los rincones más insospechados de la casa.

—Jade, me ofrezco a llevarla a Londres, y le prometo que no la abandonaré hasta que encontremos a su familia —le dijo Arthur de forma impulsiva.

Ella le había contado algunas cosas de su vida. En realidad, le había relatado muchas. Aunque en otras debió mentir para mantener a salvo algo de su orgullo y virtud. Por suerte, en esos temas tan peliagudos, como quién podía ser el padre del hijo que esperaba, Arthur nunca preguntaba. Caleb le había dado a entender que era viuda y que hablar de su esposo le traía muy malos recuerdos.

—Sé que lo dice con toda la buena intención —contestó, agradecida—. Pero bien sabe que mi hijo no nace hasta el mes que viene, y justo el mes que viene es cuando sale su barco.

—Puedo aplazarlo. No tengo ninguna prisa por regresar.

—¡No diga bobadas, señor Talbot! Le costó muchísimo conseguir ese pasaje, de hecho, lleva meses con él, no puede esperar a conseguir otro. Podría tardar una eternidad.

—Piénselo bien, Jade. Yo podría guiarla en Londres de igual manera que usted lo ha hecho aquí, conmigo.

—De veras, no tengo nada que pensar. Me marcharía con usted hoy mismo si supiera que eso no pondría en peligro a mi bebé, pero... ¡Ay! —exclamó, cuando el pequeño le dio una patada en el vientre. Últimamente

estaba muy guerrero y no dejaba de moverse—. ¿Ve? El muy bribón se hace notar todo el tiempo.

—Quizá debería descansar más y hacer sus paseos más cortos. Recuerdo a mi madre metida los últimos meses en cama cuando tuvo a la pequeña Hayley.

—No me pida eso —bromeó—. Me moriría del aburrimiento.

—No crea, yo me sentaría en el borde de su cama y le leería.

Pensaba que, de no haber conocido al comandante Salazar, habría sido fácil enamorarse de Arthur. Pero su corazón todavía pertenecía a Diego. Es más, creía que ninguno otro hombre sería capaz de usurpar su lugar. Sabía que no tenía que pensar en eso, y que debía intentar abrir su alma a posibles relaciones que le diesen un poquito de amor, sin embargo, todavía no estaba preparada para ello y tenía sus dudas de que alguna vez lo estuviera.

Los movimientos del bebé esa tarde se hicieron demasiado pesados. A veces, parecía que se quedaba tenso, rígido como una tabla, y dificultaba el andar de la futura madre. Todos se preocuparon y Corinna mandó llamar al médico.

Esa noche Jade se sintió morir de dolor unos minutos antes de que la cabecita de pelo tan negro como el tizón asomara por entre sus piernas. Más tarde, cuando todo había pasado y el bebé descansaba sobre su pecho, mamando de ella, sonrió feliz y satisfecha.

Unas jornadas después empezó a plantearse su situación. Nada le impedía ya viajar a Inglaterra a conocer a sus abuelos y, sobre todo, acudir a disculparse con el señor Anthony Harper como le había pedido su madre.

Su hermana y su cuñado la animaron a que lo hiciese. Eso sí, Corinna le hizo prometer que, si no encontraba en Londres lo que buscaba, regresaría con ellos para no marcharse más. De no ser, claro, que aceptara la propuesta de matrimonio del señor Talbot que, según ella, le expresaría en cuanto llegaran a destino.

A mediados de mayo, Jade embarcó con su hijo Yaret y con Arthur, rumbo a Inglaterra. Por suerte, Talbot, al haber cogido su pasaje con tanto tiempo de antelación —era lo más pronto que había conseguido— poseía un camarote doble, de los más grandes que había en la nave, y pudo compartirlo con ella.

Jade contempló una vez más, desde la balaustrada del barco, la tierra que la vio nacer. El mar de oro se ondulaba con la caricia de la brisa, los bellos colores que se pintaban en el cielo con el atardecer justo cuando un sol avergonzado tocaba las palmeras y los pinos con sus brazos de fuego, y

comenzaba a zambullirse tras las dunas que se dibujaban en el Este. Corinna y Caleb ya solo era unos puntitos en el muelle a medida que se iban alejando de la costa.

No sabía si iba a regresar algún día. En realidad, tampoco le importaba mucho. Su hermana era feliz y ya no la necesitaba.

Sintió un extraño calor en la espalda que hizo que el vello de la nuca se le erizase. Se dio la vuelta con Yaret en sus brazos y se percató de que el señor Talbot la observaba desde una distancia prudente. Al ser descubierto, se acercó a ella con paso lento y estudiado.

—Debe ser difícil despedirse de unas tierras tan magníficas —dijo él.

—Dolorosamente terrible —admitió tratando de esbozar una sonrisa—. Sobre todo, si son las únicas que conozco.

—No tema, Inglaterra le gustará, sus campiñas son muy hermosas.

—¿Y el clima también? —inquirió incrédula—. He oído que casi siempre llueve y está gris.

—Le garantizo que amaré el país —respondió abriendo un brazo para indicarle que pasara al camarote—. Puede poner a Yaret en la cama y descansar los brazos. ¿Ha pensado en lo que le dije?

Ella caminó hacia el interior del cuarto. Dejó al niño sobre el colchón, lo besó y colocó unos cuantos almohadones en el costado para que no rodara y cayera al suelo. Se volvió a mirar al hombre.

—No puedo desprenderme de mis raíces de la noche a la mañana. No me importará que me ilustre durante el viaje, y me dé algunos consejos de cómo debo actuar frente a mis abuelos para no... incomodarlos. Pero no me pida que me vuelva inglesa de la noche a la mañana. Eso sería imposible. Y por Alá, deje de reírse de mí. No tengo miedo de conocer lugares nuevos, simplemente estoy un poco nerviosa.

Por lo pronto, uno de los cambios más importantes que había realizado para iniciar aquel trayecto había sido desprenderse del apellido al Rashed para adoptar el de su madre, Fleming.

* * *

La travesía en el buque Libertad, con destino a Europa, transcurría de forma agradable en algunos momentos, aunque en otros se hacía larga y tediosa. Ni siquiera la compañía de Arthur (que, sin duda, Jade seguía opinando que era un hombre gentil, amable y caballeroso) lograba entretenerla.

El buen clima invitaba a los pasajeros a pasar mucho tiempo en cubierta y relacionarse entre ellos. Jade apenas se limitaba a saludarles, a preguntar por

la salud y poco más. Excepto dos mujeres, el resto eran hombres, y la gran mayoría de distintas nacionalidades.

Las damas europeas, porque saltaba a la vista que lo eran, hablaban muy poco. Una de ellas, la más mayor y que se vestía de riguroso negro, se pasaba el día entero bordando en un bastidor minúsculo. La otra mujer no era tampoco ninguna jovencita. La señorita Arabella. A ella le gustaba pasear bajo un colorido parasol, fingiendo ignorar a todo el mundo, pero a un tiempo disfrutando de sentirse el centro de atención. A buen seguro, los pasajeros varones soñaban con ella todas las noches.

Jade permitía y hasta animaba a Arthur a que charlase con otros caballeros, mientras ella se sentaba sobre una manta con su hijo, y aunque sabía que él era aún muy pequeño y no podía entenderla, le hablaba de todo lo que se le pasaba por la cabeza.

Por la noche, en la oscuridad del camarote, cuando ella ya se había metido en la estrecha litera de abajo y le avisaba al señor Talbot de que ya podía entrar para acostarse, rezaba en silencio por ser bien recibida por sus abuelos. Temía que con tanta norma social —su acompañante no cesaba de hablar de ello— le cerraran las puertas.

Desamparada no se iba a quedar, ya que viajaba con una fortuna en joyas. Más de las que había hecho creer a Arthur.

Caleb había sido quien le había advertido de no decir nada. También le había repetido hasta la saciedad que no se fiara de ningún extranjero. En ese aspecto, él era más desconfiado que Corinna. Pero teniendo en cuenta que ahora Caleb era su único pariente varón con la responsabilidad de protegerla, ella se sentía con el deber y la obligación de obedecerlo. También, porque desde que se había embarcado en el Libertad, tenía la extraña sensación de estar siendo vigilada. Pero por más que buscaba y se esforzaba en descubrir a alguien que fuera sospechoso, no encontraba nada.

—Jade, usted y su hijo no corren peligro. Aquí nadie los conoce y piensan que es un pariente mío. Debería dejar de preocuparse.

—Sé que lleva razón, Arthur, pero... tengo un nudo en el pecho.

—¿Un nudo?

—No me vuelva a decir que es miedo al futuro, porque sé que no es eso —le advirtió cuando él la miró con un brillo divertido en los ojos.

Habían terminado de comer y caminaban por cubierta. Arthur sostenía al pequeño Yaret en brazos.

—Entonces usted cree que es un enemigo de su difunto padre. ¿Para qué querría vengarse si no ganaría nada con ello?

Jade se encogió de hombros.

—Tal vez no sepa que él ha muerto.

—Quizá sea más fácil enterarse de eso, que de que usted sea su hija.

Arthur volvía a tener razón. Jade siempre había llevado el rostro cubierto. Ya no lo hacía, aunque sí que seguía ocultando su cabello. No era fácil desprenderse de las costumbres con las que había nacido.

—Me estoy volviendo una demente, ¿verdad?

—¡No! No se atreva a decir eso. Ha pasado un año bastante malo en el que ha perdido a personas que amaba.

Ella le dio la razón.

—Fue muy duro el fallecimiento de mi madre.

—Y el de su esposo —le hizo notar.

—Cierto —asintió Jade, mirando con dulzura a Yaret. El niño se había quedado dormido contra el pecho de Arthur. ¡Se parecía tanto a su padre! Tenía su mismo cabello negro, sus ojos azules, aunque los del pequeño eran más rasgados, y el mismo gesto que Diego tenía cuando se cogía alguna rabieta—. Tengo tanto miedo de que le pase algo, que creo que veo fantasmas donde nos lo hay.

Se cruzaron con *lady* Arabella, que echó hacia un lado el parasol para no darles con él.

—Buenas tardes, señor Talbot, señora Fleming. ¿Se van a retirar ya?

Arthur inclinó la cabeza, educado, al saludarla.

—Voy a acompañar al pequeño y a su madre al camarote, pero ahora voy a la sala, he oído decir que iban a hacer algún juego.

—¡Sí! —respondió Arabella—. Yo también voy. A ver si se nos pasa el tiempo más rápido. El capitán dijo ayer que nos quedan menos de dos semanas para terminar el viaje. ¡Nunca más volveré a hacer un recorrido tan largo a no ser que los barcos vuelen!

Llevaban alrededor de dos meses navegando. Dependiendo de los vientos, unos días avanzaban más rápido que otros.

Jade sonrió y estiró los brazos hacia Arthur para que le diera al niño.

—No hace falta que nos acompañe. Usted vaya a divertirse con la señorita.

—No queda mucho trayecto y prefiero ir yo para no despertar a Yaret —dijo él—. Señorita Arabella, resérveme un sitio junto a usted.

Arabella asintió, enderezó su parasol y, tras realizar un breve saludo, siguió su camino balanceando con gracia sus caderas.

—No se debería haberse molestado por nosotros, de verdad —insistió Jade.

—No es ninguna molestia. Usted sabe que me gusta mucho estar en su compañía. Además —confesó en un susurro—, su conversación es más entretenida que la de la señorita Arabella. Por otro lado, no quiero que sienta miedo pensando que hay alguien acechándola, de modo que me aseguraré de que usted y el niño estén bien.

—Arthur, no sé si se lo he dicho alguna vez, pero me alegro mucho de haberlo conocido.

—Yo de que me hubiese salvado la vida ese día.

—¡Cómo le gusta exagerar! —rio.

Llegaron al camarote y ella se apresuró a abrir la puerta para que él pasara. Observó cómo el hombre dejaba a Yaret sobre el colchón, con todo el cuidado del mundo, y se volvía hacia ella con una sonrisa en los labios.

—¿Está segura de que no quiere ir a jugar? Yo me puedo quedar con el niño.

—No, gracias, no me apetece. Por otro lado, tampoco entiendo mucho sus juegos y, sobre todo, el carácter de esa mujer.

—No debería decirle esto, pero usted es... demasiado inocente para las frivolidades de la señorita Arabella. Digamos que ella sabe causar expectación.

—No lo comprendo muy bien.

—Son artimañas que usan algunas damas con la finalidad de hacerse más deseables. Quieren hacer sentir a los de su alrededor que ellas son inalcanzables, y eso provoca que los hombres necesiten conseguirlas con más ansia.

—¿Algo así como un reto? —Arthur asintió—. ¿Significa que ella podrá escoger entre sus pretendientes?

—Así es.

Jade se mordió el labio inferior, pensativa. Le alegraba la idea de que una mujer fuera dueña de su propia vida. Ella misma también podía serlo, y era algo que nunca le había pasado por la cabeza, pues al principio su deber era para con Abu y, en su mente, había pensado que el siguiente en la lista sería su esposo. Pero ahora, el supuesto marido no existía, y si ella lo deseaba, tenía la posibilidad de ser libre.

—Sé lo que está pensando —dijo Arthur.

Jade no pudo disimular un tono de voz risueño:

—¿Es tan obvio?

El hombre asintió.

—Es viuda, rica. —Se encogió de hombros—. El dinero no dura para siempre, pero si sabe invertirlo, no va a tener que depender de nadie para vivir y criar a su hijo, sin embargo, me veo en la obligación de recordarle que Londres es una ciudad extraña para usted. Un lugar lleno de prejuicios, con personas que puedan hacerle sentir mal o bien, según les convenga.

—Inglaterra es muy grande. Espero poder encajar en algún sitio —dijo. Estaba convencida de que iba a lograrlo. Conseguir una propiedad en alguna aldea apartada de las grandes ciudades no debía ser muy difícil. Podía aprender a elaborar queso, mantequilla, y dedicarse al cultivo. Ante ella se acababan de abrir una multitud de posibilidades—. No quiero entretenerlo más. Si llega tarde, no encontrará sitio libre para jugar.

—Si quiere, me puedo quedar con usted.

—De verdad, Arthur, vaya a divertirse. Aprovechando que Yaret duerme, yo voy a hacer lo mismo. Dentro de un rato me tocará amamantarlo de nuevo.

—De acuerdo. Entonces nos vemos más tarde.

Jade lo vio salir. Siempre que amamantaba a su hijo lo hacía a solas, para eso era muy pudorosa. Recordaba a las esposas de su padre sacarse los pechos para alimentar a los pequeños sin importar que las vieran las otras mujeres o los eunucos de palacio. Ella, sin embargo, no podía hacerlo ni delante de su hermana. Sentía que se moría de la vergüenza, por muy natural que fuera.

Capítulo 24

Londres era una ciudad ruidosa y sucia y sin nada de encanto. Lo sorprendente era ver pasear a sofisticadas damas cobijadas bajo ridículos parasoles que impedía que el sol tocara su impoluta y enfermiza piel y vistiendo sombreros tan estrafalarios que Jade se preguntaba si los pájaros no los confundían con nidos, por su magnífica similitud.

Junto a estas mujeres, caballeros empelucados o con polvos sobre el cabello, con trajes confeccionados por expertos sastres, compartían calzada, al igual que los mendigos que perseguían a cualquiera que se cruzara en su camino. También los coches y las carretas tirados por caballos y trabajadores que regresaban a sus casas o iban a sus trabajos ocupaban las vías.

—¿Maravillada con el panorama que vislumbra? —preguntó el señor Talbot, llamando la atención de la mujer.

Ella se apartó de la ventana y sus ojos maquillados lo contemplaron con diversión.

En esa época Inglaterra era básicamente agrícola. Los reyes, poderosos, aunque no disponían de ejército regular y sus ingresos eran limitados, trataban de conseguir fondos para no depender de nadie. Los asuntos del país se dejaban a la clase media, mientras que los nobles y la realeza perseguían el entretenimiento y el placer.

—Puede ser una ciudad muy... importante, pero admito que me horroriza.

—No se deje confundir por la multitud, aunque en algo estoy de acuerdo con usted. No es divertido que te birlen la bolsa al menor descuido.

—¿Le ha ocurrido alguna vez?

—Un par de veces han demostrado su destreza conmigo. Desde entonces me he vuelto un hombre precavido —dijo señalando la cintura de su pantalón, que era donde escondía su dinero.

—¿Nadie hace nada con esos ladrones?

—Sufren castigos o son encerrados en las mazmorras. Muchos incluso son colgados.

—Mi padre les hubiera cortado una mano como primer aviso.

—Las leyes.

Jade asintió con la cabeza.

Viajaban a casa del señor Talbot situada en Dover Street. Un edificio de dos plantas bastante simétrico, separado de la vía por una verja de hierro forjado.

El coche se detuvo frente a la puerta el tiempo suficiente para que descargaran las valijas y las metieran al interior. Arthur no tenía muchos empleados, tan solo una cocinera, un lacayo y una doncella que se encargaba de la limpieza.

Jade observó la alcoba que le fue designada con una angustia mal disimulada. Los colores eran oscuros y apagados. Los muebles estaban fabricados en nogal, las paredes enteladas en verde botella al igual que la cortina que cubría parte de una pared, y una alfombra mediocre y sin gracia se hallaba a los pies de la cama que ni siquiera aportaba confortabilidad.

—¿Os disgusta, señora? —La criada no pasó por alto su actitud y Jade se apresuró a negar con la cabeza.

—No, es solo que no lo esperaba así.

—¿Es pequeño? Puedo hablar con el señor, aunque aquí...

Jade la interrumpió.

—No, te lo agradezco, pero no se trata de eso. Es más grande que el camarote.

Terminó de pasar al dormitorio con decisión y colocó a Yaret sobre la cama. Después caminó hasta las cortinas y las empujó a ambos lados de un estrecho mirador por el que apenas se colaba la luz del día. Sus ojos contemplaron un callejón atroz donde montones de desperdicios se apilaban contra las paredes. Un escalofrío de repulsión recorrió su cuerpo.

—Es una calle muy tranquila.

Jade dio la espalda al mirador y asintió, respondiendo:

—Lo imagino.

—¿Deseáis que os ayude a ordenar vuestros enseres? —La doncella abrió las puertas del ropero de par en par.

—Yo misma me encargo. Puedes marcharte. —Al ver que la empleada dudaba, añadió—. Necesito estar sola, por favor.

—Sí, claro. —Salió con una pequeña reverencia.

El nudo que Jade tenía en el pecho creció hasta sentir que el dolor se tornaba insoportable. El señor Talbot le había advertido que allí las cosas eran muy diferentes de su país, pero no había imaginado que pudiesen serlo tanto, hasta que llegó a ese lugar que le recordaba a las oscuras y frías celdas de palacio.

Suspiró. No pensaba quedarse mucho tiempo. Recostándose junto a su hijo se quedó absorta, mirándolo. Cada día que pasaba se asemejaba más a Diego, sus mismos ojos, su mismo pelo... Dejó de castigarse con esos pensamientos y, cogiendo fuerzas de donde pudo, se incorporó y guardó en el armario su ropa. Sus túnicas y vestidos poseían más color que todo el conjunto del dormitorio.

La doncella regresó más tarde y Jade dejó que se hiciera cargo del pequeño para poder reunirse con su anfitrión. La casa no era tan grande, por lo que no tardó en encontrarle.

Arthur parpadeó al verla, con una sonrisa pintada en su boca. Ella aún no se desprendía del velo de su cabeza, aunque ya no se cubriese el rostro con tanta asiduidad.

—Parece que ha leído mis pensamientos. Ahora mismo iba a ver cómo encontraba sus aposentos.

—Todo está perfecto. Deseaba poder caminar sin sentir que todo se movía bajo mis pies.

—Sí, eso ha sido lo peor del viaje.

—No me gustaría presionarlo, pero necesito ponerme en contacto con mi familia lo más urgente que pueda.

El hombre frunció el ceño.

—Lo comprendo. Hoy mismo enviaré una misiva.

—Lo he estado pensando y creo que debería presentarme ante ellos.

—¿Sin avisar? —Ella asintió—. No, querida. Esto es Londres y sus abuelos son nobles, es posible que no quieran recibirla si antes no les advierte.

—La mejor estrategia es no darles tiempo a pensar. Sentirán curiosidad y permitirán que me reúna con ellos.

Arthur, sorprendido por su deducción, la hizo pasar a un pequeño estudio, más oscuro todavía que el dormitorio de la joven y cerró la puerta aislándolos de todos.

No tenía ninguna duda de que, si los condes aceptaban a Jade, ella se iba a convertir en la comidilla de la ciudad al menos por unos meses. Sin duda era una de las mujeres más bellas que había conocido, en contra tenía que era demasiado inteligente para aquella sociedad. Aunque ella se negase a

admitirlo, las cosas que hacía o decía tenían, en su mayoría de las veces, algo de carácter táctico y eso lo disgustaba sobremanera. Su intención era la de convertirse en su protector, pero ¿cómo podía lograr su objetivo si ella parecía tan decidida a hacer todo a su modo?

—Si actuamos así solo dispondremos de dos opciones. Una, que sea como dice y los condes de Landon les acojan con los brazos abiertos, o dos, que rechacen sus palabras y no podamos volver a acercarnos a ellos nunca más.

Jade escogió una silla y, con recato, se acomodó en ella. Sus ojos verdes de mirada inquisitiva se posaron sobre él.

—Mi madre no se agotaba de repetirme que yo era demasiado impetuosa. —Encogió sus delgados hombros sin apartar la vista de él ni un solo segundo—. Cuanto más pronto solucione este tema, antes sabré a qué atenerme. Le agradezco una enormidad todo lo que está haciendo por Yaret y por mí, pero me niego a convertirme en una carga. Si mis abuelos poseen algo de la personalidad de mi madre, ellos sabrán qué hacer.

—¿Y si no sucede así?

—Tengo otros planes —admitió sincera—. Ahora soy una mujer libre, y la única persona responsable de mí está a muchas lunas de distancia.

Arthur cruzó los brazos sobre el pecho.

—Aunque no lo crea, tiene más de su padre de lo que imagina.

Jade alzó una ceja. No sabía si eso pretendía ser un halago o un insulto.

—¿Qué quiere decir?

El hombre carraspeó, turbado.

—Escuché decir que era un hombre de ideas fijas que siempre guardaba un as en la manga, al igual que usted. —Ella pestañeó con sorpresa—. Por poco que me entusiasme su idea, pienso que puede llevar razón, pero deberá estar muy segura de lo que tiene planeado, porque hay el cincuenta por ciento de probabilidades de que deba llevarlo a cabo.

—Qué poca confianza me tiene, sin embargo, le diré algo: mi cuñado y mi hermana jamás me habrían permitido viajar sin estar seguros de que mi hijo y yo no correríamos peligro.

Los labios del señor Talbot se curvaron con un gesto irónico que ella no pasó por alto, provocándole cierta desilusión.

—¿Acaso duda de mí? —le preguntó.

—¡Por supuesto que no! —Su expresión se tornó más amable. La misma que ella se había acostumbrado a ver desde que lo conocía. Se preguntó por qué un tipo tan complaciente y afable hablaba tan poco de sí mismo—. No

todos los días visita Londres la hija de un importante sultán. ¿Será así como se presente? ¿Como la princesa Al Rashed?

Mortificada y confusa, se puso en pie, y Arthur, que también había tomado asiento, se apresuró a hacer lo mismo, disculpándose.

—He sido un grosero, no tenía que haber mencionado ni siquiera eso.

—Pero tiene razón, aunque dudo mucho que ese título sirva de algo aquí, sobre todo cuando Abu jamás tomó a mi madre por esposa.

—Jade, puede confiar en mí. Yo nunca revelaría su secreto. Me conoce y sabe que no le deseo ningún mal.

Esas palabras cometieron su función y lograron tranquilizarla.

—Soy yo quien le debe una disculpa. Supongo que esta situación me ha vuelto muy susceptible.

—Lo entiendo, y comprendo que todo esto es demasiado nuevo para usted. Delibere bien en la decisión que desea tomar. Tómese un tiempo para reflexionar y, disponga lo que disponga, yo estaré a su lado.

Empujada por un impulso nacido del agradecimiento, se acercó a él y lo abrazó. El señor Talbot tardó unos largos segundos en responder a su gesto.

* * *

Jade no cambió de opinión, pero le hizo caso y decidió esperar hasta el día siguiente para comunicárselo. El hombre no tuvo más remedio que obedecer su petición y esa mañana esperaba a que ella bajase para ponerse en marcha.

Se sorprendió de verla descender con el niño en brazos y ocultando su rostro tras el velo.

—¿No prefiere que Yaret se quede aquí al cuidado de la doncella? Tiene experiencia en estos temas y muy buenas referencias —dijo una vez que ella llegó a su lado.

—Mi hijo vendrá conmigo. Es necesario que mis abuelos también lo conozcan a él.

—No debería asombrarme su terquedad y, sin embargo, lo hace.

Jade no dijo nada más y continuó su marcha hacia el exterior donde esperaba un coche. El señor Talbot anduvo a su lado. Se había peinado el cabello hacia atrás y lo había cubierto con polvo blanco tal y como dictaba la moda.

El vehículo cerrado, tirado por dos caballos castaños, no tardó mucho en detenerse frente a una magnífica propiedad de varias plantas.

El señor Talbot descendió primero y la ayudó a bajar. Ella cerró los ojos con fuerza por un instante. Un miedo infinito invadió cada átomo de su

cuerpo. Había soñado con aquello desde el momento que supo de la existencia de los condes, y ahora que había llegado el día, sentía unas irrefrenables ganas de salir corriendo.

Arthur esperó a que ella estuviese lista y llamó a la puerta. Se presentó un altivo mayordomo que se empeñó en conocer el motivo de aquella visita.

—Se trata de un tema de carácter personal y muy importante —insistió presintiendo que no iban a tener la suerte de poder acceder al interior. De vez en cuando echaba furtivas miradas a Jade, que había tenido la deferencia de apartarse el velo del rostro, aunque no del cabello.

—El conde no les recibirá si antes no me transmiten la razón por la que desean reunirse con él.

—Tenemos noticias de Elizabeth Fleming —soltó Jade de repente.

De ese modo atrajo la atención del empleado que la miró atento, sopesando sus palabras. Finalmente asintió y les permitió entrar al vestíbulo.

—Esperen aquí.

El mayordomo cerró la puerta y se perdió por un corredor de la planta baja, situado junto a unas anchas escalinatas.

—Ya no hay marcha atrás —susurró Arthur contemplando la estancia.

—Siempre la hay.

La joven fue directa hacia unas dobles puertas. Una de ellas se hallaba abierta y se vislumbraba un salón muy luminoso de muebles blancos y tapicería celeste. Dejó de respirar al ver sobre la chimenea el retrato de una jovencísima Raissa.

A pesar de que el señor Talbot le pidió que no entrase en la sala, le hizo caso omiso y continuó andando para ver el retrato de cerca.

El conde apareció seguido de su mayordomo. Vestía de un modo informal y prescindía de la peluca.

—¿Qué noticias puede traer usted de mi hija? —Su tono de voz estaba cargado de frialdad y antipatía al dirigirse hacia el caballero que esperaba en su vestíbulo.

—Lamentamos molestarlo de esta manera e invadir su casa sin avisar. —Se disculpó Arthur—. Milord...

—¿Lamentamos?

Cuando la mirada de señor Talbot voló en dirección al salón, el conde se dirigió allí para ubicar al otro intruso. Ceñudo, observó a la extranjera que, en ese momento, se daba la vuelta hacia él con un bebé en brazos.

—¿Quiénes sois y qué habéis venido a hacer aquí?

—Mi nombre es Jade. —Se acercó despacio hacia él—. Me gustaría entregarle algo. —Le tendió la carta de su madre.

El conde se tomó unos segundos para cogerlo, pero no hizo el intento de leer.

—Me han informado de que saben algo de mi hija.

La joven asintió con el corazón golpeando frenético en su pecho. Su hijo se revolvió para mirar al conde con ojos brillantes. Preocupada, con el mentón le señaló la carta.

—¿Podrías mirarla, por favor?

—No sois los primeros que vienen a hablar de Elizabeth. —Observó a uno y a otro con desconfianza.

—Solo pedimos que lo lea, milord, lo que haga después es cosa suya —dijo Arthur.

—¿Ocurre algo, querido?

De una sala adyacente al salón asomó una dama de pelo cano que se ayudaba de un bastón al caminar.

—Nada que deba preocuparte, Lily —contestó el conde amable.

—Te conozco, Jacob, sabes que no puedes ocultarme nada.

—Estos señores dicen que saben algo de nuestra hija.

La dama los contempló con el desprecio pintando su cara. Agitó la cabeza. Su cabello se hallaba recogido en un rodete.

—Los farsantes me agotan —le dijo, molesta—. Haz que se marchen.

La condesa era una versión más mayor de Raissa y Jade no pudo soportar estar en su presencia. Miles de recuerdos la golpearon sin piedad.

—Ya se iban, George, acompáñalos a la...

El señor Talbot le interrumpió.

—Denos una oportunidad y escuchen lo que tenemos que decir.

—¡No! —Fue Jade quien negó, yendo hacia Arthur para agarrarlo de un brazo—. Mejor nos vamos.

—¿Qué está haciendo? —susurró él en su oído.

—No quiero provocarles más sufrimiento con esto. Usted tenía razón, no debimos venir.

El conde les dio la espalda, dispuesto a continuar con sus quehaceres; en cambio, los ojos de su esposa se habían quedado prendidos en los intrusos que, en ese momento, caminaban hacia la salida.

—Eres orgullosa, muchacha, igual que mi Elizabeth. —Jade se detuvo sin atreverse a girar. Arthur, sin embargo, sí que lo hizo, al igual que el conde—. Mírame —exigió la mujer.

La obedeció muy despacio y enfrentó su mirada. La condesa dio varios pasos renqueantes en su dirección y después caminó un par de vueltas alrededor de ellos. Observó al pequeño que descansaba en sus brazos.

—¿Es tuyo? —quiso saber.

—Sí, señora.

—¿Este hombre es tu esposo?

—No, señora.

La dama cogió una fuerte bocanada de aire.

—Eres la hija de Elizabeth, ¿verdad?

Los ojos de la joven se humedecieron repentinamente. Sin poder articular palabra, solo fue capaz de asentir con la cabeza.

—Lily, no puedes estar segura —le advirtió el conde dando un paso hacia ella.

La dama alzó el mentón y asintió sin dejar de mirar a la muchacha.

—Eso es porque nunca discutiste con nuestra hija. Yo lo hice varias veces y te puedo asegurar que esta joven es la hija de nuestra Elizabeth.

Puede que no encontrara un gran parecido entre ambas, sin embargo, sus gestos, la manera de mirar, el modo en el que tensaba la mandíbula... todo ello había pertenecido a su querida niña.

—Lily —Jacob se colocó a su lado—. Vamos a sentarnos. —Hizo una señal al señor Talbot y a la muchacha para que entraran al salón—. Escucharemos lo que tienen que decir.

* * *

—Sabía desde un principio que los condes adivinarían quién era usted, ¿verdad? —inquirió el señor Talbot esa misma noche cuando se disponía a regresar a su casa, solo.

Lily había hecho que acondicionasen el cuarto de Elizabeth. Seguía conmovida por el fallecimiento de su hija, aunque sabía que la joven que decía ser su nieta —que era su nieta, se corrigió con absoluta certeza—, no le había relatado toda la historia, o al menos la había suavizado lo bastante como para no herirlos.

—Por increíble que le parezca, tenía confianza —afirmó ella.

—Se arriesgó mucho al poner todas las cartas sobre la mesa.

—Pero le dije que funcionaría.

—Nunca he conocido a nadie tan valiente como usted, Jade.

Ella le sonrió con dulzura.

—Me ha ayudado mucho, se ha convertido en un gran amigo y desearía poder seguir viéndolo. Esto no es una despedida.

El cochero de los condes carraspeó impaciente. Iba a seguir el vehículo del señor Talbot para cargar las pertenencias de Jade. Ya habían mandado a avisar a la doncella para que lo tuviese todo preparado.

Arthur miró al hombre de soslayo con cierto mal humor y regresó la vista hacia la joven.

—También yo deseo seguir disfrutando de su compañía.

—Así será.

Jade le tendió la mano con la intención de estrechársela, en cambio, él la sorprendió besando su dorso con galantería. Al percatarse de que lo miraba confusa, arqueando las cejas, Arthur sonrió.

—El protocolo.

—Sí, el protocolo —recordó ella.

Salvó la distancia que le separaba del vehículo y, solo cuanto tomó asiento, contempló a Jade a través de la ventana.

Ella entró en casa. El conde la esperaba en el recibidor. Sus ojos se hallaban rojos y afligidos por el llanto que había dejado escapar cuando nadie lo miraba.

—¿Nunca te habló de nosotros? —quiso saber, intrigado.

—No. Creo que ansiaba olvidarse de todo para no sufrir. Traté de convencerla en más de una ocasión para que huyéramos juntas, pero ella... sentía demasiado miedo a las represalias de Abu. —Jamás hubiera incumplido su promesa con él.

—¿Alguna vez fue maltratada físicamente? —inquirió con un nudo en la garganta que hacía que su voz temblase de angustia.

—Desde que tengo uso de conciencia, Abu jamás la lastimó.

—¿Por qué, entonces, no lo intentó nunca?

—Habría sido yo quien recibiese su castigo.

—Entiendo. —El conde trató de sonreír—. Dime, ¿qué habrías hecho si Lily no te hubiera detenido?

—Poseo una fortuna suficientemente extensa como para comenzar una nueva vida para mi hijo y para mí. —Encogió sus delgados hombros—. Había pensado en comprarme una propiedad y vivir libre, y si ustedes me piden que nos marchemos, será eso lo que haga.

—¿Qué hubieras hecho tú sola por ahí?

—Elaborar quesos.

Los labios de Jacob se ampliaron hasta formar una sonrisa plena.

—¡No digas sandeces! Si ahora te fueses de casa, tu abuela se moriría de la pena y... —Se le trabó la voz unos segundos—. No voy a permitir que vuelva a pasar por lo mismo.

—El señor Talbot me avisó de que mi llegada podría causar un escándalo.

El hombre echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada que nada tenía de divertida.

—¡A estas alturas de mi vida, hasta me haría gracia! —Ofreció su brazo a la joven y ella lo aceptó—. Nosotros siempre quisimos tener hijos. Yo quería varios varones antes de que llegara la niña, pero vino Elizabeth y no pudimos tener más. Lily tuvo una gestación muy complicada y estuvo a punto de perder la vida durante el alumbramiento. Tu madre tuvo una infancia muy feliz. —Entraron en el salón y ambos se detuvieron frente al retrato—. Siempre temimos que se enamorase de un mal hombre que la apartase de nuestro lado. Ella se reía cuando se lo comentábamos. Preguntaba «¿no confiáis en mí?» —Suspiró tragándose el dolor que le abrasaba el pecho—. Lily respondía que sí. Que confiaba ciegamente en ella. —Miró a su nieta mientras una solitaria lágrima surcaba su arrugada mejilla. La eliminó con un dedo—. Yo también lo hacía, pero no se lo decía. Le contestaba que en quien no confiaba era en los hombres. Debí haber estado más atento, más vigilante, más encima de ella.

—Usted no es el único que se culpa por ello. Si yo no hubiera salido de palacio con Corinna esa noche, tal vez Raissa aún seguiría viva.

El conde posó las palmas de las manos sobre los delgados hombros de Jade. Le fue imposible pronunciar palabra.

Capítulo 25

Desde que Ana Lisa había regresado a España, muchas cosas habían cambiado en su familia y en su vida. Para empezar, no se veía hermosa con la tez tan tostada por el sol y los labios resecos llenos de pequeños cortes. Cuando se miraba al espejo tenía la sensación de estar viendo a otra persona diferente, una más adulta.

Su madre, Lucrecia, también había cambiado. Los surcos de su rostro ahora eran más profundos y pronunciados, y había bajado tanto de peso que parecía una sombra de sí misma. Y su padre... sus ojos no brillaban como antaño. Le acompañaba todo el tiempo un halo de resentimiento y un rictus amargo que no invitaba a mantener ninguna conversación amable.

Guzmán, durante la primera visita que le hizo a casa, pues se habían convertido en buenos amigos durante el viaje de regreso, le había comentado que don Alberto se había decepcionado con la Corona y sentía una inquina inmensa hacia los monarcas.

Incluso Diego estaba diferente. Más frío e insensible desde que no había vuelto a ver a la musulmana. Ni siquiera se había puesto en contacto con Carmen para visitarla, y se justificaba marchándose al cuartel para que el almirante de la Cruz lo enviase a alguna misión.

Tal parecía que todos querían olvidar lo ocurrido, cada cual a su manera.

Para ella era imposible hacerlo. Todas las noches las pesadillas la despertaban envuelta en un sudor y en un pánico irracional y, sin embargo, por el día era capaz de arrinconar todos esos terribles momentos de sufrimiento en algún recoveco de su mente.

Sabía que debía ser fuerte por todos los demás, y de no ser por la amistad que sostenía con Guzmán, se veía incapaz de salir de aquel pozo sin fondo que la sumía en malos recuerdos y pasado tormentoso.

Guzmán, aquel que siempre había sido el mejor amigo de su hermano, se había convertido en su tabla de salvamento. No la juzgaba. No la reprochaba.

Se limitaba a entretenerla. Conversaban largamente y paseaban por los alrededores de la propiedad, nunca más allá de los muros que delimitaban con ella. Ana Lisa aún no estaba preparada para salir al mundo exterior.

Esa tarde se encontraba en su alcoba bordando en el bastidor un pañuelo con la intención de regalárselo a Guzmán, cuando entró Diego y se paró en medio, observándola con fijeza. Traía el cabello revuelto sobre los hombros como si acabase de llegar cabalgando y parecía llevar sin dormir un par de días.

—¿Cómo te encuentras, Ana?

—Bien, el médico ha salido hace un rato. No entiendo por qué padre le obliga a venir todos los días.

—Es por tu bien.

Ella alzó la mirada del bastidor.

—No voy a quitarme la vida.

—Lo sé, eres fuerte. Por eso me he atrevido a venir ante ti para pedirte un favor.

—¿De qué se trata? —inquirió, dejando la costura a un lado del banco donde se hallaba sentada.

—Deseo que dejes de ver a Guzmán.

El corazón de Ana Lisa se detuvo en seco.

—¿Qué ha sucedido?

—¿Tiene que ocurrir algo para que te pida eso?

—No lo entiendo. No estamos haciendo nada malo.

Diego caminó hacia la ventana y observó los jardines y los campos andaluces.

—Ana, dime la verdad, ¿habéis hablado de algo?

—¿Como qué?

La contempló.

—Se siente obligado a visitarte. ¿No te das cuenta? Si no fuese mi compañero, ni siquiera lo haría.

La muchacha se incorporó de repente envuelta en una rabia infinita.

—¡Estás amargado, hermano! —gritó con las manos en las caderas y los dientes apretados—. ¡Guzmán no es ningún cobarde como tú! ¡No le da miedo hablar conmigo, ni siente asco! ¡Tampoco le importa que la gente sepa que me visita! ¡No se avergüenza de mí, ni de mi compañía!, pero ¿tú puedes decir lo mismo? —escupió llena de ira—. No has ido a ver a tu prometida. ¿Qué pasa? ¿Temes que se dé cuenta de que te has enamorado de otra, o acaso es que no soportas tocarla?

—¡No estoy enamorado de nadie! ¡El amor no es más que una patraña!

—Miente si lo deseas, porque toda tu vida se ha convertido en una mentira, pero no esperes que yo te crea. Puedes engañar a otras personas, incluso a la misma Carmen, pero no a mí.

Diego se tensó.

—Ya te he avisado, Ana, dile a Guzmán que no deseas que te visite más.

—¿Por qué no se lo dices tú? —Con indiferencia sacudió la cabeza—. Pero, si lo haces, hermano, no digas que ha sido idea mía, porque lo negaré una y mil veces.

Diego frunció el ceño con preocupación.

—¿Lo amas?

No supo qué contestarle. Si se hubiera detenido a meditarlo, tal vez se habría dado cuenta de que sí. Volvió a retomar su asiento en el banco.

—Me agrada su compañía y cómo me trata.

Fingiendo que él ya no estaba allí, cogió su bastidor y continuó con el bordado. Diego masculló algo ininteligible y abandonó la alcoba.

Con manos temblorosas al dar las siguientes puntadas, Ana Lisa suspiró con una mezcla de pesar y enojo. La obediencia nunca había sido su fuerte y, después de todo lo sucedido y de prometerse cambiar su comportamiento, se había dado cuenta de que iba a resultarle imposible.

* * *

Jade esperó a que el cochero ayudase a su abuela a descender y ella misma le ofreció su brazo para que caminase más cómoda. Después de haber estado casi todo el día fuera de casa, la condesa parecía que tenía mucha más vitalidad que ella misma.

Si Londres le había impresionado por el bullicio, los edificios y el tráfico, podía asegurar lo mismo de su gente. Había visto mujeres que caminaban solas sin que nadie les censurase. Hasta una amiga de su abuela, la marquesa de Winchester, con la que coincidieron en el establecimiento de la modista, fumaba en pipa mientras esperaba a ser atendida.

—¿Por qué no puedo usar mis ropas? —le había preguntado a la condesa tras saber que iban a encargarse vestidos y prendas nuevas para ella.

—Eres inglesa y estamos en Inglaterra. Es lo que tu madre habría querido para ti.

—Seguro que ella habría querido que me preguntasen algo antes de obligarme a hacerlo —susurró creyendo que su abuela no la escuchaba.

Entonces la condesa se había echado a reír.

—¡Válgame Dios! Eres igualita a ella. ¿Me permites que te sugiera algunas prendas?

Sin saber por qué, había accedido. Aunque sabía de antemano que algunas cosas le iban a resultar bastante complicadas, como por ejemplo no cubrirse la cabellera o no maquillarse con el kohl la línea de los ojos. Las pocas veces que lo había hecho se había sentido desnuda.

—¿La hija de Elizabeth?

Esa había sido la frase más preguntada de la jornada por cada conocido con el que su abuela se había cruzado. Y una de las cosas que más admiraba de ella era la capacidad de la condesa para guardarse las explicaciones para sí misma sin satisfacer la curiosidad de los demás cuando trataban de interrogarla.

Las personas más allegadas a los condes empezaron a saber de la existencia de la joven. Se sentían tan intrigados que pronto comenzaron a añadir en sus invitaciones su nombre.

Jade habría rechazado todas si Lily no hubiese insistido con tanta vehemencia.

—No puedes pasarte la vida escondida aquí. Necesitas salir y conocer gente.

—Ya conozco gente —replicó.

Ignorando a la joven, la dama continuó hablando:

—Aunque todavía puedes hacer queso, si es lo que deseas. ¿Eso es lo que ansiaba tu madre?

—Hay algo que me pidió.

Estaban en el salón observando cómo Yaret trataba de gatear detrás de una pelota que Arthur le había regalado.

—Hablar con Anthony Harper, no creas que lo he olvidado. Precisamente acudirá a la cena de la marquesa.

La mujer utilizó varios comentarios más para terminar de convencerla, aunque esa misma tarde Jade comenzó a arrepentirse. No sabía cómo había logrado que la modista enviase uno de los trajes encargados. Se trataba de un vestido de color oro con anchas cenefas verticales que contenían flores celestes y rosas. La prenda se abría por el frente y el escote era tan bajo que resultaba pecaminoso.

—¡Por Alá! —chilló con ojos desorbitados al vérselo puesto.

La condesa la escuchó y corrió todo lo que sus delicadas piernas le permitieron hasta su dormitorio.

—¿Dónde está el fuego, niña?

—¡Aquí! —Jade se volvió hacia ella para que la viese bien—. ¡Parezco una odalisca!

La mujer arqueó las cejas.

—No sé lo que significa esa palabra y creo que no necesito saberlo. —La hizo girar frente al espejo de cuerpo entero—. Estás encantadora. Molly te peinará.

—Pero...

—No hay ningún pero. —Fue hasta la puerta—. ¡Molly, ven aquí ahora mismo!

Una muchacha con delantal y cofia acudió veloz a la llamada.

Obediente, Jade dejó que trabajase con su cabello mientras su abuela le daba alguna instrucción que otra.

* * *

La gran mayoría de los invitados guardó silencio en casa de los marqueses cuando el lacayo de librea blanca e impoluta anunció la llegada de los condes de Landon y su nieta, Jade al Rashed.

No había tenido más remedio que hacer uso de su apellido verdadero para no levantar más comentarios de los que esa velada se iban a generar. Y no solo por usar su propio nombre, también por haberse cubierto la mitad del cuerpo con un pañuelo de seda color melocotón que había cruzado por delante, enganchándolo en un lado con un broche de brillantes. Había prescindido del que ocultaba su cabello, pero había sido incapaz de no usar la línea de los ojos. Por poco que les gustase a los demás, no podía renunciar ni despreciar sus orígenes. No quería hacerlo.

Los primeros en darles la bienvenida fueron los anfitriones, abriendo la veda al resto de los invitados para que los imitasen, pero otra vez volvieron a guardar un estricto silencio cuando la voz de un hombre se alzó por encima de las demás.

—¡Princesa!

Paralizada, Jade contempló al sujeto que se acercaba hacia ella con pasos tambaleantes. Se trataba de uno de los viejos mercaderes que ayudaba a Abu en la venta de caballos. Al ir sin sus ropas y sin su turbante, le costó reconocerlo al principio. Lo había visto varias veces en las inmediaciones de palacio y en alguna ocasión había acudido como invitado de su padre a las excursiones que la familia celebraba en los exteriores. Pero Jade nunca habló con él.

—¿Me recordáis, princesa?

La condesa tuvo que darle con el codo para que saludase. Sintió que todo el mundo la contemplaba expectante y se obligó a asentir.

—No esperaba verlo —respondió un poco conmovida—. Londres está un poco lejos de nuestro país.

—Poseo negocios aquí y allí. Os doy mi más sincero pésame por el fallecimiento de vuestro padre. Me llegó la noticia hace unos meses, cuando desembarqué.

—Esta noche no queremos hablar de dolencias o penas —cortó el conde apartando al hombre de ella de un modo un poco grosero—. Si nos disculpa, en este momento nos dirigíamos a saludar a unos conocidos.

El mercader les dejó en paz y, con una disculpa, regresó junto al caballero con el que había estado charlando. El resto de las personas continuó con lo que estaba haciendo antes de la entrada de los condes, aunque sin dejar de murmurar sobre el título de la muchacha.

Era bastante obvio, aun así, Lily hizo que su nieta se inclinase lo suficiente para que sus labios se quedaran a milímetros de su oído.

—¿De veras conoces a este hombre?

—Sí.

Los ojos de la mujer buscaron los suyos.

—¿Eres princesa?

—No exactamente.

—¿Eso qué diantres significa, querida?

—Mi padre era sultán y...

Jacob tiró de sus brazos haciéndolas callar.

—Ya habrá tiempo para hablar, este no es el lugar ni el momento.

En la medida de lo posible, evitaron las preguntas de los que se acercaban a investigar sobre la vida de Jade.

Hacia la mitad de la velada, la joven pudo conocer al honorable Anthony Harper. Era un hombre delgado sin mayor atractivo que el de su traje. Vestía una casaca burdeos que se ampliaba en las caderas con un ligero vuelo e iba acompañado de una dama algo más joven que ella, de la cual se enteró que se trataba de su hija.

En aquella ocasión no tuvo la oportunidad de transmitirle el mensaje de su madre y dudó bastante si iba a hacerlo o no. Después de todo, el hombre no había debido esperar mucho tiempo tras su secuestro para contraer nupcias con otra mujer.

—¿Te ocurre algo? —El conde no pasó por alto la cierta confusión que expresaba su rostro.

—Entre la música, la gente y el calor que hace aquí dentro, me encuentro algo mareada.

—No me extraña, y encima ese caballero que no te quita el ojo de encima. Tendré que acercarme a advertirle que, de continuar así, tendremos más que palabras entre los dos.

Jade echó un vistazo con disimulo hacia donde su abuelo miraba y notó un escalofrío al toparse con la mirada oscura del anciano mercader.

—No lo haga. ¿Lo había visto por aquí más veces? —le preguntó.

—No lo sé. No puedo estar muy seguro. ¿Tú qué sabes de él? Y te pido que esta vez no me escondas nada —exigió.

—Pues aparte de que me da mala espina... —Por suerte para ella apareció el señor Talbot y debieron aplazar aquella conversación.

Sin embargo, en el interior de la cabeza del conde se comenzaba a gestar una extraña sospecha.

—¿Baila conmigo, Jade?

La muchacha observó la pista de baile con cierto temor y sacudió la cabeza.

—Me temo que es una danza demasiado complicada para mí. Prefiero salir un poco al exterior. ¿Le molesta acompañarme? Milord, ¿nos da su permiso?

—Sí, por supuesto. —Jacob clavó una fría mirada en el recién llegado—. Quédense donde yo pueda verlos.

Arthur tendió su brazo y la guio hacia las dobles puertas que se abrían a un cuidado jardín por el que paseaban grupillos de invitados admirando las rosaledas. Se quedaron cerca de la entrada donde encontraron un banco libre.

—Pensé que no vendría —le dijo la muchacha con franqueza.

—Y yo —respondió él—. Me costó mucho conseguir una invitación.

—Pero al final lo hizo.

—Soy un hombre muy perseverante.

—Supongo que se habrá enterado de lo que ha pasado —le susurró bajando la voz todo lo que pudo.

—¿Que ya todos saben que usted pertenece a la realeza? —Jade asintió—. No me ha sorprendido mucho, si le soy sincero. Después de todo, el mundo es un pañuelo. Sabía que tarde o temprano alguien la reconocería.

Jade chasqueó la lengua, molesta.

—¿Cree que es casualidad?

Arthur pareció pensarlo durante unos segundos y terminó encogiéndose de hombros.

—Me gustaría no confundirme y pensar que sí.

Ella también deseó eso mismo, pero una especie de sexto sentido le provocaba bastante recelo.

Capítulo 26

—Abu no secuestró a mi madre. Me confesó antes de morir que la compró en el mercado de esclavos. En realidad, fue afortunada pues...

El conde sacudió la mano para interrumpirla.

—¿Conoces el nombre del sujeto que hace esas ventas?

Ella se mordió el labio inferior, pensativa. Negó con la cabeza.

—Sé que me lo comentó, pero no lo recuerdo, lo lamento.

—Necesito que me hables del lugar donde residías y de quién era Abu —pidió Jacob cruzándose de brazos.

—Abu era el gobernante de la ciudad de Constantinopla, y el palacio está situado entre el Cuerno de Oro y el mar de Mármara. —Cerró los ojos dejándose arrastrar por el pasado—. Poseía una espléndida vista del Bósforo.

—¿Cuerno de Oro?

—Es un estuario a la entrada del estrecho del Bósforo que siempre se ha utilizado como puerto.

—Y tú eres princesa.

Jade se quitó los zapatos y los dejó colocados con cuidado junto al sofá en el que estaba sentada. El conde había tomado una silla y se había sentado enfrente para observarla bien. Hacia un buen rato habían llegado a casa y Lily ya se había retirado alegando que se encontraba agotada.

—No lo soy —admitió—. Legalmente no.

—Ese hombre se dirigió a ti como si lo fueras. ¿Por qué?

—Allí todos lo hacían, pero eso no me daba derecho a obtener los mismos privilegios que a mis hermanos.

Jacob dejó los ojos en blanco por unos segundos, tratando de entender.

—¿Tienes hermanos?

—Medio hermanos, aunque mi cometido siempre fue hacerme cargo de Corinna, la hija de su primera esposa.

El conde sacudió la cabeza. De ella ya le había hablado, al igual que de su tía y de la asesina de su madre.

—Ese hombre de esta noche, dices que es mercader, ¿cierto?

—Así es.

De manera inconsciente el conde se golpeó los dientes con una uña, meditabundo.

—¿Conoces su nombre?

—No. Nunca había conversado con él. Tenía prohibido hablar con los varones que no pertenecían a palacio.

El hombre colocó las palmas de las manos con fuerza sobre los muslos.

—¿Cómo se ha atrevido a acercarse a nosotros sin haber sido presentado primero?

Jade lo miró con inocencia, sin comprender.

—¿Será difícil averiguarlo? —inquirió ella.

—En absoluto. Mañana hablaré con algunos conocidos míos y haré que lo investiguen.

—Puede que si supiera su nombre... lo recordase.

—No te preocupes más. Ve a la cama, Jade. Descansa, que se nos ha hecho muy tarde.

Ella se levantó, recogió sus zapatos y caminó hacia la puerta. Se detuvo antes de llegar y lo miró, apenada.

—Siento mucho no haberle contado toda la verdad sobre Abu.

—Tenía que haberlo imaginado —respondió él—. Venías con una fortuna en joyas y fui incapaz de preguntarte sobre ello.

Estaba a punto de salir por la puerta, cuando de nuevo se detuvo.

—Hay algo más que no les he dicho. —El conde clavó los ojos sobre ella—. Nunca he tenido esposo. El padre de Yaret es el español que viajó a rescatar a su hermana Ana Lisa.

—¿Te forzó?

Jade sacudió la cabeza.

—Me enamoré de él, pero me engañó. Estaba prometido con otra mujer. Desconoce la existencia de su hijo.

El conde soltó un largo y cansado suspiro.

Jade subió a su alcoba. Se lo había contado porque debía ser justa con él. No más mentiras piadosas ni verdades a medias. También porque temía que ese mercader o alguien de su entorno la hiciera daño a ella o al niño.

* * *

—Mi nieta no se encuentra en casa. —El conde en persona había salido a recibir al señor Talbot en cuanto había visto por la ventana detener su coche ante la puerta.

—En realidad, venía a verle usted.

—Imagino que no será una visita de cortesía. Pasemos a mi estudio. —Le ofreció que tomara asiento—. Yo también necesito decirle un par de cosas. ¿Desea tomar algo?

—No, gracias.

—Entonces hable usted primero.

El señor Talbot estaba nervioso, con la sensación de que no terminaba de agradar al conde en demasía.

—Es posible que le parezca muy atrevido, milord —empezó diciendo un tanto nervioso—. Puede que piense de mí...

—Como desconoce lo que pienso, por ahora, ahórrese ese comentario —interrumpió con impaciencia. En hora y media tenía concertada una cita bastante importante y no deseaba que ese hombre anduviera por allí ni por los alrededores—. Vaya al grano y no se ande con rodeos.

—Amo a Jade —soltó de repente. El rostro del conde no varió lo más mínimo y Arthur tragó con dificultad—. Necesito su consentimiento para poder pretenderla como es debido.

Jacob hizo tamborilear los dedos sobre el escritorio poniendo aún más nervioso a su visitante.

—Va a necesitar algo más que mi permiso.

—Disculpe, no lo entiendo.

—No sea necio, me ha escuchado perfectamente. Conozco sus intenciones desde mucho antes de que viniera aquí ejecutando esta pantomima.

Arthur parpadeó haciéndose el sorprendido.

—¿Qué quiere decir?

—No tiene mi permiso. Jade acaba de llegar a mi vida, ¿y usted ya pretende robármela? —Se puso en pie arrastrando la silla hacia atrás sin importar que arañase el suelo. Lily luego le reñiría, pero en ese momento ella estaba con Jade y con Yaret en el parque—. Le he permitido sus visitas, que de otro modo no hubiera hecho, solo por el aprecio que mi nieta parece sentir por usted.

Arthur también se levantó.

—¿Me prohíbe verla?

—No ponga en mi boca palabras que no he dicho, joven. —Jacob trató de calmarse—. Jade necesita tiempo para adaptarse a su nueva vida. Estos meses

no han sido fáciles para ella.

—¿Cree que no lo sé?

El conde relajó los hombros y apoyó las manos sobre el escritorio.

—Puede continuar con sus visitas como hasta ahora, si ese es su deseo. Pero hasta que Jade no me confirme que sus sentimientos son los mismos que los suyos, no quiero que esta situación llegue a más.

—¿Qué va a hacer, milord?, ¿preguntárselo?

—Sería lo más correcto.

—¿Por qué está tan molesto conmigo?

—Escúcheme bien, señor Talbot. Mi nieta no le conoce como yo. ¿Ayudarla a viajar compartiendo camarote? Entiendo que ella desconozca nuestras costumbres, empero usted las conoce más que de sobra. No es su esposo, no es su pariente. Dígame, ¿cómo se atrevió?

—No había ningún otro barco en los próximos meses.

—No me trate de estúpido. Pudo hacerme llegar noticias de ella mucho antes de embarcarse. ¿Por qué no lo hizo?

—Tal vez no se me ocurrió, o quizá porque su nieta no tenía la esperanza de que ustedes la creyeran y la aceptaran sin verla antes.

—No ha sabido manejar la situación.

Arthur asintió.

—Lleva razón. Ella me salvó la vida y yo solo quise agradecerse.

—Sí, ya, compartiendo su camarote. —Con ironía se echó a reír—. Si de veras hubiera sido un caballero, habría hecho las cosas de diferente manera. Como mínimo, se habría parado a pensar en cuáles serían las consecuencias de sus actos.

—Yo veo una solución para mi error, milord. —El conde arqueó una ceja como si ya supiera lo que iba a decirle—. Permítame resarcirme y concédame su mano.

Jacob luchó contra las ganas de abofetear al hombre. La ira bullía en su interior como una olla al fuego. Se paseó por el despacho tratando de calmarse.

—Sé por qué se marchó de Londres y también sé las veces que se ha interesado por jovencitas de buena cuna. Su única intención siempre ha sido pertenecer a un círculo que le queda demasiado grande. —Arthur se tensó—. Quiso comprometer a varias damas sin mucho éxito hasta que se topó con la hija del duque. Fue su excelencia quien le obligó a marcharse de aquí para salvar a su hija del escándalo en el que usted quiso envolverla. —Se paró a mirarlo de frente—. ¿Acaso pensaba que no iba a enterarme?

Arthur apretó la mandíbula con fuerza. Su rostro había adquirido un tono rojizo y, cuando habló, lo hizo entre dientes.

—He cambiado, milord. Ya no soy el mismo de antes.

—No me malinterprete si no le creo. —Sacudió la cabeza—. Nada le impidió durante el viaje declararse a mi nieta, pero no lo hizo porque antes debía asegurarse que yo la aceptase y le entregase la dote. ¿Conoce Jade toda su historia? —Arthur tragó saliva y negó con la cabeza—. Lo imaginaba.

—¿Qué piensa hacer, milord?

—Todavía no tengo ni idea. Hay otros temas de más enjundia que necesito solucionar cuanto antes. Pero le advierto, a Jade ya la engañaron una vez y yo no estaba allí para defenderla. Ahora sí lo estoy.

Arthur, lleno de rabia, se retiró de su presencia antes de obtener su permiso, pues de lo contrario habría plantado al conde un puñetazo en toda la boca.

La siguiente cita de Jacob se marchó tras quince minutos de conversación dejando un dossier, que solo abrió cuando se quedó a solas en su despacho. Sacó los documentos de su interior. Contenían la información que el sujeto había podido recabar para él en aquel poco tiempo. En realidad, no había gran cosa sobre Alí Khan, el mercader, más que llevaba muchos años comerciando con el país en la compra y venta de caballos y tapices turcos elaborados con joyas y piedras preciosas. Gozaba de una reputación muy buena y sostenía tratos con varios nobles aristócratas. Entre los documentos, se hallaba la dirección donde se hospedaba en Londres y algunos nombres de sus clientes.

Estaba a punto de cerrar la carpeta cuando, de refilón, creyó leer algo que lo dejó estupefacto. Se detuvo a cerciorarse de que su cerebro no había tenido nada que ver y, con más interés, volvió a repasar el documento que acababa de guardar. Anthony Harper aparecía en aquella lista.

Con el ceño fruncido se echó hacia atrás en la silla. Recordó al muchacho de cuando su hija y él se prometieron. Elizabeth había irradiado felicidad. Jacob había pensado que Harper también, aunque nunca había sido muy expresivo. Tal vez su padre, el barón Berkeley, había parecido más emocionado con el compromiso.

Lo que no terminaba de entender era la clase de negocios que podían compartir o habían compartido Harper y Alí Khan. Hasta donde sabía, no poseía caballos excepto los de tiro, y no eran precisamente esos los que el mercader vendía. ¿Quién iba a ser tan estúpido de hacer que unos purasangres arrastraran un coche de caballos?

Sin duda, el único que podía explicarle eso era el mismo Harper. Apenas había tenido relación con él después de desaparecer Elizabeth. Al principio había acudido durante una semana seguida para saber si había habido noticias. Después, sus visitas se habían ido espaciando y en menos de dos meses se había enterado de que el hijo del barón se había vuelto a comprometer de nuevo.

Tanto el mercader como Harper estaban claramente relacionados con su nieta y, por ende, con Elizabeth. Era raro que los investigadores que había contratado cuando su hija fue secuestrada, no hubieran conseguido ni un solo nombre de donde poder sacar pistas o información para encontrarla, y ahora, en menos de un día, tenía unos cuantos para poder tirar de la manta.

Observó su reloj de bolsillo. Las mujeres de la casa debían estar a punto de llegar. Se levantó, cerró el dossier y lo guardó en el cajón del escritorio.

* * *

—¿Dónde está Jade?

Jacob observaba la entrada de Lily empujando el cochecito de capota donde viajaba su nieto.

—Se ha quedado un poco en el jardín. En breve se reunirá con nosotros.

—¿Ha sucedido algo? —inquirió, preocupado.

La condesa negó.

—Necesitaba estar sola. No te inquietes, querido, desde la ventana del salón puedes verla.

Jacob no respiró tranquilo hasta que la divisó. Se había sentado en el suelo, a la sombra de un árbol, con la espalda apoyada en el tronco. El sol que se filtraba por entre las ramas incidía sobre su rostro. La muchacha lo tenía alzado hacia el cielo con los ojos cerrados.

La niñera que se encargaba de Yaret se llevó al pequeño a la planta de arriba.

—Jacob —Lily lo llamó haciendo que se volviera hacia ella—. ¿Te contó Jade lo del español?

—La secuestró confundiéndola con su hermana.

—No, eso no. —La dama se acomodó en uno de los divanes—. Ese hombre es el padre de Yaret.

Sacudiendo la cabeza, se acercó a ella.

—¡El padre de Yaret está muerto!

Lily lo miró muy seria. Adivinó que su nieta también le había confesado a él lo mismo que a ella esa mañana.

—Aunque lo niega, sé que sigue enamorada de ese comandante Salazar.

—Pues es hora de que se vaya olvidando de él. Estaba prometido a otra mujer y viajaba bajo bandera pirata. Ella fue una inconsciente al respecto.

—¿Desde cuándo se puede mandar en el corazón, Jacob?

—Nosotros no podemos hacer nada, Lily, más que seguir fingiendo ante todos que nuestra nieta es viuda.

—Lo sé, lo sé, es solo que me duele verla sufrir.

—Conseguiré borrarle de su mente. Seguro que conoce a alguien respetable que sepa hacerla feliz.

—Ese hombre también la amaba —susurró.

Jacob alzó las cejas con incredulidad.

—No lo suficiente, de otro modo la habría seguido hasta aquí. Sabe muy bien dónde se encuentra ella.

Lily no tenía más remedio que darle la razón. Jade le había dicho que el comandante regresaba a España a casarse con su prometida porque era un hombre de honor, cosa que ella dudaba. Mucho honor no debía tener cuando había traicionado a Jade durante todo el tiempo que habían estado juntos.

Capítulo 27

La joven solo ansiaba tener al comandante a su lado. Nadie podía imaginar cuánto lo echaba de menos porque, a pesar de todos los meses sin verlo ni saber de él, continuaba sin poder olvidarse de su nombre. Tenía que odiarlo y se había tratado de convencer de ello desde el mismo día que Ana Lisa se lo había contado. Pero era incapaz de hacerlo. Hasta se le había pasado por la mente presentarse en España con Yaret en brazos para demostrarle que, al contrario que él, sus sentimientos habían sido reales. Pero no se sentía capaz de hacer eso. Primero, por orgullo, y segundo, para que Diego pudiese seguir con su vida de siempre sin que ella interfiriese.

Le apenaba mucho Yaret, ya que jamás podría conocer a su padre. Aunque, tal vez, cuando su hijo se hiciera mayor y alcanzara una edad razonable, se atrevería a contarle la verdad.

Volvió a pensar en el comandante. ¿Se acordaría de ella alguna vez? Seguramente ya se habría casado con Carmen, y puede que estuvieran esperando su primer hijo. Quiso imaginar su cara cuando tomase a su primogénito en brazos y se sintió morir, porque aquel niño tendría todo el cariño de su padre, y Yaret no. Le dolía pensar en ello a pesar de que una parte de sí misma no podía dejar de hacerlo.

La voz del mayordomo la sacó de sus pensamientos.

—Señora, no van a tardar en servir la comida.

—Gracias, George, ahora mismo voy. —Se levantó del suelo y sacudió las manos de la tierra que impregnaba sus dedos y las palmas. Después hizo lo mismo con la falda de su vestido—. ¿Tiene conocimiento de que el señor Talbot haya enviado algo para mí?

La tarde anterior Arthur le había comentado que tenía que darle una sorpresa.

—El caballero pasó esta mañana por casa y estuvo conversando con el conde, pero no dejó nada para usted.

Jade no se preocupó, pues tal vez le había dejado el recado a su abuelo.

Subió al dormitorio a adecentarse un poco y, antes de bajar al comedor, pasó por la alcoba de Yaret. El pequeño dormía en una cuna de doseles blancos.

Durante la comida hablaron sobre el paseo por el parque, de los conocidos que habían visto y de las monerías que hacía el niño cuando descubría cosas nuevas. Durante unos minutos de silencio, el conde se atrevió a interrogar a Jade.

—¿Te suena de algo el nombre de Alí Khan? —Ella soltó el tenedor de golpe y contempló a Jacob con ojos desorbitados—. ¿Era él?

—¡Sí! ¡Lo recuerdo perfectamente!

El conde se levantó de su sitio lanzando con fuerza la servilleta sobre su plato. Lily los miraba sin entender.

—¿Quién es ese hombre?

—El tipo que reconoció a Jade la otra noche —explicó Jacob caminando hacia la puerta con prisa.

Se detuvo en seco cuando la condesa le preguntó:

—¿Qué pasa con él?

—Es el mismo hombre que vendió a Elizabeth en la costa otomana.

Jade también se levantó.

—Milord, ¿qué piensa hacer?

—Voy a hablar con él. Mucho me temo que el secuestro de Elizabeth no fue algo fortuito.

—No puede hacerlo así. En este momento está nervioso y no sabe si ese hombre esta solo o no. Puede ser peligroso.

Lily se les unió bajo el umbral del comedor.

—Jacob, esto me está dando mucho miedo.

La paciencia no era la mayor virtud del conde, pero Jade llevaba razón y no podía presentarse ante ese hombre él solo, aunque volver a contratar a los Thief taker^[4] no era lo que más le entusiasmaba, sobre todo sin estar seguro de que alguno de ellos no fuera corrupto. Sin embargo, aquello era su mejor opción para llevar a Alí Khan a los tribunales, ya que presentarse en el Parlamento sin pruebas contundentes no le iba a servir de nada.

Prometió ser cauteloso al dar sus siguientes pasos y solo iba a contar con sus amigos de confianza para cobrarse la justicia para Elizabeth.

* * *

En dos ocasiones había estado en Londres visitando a sus parientes y, al igual

que aquellas veces, la ciudad parecía estar demasiado revuelta. O tal vez se encontraba más, pues los delitos habían aumentado en gran escala, sobre todo los pequeños hurtos y los asaltos en las carreteras. Aparte de eso, las relaciones entre España e Inglaterra no eran como para lanzar cohetes.

—Estoy muy feliz de tenerte otra vez aquí, primo, pero no puede dejar de sorprenderme tu visita. Te hacía en los mares luchando junto a la flota española.

—No marchan muy bien los asuntos por allí.

—¿Es verdad lo que le has dicho a mi padre? ¿Don Alberto está valorando la posibilidad de trasladarse aquí?

Diego Salazar asintió después de dar un largo trago a su bebida.

—Se siente traicionado con la Corona y temo que su fidelidad al rey cada día se vuelva más frágil.

—Ya habrás escuchado los rumores sobre Londres. Esto tampoco es el paraíso. Pero dime, ¿compartes la opinión de don Alberto?

Diego echó un vistazo de soslayo a los caballeros que deambulaban a esas horas por el club, sopesando las palabras de su primo Alex.

—Tomar esa decisión no está siendo fácil para mí —admitió.

—Debe suponerte un cambio bastante drástico. Llevas muchos años en la Armada Española.

Diego se encogió de hombros. No era tan drástico como parecía teniendo en cuenta que, por unos meses, se había convertido en bucanero.

Elegir Londres no había sido casualidad, si no la excusa perfecta para lo que se proponía hacer. Necesitaba averiguar cómo estaba Jade. Ana Lisa le había hecho entender que casarse con Carmen amando a otra mujer solo iba a lograr convertir su matrimonio en un teatro, por no decir un infierno.

Romper el compromiso había sido mejor de lo esperado. De hecho, ante todos, había sido ella quien provocase la ruptura, justo después de informarla de que dejaba el ejército de ultramar. Por supuesto, ella había tratado de convencerlo con ruegos, llantos y gritos.

«Si abandonas la armada, lo nuestro se acaba aquí y ahora, para siempre». Le había dado un ultimátum que Diego rechazó gustoso.

—Será bueno cambiar de aires para apaciguar los ánimos.

—Me va a venir de lujo que estés aquí. Tengo previsto casarme la próxima temporada —declaró convencido.

Alex era un tipo guapo y seguro que no iba a tener ningún problema en encontrar una esposa. Siempre había sido bastante afortunado con las mujeres, aunque una cosa era tener aventuras sin ninguna clase de

compromisos, y otra muy diferente, elegir a una para convertirla en la madre de sus hijos.

—Eso suena a que vas a pedirme ayuda.

—Más bien tu opinión. Ganarme una mujer es fácil. —Meneó la cabeza—. Lo difícil es saber cuál será la correcta.

—¿Tienes en mente alguna en particular?

—Tengo a un par, pero quiero esperar a ver las nuevas beldades. He oído hablar de una princesa de oriente, nieta del conde Landon, y comentan que es una mujer bellísima. Todavía no he tenido el gusto de coincidir con ella, y créeme, lo estoy deseando.

Diego luchó por mantenerse impasible. No tenía duda de que su primo se estaba refiriendo a Jade. Eso significaba que ella, entonces, ya estaba allí.

—¡Una princesa! —Silbó como si le sorprendiese.

—Seguro que está vetada para mí y para muchos. De momento, se ha dejado ver muy poco y asiste a reuniones más bien de carácter privado. —Se encogió de hombros con una sonrisa ladina—. Supongo que en alguna ocasión tendrá que salir de su escondite. Por otro lado, el conde es bastante generoso y todos auguran a que entregará a la joven una buena dote.

—Has despertado mi curiosidad respecto a esa dama. ¿No hay algún modo de poder conocerla?

—Claro que sí, solo debemos ser avispados y averiguar a qué siguiente velada va a acudir.

Alex no tenía problema para conseguir invitación en cualquier lado ya que, mientras muchos padres codiciaban su fortuna, sus hijas ansiaban su compañía. No existía puerta que se le pudiese cerrar al vizconde Barton.

Diego apuró su bebida, satisfecho. Se sentía inquieto e impaciente por verla y no podía dejar de preguntarse si ella perdonaría sus mentiras cuando pudiesen conversar, o fingiría no conocerlo. Admitía que ese desconcierto era demasiado intenso como para apaciguarlo con una sola copa.

—Hablando del rey de Roma. —Una cuadrilla de caballeros entraba por la puerta del club y Alex señaló a uno con su afilado mentón—. El conde de Landon, Jacob Fleming, el abuelo de la princesa.

Diego siguió su mirada. Los hombres conversaban entre ellos, pero parecían demasiado serios como para pensar que habían salido a divertirse y a pasar la tarde. Se asemejaba más a una discusión de negocios que, como poco, no marchaba bien.

Uno de los caballeros reparó en el vizconde Barton y se acercó a saludarlo. Intercambiaron unas pocas palabras superficiales y educadas.

—Es un miembro del Parlamento —le explicó cuando se volvieron a quedar solos, dándoles la espalda. En ese momento, los hombres se retiraban hacia unos asientos ubicados en el fondo del local, junto a un amplio mirador—. He oído decir que se quiere presentar a alcalde.

Con disimulo, Diego siguió mirándolos. Percibía preocupación y temor en sus caras. Quizá, en la del conde de Landon, incluso enojo.

No se atrevió a comentarlo con Alex para no parecer curioso y, sobre todo, para que no sospechara que ese hombre y él estaban de algún modo relacionados.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte, Diego?

—Hasta finales de otoño más o menos. También depende de cómo vea los asuntos por aquí.

El vizconde sonrió con una mueca burlona.

—Nos dará tiempo a divertirnos y ¿quién sabe? Lo mismo conoces a alguien especial que llame tu atención.

Con indiferencia, el español se encogió de hombros. Con un poco de suerte, la de una princesa llamada Jade, aunque no las tenía todas consigo.

Capítulo 28

Unos días después la ciudad se despertó conmocionada por la noticia del fallecimiento del señor Anthony Harper.

Cuando el conde lo leyó en *The London Gazzete*, se puso nervioso. Sabía que uno de los tipos que había contratado tenía previsto reunirse con el hijo del barón Berkeley, pero no tenía la certeza de que aquella entrevista se hubiese llevado a cabo todavía. Le habían advertido de que los hombres de Thief taker solían ser un tanto agresivos.

Jacob no deseaba ser cómplice de la muerte de nadie y estaba a punto de salir para informarse de lo sucedido, cuando llegó el miembro del Parlamento, sir Spencer, acompañado de uno de los cazadores de ladrones.

Sin demora, los hizo pasar al estudio. Las cortinas se hallaban descorridas y la luz del día entraba a raudales por la ventana convirtiendo en oro todo lo que tocaba.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó impaciente—. Poco dicen en el periódico sobre ello.

—Siéntese, milord, no se quede en pie. —El parlamentario miró de soslayo al tipo que lo acompañaba e hizo una señal con la cabeza para que respondiese al conde.

—Pudimos hablar con el señor Harper antes de que falleciese, y lo que nos confesó no va a gustarle nada.

—Díganme que ustedes no le asesinaron.

El hombre observó fijamente a Jacob durante unos segundos como si en realidad esa respuesta no le interesara.

—Harper se vio obligado a pedir a su hija en matrimonio por insistencia de lord Berkeley. En aquella época, al jovencito le gustaba demasiado el juego y su padre necesitaba apartarle de ello y hacer que pensara en su futuro. Cuando Harper se comprometió con Elizabeth, debía una fortuna y los prestamistas y acreedores le acosaban. Entonces el destino quiso que

conociera de la existencia de Alí Khan. El turco se encargó de saldar todas sus deudas a cambio de... vender a su prometida.

—No se me pasó por la mente en ningún momento que él hubiera tenido nada que ver —musitó—. Comencé a sospechar al ver su nombre en la lista. ¿De modo que fue Harper quien traficó con mi niña? —Sintió como la angustia formaba un espeso y doloroso nudo en su garganta. Tanto sir Spencer como el otro tipo afirmaron con la cabeza. Lo miraban compadecidos—. ¿Cómo ha muerto ese indeseable? —inquirió rabioso. Unos segundos antes no deseaba ser cómplice y, sin embargo, ahora quería poder matarlo con sus propias manos.

—Se quitó la vida en el dormitorio de su casa. Se encontraba mal desde que conoció a su nieta. Supongo que le remordía la conciencia —le contó sir Spencer colocando una carta sobre el escritorio—. Es la nota de suicidio, aquí explica todo lo que acabamos de decirle.

El conde no quiso ni verla. Confiaba en la palabra de aquellos caballeros.

—¿Qué va a pasar con el turco? —quiso saber.

Los dos hombres se miraron entre sí como si se pidieran permiso entre ellos para decirle algo, fue el de la Thief taker quien señaló:

—Sabemos que continua en Londres porque aún no ha podido salir de la ciudad, pero en el lugar donde se hospeda no hay nadie desde antes de la muerte de Harper. Creemos que ambos se pudieron reunir antes y, de ese modo, alertó a Alí Khan.

—¿Es posible que pueda huir por otro lado?

—No —respondió sir Spencer sacudiendo la cabeza—. El alguacil ya ha sido advertido y ha enviado soldados en varias direcciones por donde piensa que el turco podría escapar. Van a cogerle, amigo.

Hasta que el conde no viese por él mismo al mercader colgado del cuello, no iba a quedarse tranquilo.

* * *

Tan extraño le parecía a Jade no saber nada del señor Talbot, que decidió acudir a su residencia en Dover Street a averiguar si le había ocurrido algo. Le había mandado varias misivas y no había contestado a ninguna.

Fue recibida por la doncella, quien le informó que Arthur no se encontraba en casa. No le supo dar razón de él y Jade se quedó bastante inquieta, sobre todo porque aún no le había dado su sorpresa.

Al llegar a casa, les habló a sus abuelos sobre lo intranquila que se hallaba. Se sorprendió un poco con la actitud del conde, algo que achacó a sus

propias preocupaciones. Desde que conocía la identidad del mercader, se encontraba muy tenso.

La joven esperó hasta que Lily se retiró a descansar, ya que Jacob evitaba tocar el tema delante de ella.

—¿Podría hablar un momento con usted? —le preguntó cuando vio que también se disponía a salir.

—Ahora tengo asuntos que atender, mejor conversamos más tarde.

—No voy a demorarlo mucho. Necesito saber si ha averiguado algo más sobre Alí Khan.

—No.

—Ahora es usted quien me oculta cosas.

Jacob se detuvo a mirarla. En ese momento, George le acercaba su casaca.

—Jade, ahora no es el momento, debo partir.

—¿A dónde va?

—Al club, he de reunirme con unos colegas.

Se plantó delante de él con los brazos cruzados.

—Nunca va al club tan temprano, y menos sin su peluca.

—¿Cómo eres tan osada? Lo que yo haga...

—Me importa —interrumpió con coraje—. Me importa porque le he tomado mucho afecto y todo su estado de agitación y nervios tiene que ver conmigo y con ese hombre.

—No puedes ayudar, Jade —dijo poniendo las manos sobre los estrechos hombros femeninos.

—Sí que puedo, milord. ¿Por qué no prueba a ser sincero conmigo? Cuando Abu...

—No me hables de ese hombre.

La soltó y continuó colocándose la casaca.

—Pues me va a tener que oír. Cuando Abu supo que mi madre había sido envenenada, lo primero que hizo fue poner en alerta a Corinna.

—Un ejemplo que no predicó para sí mismo. —Intentó pasar por su lado, pero ella no lo permitió.

—Confiaba en Fátima, por eso no dudaba de ella. Pero lo importante es que avisó a la gente de su entorno para que se mantuviesen a salvo.

—La mejor manera de que no corras peligro es manteniéndote aquí mientras yo me ocupo de esto. Y ahora...

Alguien golpeó la puerta desde fuera. George se adelantó a ellos, obligándolos a retirarse del medio. Le entregaron una carta dirigida al conde.

Jacob observó el remitente.

—George, dile al cochero que tardaré unos minutos más, y tú, —se dirigió a Jade que estaba ansiosa por enterarse de todo—, hablaremos más tarde.

—¡Pero no puede dejarme...! —El conde no la escuchó porque, con pasos enérgicos, se perdió en el pasillo de debajo de las escaleras.

Jade miró al mayordomo y este se limitó a encogerse de hombros. Era demasiado fiel a su abuelo como para que pudiera sacarle información.

Decidida, subió a su dormitorio y buscó entre las ropas nuevas algo que se pudiese poner de prisa y que fuera discreto. Sus túnicas no servían ya que podían llamar más la atención sobre ella.

Encontró un vestido liso en tonos azulados. No se podía entretener en ponerse las enaguas, ni el corsé, ni toda la parafernalia que las occidentales usaban como ropa interior, y se cambió en un santiamén, al tiempo que miraba de vez en cuando por la ventana para asegurarse de que el coche del conde todavía seguía estacionado allí.

Descendió las escaleras con pasos silenciosos y se escondió tras la puerta del comedor para oírle salir. Los minutos parecían eternos y su corazón tronaba igual que una batería de cañones.

Por fin escuchó sus pasos. Dejó de respirar. Segundos después, Jacob salió por la puerta y ella esperó unos segundos más hasta que sintió que el coche se ponía en marcha, y entonces fue tras él.

Como siempre, la calle estaba atestada y eso jugó a su favor. Con pasos presurosos, caminó junto a los edificios sin perderlo de vista mientras sorteaba las aguas estancadas y los desechos de los animales.

Algunos de los transeúntes con los que se cruzó la miraban curiosos. Se llevó las manos a la cara cuando cayó en la cuenta de que sus ojos estaban pintados como de costumbre. Ignorando a la gente, siguió medio corriendo, con la mirada baja. Solo alzaba los ojos alguna vez para cerciorarse de que seguía viendo el carruaje.

Justo al pasar por la puerta de un establecimiento, salían un par de hombres. Sin poder evitarlo, golpeó a uno de ellos con el hombro y escuchó como murmuraba algo, pero no se paró.

La calle llegaba al final de su recorrido y el vehículo dobló a otra más ancha. Allí, los caballos comenzaron a aumentar su marcha.

Si no hacía algo rápido iba a perderlos. Se detuvo mirando alrededor. Había carretas, carruajes... Descubrió que de uno de ellos descendía un hombre elegantemente vestido. Podría tener más o menos la misma edad de su abuelo.

Sin pensarlo, se lanzó hacia allí alzándose la falda por encima de las rodillas. Se paró a su lado, con ojos suplicantes.

—Debe ayudarme, por favor. —Tras esas palabras, subió la escalerilla que él acababa de bajar—. Tengo que perseguir a ese coche.

El hombre la contempló estupefacto.

—Por favor —insistió ella haciéndole señas para que volviese a subir.

—No sé por qué hago esto —murmuró el caballero, obedeciéndola—. ¿Cuál es? —preguntó.

—Aquel de allí. —Jade se lo señaló con el dedo, echándose sobre él, para indicárselo a un más estupefacto cochero, que recogía los peldaños con prisa.

* * *

—¿Dónde vas? —El vizconde Barton echó a correr detrás de su primo, que había salido disparado en pos de la chica que les había arrollado al salir de la tabacalera.

Diego se detuvo al doblar la calle y la buscó con la mirada. Su primo llegó a su lado.

—¿Qué pasa? —volvió a preguntarle.

—¡Esa muchacha! ¿La has visto?

Alex se masajeó el brazo, afirmando con la cabeza.

—Más que verla, la he sentido. —Frunció el ceño al observar que Diego se ponía de puntillas, sin dejar de mirar la vía—. ¿Te ha robado algo?

—Creo que la conozco —contestó. En ese momento la vio de nuevo. Ella corría hacia un coche—. ¡Allí! —le gritó a su primo, volviendo a retomar la carrera. Poco antes de acercarse, el carruaje se puso en marcha con velocidad.

De nuevo, Alex se paró a su lado, esta vez jadeando.

—¿Quién era?

Diego dio varias vueltas sobre sí mismo haciendo caso omiso a las palabras de su primo.

—Tenemos que seguirla.

—Ya me dirás cómo. Pareciera que los persiguiese el mismo diablo.

—¡Vamos!

—¡Como si fuera tan fácil! —El vizconde sacudió un pie—. ¡He pisado una mierda!

Diego le echó un vistazo de reojo.

—Pues vuelve a casa, luego te veo.

Su primo, al ver que de nuevo se lanzaba a correr, soltó un gruñido y lo siguió.

—Más te vale que esto merezca la pena —le dijo, alzando la voz. Iba solo unos pasos por detrás de él.

Diego esperaba lo mismo. No había podido verla bien, pero estaba seguro de que la mujer era Jade.

Capítulo 29

—¿Está segura de que quiere descender aquí?

Jade asintió ante la pregunta formulada por el amable caballero que la había llevado. Su abuelo había bajado del carruaje y estaba entrando en un edificio de dos plantas.

—¿Qué lugar es este? —preguntó confusa.

—No el más indicado para una muchacha hermosa como usted.

Lo miró sin comprender.

—¿Un club?

—Me temo que no, señorita. —Divertido, sacudió la cabeza—. No creo que le permitan la entrada. Es un sitio solo para el género masculino.

—¿Cómo es eso? ¿Qué hacen ahí dentro?

—Algún día se enterará, pero ahora es demasiado joven para que yo la escandalice con palabras poco apropiadas.

Ella no le podía entender.

—¿Quiere decir que no hay ni una sola mujer ahí dentro?

—Las hay. Sin embargo, dudo mucho de que alguna de ellas sea decente.

Jade abrió unos ojos como platos.

—¡Odaliscas! —Ni siquiera conocía la palabra en inglés para pronunciar el lugar. ¿Cómo era posible que su abuelo hubiera acudido a aquel sitio de pecado y lujuria?—. Tengo que entrar.

—No me parece buena idea.

Agradecía mucho la ayuda del caballero, mas ella no estaba allí para escuchar sugerencias.

—Ha sido usted muy amable, señor. —Se quitó la fina cadena de oro que rodeaba su cuello—. Me gustaría que aceptase esto.

—Guárdelo, muchacha.

—Por favor, insisto, es una manera de demostrarle mi agradecimiento.

—No se lo voy a coger. ¿Usted de dónde es? —preguntó observándola con intensidad—. No parece inglesa.

El hombre llevaba razón. Con el maquillaje no iba a pasar inadvertida. Tal vez debía esperar a su abuelo escondida en algún lugar cercano hasta que saliera de ese sitio.

—No lo entretengo más. Gracias por haberme traído. —Se despidió sin contestar su pregunta.

Al salir del vehículo, con cuidado de que el cochero del conde no la viese, pues seguía estacionado como esperando que su patrón regresara de un momento a otro, contempló el edificio. La única manera de acceder a él era por la puerta principal que custodiaba un tipo bastante grande y fuerte.

—Señorita —la llamó el caballero que aún continuaba parado detrás de ella, asomado por la ventanilla. Jade se dio la vuelta y vio que le señalaba hacia un lado de la calle—. El local tiene puerta trasera. Por ahí.

Se lo agradeció de nuevo y siguió sus indicaciones. En el momento en el que el conductor volvía a poner el carruaje en marcha, ella se arrepintió de no haber preguntado su nombre.

A cada paso que daba y que la acercaba más a la estrecha vía situada en la parte de atrás del inmueble, el corazón le golpeaba tan fuerte que creyó que se caería al suelo.

Tragó con dificultad al descubrir a varios mendigos que se hallaban sentados contra la pared. En cuanto la vieron, extendieron hacia ella sus manos sucias con las cabezas alzadas, mirándola sin expresión alguna en sus ojos.

—¿Qué haces aquí?

Una mujer bastante desaliñada se acercó a ella. Llevaba un vestido sucio de escote muy bajo por donde asomaban los pechos casi al completo. Su cabello, sucio y alborotado, rodeaba un rostro delgado, maltratado por el tiempo.

En vez de sentir miedo o algo parecido, Jade experimentó la pena y desolación por todas las personas que había allí. Tan pobres que ni siquiera tenían un techo donde cobijarse.

—¿No me has oído? —repitió la mujer con un tono de profundo odio.

Despacio, Jade comenzó a caminar hacia atrás decidiendo que era mejor esperar en la calle principal hasta que su abuelo saliera.

—Lo lamento, me he confundido.

—Lárgate de aquí, este sitio es nuestro.

Se abrió una pequeña puerta de madera oscura y salió una mujer de cuerpo obeso, cargada con un cubo.

De repente, todos se olvidaron de Jade, y los que estaban en el suelo se levantaron para perseguir a la mujer que vaciaba el contenido en medio de la calle. Se echaron sobre los desperdicios como lobos hambrientos.

Aún tenía la cadena de oro encerrada en un puño y, por un momento, pensó en regalársela a aquellas personas. Si sabían administrarse, era posible que tuvieran para comer durante unos días.

Se topó con la mirada de la mujer que regresaba con el cubo vacío. Tenía una de las expresiones más feas y frías que había visto nunca.

Con el alma encogida, regresó a la parte delantera del edificio, desolada al saber de la fina línea que parecía separar ambos mundos, el de los adinerados del de los mendigos.

El sujeto de la puerta había sacado una banqueta alta y se había acomodado en ella con un periódico en las manos. Jade buscó el coche del conde, dispuesta a esperarle dentro y confesarle la verdad, aunque sabía que no le iba a gustar nada. Pero no lo vio. Ya no estaba parado en la calle. Se había marchado mientras ella buscaba la manera de entrar.

Maldiciendo, respiró con fuerza y echó a andar por donde creía que había venido. Tenía un camino bastante largo por recorrer. Por si eso fuera poco, no había dicho a nadie dónde iba. ¡Perfecto! Eso le ocurría por no saber escuchar y obedecer, y si su abuelo se enojaba con ella, no podía culparle porque llevaba toda la razón.

Al salir de casa no se le había ocurrido pensar en la forma en que iba a regresar. Mucho menos se le pasó por la cabeza que pudiera perderse.

Al principio se había sentido demasiado segura de sí misma, algo que comenzó a disminuir cuando todas las calles le empezaron a parecer iguales. Solo a ella se le ocurría aventurarse en aquella ciudad que todavía no conocía en condiciones.

Confiaba en que el algún momento apareciese algo que le pudiera ayudar a ubicarse; un monumento, un puente... el parque. Lo que menos le preocupaba era Yaret. Confiaba en su abuela y en la niñera.

La única opción que quedaba era preguntar y, cuando se disponía a hacerlo, de repente, lo vio. Su boca se secó de pronto y sintió que el corazón se detenía en su pecho de pronto.

Diego caminaba por el otro lado de la vía fundiéndose entre la gente.

«¡No!», gritó su mente. Pero, por mucho que lo negase, estaba segura de que se trataba de él. El pelo negro, la manera de moverse, su cuerpo...

Alguien la empujó al pasar a su lado y ella se espabiló. Rogó a sus piernas ponerse en funcionamiento. Se había detenido a mirarlo con descaro, intentando comprender qué hacía allí. Por fin echó andar, haciendo el gran esfuerzo de no volver la vista atrás. Fue como si, de pronto, la sombra oscura de Alí Khan desapareciera para ser ocupada por otra que le hacía sentir más inquieta todavía.

* * *

—La hemos perdido, Diego. Es tontería que continuemos sin siquiera saber dónde vamos.

Alex llevaba razón. Y él se sentía desolado. No podían continuar buscando a alguien que parecía haberse esfumado de repente.

—De acuerdo —se rindió—. Volvamos a casa.

—¿Piensas contármelo? No soy tan estúpido como para creer que hemos estado persiguiendo a una mujer solo porque podrías conocerla.

—Es una historia muy larga.

Y para explicárselo bien tendría que hablarle de Ana Lisa. No le parecía muy justo para su hermana que el resto de la familia se enterase de lo ocurrido. Allí, en Londres, podía empezar una nueva vida sin que nadie se compadeciese de ella.

—Tenemos tiempo de camino a casa, aunque lo mejor es que cojamos un coche, me niego a seguir andando con estas pintas.

El vizconde Barton llevaba las perneras de los calzones y los zapatos completamente embarrados.

Diego estuvo de acuerdo en buscar transporte. Pero no pensaba contarle nada más. Al menos no en aquel momento.

El vizconde, después de estudiar, había estado unos meses en el Ejército. Decía que había sido la peor época de su vida, pues prefería sanar a los enfermos y a los heridos que presentar cara en batallas que le parecían absurdas. Siempre había sido más de hablar que de actuar. Por eso había comenzado a dedicarse a la política y deseaba seguir los pasos de su padre y llegar a convertirse en un buen juez.

Hacía dos años se había marchado de la residencia familiar y vivía en su propia casa. Una propiedad modesta y confortable, situada muy cerca del Támesis. Diego había preferido quedarse con él por eso de ser más o menos de la misma edad, a pesar de que sus tíos habían insistido en que se alojase con ellos. También porque con Alex se sentía bien. Era un hombre cabal y honrado, aunque eso no le impedía disfrutar de los placeres de la vida.

Fiestas, reuniones en el club, combates de luchas y caballos. Era el típico londinense que se dejaba ver todas las mañanas ejercitando sus animales en el parque.

Esa noche iban a cenar fuera, a casa de sus tíos. Primero fueron a asearse y a cambiarse de ropa, y más tarde salieron para allí. Aparte de la familia, había un miembro del Parlamento con su esposa e hija y un anciano juez viudo.

—Sir Spencer y el juez MacBean —presentó Alex antes de pasar al comedor.

Diego conoció a todos y, poco después, se acomodaron frente a una mesa bien provista de alimentos entre una conversación bastante amena.

—Si os cuento lo que me ha ocurrido —decía sir Spencer sin poder contener una sonrisa en sus labios. Su hija Amelia se echó a reír porque sabía lo que su padre iba a decirles—. Esta tarde, en el Parlamento hacía tanto calor, que pasé a una de las salas a refrescarme un poco. Me desprendí de mi peluca solo unos minutos y, cuando volví a recogerla y me la puse, me di cuenta de que no era la mía.

Amelia soltó una carcajada más fuerte y añadió:

—Esta estaba toda despeinada y tenía una mosca muerta.

Todos rieron sobre ello. Entonces el juez comentó:

—Pues si os digo lo que me ha pasado a mí, os dejo sin palabras.

—Cuéntelo, por favor. —Aplaudió Amelia. Era una jovencita de aspecto agradable, sus cabellos rubios caían sobre sus hombros en forma de tirabuzones.

—Pues bien, iba a visitar a los marqueses de Winchester cuando una joven invadió mi carruaje y me hizo perseguir a otro a toda velocidad. ¡Fue una locura!

Alex estaba bebiendo y se atragantó de tal modo que el vino le salió por la nariz. Miró a Diego, que contemplaba al juez con ojos desorbitados.

—¿Por qué haría eso? —preguntó Amelia, desconcertada.

—No quiso contármelo, y la verdad es que me quedé muy intrigado.

—Sería una loca —comentó la madre del vizconde.

El juez se encogió de hombros.

—Parecía bien cuerda, aunque era obvio que no era de aquí. Tenía un acento extranjero, de voz aterciopelada. —Diego sintió que un escalofrío recorría su columna vertebral—. Y llevaba un extraño maquillaje en los ojos. En realidad, era una muchacha muy bella.

—¿Dónde se detuvieron? —preguntó él, quizá un poco demasiado ansioso por saber.

—Eso es lo más raro de todo. El carruaje que perseguíamos se paró en una casa bastante inmoral e impúdica. Ella no parecía saber de qué se trataba. Pero preferí advertirla. Aun así, dijo que necesitaba entrar, iba en busca de alguien y parecía preocupada.

—¿Qué ocurrió después? —quiso saber Amelia, fascinada con la historia.

—Trató de regalarme un collar por haberla llevado hasta allí. Claro que yo no lo acepté. Me había parecido una situación de lo más divertida. Pero estoy seguro de que no pudo acceder. Me marché de allí, pues no tenía nada más que hacer.

Después de oír al juez, Alex se sintió mucho más intrigado con su primo, ya que no era tonto y sabía que se trataba de la misma mujer que habían estado persiguiendo.

—La verdad, no me fijé en que fuese extranjera. —Dejó caer el vizconde al llegar a casa—. ¿Española tal vez?

—Abre la puerta o despertaremos a todos los vecinos.

Eran pasadas las dos de la mañana. Se habían entretenido fumando y bebiendo junto a otros dos de sus primos.

—Esta vez no te vas a salir con la tuya, Diego. ¿Quién era esa mujer?

Entraron en el vestíbulo. El mayordomo los había oído llegar y se había apresurado a prender la mecha de varias lámparas.

—¿Por qué no lo dejamos mejor para mañana? —se excusó—. Estoy agotado.

El vizconde arqueó una ceja sacudiendo la cabeza.

—¡Ni loco!

Le enganchó el brazo con el suyo y lo arrastró hacia una de las salas. Le pidió al mayordomo una de las botellas que guardaba en un mueble, con un par de vasos, y le despidió para que les dejase solos.

Diego suspiró tratando de ser paciente. Había estado temiendo que llegara ese momento después de que el juez contase su aventura. Era incapaz de entender el comportamiento de Jade. Si en algún momento había dudado de que fuera ella, la descripción se lo había terminado de confirmar.

—La conocí durante una misión en Oriente. Me ofrecí a traerla aquí para que se reuniera con sus parientes ingleses y, aunque ella accedió en un principio, luego cambió de opinión.

—¿Por qué cambió de opinión? Venga, Diego, no me hagas sacarte las palabras.

—Porque le mentí. Le dije que no pensaba casarme nunca y que odiaba el matrimonio.

—Ahora sí que no entiendo nada. Tú siempre has dicho eso mismo, ¿no?
—Sirvió alcohol en ambos vasos y le entregó uno. Se habían sentado en un sofá.

—Sí, bueno, eso decía. Sin embargo, antes de ir a Oriente me comprometí con una dama vecina mía.

—¿Te vas a casar? —Su voz sonó como si alguien lo estuviese estrangulando.

—Ya no. Carmen rompió el compromiso.

—Lo lamento.

—¡Jamás! Nunca estuve enamorado de ella.

—Pero lo hiciste de la mujer a la que engañaste. —Diego asintió. No se acostumbraba a admitirlo en voz alta y no sabía por qué, pues le hacía sentir bien—. Imagino que ella quería casarse contigo.

Se encogió de hombros.

—Como no le di opción a formar un futuro juntos, nunca hablamos de ello.

—¡Has venido a Londres porque sabías que ella estaba aquí! —exclamó Alex como si de pronto algo lo hubiese iluminado—. Pero lo de tus padres... ¿Es verdad que quieren mudarse?

—Sí, eso es cierto, y es por ese motivo por el que yo tampoco pongo ninguna objeción.

Había contado la historia sin tener que nombrar a Ana Lisa y respiró tranquilo al terminar de hacerlo.

—¿No sabes dónde puedes encontrarla? Me refiero a si conoces el lugar donde viven los parientes.

—Es la nieta del conde de Landon. Jade al Rashed.

Tras unos segundos de quedarse el joven primo con la boca abierta, susurró:

—La princesa.

Diego no estaba seguro de que la gente supiese que se trataba de la hija de una esclava y prefirió guardarse para sí ese detalle. Bastante cabrón había sido con ella como para traicionarla en caso de que no hubiera confesado esa parte de su historia.

Capítulo 30

Por suerte, nadie pareció advertir su ausencia. Solo George la miró extrañado cuando llamó a la puerta.

Mintiendo como una bellaca, Jade le explicó que había salido a pasear por la calle. No estaba segura de que le hubiese creído porque no se paró a averiguarlo. Todavía continuaba conmocionada de haber visto a Diego. ¿Qué podía estar haciendo en Londres? ¿Habría venido con su esposa?

De forma brutal la acosaron un montón de sensaciones. Cuando había visto al comandante, caminando por la calle, con aquel andar firme y aquellos movimientos orgullosos y elegantes, su estómago había pegado un vuelco. Empero la sorpresa y la emoción inicial dieron paso al terror más absoluto. No podía enterarse de la existencia de Yaret, al menos no de que era su hijo. La excusa de la viudedad con él no iba a servir, ya que, si era un poco listo, y le constaba que lo era, llegaría a la conclusión verdadera en cuanto echase cuentas.

Jacob llegó un poco más tarde y parte de su ansiedad cesó de repente al saber que se encontraba bien, sano y salvo en casa. Ansiaba saber por qué había ido a un sitio tan lleno de pecado, porque que estuviese retozando con alguna odalisca, tanto como amaba a Lily, no era posible. Además, ya tenía una edad para hacer esas cosas. ¿O acaso los hombres, o más bien su aparato reproductor, funcionaba tantos años?

Lily llamó con suavidad a la puerta del dormitorio antes de entrar. Jade se hallaba sentada en una banqueta, envuelta en una toalla, esperando que la doncella terminase de secar su cabello.

—Ha venido una carta para ti. Es del señor Talbot.

—¡Qué bien! —exclamó aliviada alargando el brazo hacia la condesa—. Espero que se encuentre bien.

Abrió el sobre, ansiosa. Arthur se disculpaba con ella y decía que durante esas jornadas había tenido muchas cosas que hacer. Prometía pasar a saludarla

al día siguiente y terminaba la carta, añadiendo: *Echo mucho de menos a Yaret.*

—¿Y? —Lily esperó hasta que terminó de leer.

—Mañana viene a visitarnos.

—Querida, sé que me lo has dicho en más de una ocasión, pero ¿de verdad que no hay nada entre vosotros?

—Somos amigos, aunque Corinna me dijo que tal vez me propusiera matrimonio. Yo creo que esa es la sorpresa que me quiere dar.

—¿Tú quieres que te lo proponga?

La condesa se paseó por la alcoba mirando los objetos que adornaban el tocador, fingiendo colocar los frascos y los cepillos, aunque lo único que hacía era moverlos de un lado a otro.

Jade se encogió de hombros. Arthur era un buen hombre y se sentía a gusto a su lado. Más que en la presencia de cualquier otro hombre. Con él siempre tenía tema de conversación.

—Podría ser un buen esposo —admitió—, y adora a Yaret.

—Pero no estás enamorada de él —apuntó.

No lo amaba, aunque le tenía mucho afecto. Y no lo amaba porque su corazón continuaba preso de otro hombre. Sin embargo, el comandante jamás iba a poder darle lo que ella más ansiaba. De hecho, estaba unido a otra mujer.

—¿Usted se casó por amor con el abuelo?

La condesa le hizo una señal a la doncella para que abandonase la alcoba. Se sentó en el borde de la cama.

—Jacob necesitaba esposa, y su familia, parientes de mi madre, nos invitaron a pasar un fin de semana en su residencia. Tanto mi hermana como yo estábamos en edad casadera, pero mis progenitores deseaban que fuera ella la primera en contraer matrimonio. Según ellos, yo era un poquito más alborotadora. —Sonrió como si estuviese reviviendo aquella época—. Cuando conocí a tu abuelo pensé que era el hombre más guapo del mundo y en lo afortunada que iba a ser mi hermana. Pero durante los días que pasamos allí, escuché comentarios sobre él. No eran nada favorables. —Jade frunció el ceño—. Decían que era un libertino. De modo que, en cuanto tuve oportunidad, lo encaré. Le advertí de que como hiciese daño a mi hermana, yo misma me iba a encargar de que nunca pudiese engendrar. —Jade se cubrió la boca, divertida—. Debí de causarle gracia pues, a partir de ese momento, comenzó a hacer cosas extrañas para llamar mi atención. Se burlaba de mí cuando tenía ocasión. Siempre tenía esa sonrisa en la boca que hacía que mi

corazón se acelerara. Sí —admitió—. Me enamoré de Jacob perdidamente, pero no se lo dije a nadie. Continuamos yendo a su casa más veces, empero cuando escuché a mi madre decir que ya estaba listo para hacer una proposición, fingí ponerme enferma y no acudir en la siguiente invitación. No deseaba sufrir sabiendo que se iba a declarar a mi hermana. Decidí no querer saber nada.

—¿Se iba a casar con ella?

—Eso pensábamos todos, pero entonces Jacob anunció que o se casaba conmigo, o no se casaba con nadie.

—Entonces ya estaba muy enamorado de usted.

—¡No! —Ella soltó una carcajada—. Según él, si debía elegir, me prefería a mí.

—Pero me consta que el abuelo la ama muchísimo.

—Así es, aunque tuvieron que pasar unos meses de matrimonio para que él pronunciase aquellas palabras.

—¿Le creyó?

—Sí, noté enseguida que me decía la verdad. Esas cosas se sienten aquí. —Se llevó la mano al corazón y suspiró—. Nunca me ha sido infiel, o prefiero pensar eso. El nacimiento de Elizabeth nos unió aún mucho más.

—Es una historia preciosa. Tiene razón, tal vez yo pueda llegar a amar al señor Talbot.

—Tampoco tienes la necesidad de decidirlo tan pronto, ni de darle una respuesta rápida cuando llegue el momento en que te lo pida. Pero nosotros no estaremos siempre y a Yaret le vendría muy bien una figura paterna.

Diego Salazar asomó a la mente de Jade y ella lo desechó de un plumazo.

—Al abuelo no le agrada mucho Arthur.

—A Jacob no le va a agradar ningún hombre que te pretenda. Podemos hacer una cosa: mañana, mientras desayunamos, conversamos con él a ver qué opina.

—¿Lo haría por mí?

—¡Claro que sí! —Se levantó y la dio un beso en la frente—. Ahora te dejo tranquila.

Jade sonrió para sus adentros al pensar en lo feliz que debía sentirse su madre allí donde estuviese.

Esa noche le fue imposible conciliar el sueño y la pasó dando vueltas sin parar sobre el colchón. Cuando ya no aguantó más, se vistió una de sus túnicas y bajó al comedor. Apenas los rayos de sol comenzaban a asomar por encima de las azoteas.

—¿Una mala noche?

La voz de su abuelo, que entraba en el comedor, la sobresaltó. En ese momento, la cocinera y dos de las criadas llegaron cargadas con bandejas, vajilla y jarras. Mientras disponían todo sobre un aparador largo, Jacob buscó su periódico.

—No he dormido muy bien —admitió acercándose hacia la silla en la que solía sentarse—. ¿Y usted?

El conde se encogió de hombros.

—¿De qué querías hablar ayer?

—De Alí Khan. Pero, sobre todo, del señor Harper. ¿Es verdad lo que dicen? ¿Se ha quitado la vida?

Había ciertas cosas que Jacob no había contado ni a Jade ni a Lily, como por ejemplo que Anthony había sido el gran causante de la desaparición de Elizabeth. Detuvo a una de las doncellas que terminaba de servirle un plato con huevos, panceta y salchichas.

—¿Dónde está la condesa?

—Aún no se ha levantado, milord. ¿Desea que la despierte?

Sacudió la cabeza y esperó a que sirvieran a su nieta las tostadas y su infusión.

—Jade, lo que voy a contarte no puede salir de aquí. —La joven asintió y Jacob le confesó la participación de Harper con Alí Khan—. Ayer mismo me dieron un pequeño soplo. Ese hombre, el mercader, está desesperado por encontrar cualquier embarcación que lo saque del país. Todavía no lo han apresado, pero están cerrando un círculo en torno a él. Posiblemente será cuestión de horas que tarden en atraparlo.

—No puedo creer que el prometido de mi madre hiciese algo tan horrible. ¿No le hubiera servido su dote para pagar todas esas deudas?

—Quizá sí, o quizá no. —Se encogió de hombros y se llevó un dedo a los labios al escuchar unos tacones que se aproximaban. En cuanto Lily apareció, se apresuró a ponerse en pie para recibirla y, caballeroso, apartó la silla que estaba junto a la suya.

Jade deslizó la vista sobre el mantel. Había visto cómo sus abuelos se miraban y deseó tener la misma suerte que ellos en un futuro. Eso hizo que volviera a plantearse si Arthur era la persona adecuada.

—¿Hoy no venía a visitarte el señor Talbot? —preguntó su abuela, guiñándola un ojo cuando Jacob retomó su lectura con el periódico.

—Sí, así es —respondió. De reojo miraba al conde para poder saber si las estaba escuchando, y conocer su reacción.

—Podías invitarle a comer, ¿verdad, Jacob? —Lily le puso la mano sobre el brazo que sostenía su lectura—. Después de todo, hace días que no lo vemos.

—Se podía haber quedado donde estaba —gruñó él.

Jade le contempló, ahora de forma directa.

—¿Por qué dice eso?

Con resignación, el hombre dobló el diario y lo dejó sobre la mesa.

—Lo lamento, perdonadme. Estaba pensando en otras cosas.

—Nuestra nieta cree que el señor Talbot no te agrada. ¿Es eso cierto, Jacob?

—No voy a opinar sobre el tema.

—¿Por qué? —insistió Jade.

—Hablé con ese hombre lo que tenía que hablar. Si quieres saberlo, tendrá que ser él mismo quien te lo cuente. ¡No me mires así, Lily! El señor Talbot tiene mi permiso para seguir visitando a Jade. Otra cosa es que esté de acuerdo o no con sus intenciones.

—Tendrá algún motivo para pensar de esa manera, milord. ¿Cuál es? —insistió la muchacha.

—Querida, ya te dije que a tu abuelo no le iba a agradar ningún caballero que te rondase.

—Sí, se trata de eso. No me agrada nadie.

Sin apenas probar más que un trozo de panceta y una salchicha, el conde se levantó de la mesa y salió del comedor ante la mirada atónita de las mujeres.

—No te preocupes, yo averiguaré qué le sucede. ¡Hombres!

* * *

Enseguida que Arthur ingresó en el vestíbulo, Jade percibió cuánto lo incomodaba estar allí. Y más nervioso se habría puesto si ella le hubiera dicho que en ese preciso momento los condes hablaban sobre él, encerrados en la biblioteca. La condesa había prometido averiguar qué era lo que Jacob tenía en contra de él.

—¡Señor Talbot! —La joven le recibió—. Me ha tenido muy inquieta estos días.

—Lo lamento mucho, mi queridísima Jade. ¿Cómo se encuentra? Puedo comprobar que siguen sin entusiasmarle las ropas de nuestras damas inglesas.

Ella sacudió la cabeza.

—¡Oh, no! —Le regaló una bonita sonrisa—. Lo que no me termina de agradar son las multitudes de telas que se usan bajo las faldas. —Dejó de hablar de eso al darse cuenta de que lo estaba haciendo ruborizar. Soltó una carcajada limpia y cristalina—. No lo abochorno más, lo prometo —susurró—. Olvidaremos esta conversación.

—Para usted va a ser fácil, en cambio, yo ahora no puedo sacarme esa imagen de la cabeza. —Lo dijo con un fuego tan apasionado en sus ojos, que hizo que esta vez fuera ella la que enrojeciera.

Se miraban muy fijos a los ojos. Jade vio en los de él determinación y pasión. No pudo evitar compararlo con Diego. Arthur no le hacía sentir ese gusanillo que recorría su cuerpo cuando el comandante la devoraba con su mirada azulada. Ni le ponía el vello de punta. Ni siquiera hacía que sus labios desearan saborear los suyos. ¿Debía aceptar su propuesta de matrimonio si se lo pedía?

Estaba tan confundida que deseó que no lo hiciera todavía.

—Pase a la sala, por favor. ¿O prefiere que salgamos al jardín? Hace una mañana muy bonita —dijo rompiendo el silencio.

—Necesito hablar con usted, Jade. No importa dónde.

Sintió como el corazón se aceleraba dentro de su pecho. Miró a su alrededor intentando ubicar a todos los empleados de la casa y asintió:

—Mejor en el jardín. —Allí no corrían riesgo de ser interrumpidos.

Lo guio hasta un banco de piedra situado junto a los parterres floreados. Esa noche había debido de lloviznar un poco y todo olía a tierra húmeda y hierba fresca.

—¿Qué ha estado haciendo estos días, señor Talbot? Le he echado de menos.

—Debía atender algunos asuntos que dejé incompletos antes de marcharme a Turquía. —Hizo una mueca que pretendía ser graciosa—. No soy rico, ya lo sabe, y debo mirar por el futuro.

—Si tiene alguna clase de problemas económicos puede decírmelo con sinceridad. Tal vez pueda ayudarlo.

Notó que él se tensaba como la cuerda de un arpa.

—Debo suponer que el conde ya ha conversado con usted sobre mí, ¿cierto?

—No.

—Está mintiendo.

Su voz, tan fría y cortante, la dejó un poco aturullada.

—¡Se lo juro! Es verdad que le pregunté por qué usted no terminaba de agradecerle, pero no me quiso decir nada. Mi abuela me ha dicho que lo que le sucede es que no quiere que por el momento me pretenda ningún hombre. Usted sabe que yo no le mentiría. —Arthur la miró como si no la creyera. Le pareció de lo más extraño—. ¿Es que el conde sabe algo que yo no sepa? Nos conocemos desde hace tiempo, ¿por qué no se sincera conmigo?

—Verá, Jade. Su abuelo piensa que quiero casarme con usted por su fortuna y porque eso me abriría las puertas para codearme con lores y damas importantes, ser uno de los suyos, y en parte no puedo culparle de que crea eso. En el pasado lo he intentado varias veces.

—¿El qué?

—Rondar a damas de alcurnia. Admito que siempre he querido saber lo que se siente teniendo mucho dinero y amistades con gran influencia. —A ella le costaba entender lo que decía. Arthur nunca le había parecido que se preocupase por esas cosas—. Con usted fue diferente, Jade. Cuando la conocí ni siquiera sabía que vendría aquí, ni quiénes eran sus parientes. Quedé fascinado con las historias que me contaba sobre su cultura.

—Pero más fascinado se sintió cuando supo quién era yo —se atrevió a decir. Esperaba que él se lo negara.

—Sí. Fue entonces cuando le ofrecí que viajase conmigo.

—¿No lo hizo porque se sentía en deuda?

Arthur asintió.

—Y por el interés, Jade. Si los condes no la hubieran aceptado, habríamos seguido manteniendo esta bonita amistad que nos une y nada más.

—Había muchas posibilidades de que ellos no lo hicieran.

—Lo sé, pero cuando lo hicieron, fue cuando de verdad me propuse seriamente pedir su mano.

—Mi abuelo lo sabía, ¿verdad?

—Así es.

—Entonces ¿usted no me ama?

La verdad es que nunca le había dado muestras de ello. Siempre había faltado esa chispa entre los dos, aunque ella pensaba que era por su culpa, porque no conseguía olvidarse de Diego.

—Siento un gran afecto por usted, Jade, le tengo mucho cariño a su hijo, pero ahora sé que me vería como todos los demás, un aprovechado.

—Dígame, ¿usted sería capaz de amarme?

—Sí —respondió sin ningún deje de duda.

Ella carraspeó incómoda. Se sentía abrumada con su sinceridad. Una parte de sí misma deseaba que le hiciera esa proposición, empero la otra desconfiaba como lo haría una pequeña concha en la orilla de la playa, temiendo que pudiera llegar una ola y la engullera.

—Yo... tengo que pensar... muy bien en todo esto.

—Lo comprendo. Además, es viuda y no necesita casarse si no es por amor, y yo sé que no me ama, Jade.

Se sintió terriblemente apenada. Arthur llevaba razón, no tenía ninguna necesidad de contraer nupcias. O tal vez sí, ahora que sabía que Diego estaba en la ciudad. Habría sido un buen plan que creyese que Yaret era hijo de él. Arthur y ella habían llegado juntos desde la costa otomana. Habían compartido camarote...

Por una vez en su vida controló el impulso de hablar sin pensar. Por el bien de los condes y del propio Yaret, no podía decidir eso ella sola.

* * *

—¡Me niego! —Jacob puso el grito en el cielo al enterarse de lo que Jade pretendía hacer. Era consciente de que solo lo estaba sugiriendo y no tenía nada decidido por el momento, pero no iba a permitir que su nieta se sacrificase de ese modo. Casarse con un... don nadie aprovechado, solo para que el padre de Yaret no supiese nunca la verdad—. ¡Si montamos un teatro, nos llueven los actores!

—Yo tampoco estoy de acuerdo con ese plan, querida.

El conde se alegró de que Lily le apoyase en ello, aunque unas horas atrás había estado a punto de discutir por no querer expresarle lo que opinaba sobre el señor Talbot.

—¡Nadie te va a quitar a Yaret! Ese hombre perdió su oportunidad cuando se marchó a España sin ti. Ante el mundo seguirás siendo viuda. Lo importante es saber qué hace ese canalla aquí.

—Jade, ¿piensas que ha venido por ti?

—No lo sé, *milady*, no lo creo, pero no puedo estar muy segura.

Furioso, golpeó la mesa con el puño. Enseguida se disculpó con ellas por eso. No tenía suficiente con averiguar dónde se encontraba el mercader, como para preocuparse también por el impresentable del español. Deseaba poder salir unos días de Londres y que se acabasen los problemas, empero sabía que eso no iba a suceder así. Cuando regresaran de nuevo, todo seguiría estando igual que al irse.

—¿Qué vamos a hacer, Jacob?

Respiró profundo.

—Actuaremos como si no pasara nada. Jade, ¿le has comentado al señor Talbot algo sobre todo esto?

—No, milord.

—Bien, pues no se hable más. Si el español quiere algo, tendrá que venir a hablar conmigo. —¡Y hay de él como lo hiciese! ¡Que Dios no lo permitiera! Porque en ese momento era capaz de matarlo con sus propias manos.

—La condesa de Ashford nos invitó esta noche a su fiesta de cumpleaños. —Lily se levantó de la silla con la rapidez que sus piernas le permitían—. Voy a mandar una carta disculpándonos.

Jade asintió. Jacob no.

—Será mejor que acudamos y actuemos con normalidad. Si empezamos a rechazar invitaciones, todos sospecharán que algo nos ocurre.

—Tienes razón, querido.

El conde leyó en la cara de su nieta que no deseaba ir, sin embargo, no se atrevía a llevarle la contraria.

—No debes sentirte culpable, pequeña —le dijo—. Eres tan víctima de esto como nosotros y como lo fue tu madre.

—No puedo evitar sentirme mal.

A Jacob no le gustaba verla como un alma en pena. Se levantó del sillón obligándola a que hiciera lo mismo y la apretó entre sus brazos.

—Me he jurado protegeros, y eso es lo que voy a hacer.

Capítulo 31

*H*acía solo un par de meses que no amamantaba a Yaret, sin embargo, sus pechos aún no habían bajado de volumen y los corsés se le hacían insoportables. Suplicó a su doncella que no lo apretase mucho y ella se apiadó. La cintura volvía a ser la misma de siempre y no necesitaba que se la dejaran como el tobillo de un pajarillo. Además, en aquella velada habría bastantes invitados y no se iban a estar fijando en ella cuando había oído decir que muchas jóvenes casaderas y bien dispuestas acudirían en busca de esposo.

Por primera vez prescindió del kohl. Quería ser una inglesa más de tantos y no llamar la atención por su condición de extranjera.

A pesar de que al principio la condesa se opuso, eligió un vestido oscuro de color verde, aunque después admitió que era el mejor tono para pasar inadvertida entre las matronas.

Se presentaron en casa de los condes de Ashford de los primeros para que solo los pocos que estuviesen allí pudieran escuchar las presentaciones del lacayo. Por suerte, no había casi nadie todavía y no despertaron tanto interés como las últimas veces.

Esa noche lo que más se comentaba era el suicidio del señor Harper. La mayoría desconocían el motivo y ni Jade ni su abuelo quisieron desvelar nada. Aunque les daba rabia, respetaban el dolor de sus parientes. Lord Berkeley, su nuera y su nieta no habían asistido.

Se animó a bailar con el conde y con algunos caballeros. Ellos eran los que la dirigían, pues seguía sin saber bailar. Sin embargo no pareció importarles. Decían que sabía llevar muy bien el ritmo y se reían cuando, sin querer, los pisaba al confundir los pasos.

Los que de verdad disfrutaban eran las jóvenes damiselas y los gallardos caballeros que parecía que se querían dar caza los unos a los otros.

Durante un descanso, la hija de los anfitriones quiso deleitar a todos los presentes entonando una canción. Fue un momento muy divertido. Jade llegó

a creer que toda la vajilla explotaría y acabaría hecha añicos con sus gritos. Todos aplaudieron al terminar la actuación. Sobre todo, las muchachas que ansiaban que el baile comenzara de nuevo.

Uno de los caballeros con los que había danzado se atrevió a traerle una copa de jerez. Le dio vergüenza no cogérsela y la aceptó. Empezaron a conversar y, cuando él le pidió que fuesen a pasear por el invernadero, accedió.

Se trataba de un jardín de invierno interior con tejados de cristal. Había multitud de plantas exóticas y flores que no había visto en su vida. Era el tesoro más preciado de los Ashford, según le dijo el caballero.

Bastantes visitantes, al igual que ellos, paseaban admirados. La luna se veía a través del vidrio del techo y decenas de lámparas prendidas iluminaban el hermoso paisaje.

—Entiende mucho de botánica —comentó ella, impresionada.

El hombre soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—Ya me gustaría. Me parece un mundo apasionante. Aunque no tan apasionante como el lugar de donde usted procede.

—¿Ha viajado alguna vez a mi país?

No le sorprendió que supiese de ella, ya que, desde el primer día que apareció con los condes, era de lo único que se había hablado hasta hacía pocos días.

—No, todavía no. He estado en otros lugares como...

El carraspeo grave de un hombre a su lado interrumpió lo que el caballero estaba diciendo. Se volvieron a mirarlo. Eran dos. Uno estaba muy cerca, era joven y vestía muy elegante. Empero los ojos de Jade fueron a parar directamente al tipo que lo acompañaba. Se encontraba solo un paso por detrás de su amigo.

Diego no se había empolvado el cabello ni llevaba peluca, aunque se había recogido el pelo por detrás en una cola de caballo y lo llevaba atado con una cinta oscura. Sintió que dejaba de respirar al ver posarse la mirada de él sobre ella. Había algo en aquella mirada que prometía...

—¡Vizconde Barton! —exclamó su acompañante—. ¡Qué sorpresa! No sabía que estaba aquí.

—Mi primo y yo hemos llegado hace poco. Disculpe mi manera de acercarme, pero pensaba que conocía a todas las damas de Londres y veo que me he equivocado.

Jade llevó la vista hacia él al darse cuenta de que se dirigía a ella. Tenía el pulso por completo acelerado y con el corazón a punto de salir por su

garganta.

—Permítame presentarle a la princesa Jade al Rashed. Este caballero es el vizconde Barton y él... —señaló al comandante y se quedó en silencio.

¡Por Alá, era todavía más guapo de lo que ella recordaba!

—El señor Diego Salazar. —Se apresuró a presentar el vizconde—. Es un pariente mío.

Ella sabía que aquel encuentro no había tenido nada que ver con la coincidencia. Lo vio en la expresión de Diego, que la devoraba con sus preciosos ojos azules. No sabía si quería salir corriendo en dirección opuesta, o ir directa a sus brazos.

El vizconde esperaba a que le entregara su mano. Si lo hacía con él, debía hacerlo también con el comandante, y ella no quería que la tocara. No quería que rompiera todas sus defensas de nuevo y la hiciera sucumbir con sus encantos.

—Deben disculparme, me están esperando. —Cogió el bajo de su vestido y se dio la vuelta. Si eso era una falta de decoro e iba en contra del protocolo, le importaba un bledo.

Caminó deprisa hacia la puerta. Si Diego iba a ir a buscarla, en el primer lugar donde lo haría sería en el salón, de modo que cambió de dirección hacia el jardín exterior ignorando a todas las personas que la veían pasar con velocidad.

Tenía miedo y su mente era incapaz de asimilar aquel encuentro, por eso se dirigió hacia ningún lugar en particular, sin darse cuenta de que cada vez se cruzaba con menos invitados y que allí la iluminación era mucho más débil.

—Espera, Jade.

Escuchó la voz detrás de ella. Demasiado cerca como para fingir no haberlo oído. Se dio la vuelta con tanta prisa que estuvo a punto de caerse. Diego alargó su brazo hasta ella para ayudarla, pero Jade se apartó.

—¿Qué estás haciendo aquí, Diego?

—Tú lo sabes bien.

Oír otra vez su voz la llenó de recuerdos, de momentos vividos.

—No, no lo sé. Si no, no te estaría preguntando.

—Estás muy hermosa. Mucho más que en Constantinopla.

—De verdad que están esperándome —insistió, aunque era obvio que aquel no era el camino que debía de seguir y él lo sabía.

—No pudimos hablar cuando huiste del Destructor.

—¿Y de qué querías hablar? —inquirió enfadada, colocándose las manos en las caderas—. ¿De que no me ibas a llevar contigo a palacio?, ¿o de que

estabas prometido a otra mujer? Por cierto, ¿dónde está? No la veo aquí, contigo. ¡No me digas que has dejado a Carmen sola en el salón!

La miró con sorpresa y Jade se maldijo en silencio. Ella no tenía que haberse acordado del nombre de esa mujer si deseaba que él pensara que lo estaba olvidando.

—Nunca me llegué a casar, Jade.

Su corazón se detuvo, entonces recordó que era un falso y un mentiroso que había jugado con sus sentimientos.

—No quiero saber nada de tu vida.

—Comprendo que estés furiosa conmigo, pero necesito que me escuches.

—No pienso hacerlo.

Se recogió las faldas de nuevo e intentó pasar por su lado para seguir el camino correcto. Diego la cogió del codo, deteniéndola.

—Escucha primero lo que tengo que decir, y luego, si lo deseas, te marchas.

—No soy tu esclava, comandante Diego Salazar. Te exijo ahora mismo que me sueltes.

Diego iba a decir algo más cuando guardó silencio de repente y la obligó a hacer lo mismo, colocando la palma de su mano contra su boca. Reconoció en sus ojos una mirada de alerta que ella ya había visto en la ocasión en que entraron en la ciudad de Esmirna.

—Vamos junto a aquellos árboles —susurró él en su cara. Le destapó los labios al tiempo que la empujaba con suavidad fuera del sendero de tierra.

—¿Qué está pasando? —quiso saber con voz temblorosa.

—No estamos solos.

Ambos hablaban en voz muy baja al tiempo que se movían muy sigilosos.

Diego colocó a la joven contra un grueso tronco y, dándole la espalda, aplastó su delgado cuerpo. De algún lado sacó una daga que empuñó en una mano.

—¿Puedes ver algo? —le preguntó.

Más que ver, lo que Diego pudo sentir fue la instantánea erección que tensó sus calzones. Había sido rozarla y su cuerpo reaccionó como el fuego, consumiéndolo. Con la mano libre golpeó la falda femenina para que se callase.

Entonces, una persona que se había mantenido en aquel momento entre las sombras salió al camino y ella pudo verlo. No le reconoció, pero supo enseguida que iba a por ella. Calzaba babuchas y vestía túnica y turbante.

—¿Te vigilan los hombres de Caleb?

—Puede ser, pero te aseguro que ese no forma parte de la casa de Narcise.

—¿Estás segura?

—Del todo.

—Es musulmán —insistió. Ella lo golpeó con la frente en la espalda—. De acuerdo, te creo.

El aire llevó hasta ellos el murmullo de voces varoniles. Jade se puso de puntillas para observar mejor sobre el hombro del comandante.

—Es mi abuelo, que estará buscándome.

Diego la chistó y el sujeto de quien se escondían los vio. Caminó hacia ellos desenvainando una cimitarra.

El comandante le salió al paso antes de que Jade pudiera detenerlo. Ella sintió tanto miedo como cuando hicieron el intercambio por Ana Lisa. Había pasado más de un año de eso y en aquella ocasión Diego blandía su sable y los españoles eran mayoría. Ahora el español solo poseía una pequeña daga frente a la afilada hoja que portaba el otro, y ni siquiera sabían si había más enemigos escondidos por el jardín.

El conde y su acompañante aminoraron el paso al descubrir a los dos hombres que, cautelosos, se provocaban con las miradas en espera de ver quién atacaba primero.

Jade salió de su escondite y corrió hacia el conde. Comenzó a llorar, aterrada.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! —gritó Jacob mirando a la joven de arriba abajo, cerciorándose de que no se encontraba herida.

—¡Voy a dar la voz de alarma! Princesa...

El tipo que estaba con el conde la cogía del brazo con la intención de hacer que regresara al salón. Jade rehusó a marcharse. No iba a dejar a Diego solo. La estaba defendiendo y, de no ser por ella, ni siquiera se habría visto envuelto en aquella reyerta.

—Tenemos que marcharnos de aquí. —El conde también trataba de empujarla para alejarla.

—Que no le pase nada a Diego —suplicó sollozando.

Escuchó que el conde gruñía y maldecía antes de dar unos pasos hacia el comandante y su atacante.

—¡La casa está llena de soldados que no tardarán en venir! —les dijo alzando la voz.

Jade no hacía más que a mirar en todas las direcciones rogando para que acudiera alguien más a ayudarlos. Gritó cuando el sujeto del turbante sacudió

su arma muy cerca de la cabeza de Diego. Si no hubiera sido por los buenos reflejos de él, podría haberle cortado el cuello.

El comandante se despojó de su casaca y la enrolló en uno de los brazos. El ambiente se volvió espeso.

Jade deseaba que su abuelo pudiera hacer algo para auxiliar a Diego, pero al tiempo temía que le pasara algo a él.

—Hay que atraparlo con vida —advirtió el conde.

Diego lo miró de refilón y descubrió que Jade seguía estando allí. La joven se aferraba al brazo de su abuelo sin dejar de observarlo a él con ojos inquietos y preocupados. La situación no era muy favorable para él. Tenía que encontrar el modo de desarmar a su enemigo al mismo tiempo que vigilaba su espalda por si había alguien más escondido, aunque esto último lo dudaba, ya que nadie había salido a ayudar a su amigo, socio o lo que fuesen.

A Diego le parecía extraño el ataque de ese hombre, mucho más cuando Jade decía que no pertenecía a la casa de los Narcise. Se suponía que ella ya no tenía ninguna cuenta pendiente en Turquía. Entonces, ¿qué quería ese sujeto y qué hacía allí?

Intentó dialogar con el musulmán provocándole con algunas palabras, mas el tipo no quiso entrar en su juego y, cuando tuvo oportunidad, se lanzó en pos de Jade y el conde.

A tiempo de interponerse entre ellos, Diego advirtió:

—¡Saque a Jade de aquí!

Después escuchó que ella gritaba y se negaba a ir. Por suerte, el conde comenzó a tirar de ella hacia la casa.

El agresor se puso nervioso al saber que no iba a poder cumplir con su cometido. Pareció enfadarse y le atacó con toda su fuerza. Diego temió por su vida. Confiaba en sí mismo, era más veloz. Por el contrario, también más grande y eso hacía que el musulmán tuviese más posibilidades para rebanarle alguna parte del cuerpo.

El islamita le lanzó varios golpes de cimitarra que logró esquivar. Todos excepto el último, que dio de pleno en su hombro provocándole un profundo corte. El chillido de Jade desvió la atención del agresor y Diego aprovechó para echarse sobre él e intentar quitarle el arma. Recibió la ayuda de varios hombres que acaban de llegar corriendo, incluida la de su primo Alex.

Se puso en pie con una mano sobre la herida. Notaba cómo la sangre empapaba su camisa y se deslizaba entre sus dedos. Consiguieron reducir al hombre y, cuando Diego buscó a Jade, vio que el conde había conseguido convencerla y la llevaba de vuelta a la residencia. Con una maldición se

volvió otra vez hacia el turco y del puñetazo que le estalló en la cara lo dejó inconsciente.

—¿Quién era? —le preguntó Alex, con rostro preocupado.

—No lo sé. Estaba escondido entre las sombras, vigilando.

—¿Iba solo?

Se encogió de hombros.

—Si lo acompañaba alguien más, yo no lo he visto.

—¿Se encuentra usted bien? —El conde de Ashford, que había salido acompañado de algunos de sus criados, se sentía abochornado de que aquello hubiera tenido lugar en el jardín de su casa. Al notar que habían herido a Diego mandó llamar a un médico y le obligó a que fuera a la casa para que alguien lo curara.

—No es nada —advirtió.

A pesar de sus palabras, Alex se puso pronto manos a la obra y, en una de las habitaciones, hizo que se quitase la camisa.

—Voy a tener que suturar.

En la misma recámara se habían reunido otros caballeros que ansiaban saber qué era lo que había ocurrido. Poco pudo contarles el comandante. Todo había pasado muy deprisa, aunque lo único certero que tenía era que el ataque no iba dirigido hacia él, sino hacia Jade. Eso lo enfurecía mucho más.

El conde de Landon ingresó en la sala cuando el vizconde ya le había vendado el hombro y parte del pecho. Se acercó a él y lo observó largamente antes de decir:

—Le agradezco mucho lo que ha hecho esta noche.

—No hice nada —respondió con un poco de soberbia que supo no debía haber empleado.

—Ha protegido a mi nieta. No lo olvidaré nunca. —Y, diciendo esto, sin dar pie a poder contestar o comentarle nada, salió de allí igual que había entrado.

Afuera el baile había cesado y todos los invitados, unos horrorizados, otros completamente exaltados, no podían parar de hablar sobre el ataque.

Jade y sus parientes se habían marchado y Diego se dispuso a hacer lo mismo. Justo cuando el vizconde y él entraba en el carruaje, sir Spencer se acercó.

—Señor Salazar, está en su derecho de saber qué ha sucedido esta noche. Cuando esté disponible, puede pasarse por mi casa y se lo explicaré todo.

—¿A qué se refiere? ¿Conocía usted a ese bárbaro?

Sir Spencer asintió.

—Ahora no podemos hablar de ello. Lo mejor es que usted descanse.

—Si Jade corre algún peligro, entonces necesito saberlo ahora.

—Se trata de algo muy personal —insistió observando al vizconde que lo miraba con el ceño fruncido.

A Diego no le importaba que hablase delante de él pero, al parecer, al parlamentario sí.

—De acuerdo, mañana pasaré por su casa.

Una vez de camino al hogar de Alex, este le preguntó:

—¿Esto tiene que ver con la misión que me hablaste de Oriente?

—Me temo que sí.

Pero no podía negar que estaba muy confundido. ¿Quién era ese hombre y por qué perseguía a la joven?

Capítulo 32

Jade llegó a casa en un importante estado de nervios, tanto que Lily la obligó a tomar un suave sedante que usaba para dormir y para que la pierna no le molestara.

No supo en realidad si la pócima le hizo efecto o fue cuando el conde la tranquilizó al asegurar que el comandante se encontraba bien.

Estaba muy arrepentida de haber salido al jardín sola. En ningún momento había pensado que alguien se atrevería a atacarla en casa de los condes de Ashford. Además, continuaba sin entender qué podía querer de ella el malhechor. Dándole vueltas a la cabeza se quedó dormida.

Al día siguiente varios conocidos de los condes pasaron a visitarla. Lily les aseguró que se encontraba perfecta de salud, aunque no les permitió que accedieran a comprobarlo por ellos mismos. Aquella mañana no atravesó nadie la puerta de la residencia, excepto el señor Talbot, y porque la misma Jade insistió en que necesitaba su compañía.

La condesa no dejó que se quedaran solos y se acomodó junto a Jade en uno de los sillones.

—No entiendo por qué ese hombre quería hacerle daño. —Estaba bastante preocupado—. Y permita que sea tan duro, pero tampoco entiendo por qué se adentró tanto en el jardín.

—Mi nieta salió a tomar el aire y se perdió —explicó la condesa por Jade—. Gracias a Dios que estaba ese caballero cerca y pudo defenderla.

—¿Saben por qué atacó? —insistía.

—No sabemos nada —repuso Jade.

—Cuando regrese Jacob, nos contará —comentó la condesa.

Aunque aún no se conocían todos los detalles, tanto los condes como la misma joven intuían que la mano de Alí Khan estaba detrás de todo.

—Si puedo ayudar de alguna manera, no duden en decírmelo.

El señor Talbot era sincero. Se notaba a la legua que había salido corriendo de su casa al enterarse de la noticia y no se había empolvado el cabello.

—Arthur, le agradezco mucho su preocupación.

George entró en la salita con rostro circunspecto. De cerca le seguía una doncella con el servicio de té.

—Hay un... caballero, que necesita con urgencia hablar con usted —informó dirigiéndose a Jade.

—¡He dicho que no recibimos visitas! —repitió la condesa, malhumorada.

—Lo sé, *milady*, pero insiste en que es muy importante. Desea que le muestre a su nieta esto. —Tendió la mano hacia la joven con la palma abierta. Un anillo de oro con el sello de la casa de Narcise arrancó una exclamación a Jade.

—¡Hágalo pasar! ¡Rápido! —pidió.

—¡Pero Jade! —se quejó la condesa poniéndose en pie cuando la muchacha también lo hizo.

Arthur las imitó.

—Debo verlo, *milady*.

Al cabo de unos segundos contemplaron la entrada de un caballero que podía haber pasado por inglés de no ser por su bronceada piel, los enormes ojos oscuros y la kufiya que cubría su cabeza. Por lo demás, vestía una casaca verde musgo y calzones blancos.

Lily ahogó una exclamación cubriéndose la boca con las manos.

—*Merhaba*, princesa al Rashed. —El recién llegado se inclinó ante Jade a modo de reverencia.

—*Merhaba*, Kadir.

Le conocía. Era un pariente de Caleb y le había visto varias veces en su hogar. Le devolvió el anillo.

—¿Podemos hablar?

Ella le ofreció que tomase asiento. Lily y Arthur también lo hicieron mientras la criada servía té sobre la mesa pequeña.

—No es coincidencia que haya venido justo hoy, ¿verdad? —le preguntó la joven, entregando a Kadir una de las tacitas.

—Mi visita está relacionada con lo sucedido anoche. Caleb nos había pedido que te escoltáramos con discreción, pero hay muchas cosas que no logramos entender bien. El otro día hizo correr a mi compañero por todo Londres hasta un tugurio lleno de odaliscas.

Ella asintió, turbada.

—Estaba persiguiendo a alguien, lo lamento. Cuéntame, Kadir, ¿sabes quién era el hombre que me atacó?

—Nos pareció raro verlo deambular por el jardín —asintió, dejando la taza sobre la mesa—. Es un sujeto que trabaja para Alí Khan. Por eso he venido. ¿Qué quiere ese hombre de usted?

—Si trabaja para Alí Khan, nada bueno. —Se encogió de hombros—. En realidad no entiendo lo que busca porque la justicia inglesa está detrás de él. Ese hombre fue el que sacó a mi madre de Londres y la vendió a Abu.

Kadir meditó sus palabras meciendo la cabeza con lentitud. Lily y Arthur no dejaban de contemplarlos, frustrados, pues mantenían la conversación en su lenguaje natal y no comprendían nada.

—Yo te traeré la cabeza de Alí Khan, pero debo llevar a Caleb al hombre que te agredió anoche.

—Eso es imposible, lo tienen preso.

—Bien sabes que lo debemos llevar allí para juzgarle bajo nuestras leyes. Conoces el destino de aquellos que atentan contra la realeza.

Jade se mordisqueó el labio inferior, pensativa.

—Caleb no tiene que enterarse.

Kadir sacudió la cabeza.

—Nosotros no intervenimos porque estaba ese español. Preferimos no dejarnos ver, pero tenemos que llevarnos a ese hombre.

—No sé cómo lo vais a hacer.

—Habla con quien haga falta, princesa. La cabeza de Alí Khan a cambio de la vida de ese hombre.

—¿Sabes dónde está el comerciante? —quiso saber. Kadir asintió y Jade tragó con dificultad—. Hablaré con mi abuelo.

La condesa llamó la atención de ambos, con impaciencia.

—Querida, ¿puedes contarnos lo que estáis hablando? El señor Talbot y yo también estamos aquí.

—Lo lamento, *milady*, Kadir no habla inglés. Es pariente de mi cuñado, Caleb, y de mi hermana Corinna.

—¿Cuándo puedes conversar con tu abuelo? —le preguntó Kadir.

Ella sacudió la cabeza.

—En este momento no sé dónde está —contestó retomando la conversación con su paisano—. Espera aquí. —Se levantó y fue a buscar a George para que le informase.

El conde se había reunido con sir Spencer y el alguacil. Kadir insistía en que debían actuar lo más rápido posible.

—Aquel hombre se dejará matar antes de confesar la verdad —dijo.

Jade sabía lo que eso significaba. Si moría lo haría con orgullo y sin arrepentimiento, por lo que nunca ardería en los fuegos eternos, y una traición directa a la realeza se castigaba bajo las leyes de su país.

—¿Podrás apresar a Alí? —Necesitaba estar segura de que Kadir lo conseguiría. El hombre asintió con absoluta firmeza. Entonces Jade se dirigió al señor Talbot en inglés—. ¿Cómo puedo hacer para que la justicia libere al agresor?

El hombre la observó, estupefacto.

—¿Para qué querría hacer eso?

—Acaba de decir que me ayudaría. ¿Acaso se está echando atrás?

—No entiendo mucho de eso —intercaló su abuela—. Supongo que deberán retirar los cargos que tienen contra él.

—¿Podría desmentir que me atacó?

—Usted y también el conde de Ashford y el caballero que resultó herido —explicó el señor Talbot—. Si todos lo hicieran, saldría en libertad.

Ella sabía que podía ser fácil convencer a Diego si le contaba la verdad, o eso creía, pero al anfitrión...

—Querida. —Se notaba que Lily estaba haciendo un esfuerzo tremendo por ser paciente—. Repito lo mismo que el señor Talbot, ¿por qué quieres liberarle?

—Mi cuñado Caleb lo toma como un ataque personal y directo contra la casa de Narcise y mis parientes, los gobernantes de Constantinopla. Debe ser juzgado según nuestras leyes.

—¡Ya no son las tuyas! —se quejó la condesa.

—Se equivoca, *milady*. Lo son, aunque no le guste escucharlo.

El señor Talbot le dio la razón. Por poco que entendiese de su cultura, eso podía comprenderlo.

—¿Conocía usted a ese tipo? —preguntó.

—Kadir dice que trabaja para Alí Khan.

El señor Talbot no podía saber de lo que ella hablaba. No le había querido contar que sabían quién había secuestrado a Raissa.

—¡Otra vez ese comerciante! —exclamó la condesa a punto de desmayarse.

Jade le sirvió un vaso de agua al tiempo que la misma Lily se abanicaba con la palma de la mano.

—Kadir nos entregará a Alí.

Pudo haber dicho a su abuela y a Arthur que para que lo juzgasen, pero habría sido mentira. Cuando Kadir había dicho que les daría la cabeza, eso iba a ser lo que recibirían. No querían que los monarcas ingleses miraran a su país peor de lo que ya lo hacían y no pensaban arriesgarse a desatar un nuevo conflicto.

* * *

Diego no había pegado ojo en toda la noche. Solo podía pensar en Jade y en lo que había sucedido. Si hubiera dependido de él, con los primeros rayos de sol habría ido a visitar a sir Spencer, pero había echado mano de toda su paciencia y su sentido del honor para no hacer eso mismo.

Cuando bajó al comedor, Alex ya lo estaba esperando frente a un plato de huevos revueltos y salchichas. Le ofreció que tomara asiento y lo hizo a regañadientes.

—No te voy a acompañar a casa de sir Spencer, pero debes prometerme que me contarás todo. Mis padres han enviado esta mañana una misiva para que vayamos a comer allí, se han enterado de lo ocurrido y quieren asegurarse de que te encuentras bien, viéndote en persona.

—Agradezco mucho tu ayuda. —Se echó un poco hacia atrás en la silla que había escogido y dejó que un sirviente le pusiera un par de salchichas en el plato. Le hizo un gesto negativo para que no le sirviera nada más—. Espero que hayas apaciguado su preocupación.

—En parte sí. Claro que sienten mucha curiosidad por saber qué hacías con la dama escondido en la oscuridad del jardín.

—No estábamos escondidos. La seguí para hablar.

—¿Te dio tiempo de hacerlo?

Sacudió la cabeza.

—Ese tipo nos interrumpió antes. —Con el tenedor movió una salchicha de un lado a otro del plato sin llegar a pincharla—. Voy a marcharme ya. ¿Crees que será muy pronto todavía?

El vizconde miró la hora del reloj que estaba situado sobre la chimenea.

—Está bien. Seguro lo encuentras despierto, y por cómo insististe anoche en saber, te estará esperando, seguro.

Sin probar bocado, se levantó de la silla como un resorte.

—Entonces no voy a hacer que espere más.

—Procura que no te vea ansioso, de lo contrario comenzará a hacerte preguntas. —Diego caminó con largas zancadas hacia la puerta cuando su primo lo detuvo—. Yo de ti pensaría bien lo que vas a decirle sobre la

princesa. —Diego volvió la cara hacia él arqueando una negra ceja—. Estabais solos.

—Eso no es ningún problema. La estaba siguiendo. Los invitados con los que nos cruzamos pueden corroborarlo.

El vizconde se encogió de hombros, divertido. Desde que Diego estaba en la ciudad su vida se había vuelto un poco más interesante.

Diego se marchó poco después. Aunque sir Spencer vivía un poco lejos de allí, rehusó tomar el coche de su primo. La caminata seguramente calmaría un poco su ansiedad.

Recordó lo que había sentido la noche anterior cuando vio entrar a Jade en el invernadero. Se le había cortado la respiración de lo bella que estaba. La mujer más hermosa que hubiera visto nunca. Todo su cuerpo y sus sentidos habían suplicado por ella en el momento en que sus ojos habían acariciado el escote femenino. Tal vez un poco atrevido, o demasiado, para lo que había acostumbrado a ver de ella. Las ropas occidentales la hacían parecer femenina y en exceso apetecible. De la misma manera que cuando la vio por primera vez con un diminuto corpiño cubriendo sus pechos y la falda de gasas.

Desde el mismo momento que había cruzado la mirada con ella, se había sentido estimulado, con una lacerante excitación que solo había bajado un poco cuando el musulmán había dado la cara en el jardín.

En lo profundo de la mirada de la joven había percibido confusión, alegría y luego el enojo. Sin embargo, cuando la escuchó gritar después de que lo hiriesen, las esperanzas de una reconciliación crecieron dentro de él. Jade seguía enamorada. No podía ocultárselo como no se lo había ocultado nunca a bordo del Destructor azul.

Llegó a casa de sir Spencer y el criado le informó que lo estaba esperando en el despacho. Lo guio hasta allí y, al abrir la puerta, pudo comprobar que el hombre no se encontraba solo. Se tensó un poco al averiguar que la otra persona era el conde de Landon.

—Disculpe, no pensaba que fuese a haber alguien más, sir.

—He preferido que nos acompañase el conde, después de todo fue a su nieta a quien salvó de ese maleante.

Diego saludó al conde con una pequeña inclinación de cabeza.

—Jacob, será mejor que cuentes tú lo qué está ocurriendo. Si me disculpan, voy a salir un momento a pedir que nos sirvan algo de beber.

Sin comprender muy bien lo que pasaba, Diego se acomodó en una silla.

—He sido yo el que le he pedido a sir Spencer que me dejase primero hablar a solas con usted —empezó diciendo Jacob con un tono de voz que no

admitía ni réplicas ni contestaciones—. Sé quién es usted y sé lo que le hizo a mi nieta. Si es capaz de entender mi situación, no apruebo en absoluto el modo en que la cautivó y ni siquiera deseo conversar con usted sobre eso, ya que sería mezclar dos asuntos a la vez. —Diego asintió, de acuerdo con él—. Prefiero que tanto sir Spencer como el resto de la gente no sepan lo sucedido, de modo que no sé qué dirá cuando alguien le pregunte qué hacía con mi nieta en la oscuridad.

—Le prometo, milord, que no pasó nada. Solo quería disculparme con ella.

—No es eso lo que nos atañe ahora mismo. Desde que Jade ha llegado a nosotros, a la condesa y a mí nos está haciendo inmensamente felices. Empero con ella vino la sombra de una mano que nos ha amargado durante mucho tiempo. Alí Khan. ¿Conoce a ese hombre?

—No. ¿Es ese el tipo de anoche?

Jacob sacudió la cabeza.

—Tenemos sospechas de que es alguien que trabaja para él, pero de momento el hombre que está apresado no ha abierto la boca. Es posible que ni siquiera entienda nuestro idioma.

Le pasó a contar desde un principio quién era el mercader y cómo se había llevado a Elizabeth gracias a la ayuda deshonesto del señor Harper.

Capítulo 33

Diego pensaban que tanto el miembro del Parlamento como el conde de Landon se habían vuelto locos. Ellos querían que la misma Jade, conocedora del idioma del que se hallaba en las dependencias del alguacil, hiciese de intérprete con él. No podía creer que no hubiera ningún embajador ni nadie disponible en esos momentos para hacer aquel trabajo. Por supuesto, Diego había desistido de tratar de convencerlos de lo contrario cuando quisieron despacharle para que se olvidara del tema.

—¿Cuándo podemos ir a verle? —quiso saber Jacob que estaba deseando terminar de una vez por todas con aquello.

Sir Spencer observó la hora.

—Todavía quedan algunas horas para el almuerzo. ¿Su nieta podría acompañarnos ahora?

El corazón de Diego dio un salto gigantesco en su pecho. No podía evitarlo, deseaba verla con todas sus fuerzas.

—Podemos ir a recogerla. Solo espero que ella acceda, de lo contrario deberemos esperar hasta encontrar a alguien.

—Jacob, no podemos esperar. Si ese hombre no se defiende tendrá que ser juzgado y nunca sabremos si en verdad tiene relación con el mercader que secuestró a tu hija. Cuanto más tiempo esté Alí Khan en la calle, más peligro corre tu familia.

Finalmente el conde no tuvo más remedio que aceptar, aunque el hecho de que Diego fuera con ellos, era obvio que no lo hacía ninguna gracia.

—Espero que sepa comportarse —le advirtió al subir al carruaje.

Diego sonrió burlón. No era su deseo incitar al hombre, pero desde que lo había visto, el anciano no hacía más que provocarlo.

Se detuvieron frente a la casa de Jacob y este frunció el ceño al ver que había otro coche detenido muy cerca de la verja de la entrada. Casi con prisa

se bajó del vehículo y Diego iba a hacer lo mismo cuando sir Spencer le avisó:

—Deberíamos tal vez esperar aquí.

—Esto puede llevarnos un rato si el conde tarda en convencer a su nieta.

—Descendió de un salto sin esperar a que el otro también bajase.

Entró justo después de Jacob y le siguió hasta un salón de tonos pasteles. En el centro de la sala, todos levantados al ver llegar al anfitrión, Diego observó extrañado al reducido grupo congregado allí, sobre todo al musulmán. Aunque su sorpresa no era tan grande como la del conde que se acercaba a él con ira.

—Espere, milord. —Jade asomó en ese momento en su campo de visión, pues se hallaba detrás de otro hombre—. Tengo que explicarle qué hace Kadir aquí. Es pariente de mi hermana y de mi cuñado.

Diego se sintió incapaz de apartar la mirada de ella. Vestía una túnica de seda verde que acentuaba el color de sus ojos. El largo cabello se deslizaba sobre sus hombros atrapando los rayos de sol que penetraban por la ventana, convirtiéndolos en bronce puro.

—Eso espero, porque desaparezco de casa un segundo y se me llena de gente.

—Jacob, querido, debes escuchar a Jade. Señor Talbot. —La condesa recogió el bastón que había apoyado contra la mesita pequeña donde habían estado tomando el té—. Puede acompañarme, por favor. Este asunto es mejor que lo arreglen entre ellos.

Por el rostro del señor Talbot, Diego adivinó que se había disgustado con esa manera de echarlo. No era para menos. ¿Pero qué hacía ese tipo allí?

Eso mismo preguntó la hermosa Jade en cuanto lo vio a él.

—Era necesario —le respondió el conde, esperando que le presentaran al intruso.

La joven frunció los labios, enojada, pero enseguida asintió y miró directamente a los ojos de Diego.

—Bien, después de todo me alegro, porque también preciso hablar con él.

—¿Connmigo? —inquirió Diego con sorpresa.

Ella asintió:

—Por favor, tomen asiento. Sir Spencer. —Ella saludó al hombre con una corta reverencia—. Kadir no habla inglés, pero debe estar presente ya que necesita una pronta respuesta.

—Vamos a ver. —Jacob se frotó las manos y se sentó en el mismo sitio donde había estado la condesa—. ¿De qué va todo esto?

—Por favor, ¿puede alguien cerrar la puerta?

Diego sabía que se lo estaba pidiendo a él, pues el mayordomo se había ido a acompañar a la condesa y al otro caballero. La obedeció, pero declinó sentarse ya que prefería estar de pie.

Si el plan del conde y de sir Spencer le había parecido de locos, el de Jade era aún peor. Retirar la denuncia sobre ese hombre. ¡Ja!

—Si tu pariente sabe dónde está Alí Khan, ¿por qué no nos lo dice y terminamos con esto? —le preguntó Diego.

—Las leyes... —empezó a repetir ella de nuevo.

—No son nuestras leyes.

—El señor Salazar tiene razón, Jade.

—Milord, comprendo que no lo entienda él. —Con desprecio echó una mirada a Diego llena de hielo—. Pero usted debería hacerlo. Saldríamos ganando.

—Es comprensible —añadió sir Spencer—. Un juez se encargará de dar un castigo justo para Alí Khan.

¿Por qué Diego advirtió una mueca bastante singular en el rostro de Jade justo cuando el sir había dicho lo del castigo? Se quedó pensativo.

—¿Cómo convenceremos al conde de Ashford para que retire la denuncia? —inquirió Jacob, todavía no demasiado convencido con aquel plan.

—De eso puedo encargarme yo —se ofreció sir Spencer.

Jade le hizo una señal afirmativa a Kadir.

—¿Cuándo nos entregará al mercader? —quiso saber el conde—. Supongo que deberá acompañarnos algún hombre del alguacil.

Tanto el parlamentario como Jacob se pusieron a conversar sobre ello. Diego se acercó a Jade que lo miraba temerosa, como una gacela ante un cazador.

—¿Por qué creo que no estás contando toda la verdad? —susurró él sin dejar de mirar sus preciosos ojos verdes.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque, a pesar de que sabes mentir muy bien, supuesta Corinna, sé que en este momento lo estás haciendo.

Ella se volvió a él de frente y bajó la mirada, incómoda.

—Kadir no va a entregar a Alí Khan con vida —murmuró.

Diego aspiró aire profundamente.

—¿Eso no piensas decírselo a tu abuelo?

—Si lo hago, no es probable que acceda.

—De acuerdo. —Diego alzó la voz para hacerse oír—. Yo mismo llevaré al hombre de los calabozos hasta Kadir y él me entregará a... Alí Khan. —O lo que quedara de él, pensó.

El conde se incorporó hasta colocarse entre medio de los jóvenes, separándolos adrede.

—¿Usted solo?

Asintió con otra sonrisa divertida.

—Estoy acostumbrándome a eso de hacer intercambios —respondió guiñando un ojo a Jade.

—Tú solo no puedes ir, Diego. —El conde carraspeó y ella, colorada, rectificó—. Quiero decir, señor Salazar.

—No iré solo, tranquila. Solo dime dónde tengo que llevarle. —Llevó la vista hacia sir Spencer—. ¿Sería tan amable de hablar de inmediato con el conde de Ashford? Yo seré el último en retirar los cargos y fingiré acompañarlo.

Jade dio un paso hacia él.

—No me gusta tu plan.

—A mí tampoco el tuyo, o ya de paso, el que tenía tu abuelo.

La joven miró al conde arqueando las cejas. Este carraspeó echando una mirada furibunda al español.

—Veníamos a decir que necesitábamos que hicieras de interprete.

—Pero ya no hace falta —dijo Diego, jovial.

Sir Spencer también se levantó.

—Me marchó ahora mismo a casa del conde de Ashford. Espero no interrumpirles la comida.

Jacob le acompañó hasta la puerta, aunque no deseaba dejar al comandante cerca de su nieta.

—¿Por qué estás haciendo todo esto, Diego? No tienes nada que ver con mis problemas, solo estabas en el lugar equivocado a la hora equivocada.

—Igual que tú aquel día.

—Estoy hablando en serio.

El hombre asintió.

—Te lo debo —confesó sincero.

—Esto no compensa todo el daño que me provocaste.

—¿Y el que me hiciste tú a mí? —preguntó él.

La joven frunció el ceño de un modo muy bonito. No replicó.

—Te encuentro muy cambiado. No eres el mismo de antes —le susurró haciendo que todo el vello de su cuerpo se erizase con ese tono exótico y

suave que tanto recordaba.

—Es cierto, no soy el mismo hombre que conociste. —Se señaló el pecho. Le molestaba bastante la herida del hombro cuando hacía algún movimiento con él—. Ahora no me empuja la rabia, ni la desesperación, ni el odio. —De reojo miró a Kadir, que no dejaba de vigilarlo—. ¿Estás segura de que no nos entiende?

Ella contuvo una sonrisa apretándose los labios.

—Ni pizca de inglés, comandante.

—Ya no soy comandante, abandoné el Ejército.

—¿Por qué? Creí que era lo que más te gustaba.

—Alguien me dijo que hay momentos en la vida en los que uno debe dejarse guiar por el corazón y no por la razón.

—Ya veo, ¿un hombre sabio, tal vez?

—En realidad fue Ana Lisa.

—Usted también tiene que marcharse, señor Salazar —señaló el conde cuando regresó de nuevo.

—Debo hablar antes con su nieta.

Haciendo caso omiso de sus quejas, cogió la mano de Jade y la arrastró fuera del salón. No tenía ni idea de dónde llevarla. Ella se dio cuenta y le señaló la biblioteca al tiempo que le aseguraba al conde que se encontraba bien.

Mientras Diego cerraba la puerta tras de sí haciendo que Jacob ardiera de cólera, Jade se apartó hasta colocarse parapetada detrás de una mesa pequeña sobre la que descansaba una lámpara y un jarrón de porcelana. El hombre se paró en el otro lado.

Se hizo un espeso silencio hasta que él cogió una profunda bocanada de aire y dijo:

—Ahora que te tengo enfrente, no sé por dónde empezar.

La joven se cruzó de brazos con impaciencia.

—¿Qué pretendes conseguir?

—Primero, que me perdones, y después, que accedas a convertirme en mi esposa.

Sin pensarlo, Jade huyó hacia la puerta. Diego consiguió detenerla antes de llegar y la hizo girar. De forma espontánea cerró los brazos en torno a su cuerpo como si fuera su propiedad más valiosa y, por unos instantes, se permitió disfrutar de aquel abrazo sintiendo sus formas adorables y suaves, el roce del cabello cobrizo contra su rostro, el olor que tanto había echado de menos.

—¿Otra vez estás jugando conmigo? —inquirió Jade intentando apartarse. Diego no le permitió escapar.

—¡No! ¡Jamás haría eso! Te amo, estoy siendo lo más sincero que puedo llegar a ser. ¿Por qué crees si no que estoy aquí? ¿Por qué fui a encontrarme contigo en la velada de anoche? Le supliqué a mi primo que consiguiera las invitaciones solo para poder estar a tu lado.

—Yo... ya no puedo creerte —murmuró en un débil hilo de voz.

—¡Sí que puedes! Solo inténtalo, por favor.

Jade se revolvió entre sus brazos hasta que Diego la dejó salir de ellos.

—Tus mentiras me hicieron mucho daño, sobre todo enterarme por Ana Lisa de lo de tu prometida. Pero... tenía la esperanza de que volvieras a buscarme, y cuando supe que habías regresado a España, me rompiste el corazón. —Los ojos de la joven brillaron llenos de lágrimas.

—Te marchaste de mi lado porque me odiabas al no confesarte lo de Carmen y pensé que era lo mejor para los dos. Tú tenías tus planes y yo una misión por concluir. Averigüé tras la muerte de Abu que te habías ido con Caleb y tu hermana. Jade, en aquel entonces ya te amaba. Te amaba incluso cuando pensaba que eras Corinna.

—¡Te avergonzabas de mí!

—No lo hacía yo. Lo hacía la soberbia y la estupidez porque no quería darme cuenta de lo mucho que te necesitaba. Estoy aquí porque te amo. Pídeme la luna y construiré la escalera más alta del mundo para alcanzarla. Pero no me pidas que me aleje de ti. No me eches de tu lado.

Ella rompió a llorar y Diego volvió a estrecharla entre sus brazos.

La puerta se abrió de golpe y entró el conde con la intención de hallarlos como los había encontrado, abrazándose. Sin soltar a Jade, Diego lo miró con una súplica en los ojos.

—No hemos terminado, milord.

—Sí que lo habéis hecho. Suelta a mi nieta. Mírala. —Jade sollozaba sobre el pecho masculino—. ¿Qué le has hecho?

Jacob empezó a empujarle hacia la salida, por lo que no tuvo más remedio que soltar al precioso tesoro que tenía entre sus brazos.

—¿Qué me contestas, Jade? ¡Dime que te casarás conmigo!

Ella alzó la mirada y vio cómo su abuelo intentaba arrastrar el fuerte cuerpo de Diego, y cómo este clavaba los pies en el suelo para que no lo moviese.

—Jade —insistió él. No quería hacer daño al conde.

A la joven esa situación le pareció muy divertida de repente y sonrió.

—Sí, Diego Salazar, me quiero casar contigo.

Desenredándose de las manos de Jacob y esquivándolo con una facilidad increíble —no lo había hecho antes porque no había querido—, Diego llegó hasta ella y la besó en los labios.

—Déjalos, Jacob —advirtió la condesa a su esposo cuando de nuevo volvía a la carga para terminar de echar al osado español de su casa.

Lily cerró la puerta de la biblioteca y fue ella quien empujó al conde hacia el comedor.

—Todavía les quedan algunas cosas por solucionar. Ya vendrán cuando sientan hambre.

Capítulo 34

— Esta vez no te ha engañado, Jade.

—No, claro que no —respondió enojada al tiempo que mecía a Yaret entre sus brazos—. Ha dicho que me prohibía ir y que se acababa la conversación. ¡No entiendo cómo puede ser tan terco!

Lily se encogió de hombros.

—Ha sido militar durante muchos años y sabe lo que se hace. —Trataba de hacerle entender que no había tenido más remedio que dar la razón a Diego—. Si hubieras ido con él, habría estado más pendiente de protegerte que de salvar su propia vida en caso de ser necesario. Por mucho que lo odies, hay cosas que solo los hombres pueden solucionar.

Jade no podía evitar pensar que Diego estaba en peligro a pesar de que se había marchado con su primo, el vizconde Barton, y un par de camaradas suyos, austriacos, que habían participado en la batalla contra los franceses en el norte de Italia. Aunque no se lo hubieran dicho, sabía de sobra que se trataba de mercenarios.

—Solo ruego que todo esto acabe lo más pronto posible.

—¿Le has hablado ya de Yaret?

Miró a su abuela y negó con la cabeza.

—Ya habrá tiempo para eso. No deseaba ponerle más nervioso. —Caminando despacio hacia el lugar donde Lily se hallaba sentada, preguntó—: ¿Cómo piensa que se lo tomará?

—Tú lo conoces mejor que yo, querida.

—Ya, bueno. —Se sentó a su lado y, mordiéndose el labio inferior, observó a su hijo. El pequeño la miraba con unos brillantes ojos azules, como si presintiera su inquietud—. Todo va a salir bien —susurró—. Vas a conocer a tu padre.

—No tendrás más remedio que contarle al señor Talbot la verdad.

—Sí, supongo que deberé ir a verlo.

—No, querida. Es mejor que lo hagas aquí en casa. No puedes estar visitando la residencia de un hombre soltero cuando ahora eres la prometida de otro.

Jade frunció el ceño.

—¡Arthur es mi amigo!

No hizo falta que Jade fuera a ver al señor Talbot pues esa misma tarde, cuando los rayos del sol comenzaban a ocultarse tras los tejados de las casas que rodeaban el jardín, se presentó.

La muchacha lo convenció para pasear por el delgado sendero de tierra, contemplando las flores. Para ser verano las temperaturas ese día eran bastantes frescas y en el cielo las nubes parecían ir juntándose unas con otras presagiando tormenta.

—Me alegro mucho de que haya venido, Arthur. Después de cómo lo hemos despachado esta mañana me sentía un poco mal.

Jade caminaba agarrada de su brazo. Vestía una sedosa túnica verde y Molly le había recogido el cabello con unas agujas de marfil, en un moño flojo.

—Estaba bastante preocupado, y sobre todo, me han dejado con una curiosidad enorme. ¿Qué ha pasado con Kadir?

Ella se encogió de hombros.

—Estamos esperando noticias. El conde y... el señor Salazar fueron a los calabozos.

—Entonces ¿piensan soltar a ese hombre?

—Sí, Kadir se lo llevará para que lo juzguen allí. —Se detuvieron junto a una bonita celosía de la que una enredadera había convertido en su hogar—. Pero yo tengo que confesarle algo más, Arthur. —Le habló sobre la sociedad que habían mantenido Anthony Harper y el mercader para quitarle las dudas que podía haber tenido en la mañana durante la visita del pariente de Caleb—. No quiero pensar que no haya sido muy sincera con usted, sino más bien que le he ocultado algunas cosillas. Le dije que... mi esposo había fallecido al poco tiempo de casarnos. —Sacudió la cabeza—. No es cierto. No me llegué a casar nunca. Pensé que decir que era viuda me iba ahorrar tener que dar explicaciones.

—Lo entiendo.

—El señor Salazar y yo nos conocimos en circunstancias...

—¿El señor Salazar? ¿El caballero que estaba con usted aquella noche en el jardín cuando les atacaron?

Jade asintió. Ninguno de los dos se dio cuenta de que el mismo Diego se había acercado hasta ellos y los observaba con un hombro apoyado sobre el tronco de un árbol, y los brazos cruzados sobre el pecho.

—Sí. Me secuestró por error para intercambiarlo por su hermana y, aunque no puedo decir que mantuvimos una relación muy bonita por culpa de todo lo que estaba sucediendo a nuestro alrededor, ambos nos enamoramos. Después, cuando mi padre murió y Ana Lisa fue rescatada, nuestras vidas se separaron. Nunca dejé de amarlo, Arthur.

—Y él ahora ha regresado.

—Así es. Nos vamos a casar.

El señor Talbot frunció el ceño digiriendo lo que Jade acababa de confesarle. Por su parte, Diego escuchaba con atención, no porque no se fiase de Jade, ya que ella había explicado la situación de un modo sencillo. De hecho, estaba muy orgulloso de su sinceridad. Pero la expresión de decepción de su acompañante no le gustaba mucho. Se frotó el hombro y experimentó una punzada de dolor. Al hacerlo llamó la atención del caballero y este ahogó una exclamación. La joven siguió su mirada y sus ojos chispearon entusiasmados al descubrirle.

—¡Diego! ¡Has vuelto! —Se acercó a él con una sonrisa llena de alivio—. ¿Ha ido todo como esperabas? ¿Mi abuelo ha regresado contigo? —Su español asintió al tiempo que la tomaba de la mano con dulzura—. Esta mañana no os he podido presentar. El señor Talbot es un buen amigo mío. Gracias a él pude llegar a Londres sin ningún percance. Arthur, mi prometido, Diego Salazar.

El señor Talbot contempló a Diego con la boca entreabierta. Tenía que ser muy estúpido para no darse cuenta del gran parecido que tenía con Yaret. Cabello negro, ojos azules...

—¡Es el padre de su hijo!

Jade se tensó. Todavía no había pensado cómo iba a darle la noticia aunque, desde luego, no era para nada así como había imaginado que se iba a enterar. Por supuesto Diego no pasó por alto ese comentario y clavó sus ojos en los de la joven.

—¿Un hijo? —Tragó saliva, de repente nervioso—. ¿De qué está hablando? —Como ella se quedó callada, insistió—: ¿Hemos tenido un hijo?

—Pensaba decírtelo —susurró.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

Diego dio un paso hacia atrás, confundido, y paseó la vista por el jardín, aunque sin ver nada en particular. Solo podía pensar en que tenía un hijo, y en que si no hubiera ido a buscar a Jade jamás se habría enterado. Entonces sí que habría sido el hombre más desdichado de la tierra.

—Lo siento —se disculpó Arthur—. Creo que he sido un bocazas.

—¡No, claro que no! —Como Jade no tenía muy clara la reacción de Diego, quiso soltarse de su mano, sin embargo no se lo permitía.

—¡Tenemos un hijo! —susurró más para sí mismo que para los demás. De repente, olvidándose de la sutileza, tiró de la mano femenina para rodear su cuerpo con el otro brazo y estrecharla contra su pecho—. ¡Por Dios, no quiero imaginar por todo lo que has tenido que pasar tú sola! —Hundió la cara en el cabello de Jade y cerró los ojos aspirando su aroma—. ¿Te he dicho que te amo?

Al escuchar eso, ella devolvió el abrazo a Diego, apretándole con tanta fuerza que fue capaz de escuchar latir su corazón.

—Yo también te amo, español. —El señor Talbot decidió retirarse discretamente para dejar sola a la pareja. Por fin Jade levantó la cara—. ¿Te apetece conocerle?

—Estoy deseándolo.

Sin soltarse de las manos, ella lo guiaba hacia la casa cuando Diego se detuvo en seco.

—¿Qué pasa? —preguntó, preocupada.

—De pronto tengo miedo.

—¿De Yaret? —sonrió, divertida—. Te prometo que no te va a hacer nada. Es muy pequeño.

—Tengo miedo de no ser un buen padre —confesó, emocionado.

—Serás un buen padre, y un buen marido también, estoy segura.

Diego cogió aire repetidamente por la nariz y lo soltó por la boca. Cuando estuvo listo asintió y ambos continuaron la marcha.

—Por cierto, ¿ese señor Talbot y tú...?

—Somos buenos amigos. No estarás celoso, ¿verdad?

—Claro que no —respondió más rápido de lo que había pensado—. Puede que un poco. —Jade lo miró de reojo—. Un poco bastante —aceptó.

—No niego que intenté enamorarme de él, pero no resultó porque seguía amándote a ti.

Diego soltó su mano y rodeó la estrecha cintura con su brazo.

—Me alivia saber eso, princesa mía.

De este modo ambos atravesaron las dobles puertas que accedían al salón y caminaron hasta la pequeña sala en la que se encontraba la condesa, observando a Yaret jugar en la alfombra.

Jade se adelantó hasta su hijo y, cuando lo iba a levantar en brazos, Diego no dejó que lo hiciera y se sentó junto al pequeño.

—Se parece mucho a ti —le dijo ella acomodándose junto a su abuela.

Diego asintió sin poder apartar los ojos del pequeño, que a su vez le contemplaba, curioso.

—Es un niño precioso, Jade.

—Fuerte y sano —añadió Lily cogiendo la mano de su nieta.

—Tenemos que casarnos pronto. —Diego miró a la joven por encima del hombro y ella asintió al tiempo que se retiraba con los nudillos las lágrimas de felicidad que rodaban por sus delicadas mejillas—. Te amo —repitió otra vez—. Tenía que habértelo dicho en Constantinopla.

—En realidad lo sabía.

—Sí. —Con torpeza, la condesa se levantó del sofá—. Siempre lo supo. Y como parece que yo aquí solo estoy molestando, voy a ver qué nos está haciendo la cocinera para cenar. Además, Jacob está ahora mismo dándose un baño, y puede que necesite que le dé unas friegas.

* * *

El conde todavía recelaba de Diego, aunque viéndolo junto a su nieta no podía negar lo mucho que se querían esos dos. Era muy difícil hacer que dejaran de mirarse.

En el poco tiempo que había pasado en su compañía, le había demostrado que sabría proteger a Jade y a Yaret de cualquiera que intentara hacerles daño, y eso le enorgullecía. Pero claro, no pensaba decírselo tan pronto.

Esa tarde habían llevado al hombre preso ante Kadir en una posada cercana al puerto. Al principio el tipo se había negado en redondo, sin embargo, los hombres que acompañaban al vizconde lo habían obligado.

Diego había sido el primero en entrar en la habitación de Kadir con un sable colgando de su cintura. Al entregarle al malhechor, el musulmán le dio a cambio un saco.

—¿Dónde está Alí Khan? —había preguntado Jacob, desconcertado.

Entonces Diego había agitado el saco.

—Debería verlo, milord. Usted le conoce y sabrá si Kadir no nos está mintiendo.

—¿Ver el qué?

De nuevo había sacudido su carga.

—No iban a dejarlo con vida.

Jacob se le había acercado para ver el contenido del saco. Con ojos llenos de espanto vio la cabeza cortada del mercader.

—¿Usted sabía que... estaba muerto?

Se encogió de hombros.

—Es mejor así. De lo contrario lo hubieran juzgado, sí, pero eso podía haber implicado una nueva guerra con los otomanos. Tendrá con conformarse con esto y quedar saldada su venganza de una vez por todas.

El conde había aceptado, pues se había dado cuenta de que no tenía caso discutir ya.

—Sé que ahora, en algún lugar del cielo, Elizabeth descansa en paz —dijo Lily levantando la vista hacia el retrato de la pared. El conde, Diego y Jade siguieron su mirada.

Raissa sonreía a todos en general, mas Jade quiso pensar que solo ese gesto estaba destinado a ella. ¡Cuánto se arrepentía de no haberla obligado a escapar del alcázar!

—¿Qué ha pasado con el señor Talbot? —quiso saber Jacob rompiendo el repentino silencio que se había formado en el comedor.

—Se marchó —respondió Jade—. Creo que en el fondo sí que había cambiado, milord.

El conde se encogió de hombros mientras se servía guisantes de una fuente. Echó un vistazo a Diego, que de nuevo devoraba a su nieta con fuego en los ojos.

—Más vale malo conocido, que bueno por conocer.

—¡Milord!

—¡Jacob! —exclamaron la abuela y la nieta a la vez.

Diego soltó una carcajada, alzó su copa de vino y brindó con su futuro abuelo.

Epílogo

La princesa Jade al Rashed y el excomandante de ultramar, don Diego Salazar, se casaron a final de ese verano y fijaron su residencia en el condado de Chester.

La reina Ana había aceptado la legitimidad de Jade, por lo que el pequeño Yaret heredaría el título del conde de Landon cuando Jacob falleciese.

Diego, acicateado por su primo Alex, descubrió que la política no se le daba nada mal y se dedicó a ello compaginándolo con la vida en el campo —a su esposa le había dado por elaborar quesos.

A final de año, los parientes de Diego se instalaron en Londres y Ana Lisa sorprendió a todos, en realidad no lo hizo porque los más cercanos lo habían visto venir, cuando ella y Guzmán anunciaron su compromiso.

Ese día habían estado celebrando la petición de mano, y cuando Jade y Diego se retiraron a casa de los condes, donde se alojaban cada vez que viajaban a la ciudad, la princesa se metió en el aseo para ponerse el camisón, cosa que extrañó mucho a Diego, ya que por norma lo hacía en el dormitorio sin importarle su presencia.

Por su parte, fue al cuarto de Yaret a ver cómo dormía con placidez. No se cansaba de mirarle. Había crecido bastante en esos meses y ya le conocía hasta por el tono de la voz, incluso aunque Jade lo negara, Diego juraba y perjuraba que lo había llamado papá en un par de ocasiones. Cuando volvió de nuevo a la alcoba, su esposa había apagado varias de las lámparas.

—¿Ya te has metido en la cama? —preguntó Diego acercándose.

Los cobertores se hallaban abiertos y la lumbre crepitaba en la chimenea. En ese momento Jade entró cubierta por una bata floreada que ocultaba todas sus formas.

—Hay algo que quería regalarte desde hace mucho tiempo, amado mío. Siéntate en la cama.

Diego sonrió. Sabía lo que iba a decirle. Había notado ese último mes cómo los pechos femeninos se habían hinchado y, aunque aún su vientre continuaba liso, no iba a tardar en abultarse.

Obedeció y esperó pacientemente a que ella se colocara enfrente, a un metro de él. De pronto Jade se abrió la bata y la dejó caer en el suelo. Vestía un corto corpiño verde de raso con flecos plateados y una falda con gasas transparentes que colgaban de las caderas desde un cinturón de brillantes. En la cintura se había puesto la cadena con la piedra de jade acariciando su ombligo.

Impactado, abrió la boca, y ya no pudo cerrarla mientras ella le bailaba igual que había visto hacer aquella noche a las prostitutas a bordo del galeón. Solo que los movimientos de su esposa eran atrevidos y excitantes. Todo su cuerpo se inflamó. Ella movía los hombros, los brazos y su cintura de un modo tan cautivador que pareció que el mundo y todos los relojes de la tierra se detenían. El cabello cobrizo, largo hasta por debajo de su cintura, se mecía cimbrente al son de una música que solo ellos podían escuchar.

Diego no pudo esperar a que ella terminase la danza. Se arrodilló ante las piernas de su mujer y posó las palmas de sus manos sobre los torneados muslos. Mejor que esa noche no le informara sobre su próxima paternidad, pues las cosas que tenía pensado hacerle no eran aptas para menores de edad.

—Princesa. —Alzó la cabeza y se perdió en los preciosos pozos verdes que lo miraban sensuales—. El esclavo siempre fui yo.

—Lo sé —musitó ella mordiéndose el labio inferior, traviesa.

Nota de la autora

Las licencias que me haya podido tomar al escribir esta novela han sido para que la historia fluyese mucho mejor. He intentado adaptarme a la época lo mejor posible. Espero que disfrutes de su lectura, tanto como yo al escribirla.

Agradecimientos

Necesito dar las gracias, sobre todo, a Almudena Muñoz, quien me da un tirón de orejas si me excedo mucho en las licencias. Es gracias a ella que no me da miedo escribir ciertas cosas pues, con su ojo que todo lo ve, me siento muy muy segura. Ella sabe de lo que hablo. Mil gracias, Almudena, por acompañarme en esta historia.

También a Lola Gude por no cansarse de mí, todavía; y a Laura Socías, mi correctora, a quien este año estoy poniendo de los nervios. Algún día te prometeré no darte tanto trabajo. Pero, solo, algún día.



SANDRA BREE (Madrid, España, 1971). Su nombre real es Sandra Palacios. Es una ávida lectora desde que era muy jovencita. Sus novelas preferidas son las románticas, ya sean históricas, contemporáneas, paranormales y juveniles. Aunque en su biblioteca personal tiene una amplia gama de géneros, suspense, policíacas...

Nació en Madrid capital y vivió sus primeros años en el castizo barrio de Lavapiés. Luego se trasladó al sur de la comunidad, donde realizó sus estudios. Ahora reside allí con su marido y sus tres hijos. Ama la naturaleza, es adicta a la coca-cola y ha publicado varios libros hasta la fecha.

Notas

[1] Mestiza. <<

[2] Palabra árabe que se usa para nombrar una prenda. <<

[3] Pañuelo tradicional de Oriente Medio que se suele llevar envolviendo la cabeza de diferentes modos. <<

[4] Cazadores de ladrones contratados por la víctima del delito. <<

